

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

**FACULTAD DE FILOSOFÍA
Departamento de Filosofía IV**



**ESTADOS LÍMITES DE LA PERSONALIDAD:
SUBJETIVIDAD POSTMODERNA.**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Rodrigo Bilbao Ramírez

Bajo la dirección de los doctores

José Miguel Marinas Herrera
Mauricio García Peñafiel

Madrid, 2011

ISBN: 978-84-694-3359-1

© Rodrigo Bilbao Ramírez, 2011

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA



**ESTADOS LÍMITES DE LA PERSONALIDAD:
SUBJETIVIDAD POSMODERNA**

**TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Rodrigo Bilbao Ramírez

Bajo la dirección de los doctores

José Miguel Marinas Herrera
Mauricio García Peñafiel

Madrid, 2010.

A Tamina y Aitor

Amores de mi vida

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quisiera agradecer a Tamina por todo su esfuerzo, apoyo y dedicación. Por ayudarme a cumplir este objetivo, el cual soñamos juntos y nos trajo a estudiar, no tengo palabras para nombrar todo tu sacrificio, te amo. También dedicarla a mi familia, mis hermanos (Maite, Iñaki, Marian y Maca) y la familia de Tamina que también es mía en parte. A los amigos, quienes con su cariño a la distancia me han apoyado. A mi madre Cecilia desde el cielo me guía e ilumina, a mi padre Ángel quien me dejó una historia para buscar mis raíces en Bermeo y conocer España; y a mi pa` Manuel desde siempre me ha dado todo con infinito amor.

En segundo lugar, agradecer a mis directores de tesis: José Miguel por creer en este proyecto con toda su alma, y en especial a Mauricio quien me apoyó desde mucho antes, ofreciendo todos sus conocimientos y ayuda de manera siempre generosa y desinteresada. A los Profesores del Master en “Psicoanálisis y filosofía de la cultura”, en especial a Eduardo Chamorro, Gerardo Gutiérrez y Pedro Chacón por sus gestiones interminables.

Por último, pero no menos importante, quisiera agradecer al Gobierno de Chile, quien a través de su beca “Presidente de la Republica” otorgada por MIDEPLAN y luego por “Becas Chile” administrada por CONICYT financiaron esta investigación. Junto con lo anterior, al Instituto Psiquiátrico DR. José Horwitz Barak por patrocinar esta beca; y la Unidad de Psicoterapia del Instituto, colegas y pacientes que me han llevado hacia este tema de investigación.

INDICE

AGRADECIMIENTOS	5
INDICE	7
INTRODUCCION	11
1. Antecedentes	11
2. Presentación del problema	14
3. Núcleos Temáticos	16
3.1. Psicoanálisis, saber del borde	16
3.2. Más allá de lo Borderline	18
3.3. El concepto y sus sentidos	24
3.4. Del deseo al goce	29
3.5. El borde y la posmodernidad	34
4. Objetivos	39
5. Método	40
6. Línea de trabajo y síntesis	44
ESTRUCTURAS CLÍNICAS Y LÍMITE EN PSICOANÁLISIS:	
ANTECEDENTES PARA UN RECORRIDO	49
I. EL FENÓMENO DE LOS ESTADOS LÍMITES (BORDERLINE)	59
1. Introducción	59
2. Surgimiento del fenómeno	61
3. Las estructuras freudianas	64
4. Complejo de Edipo, complejo de Castración y Narcisismo	86
5. Las grandes estructuras	95

6.	Una definición esquiva	100
7.	Una mirada por la psiquiatría	107
8.	Intentos de definición	114
9.	Distintos acercamientos	117
10.	Puntos de (des)encuentro: convergencias y divergencias	128
11.	Consideraciones finales	135
II.	ORIENTACIONES LACANIANAS DE LOS ESTADOS LÍMITES (BORDE) .	141
1.	Introducción	141
2.	La psicosis ordinaria	146
3.	El sujeto borde	167
4.	El estado límite del sinthome	192
5.	Consideraciones finales	204
III.	TRASFORMACIONES SOCIALES Y SUBJETIVIDAD	209
1.	Introducción	209
1.1.	Consideraciones iniciales	209
1.2.	Subjetividad y posmodernidad	211
1.3.	Enlace sujeto-cultura: interrogante abierta	221
2.	Un punto de partida: Freud y el malestar en la cultura	224
3.	Cuando el Otro no existe	232
3.1.	Las inconsistencias del Otro	232
3.2.	El paso del deseo al goce	241
3.3.	Lo femenino: mujer, madre y goce Otro	244
3.4.	El lugar del síntoma	247
3.5.	Del gozo y sus paradigmas	260
3.6.	Lo límite y el Goce	271

4.	La Ciencia y el lugar del Padre	276
4.1.	La declinación del padre	276
4.2.	La primacía de La Ciencia: cientificismo y técnica	281
4.3.	Estados límites y estado de la civilización	291
5.	El Discurso Capitalista y la Tecnociencia: el malestar contemporáneo	297
5.1.	De la ciencia a la técnica: el discurso capitalista	299
5.2.	El otro malestar	311
6.	El mito de la declinación del Padre	316
7.	Consideraciones finales	330
	CONCLUSIONES	339
1.	Puntos clave	339
2.	Reflexiones finales	349
	REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS	355

INTRODUCCIÓN

1. Antecedentes.

Mi acercamiento a la problemática propuesta que desarrollaré a lo largo de este trabajo, surge a partir de la reflexión de mi ejercicio clínico de atención de pacientes en distintas instituciones públicas de mi país y la consulta privada, todo desde una perspectiva psicoanalítica. Las instituciones me han permitido acercarme a la problemática en salud mental, específicamente en cuadros de alta complejidad, dado sus características sintomáticas y la evolución clínica que conllevan.

A partir de este ejercicio clínico, he podido constatar una diversidad de fenómenos al momento de acercarme al padecer y sufrimiento de los pacientes de estas instituciones. En este contexto un grupo de pacientes me llamó enormemente la atención, pacientes de algún modo conflictivos en el sentido de poner a prueba el conocimiento tradicional que tenemos de la psicopatología clásica, y también cuestionar el campo de posibilidades de intervención con los que contamos desde el psicoanálisis.

Surge al encuentro de nuestra clínica un tipo de paciente que es más bien un espectro amplio de expresiones, que confrontan nuestros conocimientos y respuestas ante ellos. Sujetos de sufrimiento extremo, en el campo de sus manifestaciones, con cortes y flagelaciones, síntomas en el cuerpo, abuso de drogas, ideación e intentos suicidas, angustia extrema. Todos estos síntomas destacan por lo agudo de su expresión y por la suma de todas estas manifestaciones a veces en una misma persona.

Estos pacientes confrontan a todo el modelo de atención sanitaria con policonsulta médica, generando una sobrecarga de los servicios de atención primaria y una sobreexigencia al área psiquiátrica; sin poder encontrar ayuda farmacológica que alivie suficientemente su angustia.

Pero a su vez afectan a los psicoterapeutas que no logran enmarcar nosológicamente el cuadro, ni poder prestar una respuesta efectiva al sufrimiento existente. Esto último, llama enormemente la atención, porque pese a acudir solicitando una ayuda, al parecer la ayuda ofrecida no responde a lo pedido, nuestro lugar como psicoterapeuta está constantemente cuestionado, devaluado por momentos e idealizado en otros. Continuamente se oscila en un movimiento pendular que confunde a los psicoterapeutas, por más entrenados que estos estén, generando una constante frustración.

Frente a estos pacientes rápidamente surgen resistencias en el medio psicoterapéutico, con dudas diagnósticas y nosológicas, que conllevan preguntas respecto al estatuto atribuible al fenómeno. Dentro de la concepción psicoanalítica se generan conflictos y discusiones a propósito de este “cuadro clínico”, en torno a su estatuto (¿es una psicosis?, ¿una neurosis grave?, ¿perversión?).

Uno como terapeuta se enfrenta a situaciones límites de exigencias inmensurables, distorsiones y quiebres en los límites transferenciales, acting de todo tipo, interpretaciones e intervenciones finalmente iatrogénicas, o cambios y mejoras inesperadas, siendo desconocida la causa por el analista.

La literatura psicoanalítica en el último tiempo es variada y prolifera en estos temas. Los últimos treinta años han surgido numerosas propuestas y acercamientos, destacando eso si, la diversidad de estas proposiciones, las cuales se presentan con contradicciones abiertas de un autor a otro, desde la aceptación o rechazo del fenómeno.

En este contexto, los psicoterapeutas se preguntan respecto a lo que nos enfrentamos, qué estatuto darle, qué implicancias comporta la posición que tomamos respecto al problema. Estas preguntas giran en torno a cómo se ha abordado la problemática dentro del psicoanálisis, qué plantea la psiquiatría, cómo entender el surgimiento de este fenómeno, siempre con el fin último de ofrecer al paciente una respuesta a su padecer.

El enfrentar la atención de pacientes con toda la riqueza y dificultades que esto significa, debe poner siempre en duda nuestro saber, debe cuestionar nuestra posición subjetiva, llama a interrogar constantemente nuestro lugar, en tanto, si logramos dar cuenta de la experiencia clínica a partir de los conocimientos que tenemos. Implica de algún modo, estar abiertos al saber incompleto nunca absoluto; a contemplar que el saber en la clínica sirve si responde a la realidad en la experiencia psicoanalítica. Es el deber ético de todo analista esforzarse por responder a esa pregunta, si el saber dará cuenta en algo de la verdad del sujeto.

2. Presentación del problema: los pacientes *borderline*.

Desde hace treinta años, tanto psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas se preguntan respecto a una clínica peculiar. La emergencia de una psicopatología especial y particular - distinta a la presentada por los pacientes de principio de siglo, con los cuales surgió el psicoanálisis, se desarrolló la psicología clínica y se unificaron diagnósticos en la psiquiatría - ha generado una amplia discusión y trabajo.

Surge un tipo de paciente que no encaja con la nosología clásica del psicoanálisis. Cuadros de manifestación ambigua, que no enlazan con las grandes estructuras desarrollada por Freud y continuada por sus sucesores. Los límites entre la psicosis y la neurosis se difuminan, se presentan pacientes con sintomatología diversa, generando una serie de dudas respecto a la estructura de base y su diagnóstico, con las consecuencias clínicas y teóricas que esto conlleva.

Es en este contexto surge la pregunta por estos estados, llamados **Límites, Borderline, Limítrofes, Fronterizos, etc.** Como señala Jean-Jacques Rassial, “esta figura clínica que nos propusieron primero la psiquiatría y el psicoanálisis anglosajón bajo el nombre de **Borderline**, vale al menos por su exactitud descriptiva del sujeto moderno, sustraído tanto a las clasificaciones clásicas de la semiología psicopatológica tradicional como a una clínica estructural psicoanalítica”¹.

¹ Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión. p9.

Hablamos de pacientes con manifestaciones polisintomáticas poco precisas, estados depresivos difusos, expresiones tanto psicóticas como neuróticas, cuadros de impulsividad, trastornos en la alimentación, toxicomanías, etc.

Una expresión novedosa de la problemática psíquica, que de algún modo rompe con las orientaciones tradicionales del psicoanálisis, confundiendo y dificultando su aprehensión. Las demarcaciones entre un cuadro y otro, siempre difíciles en el ámbito del psicoanálisis, tienden a difuminarse.

Nuevamente, como fue desde sus orígenes con los casos de histeria en Freud, es el paciente quien se toma la palabra y habla con su cuerpo, para decirnos que algo distinto está ocurriendo y que el psicoanálisis debe escuchar; no solo por razones clínicas y psicopatológicas, ni tan solo por cuestiones relativas a la eficacia de la cura psicoanalítica, sino para contribuir desde su campo de experiencia a la tarea más general de las ciencias humanas de comprender la subjetividad humana en la historia.

3. Núcleos Temáticos.

3.1. Psicoanálisis, saber del borde.

El origen del psicoanálisis está íntimamente ligado a un efecto de borde, de trabajo con el límite del conocimiento, con los límites del saber. Freud se abre a la escucha de sus pacientes histéricas, pacientes que son rechazadas por el saber científico médico de la época, para otorgarles así un lugar en la clínica, concediéndoles un estatuto particular a su sufrimiento. Si Charcot aborda esos pacientes -rechazadas por la neurología del momento que no encuentra daños “reales” que expliquen sus síntomas- para hacer un trabajo descriptivo-fenomenológico, es Freud quien les da un lugar clínico específico sobre el que construirá todo un modelo clínico-teórico que intenta dar cuenta de ese padecer y la subjetividad en juego.

Así, el psicoanálisis se construye desde ese borde, es extranjero al saber de la época, un científico se convierte en psicoanalista y se abre paso otorgando respuesta y nuevas interrogantes. Contempla en definitiva un campo de conocimiento que hasta ese momento no existía.

Desde ese lugar fronterizo de la ciencia, un neurólogo deviene primer psicoanalista y se adentra en el conflicto humano, lo inconsciente por excelencia, trabajando sobre la clínica que se le presenta y ofreciendo respuestas novedosas frente a la singularidad de cada sujeto. Pero a su vez, con la genialidad de reconocer puntos de anclaje que unen expresiones diversas de sufrimiento bajo lógicas comunes. Estas lógicas llamadas estructuras clínicas o tipos clínicos, son un modo de representar la experiencia, y quiebran las concepciones existentes hasta ese momento al incluir como centro psíquico los

elementos inconscientes. Freud realiza un largo trabajo partiendo de la defensa para pasar al conflicto, y será Lacan más tarde, quien de algún modo establezca y clarifique ese trabajo freudiano.

Bajo este espíritu del psicoanálisis, que comienza desde la periferia para ganar territorio, adentrándose en la jungla humana con una única herramienta como es la palabra, desde ese esfuerzo de pensar lo impensado y extraer las consecuencias de un ejercicio clínico que se mueve por diversos campos, hemos orientado este trabajo. Se trata de producir una reflexión acerca de los estados límites de la personalidad en un cruce irremediable con el estado actual de la civilización, interrogar ese lugar clínico a la luz de la cultura contemporánea.

Esta problemática es compleja y peculiar, debido a que nos movemos en el límite - como bien señala su título-, pero pensar el límite en psicoanálisis supone incluir en esta reflexión el límite del propio psicoanálisis, el límite de su experiencia clínica y el de sus nociones, en tanto implica movernos en el borde de los conceptos y por momentos hacer un uso de ellos por fuera de su propia definición primera.

A su vez, supone pensar en el límite la propia experiencia psicoanalítica, sus límites de resistencia, y los bordes de su ejercicio, lo que puede suponer caer al vacío y no tener respuesta o también ampliar la frontera y dar cuenta de un fenómeno oscuro e inaccesible hasta ese momento. Al entrar en un camino oscuro como este, podemos fácilmente perdernos, dar con una vía que pensamos nueva y no darnos cuenta que es el camino que hemos recorrido una y mil veces. Ese riesgo se debe tomar, solo con la esperanza de encontrar un carril desconocido que nos lleve hacia campos desconocidos.

De algún modo, este ejercicio supone operar un efecto de interpretación sobre el saber del psicoanálisis, en tanto implica la necesidad de pensar algo nuevo desde la novedad misma de lo planteado, tensar los conceptos, reordenarlos de otro modo para abordar nuevas preguntas, y no reiterar una mera repetición del pasado. Podría servir como metáfora a lo que busca este trabajo la interpretación que sorprende al paciente y al analista, en tanto toca el inconsciente reprimido en un efecto de *après coup*, sin saber con certeza de antemano el efecto.

Intentar reflexionar sobre un fenómeno peculiar, que no caiga ni en el modelo tradicional de la teoría como lo concibió Freud y sobre la cual Lacan trabajó más adelante, ni en un ejercicio de la clínica en los términos clásicos, supone abrirnos a la sorpresa de las hipótesis sobre las cuales estamos trabajando. Abrirnos a efectos inesperados y esperar contrastar resultados que no supongan aplicar nuestros moldes clásicos de pensamiento, sino esperar el efecto del contraste de nuestras conjeturas.

El psicoanálisis como herramienta teórica nos permite acercarnos precisamente a ese límite del saber y de algún modo es una operación sobre el saber. Entiende al inconsciente como un saber no sabido, comprende la represión como no querer saber nada de eso. El trabajo analítico comienza desde la suposición de un sujeto que sabe y contempla el fin de análisis como la emergencia del deseo de saber.

3.2. Más allá de lo borderline.

En el contexto descrito anteriormente surge la problemática *borderline*, es en ese límite oscuro y difuso que se abre una pregunta por algo desconocido o que cobra carácter de novedad.

Pero como señalábamos antes, cuando se intenta nombrar lo nuevo con palabras viejas, ya no tocamos lo nuevo, sino repetimos algo viejo (a eso nos referimos con una interpretación en sesión). Esa es la dificultad del tema, ya que cuando nombramos la problemática de los pacientes límites con lo ya existente, lo agotamos y se nos reduce a *un tipo de psicosis, es una neurosis grave, etc.* Pero no permite describir lo propio del fenómeno, lo peculiar y particular, sino que aplicamos moldes antiguos intentando hacer calzar estas expresiones que podrían ser nuevas, a una lógica ya conocida.

En este sentido, aunque llegáramos a la conclusión de que no hay algo nuevo, para eso tendríamos que haber llegado un poco más allá, para constatar que el lugar donde nos movíamos era precisamente un territorio conocido, siendo en definitiva una falsa novedad o un modo de llamar de manera distinta algo conocido. Tendríamos que dar ese paso en falso, entrar en ese bosque desconocido para darnos cuenta que era nada más que una arboleda cercana.

Siguiendo esta línea, pensar el fenómeno *borderline* supone pensar necesariamente las estructuras clínicas, pero allí nos encontramos con distintos modos de pensar la estructura en psicoanálisis. Nos topamos con esa noción fundamental, que separa aguas en la clínica y que orienta nuestro trabajo.

Para Freud existían modos peculiares de expresiones de la subjetividad que le permitían pensar en histeria, obsesiones, en un primer momento psiconeurosis de defensa, etc, pero siempre en un campo amplio. Recordemos sus casos emblemáticos: histeria con fenómenos alucinatorios, neurosis obsesiva con síntomas conversivos

histéricos, psicosis con fenomenología obsesiva, etc. Esta posición cuestiona rápidamente una descripción fenomenológica ligera que implique someter al sujeto a su expresión sintomática conductual y que lo encasille en un lugar predeterminado por manuales o clasificaciones reduccionistas.

Por otra parte en Lacan existe una primera concepción lógica de todo o nada en la estructura, la estructura se constituye por separación, y otro momento donde la estructura es topológica, de anudamientos y posiciones que se igualan, por ejemplo en la peculiaridad del goce. Es decir, coexisten dentro del psicoanálisis distintas lógicas de la estructura con las cuales debemos estar advertidos a la hora de pensar lo limítrofe.

El propio concepto de límite puede pensarse como una barrera que separa un lugar de otro, como espacios independientes que no se topan o confluyen, como lugares en una línea que cambian infinitamente de manera imposible de determinar (cuál es la diferencia entre 1 y 2, es infinitesimal $1,111111$ hasta el infinito, siempre se puede encontrar un punto más alejado); o también como una frontera que no es de nadie pero a su vez pertenece a los lugares que esta distinguiendo; o, por último, como un límite que no comunica en contigüidad con lo próximo.

En este contexto se ha pensado la problemática *borderline*, como pacientes que limitan con dos estructuras (neurosis y psicosis), o que comparten elementos de frontera con la neurosis y la psicosis, o también que están al borde de la neurosis (neurosis graves) o al borde de la psicosis (psicosis no desencadenadas).

Si bien Freud estableció unas bases para trabajar desde el psicoanálisis y nos entrega elementos para abordar nuevos problemas, el trabajo de esta tesis busca con esas bases, revisar la problemática desde una orientación lacaniana. Pero pensar esta problemática desde Lacan supone hacer un uso de los conceptos de Lacan en algo a lo que él no se refirió, es decir, ir con Lacan más allá del propio Lacan. Ya no estaremos en Lacan, estaremos en lo que propone cada autor a partir de los conceptos que nos ofrece Lacan. Ahora bien, es indudable que la orientación lacaniana nos entrega muchos elementos para pensar el fenómeno, quizás el más notable es el énfasis que da Lacan a no oponer exterior e interior en la subjetividad, sino proponer lo *extimo*, pliegue externo del elemento interno en una continuidad *moebiana*. Con esta concepción del sujeto, ya la realidad externa e interna se funden en puntos de conexión e interrelación, ofreciendo un puente entre el sujeto y la cultura.

Pensar la subjetividad de ese modo implica pensar al sujeto desde el Otro, es decir, ligar la constitución del sujeto con el encuentro del campo del Otro, la cultura, la civilización, etc. No existe una realidad interna psíquica que no se desprenda de ese encuentro contingente, no es puro mundo interno proyectado, de este modo se abre a pensar la interacción sujeto / Otro y sacar de allí consecuencias. Desde este pliegue, se hace más pertinente poder trabajar con las hipótesis que cruzan el sujeto con la cultura, y pensar los estados límites a la luz de la subjetividad posmoderna, intentando observar el entramado sobre el cual se despliega el sujeto, pero pudiendo reconocer también lo peculiar de ese encuentro.

Junto con lo anterior, desde el psicoanálisis no se puede pensar el sujeto separado de la cultura, o mejor dicho pensar la constitución de la subjetividad sin la referencia a la

cultura. La existencia de uno implica la existencia del otro en una relación dual, dos caras de una moneda, con puntos de trasvase y anclado que comunican y generan una sola superficie.

Ahora bien no implica que no podamos sacar consecuencias distintas en uno y otro lugar, ni que no podamos reflexionar sobre un espacio y el otro, sino que no podemos borrar uno para pensar lo otro, siempre habrá un puente que los une. Y es por esta razón que resulta pertinente pensar los fenómenos de borde que se insertan a finales del siglo veinte en la subjetividad, como así también las mutaciones sociales generadas en el vínculo en el último tiempo.

Como veremos, estas manifestaciones de lo límite cuestionan los conceptos tradicionales de la clínica psicoanalítica, ya que con ellos no se logra dar cuenta de la problemática. Lo anterior ha significado que una parte importante de los psicoanalistas se resistan al concepto, intentando ubicar la experiencia dentro de los márgenes tradicionales, dentro de la teoría clásica. Así se describen como neurosis graves, psicosis con sintomatología atípica -ya que comparten expresiones con neurosis y psicosis-, o estructuras perversas, tendiendo a encasillar estas expresiones en lo ya conocido.

Luego existe un grupo ligado al psicoanálisis posfreudiano y psicología del yo, que lo intenta ubicar en un lugar intermedio, de este modo con los mismos elementos constituye una tercera estructura, la "límitrofe", donde incluye las manifestaciones perversas y describe a estos pacientes como compartiendo elementos de la neurosis y la psicosis. Utiliza los elementos conceptuales y teóricos para darle una cabida intermedia, sin necesariamente dar con elementos propios internos del fenómeno. Si prestamos

atención esta concepción utiliza una idea de límite de tipo “*frontera de países*”, es decir, hay un paso y conexión de una a otra estructura en donde se comparten elementos, el paso depende de una graduación de más o menos de una u otra cosa (integración de objeto, más o menos pulsión de muerte, etc), y el límite se podría mover según la cantidad que toleremos en la definición.

Así se producen una gran cantidad de funcionamientos mixtos, en donde se termina ubicando la gran mayoría de los pacientes en esta frontera entre neurosis y psicosis (lo limítrofe colinda con los dos). Se constata esta experiencia del lado de los diagnósticos en función de manuales psiquiátricos y “psi” (psicólogos y psicoanalistas de esta posición), que suponen que la mayor cantidad de pacientes que caerían en este cuadro, en comparación con las estructuras “puras” como neurosis o psicosis.

Cuando se intenta pensar el fenómeno de manera independiente, no supone menos dificultad, ya que, como veremos, los psicoanalistas de orientación lacaniana intentan aprehender el cuadro utilizando nuevos elementos, o haciendo un uso distinto de los conceptos teóricos establecidos por Lacan.

En este punto nos podemos preguntar por la validez de este ejercicio, ya que como señalábamos antes, implica necesariamente hacer un uso de conceptos no del todo como lo estableció el autor explícitamente. Por ejemplo trabajar con el Nombre del Padre y significación fálica (Φ) de manera independiente en la psicosis ordinaria; o agregar castración imaginaria ($-\phi$) en la escritura de la neurosis como lo presenta Amigo; o proponer estados del *sinthome* como algo permanente y no una excepción como lo plantea Rassiál.

Lo anterior por supuesto generará dudas respecto al uso de los conceptos y una dificultad añadida al momento de intentar comparar las propuestas, ya que al puntualizar e insistir en elementos distintos, no sabemos si estamos abordando los mismos hechos ni las mismas nociones. En otras palabras, cuando nos acercamos a este campo clínico diverso y complejo que hemos denominado lo *borderline*, e intentamos comprender estos pacientes desde (por ejemplo) la psicosis ordinaria, no sería lo mismo que pensarlos como un sujeto donde fracasó el fantasma (sujeto borde) o un estado límite del *sinthome*.

Surge la pregunta si ¿podría darse que en un punto estos pacientes se puedan definir como psicosis ordinaria y sujeto borde a la vez?, o ¿Quizás son excluyentes y estamos hablando de sujetos distintos aunque se topen en algunos elementos?.

Hacia el final, veremos el concepto de “estado límite” como un esfuerzo por distinguir lo *borderline* más allá de los cuadros mixtos, buscando dar con ciertas directrices para una “lógica interna”, más allá de las manifestaciones descriptivas o estructurales. A partir de la última teoría de Lacan, se intentará aprehender la posición del sujeto desde la lógica de su discurso o ausencia de discurso.

3.3. El concepto y sus sentidos.

Lo anterior en definitiva nos sitúa ante varias dificultades. Por un lado el campo de lo *borderline* siempre ha supuesto una especie de “tierra de nadie” en el ejercicio diagnóstico, donde se superponen criterios y fenómenos, y a su vez genera resistencias de atención en el propio clínico, por lo que cuando aludimos a este campo no tenemos ciencia cierta de lo que se está describiendo, prestándose para todo tipo de definiciones y diagnósticos como hemos visto.

Por otra parte, el fenómeno en sí es un límite para el analista, en tanto, históricamente ha generado resistencias al tratamiento, siendo generalmente un grupo excluido de estudio y trabajo en psicoanálisis. En la mayoría de los casos se define su estado desde esa propia exclusión, es decir, sujetos no neuróticos o no psicóticos, más que en función de elementos propios. Esto hace que el trabajo teórico y clínico sobre estos fenómenos se presente incierto y confuso, no logra tocar certeramente el cuadro.

Podríamos decir que al ser un campo clínico de lo excluido según una lógica tradicional (no tratable, inclasificable, no neurosis, no psicosis) supone una diversidad tal, que cuando nos acercamos con nuevos conceptos (como lo veremos con Amigo, Miller, Rassial) se aborda quizás sujetos distintos dentro de este gran espectro de pacientes. Se hace tan amplio este terreno, que se presta para segmentarlo sin poder delimitarlo completamente.

Desde esta lógica los conceptos no son excluyentes, sino que nos confrontan a sujetos distintos dentro del mismo campo clínico. Pero como sabemos que la clínica psicoanalítica es uno por uno, los resultados de ese trabajo no se pueden extrapolar al modo de una generalización que signifique agrupar a todos los pacientes borderline dentro del concepto.

Dicho de otro modo, el campo borderline no se agotará con la psicosis ordinaria, o el fracaso del fantasma o el sinthome límite, resistiéndose a su total agrupación y reducción. Precisamente al presentar fenómenos sintomáticos de la pulsión -de lo real diríamos- este espectro psicopatológico se resiste a ser aprehendido de manera global, se

resiste al clínico en su ejercicio sobre el significante y pone a prueba los dispositivos fundamentales con que contamos en psicoanálisis.

Cuando nos adentramos a la problemática de lo límite topamos con el punto equívoco del narcisismo, equívoco en el sentido que se presta para muchas puntualizaciones. Si bien ese punto es coincidente en todas las orientaciones dentro del psicoanálisis, las propuestas lacanianas ofrecen una vuelta más. Autores como Amigo y Rassial hacen hincapié en la constitución del narcisismo pero más allá de la imagen especular del estadio del espejo. Trabajan la constitución simbólica del narcisismo. En este punto se abre un trabajo en torno a la concepción de la adolescencia y las exigencias psíquicas que supone ese tránsito, lo cual no implica homologar “adolescencia” con “estado límite”, sino que entrega elementos para pensar lo límite a la luz del paso adolescente.

A su vez desde las lógicas propuestas para los estados límites en la orientación laciana, se puede pensar el sujeto no desde un *todo o nada*, sino como pasos y reescrituras que conformen un sujeto. Recortes en definitiva del vacío, que den lugar al agujero en que se construye el sujeto.

Ese vacío sabemos que es llenado por los significantes amo (S1), la identificación, el ideal, y en un análisis al final se llega a mostrar la vacuidad de esa construcción. Se constata que el sujeto es vacío, se construye en oposición al ser, falta en ser, en un *no es* y cada uno inconscientemente lo llena parcialmente como puede. Pero la pregunta es por lo que ocurre cuando ese momento está truncado, es decir cuando el vacío no está recortado, ¿qué cualidad tiene esa construcción?. Porque de algún modo el deseo

descompleta al sujeto, desear implica estar en falta, carente, pero que ocurriría si ese deseo ¿no está en juego de ese modo?. Es el problema qué se ha trabajado desde el lado de la pulsión en lo límite, una manifestación de manera diferente que en la neurosis y la psicosis.

Aquí se encuentra una dificultad mayor, ya que no es el deseo reprimido lo que prima en estos sujetos, sino la pulsión, empuje anterior que no logra encausarse en la vía del deseo. Este trabajo se resiste al significante en una primera instancia –como señala Lacan-, lo que implica tener que interrogarnos sobre el modo de acceder e incidir sobre el sujeto que está en esa posición al momento de establecer una dirección en la cura. Las consecuencias de esto pueden ser:

a) Pensar la vía de goce que no está del lado del plus, plus que está en el campo del deseo, de la pulsión de vida freudiana podríamos decir. El goce, en el sentido de la pulsión de muerte en Freud, es una satisfacción de la pulsión que no liga, no hay lazo para el sujeto, es un tanto *autista*.

b) Sería necesario distinguir objeto **a** de la función plus-de-gozar, ya que al ser una función, no se agota en el objeto **a**, ofreciendo elementos más amplios para capturar el goce mortífero y llevarlo al campo del deseo. Es también la posición de “ser gozado”, no gozar del objeto **a**, no ser sujeto de goce sino padecer el goce, posición representativa del fenómeno límite cuando pensamos su sintomatología.

c) En la misma línea, constituir el objeto **a** es de algún modo hacer una pérdida en el narcisismo, constituir el vacío, la falta, para recuperarlo en la línea del deseo. Se opera

un cierto duelo cuando se separa del objeto, duelo que vemos ausente en lo límite. En este, la pérdida es un desgarramiento del ser o en el lado opuesto, es la invasión e hiperpresencia del otro en un sentido angustiante.

d) El punto anterior, cobra real importancia cuando pensamos la problemática como lo propone Amigo y Alemán, quienes conciben que en cierto sentido es el objeto lo que no está creado, problemática que difiere a la neurosis y que genera líneas de trabajo distintas. En este punto se abre un cruce con la cultura, en tanto surge la pregunta respecto a la manera en que el estado de la civilización estaría incidiendo en este hecho.

e) Encontraremos en Amigo y Miller una vertiente deficitaria en lo Límite, como algo que no ocurrió en comparación con la neurosis. Rassek lo piensa como otra subjetividad, que no necesariamente supone una falta sino un modo de anudamiento diferente, ya que para él todo sujeto está en falta respecto a un anudamiento borromeano, que solo es un ideal teórico.

Es interesante observar que por un lado cuesta mucho salir del punto de comparación con un ideal neurótico, pero quizás es algo inevitable en tanto todo el psicoanálisis se ha desarrollado desde la neurosis hacia otros campos (como veíamos en Freud y la histeria). Ni Freud, ni Lacan, ni sus sucesores mayormente han salido de esta lógica; con lo cual también se puede aplicar a la problemática límite siempre y cuando no suponga puro déficit que signifique no hablar de lo propio de este estado, porque en ese caso nos quedaríamos sin márgenes de análisis ni acción.

En este sentido, el fracaso del fantasma, la psicosis ordinaria y el sinthome del estado límite pondrán en juego momentos estructurantes que difieren de la neurosis, momentos que establecen efectos en el sujeto y sobre los cuales nos permiten líneas de trabajo a desarrollar.

Aunque Rastal plantee en cierto sentido una nueva subjetividad queriendo eliminar el ideal del nudo borromeo, de igual modo plantea puntos donde algo no operó o funciona de manera distinta a la neurosis. Este punto nos debe generar la máxima atención, ya que supone intentar no aplicar el molde de trabajo que se tiene con la neurosis o la psicosis, sino pensar la cura peculiar que requieren estos sujetos.

Así, si Miller propondrá una clínica del reenganche al Otro, anudando su goce nuevamente, Amigo ofrecerá construir un fantasma a modo de suplencia que le otorgue cierta estabilidad, y por su parte Rastal planteará un trabajo sobre el sinthome límite que lo anude a su peculiaridad de sujeto.

3.4. Del deseo al goce.

Siguiendo esa línea podremos pensar lo que ocurre con la posmodernidad. El objeto de consumo se ofrece no en la vertiente de objeto metonímico del deseo, sino en la vertiente de objeto no constituido desde la falta, objeto que se consume, y que consume al sujeto, consumidor que se consume. Con esta hipótesis comienza un análisis de la posmodernidad y el tipo de subjetividad promovida.

El tema de la sociedad de consumo y el objeto para el sujeto, ha sido abordado de distintas maneras. Por un lado el objeto de consumo cobra un carácter metonímico del

deseo que es manipulable -esto se observa en la publicidad y todo ese trabajo de oferta con grandes resultados-. Lo anterior se ofrece en un sistema global que produce objetos -vía la técnica- que a modo de semblante abordan el objeto de deseo y obnubilan al sujeto queriendo otorgarle vía objeto comprable y manipulable, aquel tapón que completaría su falta en ser.

Este momento histórico del disfrute que trabaja J.M. Marinas, supone un cambio en lo social, en el modo de vincularse y establecer lazos y posiciones dentro de lo social. Pero a su vez, este modelo toma un vuelco o hace un giro sobre sí mismo, que significa llevar la problemática hacia objetos en su vertiente de goce, privilegiando este punto por sobre el plano del deseo.

Si el objeto *a* para Lacan representa esa dualidad de objeto plus-de-goce y objeto causa de deseo, se presenta como un elemento privilegiado para revisar la dinámica del deseo y el gozo en el sujeto. Permitiendo apuntar a los efectos provocados sobre el sujeto cuando se fomenta la vertiente de goce, vertiente que en cierto sentido no se somete a la castración. Los objetos pulsionales (oral, anal, escópico, invocante) son una relación de goce y satisfacción que se juega antes de la castración, las marcas quedan desde ese momento inaugural que no se somete del todo a la castración, aunque sean resignificados una vez elaborado el complejo de Edipo.

Por lo cual, cuando pensamos los objetos de la cultura en esta lógica, tenemos que pensar en los efectos sobre el sujeto, de objetos que no caen del todo bajo la castración. En este sentido, no estarían creados en la línea del deseo, no serían efectos de una ley edípica, sino en cierto sentido independientes y anteriores. Algunos autores como Klein,

Winnicott, Balint hablan de objetos primarios, objetos originales, objetos pre-edípicos, etc., lo que supone un trabajo distinto sobre la relación sujeto-objeto y los medios de la cultura que se ponen en juego. Cuando Freud piensa la renuncia de goce que significa la entrada de la cultura, está pensando el fenómeno desde la neurosis, con la constitución del superyó, pero esto no alcanza para pensar el fenómeno límite que no está en la línea de la prohibición, sino del imperativo de goce del mandato a gozar, no en la trasgresión de la ley.

Esto también tiene su efecto a nivel del inconsciente ya que las formaciones del inconsciente aluden a un modo de superar la barrera de la prohibición a través de una deformación. Pero esto no es lo que encontramos en los estados límites, sino el acceso de la pulsión en el acting, un inconsciente más ligado a lo pulsional que el retorno de lo reprimido. Habría que pensar las consecuencias de esto en enlace con lo social, ¿dónde están esas manifestaciones hoy?. ¿Dónde encontramos por otro lado el retorno de lo reprimido?. Lo que estaría en juego en estos momentos no sería el retorno de lo reprimido deformado por la condensación y el desplazamiento, sino una imposición de la pulsión y su satisfacción.

Son dos momentos y dos lógicas diferentes, que acarrearán consecuencias tanto para la cultura como para el sujeto; podríamos decir que el modelo propuesto por Freud en *El malestar en la cultura* sigue vigente en tanto es el modelo que permite hacer lazo social, pero no agota la problemática del encuentro sujeto y cultura. Deberá ser complementado con posturas que expresen esta transformación social que favorece la pulsión.

Lacan plantea un modelo a propósito de los cuatro discursos, pero al presentar el discurso capitalista se opone a la lógica freudiana, ya que es un discurso que no fomenta la renuncia, sino que incita al goce, algo diametralmente opuesto a la propuesta de Freud.

Por otro lado, se observa la tensión inherente del sujeto con la cultura, ya que como bien dice Freud, si cada individuo está solo en su goce no hay cultura posible, ¿cómo pensar esta tensión cuando el modelo del discurso capitalista imperante en este momento histórico fomenta el goce, pero pareciera que no desploma el lazo?, ¿qué categoría de lazo construye ese modelo?, ¿es posible sostener una civilización de ese modo?.

Esta reflexión implica un gran desafío, ya que lo social continúa, la neurosis está presente, lo constatamos día a día en la clínica, pero la otra cara es más bien silenciosa, al modo de la pulsión de muerte como la describe Freud, pulsión muda y que aflora de manera combinada con la pulsión de vida, nunca de manera pura.

El problema del objeto en su vertiente de deseo y goce instará a reconocer este cruce y distinguir sus manifestaciones, con el fin de poder lograr un trabajo sobre sus dos caras en el contexto social actual. Así, la problemática no se puede reducir a una expresión de pura pulsión, sino a un entramado de pulsión y deseo donde se estaría fomentando la primera sobre el segundo.

Ahora bien, pensar el cruce entre sujeto y cultura pone en juego una tensión inicial que alude a cómo revisar lo variable y lo permanente de este cruce. Se trata de no caer en una revisión descriptiva de los cambios que no contemple la adecuación de estos en el

contexto de una estructura más o menos permanente en el sujeto (por ejemplo los cambios sociales confrontados con los momentos estructurantes edípicos de identificación y dinámicas deseantes estables en todo sujeto). Los cambios en lo social no significan cambios directos en el sujeto, existe una relación pero no se trata necesariamente de una debacle absoluta en los equilibrios de la subjetividad, pues pueden ser nuevos modos de expresión de las dinámicas estables.

Este punto pone en juego las condiciones del Otro que se ofrecen a la subjetividad. El Otro, como ese campo de encuentro del sujeto, está colmado por lo social, sus referentes, sus ideales y significantes amos. Por otra parte, ese encuentro contingente define un sujeto a partir de ese cruce, y a su vez el campo de la cultura varía en su expresión a lo largo del tiempo. Podemos imaginar las diferencias en el camino de la sexuación de un adolescente de la era del Internet con un adolescente de principios de siglo pasado.

Este empalme supone reconocer lo propio de cada momento de la civilización y las condiciones de posibilidad en la expresión de la subjetividad dado este contexto. En este sentido, se abre un debate sobre los estados límites como muestra del estado de la civilización. Pero este momento no debemos naturalizarlo, sino comprender su carácter contingente que no agota la subjetividad, ni tampoco encierra un solo modo de expresión, ni, menos aún, supone algo permanente o perpetuo. Es el estado actual, como ha habido otros y vendrán nuevos cambios.

3.5. El borde y la posmodernidad.

Si podemos hablar de una condición posmoderna –modernidad llevada a sus extremos- que nos ofrece una expresión de la subjetividad con ciertas características, debemos pensarlo en paralelo con los estados límite, lo que implica tener que pensar las condiciones de posibilidad de la subjetividad en la posmodernidad. En otras palabras, si estudiamos el modo en que se nos ofrece la subjetividad en la posmodernidad, podremos reconocer campos de expresión acorde a los estado límite, pero que no son totalmente equiparables, es decir, lo uno no agota lo otro.

Los estados límite no son lo mismo que el sujeto posmoderno, pero nos ofrece elementos para pensar la relación de la constitución del sujeto posmoderno y la subjetividad límite. La posmodernidad ofrece un campo de movimiento a la subjetividad que es similar a lo reconocido en los estados límite y a partir de ese cruce podemos intentar entender cómo la cultura condiciona al sujeto y cómo el sujeto produce una cultura. Este análisis deberá respetar la peculiaridad del sujeto posmoderno y de los estados límite de la personalidad, sin acoplar el uno al otro, sino más bien reconociendo esos puntos de empalme que antes mencionábamos.

Ahora bien, lo anterior supone la dificultad de pensar la modernidad y las transformaciones sociales, no desde un idealismo que perfeccione el pasado que ha sido *limpiado* por la represión de sus defectos. Este idealismo ampara discursos de tipo apocalíptico sobre el estado actual o compara el presente desde una vertiente deficitaria con el pasado, donde las cosas “sí funcionaban como debería ser”. Se trata de entender el cambio con efectos por determinar.

Se reconocerán así distintas posiciones, por un lado algunos discursos psicoanalíticos que revisaremos nos hablan de un cambio en el modo de hacer lazo -la caída de los ideales (Miller), declinación de la función paterna (Lebrun)-, planteamientos que se podrían ubicar en esta línea nostálgica. Por otro lado, existen otros elementos que nos hacen pensar en cambios pero no deficitarios –discurso capitalista (Lacan), tecnociencia (Alemán)- que nos muestran los efectos de malestar en un modelo de vínculo social desde un lazo que no cuenta con el límite. Así, Tort cuestionará esta idea de declinación paterna, lo que implica pensar los cambios sociales como expresión a determinar y no en el sentido de una devastación.

La dificultad se presenta al momento de intentar pensar lo presente no necesariamente midiéndolo con varas del pasado. El desafío es reconocer la peculiaridad del estado actual de la civilización y en un efecto de interpretación sobre esto, pensar sus efectos a futuro, junto con sus posibilidades de incidencia o de reordenamiento del lazo social.

Al modo como lo planteará Alemán, tendría que venir un nuevo significante amo que establezca otro modo de ser sujeto en la cultura, que reorganice el lazo social que estaría siendo cuestionado. Pero ese significante amo no lo podemos sacar de lo antiguo, no es restituir a un padre que supuestamente declinó, ni apelar a la tradición, ni a la religión que cohesionaba, ni siquiera pensar un modelo económico en el par capitalismo-socialismo, ya que nuevamente caeríamos en la búsqueda de restituir el pasado y no dar cuenta de lo presente en tanto futuro próximo.

En este contexto se presenta el cruce de la tecnociencia con el discurso capitalista con efectos en la subjetividad, efectos que deben ser pensados, ya que, si el efecto de la ciencia moderna era un *olvido* del sujeto, lo que se plantea en la tecnociencia es una *forclusión* del sujeto, incidiendo en la formación del sujeto basado en la prohibición.

En este punto interrogaremos al sujeto en la vertiente de la pulsión, no de la ley y la prohibición; de ser efectivo este ordenamiento social desde un discurso como el capitalista enlazado con la tecnociencia –discurso que por momentos reconocemos con claridad en la civilización actual con crisis económica mundial, imperativos científicos de “verdad” incuestionable, grupos extremistas religiosos y terrorista que cuestionan el lazo social, etc-, tendríamos que pensar cómo revisar al sujeto en su constitución y su relación al Otro de esta época.

Si se plantea que el discurso no opera en términos de la ley del deseo, nos encontramos con la cara del imperativo de goce (la toxicomanía es su mejor expresión), que conlleva efectos importantes a tomar en cuenta en la clínica actual.

Ahora bien, Freud plantea la pulsión de vida y pulsión de muerte enlazadas, y Lacan por su parte encuentra en su objeto *a* causa de deseo y plus-de-gozar, objeto que permite realcanzar el goce perdido a través de un deseo reglado. Estas uniones nos advierten que la expresión y manifestación de estas dos caras están enlazadas y debemos esforzarnos en distinguir los dos frentes en las manifestaciones culturales como en la expresión del síntoma.

Al revisar la problemática estará en juego el tema del padre, como declinación o mito de declinación, pero tendremos que estar atentos en distinguir los estatutos del padre, sus incidencias en el contexto actual, y sus efectos en la supuesta feminización de la cultura. En este sentido tener claro que la condición social-histórica del padre, se distingue de la función paterna y de la metáfora paterna.

Así al revisar el cruce entre las transformaciones sociales y la subjetividad, nos encontraremos con la temática de la mujer y la feminización de la cultura. Debemos estar advertidos que lo femenino es distinto que mujer y que madre, ya que distintos autores trabajarán el tema, pero por momentos confundiendo o superponiendo lugares.

En este contexto goce femenino no alude a una debacle sin límite, sino gozo del vacío, pero para Lacan el vacío es el objeto *a* en tanto recorte de un vacío, borde del vacío. Sí el falo nos ofrece una respuesta al vacío y orienta en el vacío, de algún modo lo femenino va más allá en el goce y supone el gozo en el vacío mismo, más allá de lo que vela el falo. ¿Eso es sin límite?, ¿Ese hueco recortado es la nada?. La posición no-todo de lo femenino es una posición suplementaria del todo fálico masculino, no hace complemento por lo que no hay relación sexual (masculino y femenino no suman 1), pero tampoco supone anular lo masculino, es un más allá desde la castración.

Esta problemática cobra importancia a la luz de los cambios sociales, de roles y ordenamientos entre hombres y mujeres en el último tiempo. Pero cuando se cuestiona la incidencia de la función paterna, como lo hará Tort, quizás se deba a que no se está apuntando a quién va dirigida esa función. Junto con el hijo va dirigida a la madre, madre que no es lo mismo que ser mujer. De este modo cobra relevancia distinguir madre-mujer-

feminidad, en tanto la función paterna se dirige a la madre para llevarla a su feminidad, para que la mujer ubicada en la maternidad o ejerciendo una función materna no se agote en lo materno. Lo femenino no se reduce a lo materno, no es lo mismo, el goce femenino nos habla de una posición que no se satura con la relación madre-hijo, sino un goce silencioso que cuestiona esa matriz.

Si a lo largo de la historia se intentó a momentos homologar mujer con madre – Freud mismo cae de algún modo en este error en parte-, Lacan intenta apuntar hacia lo femenino que es no todo fálico. El hijo en Freud seguiría esa equivalencia simbólica pene=hijo, por lo que la salida freudiana al Edipo en la mujer no es una salida en tanto tal.

Así, apuntar con la función paterna a mover a la madre de ese goce fálico con el hijo, no habla de un “machismo”, ni de una idealización de lo paterno, sino más bien abre el debate sobre femenino más allá de la maternidad.

Este cruce cobrará importancia en el estado de la civilización actual a la luz de los cambios sociales de roles. Nos habla del lugar psíquico-simbólico que se le atribuye a la posición femenina, respuesta que, en la teoría psicoanalítica, está aun por constituirse. En este sentido cuando se propone una feminización de la cultura y se establecen propuestas confusas en torno a esto, quizás se deba a una confusión entre madre/mujer/goce femenino, posiciones que deberán ser aclaradas.

4. Objetivos.

General:

- Entender la estructura y el funcionamiento de los estados límites en Psicoanálisis, a partir de los aportes del psicoanálisis de orientación lacaniana a la luz de las transformaciones sociales y sus efectos en la subjetividad.

Específicos:

- Revisar la problemática de la noción de límite o borde en psicoanálisis a propósito de la constitución del sujeto, desplegando un campo de desarrollo para el análisis de los estados límites de la personalidad.
- Analizar las concepciones de estructuras clínicas en la medida de poder distinguirlas con el fenómeno límite a la luz de Sigmund Freud y Jacques Lacan.
- Efectuar una revisión de la literatura acerca de los estados límites desde una mirada histórica, poniendo en evidencia la evolución del concepto dentro del psicoanálisis y la psiquiatría moderna.
- Revisar las posturas dentro de la orientación lacaniana, frente al fenómeno de los estados límites en función de su aporte y novedad con respecto a la mirada clásica del psicoanálisis.
- Analizar la relación entre transformaciones sociales y psicopatología en psicoanálisis de orientación lacaniana.
- Analizar el cruce de las transformaciones sociales y el surgimiento de los estados límites en el contexto de la posmodernidad.
- Analizar algunas consecuencias psíquicas de las transformaciones sociales para la subjetividad.

5. Método.

La presente tesis doctoral se enmarca dentro del Psicoanálisis, tomando aspectos de las Ciencias Sociales y la Clínica. Se encuadra dentro de la línea de investigación del doctorado en Filosofía, "*Psicopatología y clínica psicoanalítica*". Es una tesis teórica, que intenta releer la problemática de los estados límite (borderline) desde la orientación dejada por Jacques Lacan. Para ello, se hará un análisis teórico bibliográfico de textos psicoanalíticos, sociológicos, antropológicos y filosóficos, buscando dar cuenta de la problemática señalada, de un modo descriptivo cualitativo, a partir de la revisión sistemática de la literatura existente desde una mirada psicoanalítica.

Una primera necesidad para el desarrollo de este trabajo es pasar de una concepción discreta de la estructura, en términos de todo o nada, a una concepción compleja, en términos de una serie de pasos no necesariamente causales ni cronológicos que se superponen en la constitución del sujeto.

Consecuentemente con esta postura, se desprende una segunda necesidad, y es acceder a la última enseñanza de Lacan, orientada por el nudo de borromeo, como condición necesaria para ampliar la noción de estructura y llevarla a un campo que permita una flexibilidad conceptual, pero que no carece de rigurosidad.

Se buscará poder hacer una lectura del estado de la civilización, pero desde el psicoanálisis, es decir, una lectura original que no signifique una mera aplicación de conceptos, ni tampoco una mera importación de propuestas sociológicas, médicas o antropológicas, que no den cuenta de la mirada psicoanalítica. Pensar los fenómenos

sociales desde el propio psicoanálisis, a partir de sus herramientas teóricas, pero integrando otros marcos referenciales, de tal modo que no se desvirtúe o simplifique el fenómeno, ni que implique aplicar conocimientos de otras fuentes que opaque la lectura psicoanalítica, o más bien, que no contemple el aporte peculiar y particular de cómo el psicoanálisis lee estos hechos.

Se tendrá el cuidado de pensar la relación entre las transformaciones sociales y la subjetividad, en términos de no hacer atribuciones causales sin los reparos que esto conlleva. A su vez, poder separar lo propiamente subjetivo, en términos de sus efectos en la constitución y el devenir del sujeto, de modificaciones sociales que suponen un arreglo novedoso de la subjetividad, pero enmarcado en los constantes cambios a los cuales está sometido. Intentaremos distinguir lo que es propiamente histórico de lo psíquico, asumiendo de antemano que las modificaciones de distribuciones sociales –por ejemplo de roles- no necesariamente llevan consigo un cambio en el psiquismo. La relación no es causal y unidireccional, sino que implica relaciones más complejas, en la medida de que juegan identificaciones, arreglos pulsionales, dinámicas deseantes, etc.

Se intentará revisar la interacción del campo de posibilidades de la modificación en la subjetividad, con ciertos valores o factores permanentes o estructurales del sujeto. Se pone en juego la interrogante respecto a qué, cuánto y cómo es posible pensar cambios profundos en la subjetividad a partir de modificaciones en la cultura. Buscando pensar las transformaciones sociales y el sujeto en paralelo, pero a su vez con el telón de fondo que aporta el psicoanálisis a propósito de elementos estructurales y sustanciales de la subjetividad como es el complejo de Edipo, las pulsiones, el deseo, los procesos identificatorios, etc.

Por último, a modo de aclaración, quisiera expresar mi posición ética para establecer una reflexión teórica como la que se intenta en esta tesis; en tanto un trabajo interrogativo de los postulados teóricos en psicoanálisis nunca se desenganchan de una experiencia. Es decir, intentar indagar en conceptos y desarrollos teóricos no tiene otro fin que poder dar cuenta de un modo más acabado –aunque nunca definitivo- de la experiencia analítica compuesta por el analista y analizante. Explorar la teoría supone extraer las consecuencias de los postulados en cada momento, es un desarrollo dinámico que confronta el saber inacabado con lo real de una experiencia en un momento histórico determinado. Esta combinación ofrece pliegues y repliegues, cruce de conflictos inconscientes sustentados por un entramado cultural que ofrece las herramientas para su despliegue.

Si bien el avance del saber en psicoanálisis –y quizás en toda disciplina- supone tener que arriesgar en certeza para obtener incertidumbre, como medio necesario para extraer respuestas; este movimiento no implica destronar pilares argumentativos ni tener que prescindir de postulados básicos. Sino más bien contemplando el desarrollo teórico hasta ese momento, desplegar nuevas consecuencias y deducción con elementos existentes, de tal modo que el resultado ya transforme los dispositivos iniciales. En otras palabras, contemplando las bases sentadas por Sigmund Freud y Jacques Lacan (aunque siempre podemos agregar otros autores), combinar posiciones, tensar argumentos, cambiar perspectivas, con el fin de dar un paso más.

Ahora bien, cuando intentamos abordar temas resistidos, negados u olvidados como pueden ser los estados límites de la personalidad, necesariamente tendremos que

flexibilizar posiciones, explorar sin prejuicios y extraer conclusiones de lugares que no necesariamente toleran esos movimientos. Por ejemplo interrogar las estructuras clínicas, pensar una castración secuencial, revisar las manifestaciones de gozo opuestas al deseo, contemplar una incidencia de la cultura de un modo diferente a la trama Edípica neurótica, etc.

Lo anterior tiene el riesgo de flexibilizar tanto los conceptos que en definitiva ya no cumplan con su función y se transformen en algo distinto, es un riesgo que debemos estar advertidos y preparados, en tanto se debe seguir con la rigurosidad para mantener una estructura básica. Pero no con el pragmatismo que impida cualquier cuestionamiento sino, más bien, con una mirada crítica y deductiva, que ofrezca extraer consecuencias inesperadas, pero quizás existentes como potenciales en la misma lógica interna que ofrece la estructura conceptual del psicoanálisis. Es decir, hacer evidentes resultados deducibles, pero que no se encuentran transparentados hasta ese momento.

6. Línea de trabajo y síntesis.

El presente trabajo al enmarcarse dentro del psicoanálisis, contempla como sustento teórico, las propuestas de Sigmund Freud. Para este fin se han revisado distintos textos, tanto a nivel de las estructuras clínicas, como conceptos fundamentales y elaboraciones que abordan la problemática del vínculo social. Junto con lo anterior, hemos complementado la mirada freudiana con los aportes de Jacques Lacan, los cuales, si bien contemplan sus concepciones iniciales, los hemos contrastado principalmente con textos de su última enseñanza.

Además, se ha revisado la visión clásica de lo borderline con los principales autores post freudianos que trabajan el concepto (Winnicott, Balint, Kernberg, Kohut, entre otros), extrayendo sus consecuencias y conclusiones. A modo de contraste, y para poder establecer un contrapunto con la posición de estado límite de la personalidad, revisamos, de la orientación lacaniana, tres posturas representativas de tres escuelas diferentes (Miller, Amigo, Rassial), cada postura refleja un trabajo autónomo, que no necesariamente pretende una conectividad con otras posturas de la orientación lacaniana.

Por último, para poder lograr una revisión de las transformaciones sociales en un cruce con la subjetividad, hemos integrado la visión de la sociología, antropología, filosofía política, psicología social, entre otras disciplinas. Todo lo anterior desde una mirada psicoanalítica que integre estas concepciones, pero mantenga la independencia respecto a estas posturas, en el sentido de no adscribirse necesariamente a la mirada de otras disciplinas sin tener un filtro psicoanalítico de por medio.

El recorrido de esta tesis ha quedado establecido en primer lugar por una revisión de la concepción de estructura clínica y el concepto de límite en psicoanálisis, como modo de poder asentar unas bases que permitan revisar un fenómeno que cuestiona las divisiones clásicas y se mueve por el borde de los conceptos.

A continuación se ha dividido el trabajo en tres capítulos y conclusiones:

1. **Capítulo I.** Se observará el surgimiento del fenómeno en su carácter histórico ligado a la experiencia clínica; luego se revisará la propuesta estructural establecida por Sigmund Freud a lo largo de su obra, quien contempla dos grandes estructuras clínicas y deja esbozada una tercera. A continuación revisaremos tres conceptos fundamentales que delimitan las estructuras clínicas, para así intentar definir las tres grandes estructuras neurosis, psicosis y perversión, ofreciendo una contrapartida de lo propuesto para el funcionamiento *límite (borderline)*. A propósito de este último punto, haremos un breve recorrido por el psicoanálisis para observar lo problemático en la aprehensión de esta experiencia clínica novedosa, la cual plantea dudas y dificultades, siendo esquiva su definición. Reconociendo la importancia de la psiquiatría en el desarrollo del concepto, veremos qué ha ocurrido al interior de esta disciplina, sus equívocos y desarrollos; para, en el siguiente punto, intentar proponer una definición de lo *límite* que oriente nuestra comprensión a partir de establecer los ejes fundamentales existentes en esta problemática. En este contexto, se pondrá en juego las distintas visiones del fenómeno al interior del psicoanálisis, identificando los puntos problemáticos en donde se logran aunar posturas o separar posiciones.
2. **Capítulo II.** Buscará ofrecer tres posturas de lo *borderline* desde la orientación lacaniana entendidas bajo el concepto de estados límites de la personalidad como

respuesta diferente a lo borderline. Comenzando con los trabajos de la Asociación Mundial de Psicoanálisis desarrollados por Jacques-Alain Miller y colaboradores, bajo el concepto de **Psicosis Ordinaria** se ofrecerá una postura novedosa de la tratar la psicosis la cual englobaría parte del campo borderline. A continuación revisaremos la postura de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, representada por Silvia Amigo quien trabaja la hipótesis del **fracaso en la constitución del fantasma en los sujetos borde**, esta posición pondrá a los sujetos límites cercanos a la neurosis, pero con diferencias radicales y estructurales. Por último ofreceremos la mirada de la Asociación Lacaniana Internacional desarrollada por Jean Jacques Rassial, a la luz de su trabajo sobre el **estado límite y su sinthome**, quien contempla el estado límite como una posición detenida de la estructura antes de un establecimiento definitivo.

3. **Capítulo III.** En este apartado, buscaremos reflexionar sobre las transformaciones sociales del siglo XX en un cruce con la subjetividad. Comenzaremos por establecer un cierto contexto de la subjetividad en la posmodernidad, en su modo de producir un sujeto y fomentar cierto vínculo. De este modo pasaremos a revisar el punto de partida del psicoanálisis al abordar el cruce individuo y cultura presentado por Freud en su trabajo de 1930, *El Malestar en la cultura*. Luego revisaremos la hipótesis ofrecida por J-A. Miller y E. Laurent, de la inexistencia del Otro en el estado actual de la civilización, con las consecuencias principales en el modo de gozar. El siguiente punto que movilizará este capítulo es la interrogante respecto a la declinación de la figura paterna y la intromisión de la Ciencia, a la luz de los estados límite desarrollado por J.P. Lebrun, quien estima la existencia de un socavamiento en la figura del padre con efectos directos en el registro simbólico. Este punto será complementado y contrarrestado en el siguiente punto, con una

revisión del discurso capitalista y sus efectos en los sujetos a partir de la fusión con las tecnociencias, como propuesta de un malestar diferente al presentado por Freud. Por último se ofrecerá el contrapunto propuesto por M. Tort, quien cuestiona la supuesta declinación e interroga el mito del padre en psicoanálisis y la posmodernidad.

4. **Conclusiones**. Se ofrecerá una reflexión final y síntesis de los principales puntos extraídos de este trabajo, como así también una integración de los distintos capítulos.

ESTRUCTURAS CLÍNICAS Y LÍMITE EN PSICOANÁLISIS: ANTECEDENTES PARA UN RECORRIDO.

Trabajar el concepto de Estado Límite supone una complejidad inicial, en tanto interroga las nociones de estructuras clínicas en psicoanálisis y sus concepciones de límite o borde. En este sentido supone pensar al sujeto, como así el despliegue y constitución de la subjetividad, en lugares o momentos no abordados tradicionalmente por el psicoanálisis.

En cierto sentido cuestiona la noción tradicional de estructura clínica, en sus divisiones clásicas de neurosis, psicosis, perversión; como así también implica reflexionar sobre el límite de estas concepciones y el sujeto que se desprende de ese lugar de borde.

Para esta tesis doctoral debemos estar advertidos que dentro de la teoría psicoanalítica no existe una concepción única de las estructuras, sino más bien diversas representaciones de los tipos clínicos con los que se encuentra todo analista. Cada una de estas representaciones conlleva un ejercicio clínico y teórico diverso, es más, se podría decir que no existe un solo psicoanálisis, sino varios tipos de psicoanálisis a la luz del abordaje que se realice de la concepción de esta noción clave para el trabajo clínico.

Junto con lo anterior, están en juego distintas representaciones del límite de la estructura, modos de comprensión implícitos la mayoría de las veces, que plantean diferencias en las posiciones. Por ejemplo, la división neurosis, psicosis, perversión es una lectura de Jacques Lacan a propósito de leer la obra de Sigmund Freud, este último más bien trabajaba con neurosis y psicosis con sus respectivas divisiones internas

(histeria, neurosis obsesiva, paranoia, etc.) y al final de su obra apunta hacia la perversión. Como veremos a lo largo de este trabajo, pensar lo borderline o estados límites supone interrogar la lógica interna en juego en los distintos autores y extraer sus consecuencias.

Es importante destacar que la concepción de estado límite no forma parte de la propuesta de Freud ni Lacan, ambos trabajan con tipos clínicos (neurosis, psicosis, histeria, obsesión, fobia, paranoia, etc.) y de la obra de Freud se desprende una lógica de estructura clínica, pero la concepción de estructura clínica no es una referencia explícita freudiana.

Como señala Alfredo Eidelsztein² se suele atribuir a Lacan la idea de estructura clínica, pero a lo largo de toda su obra nunca es nombrado como tal el concepto, aunque sí se encuentra la noción de *estructuras freudianas*. Ahora bien, es claro y explícito el trabajo que realiza Lacan sobre la concepción de estructura, pero en toda su enseñanza utiliza eso sí términos como estructura histérica, estructura obsesiva, estructura psicótica, etc, pero como señalábamos no usa estructura clínica.

Precisamente del trabajo realizado por Jacques Lacan encontramos toda una lógica estructural fundamental para la clínica, la cual intenta rescatar esta lógica interna de la propuesta freudiana. De ahí que se proponga que la noción de estructura clínica como concepción lógica, estaría presente en Freud al modo de defensa tipo que distingue a cada una de las estructuras, como veremos en el capítulo I.

² Eidelsztein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Vol.II*. Buenos Aires: Letra Viva.

Si la noción de estructura alude a la relación de los elementos entre sí en una lógica interna, como señala Joël Dor³, la primera interrogante es si el concepto de estado límite cumple con ese criterio. Nos encontraremos de este modo con el debate al interior del campo psicoanalítico, a propósito de si los estados límites constituyen una cuarta estructura; o es un estado pasajero de las otras tres estructuras clínicas (neurosis, psicosis, perversión); o por último, es otra estructura que engloba la perversión dejando la división entre neurosis, limítrofes y psicosis.

Este debate cobra relevancia dependiendo de la orientación psicoanalítica que utilicemos. Como veremos, para algunos post-freudianos es una estructura como la neurosis y la psicosis (O. Kernberg), para algunos lacanianos tendría que pensarse como hipótesis de cuarta estructura (S. Amigo), u otros lacanianos es un estado permanente del sujeto mas allá de la división estructural (J. Rassial).

Lo que está en juego implícitamente en este debate, es la concepción de límite con que se trabaja, ya que se puede pensar las estructuras clínicas como un continuo progresivo (Kernberg y *Psicología del yo*) en donde las diferentes estructuras colindan unas con otras, siendo el límite una línea divisoria que supone una separación por medio de cantidad de algún elemento (más o menos pulsión de muerte, objeto más o menos logrado, etc). De este modo, a partir de los elementos con que se cuente en función de cantidad, se “caerá” en una u otra estructura, las cuales están ligadas continuamente, formando sujetos con elementos mixtos, por ejemplo neurosis con núcleos psicóticos.

³ Dor, J. (1997). *Introducción a la Lectura de Lacan*. Barcelona: Gedisa.

Otro punto de vista es pensar los límites como excluyentes, en donde cada estructura no comparte punto de conexión con otra. La primera propuesta gráficamente se podría representar como una línea continua con dos cortes que separa tres espacios, donde existe conexión de un lugar con otro, compartiendo elementos en función de la cantidad; a su vez la segunda propuesta se puede representar como tres esferas separadas donde los límites no conectan unos con otros.

Lo anterior no supone en ningún caso que un sujeto pueda pasar de una estructura a otra, es decir, que una vez establecido la estructura clínica de un sujeto, con sus límites lógicos internos, no se podrá cambiar de estructura ni por sucesos vitales ni procesos psicoterapéuticos. Para todas las orientaciones psicoanalíticas, la estructura de personalidad es fija, sólo se puede lograr reacomodos internos en un sujeto en función de sus características; son “entidades nosográficas estables”⁴. Aunque es cierto que la primera propuesta plantea una continuidad entre las estructuras y la segunda una discontinuidad estructural entre ellas.

La noción de “estructuras clínicas” pone en relieve el problema del diagnóstico que orienta la cura, ya que dependiendo de la estructura que establezcamos en un sujeto, se planteará un trabajo muy distinto en cada una de ellas; este trabajo afectara la posición del analista y las intervenciones que se desplieguen de ese lugar. De esta manera se genera un conflicto para el ejercicio clínico, ya que por un lado se exige la posición de “docta ignorancia” que necesita el trabajo analítico y por otro está la necesidad de establecer directrices estructurales para una cura. En este sentido, el apuntar a un

⁴ Dor, J. (1991). *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa, p.12.

diagnóstico estructural, puede ser obstáculo para el trabajo si no estamos abiertos a las sorpresas que nos depara el inconsciente.

Se desprende del punto anterior, una discusión en torno a si los estados límites suponen un suspenso en la estructura, es decir, si el concepto mismo de estado límite cuestiona la lógica estructural en tanto pone a prueba la posibilidad de un diagnóstico de estructura; o por otra parte, si lo que nos muestran esos sujetos es precisamente una indeterminación estructural. De otro modo, si lo que estará en juego es precisamente la dificultad de estar en la estructura al modo tradicional como se ha comprendido las estructuras clínicas especialmente desde la orientación que nos deja Lacan.

De cualquier modo, la discusión respecto a lo borderline ha girado en torno a un supuesto funcionamiento intermedio entre neurosis y psicosis, funcionamiento que contemplaría elementos de las dos estructuras y a su vez compartiría sus bordes estructurales en el sentido de superponer esos bordes.

Otra posición de la discusión es si los pacientes de este tipo, son el resultado de una subjetividad al borde de cada estructura, es decir, en sus límites de funcionamiento (ejemplo, neurosis graves, psicosis no desencadenadas, etc.). O por otra parte, se propone que estos sujetos son el resultado de una indeterminación estructural, cuando no logra cerrarse del todo la estructura y establecer sus límites claros.

Por último (aunque podríamos seguir dando ejemplos), se plantea si los estados límites son una subjetividad que cuestiona los límites tradicionales con que se estructuraba el sujeto a comienzos de siglo pasado.

Cuando pensamos estas posiciones, lo que implícitamente estamos interrogando – como señalábamos- son las concepciones de límite que articula cada punto de vista. El límite puede ser entendido como una línea divisoria que genera continuidad, conectando los espacios. O también como un borde excluyente al modo como lo trabaja Lacan en su Seminario 18 a partir de la idea de litoral como algo distinto a una frontera franqueable, “el litoral es lo que establece un dominio que se convierte, si quieren, en frontera para otro, pero justamente porque no tiene absolutamente nada en común, ni siquiera una relación recíproca”⁵. La frontera mantiene una idea de continuidad de registros, lo litoral alude a dos dimensiones heterogéneas, donde no hay terreno común que se pueda integrar de manera homogénea. Esta concepción de límite implica que entre los lugares colindantes no hay elementos a compartir.

También el límite puede ser pensado como “frontera de países”, en el sentido de un espacio intermedio que pertenece y no pertenece a esas dos dimensiones; en la frontera entre dos países, el espacio que separa el hito de cada país -podemos decir- no es de ningún país o pertenece en último caso a los dos países.

Por último -aunque no es la última manera de representar el tema- como lo propone Eugenio Trias⁶, el límite como un espacio de frontera de dos caras que ofrece una permeabilidad de cada cara hacia este espacio fronterizo (cerco fronterizo) que forma a su vez un nuevo espacio con elementos de las dos caras, pero que no es específicamente lo mismo que cada una de las caras, es un tercer espacio. Es un espacio

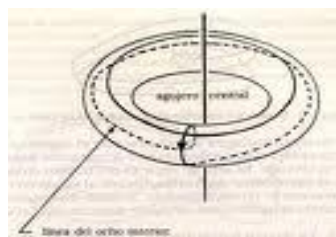
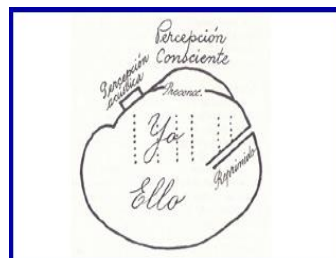
⁵ Lacan, J. (2009). *El seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante, (1971)*. Buenos Aires: Paidós, p.109.

⁶ Alemán, J., Larrera, S., Trias, E. (2004). *Filosofía del límite e inconsciente. Conversación con Eugenio Trias*. España: Editorial Síntesis.

de conjunción / disyunción que produce reunión y separación de los dos campos. Ahora bien, para Trias es claro en psicoanálisis que:

“El límite es condición de vida. Se halla situado al filo de la vida y la muerte; pone a prueba la vida, al confrontarlo con su *sombra*; pero a su vez impide que *Tánatos* se adueñe definitivamente de nuestro ser y existir”⁷.

Esta problemática cobra importancia ya que tanto en la tópica freudiana como en la topología lacaniana estará en juego el sujeto y sus límites. En Freud el individuo está separado del mundo externo con membranas permeables (esquema del “Huevo” como esfera que representa el ser) y en Lacan el sujeto cuenta con un centro vacío que constituye una nada limitada interior en un agujero central (esquema del “Toro”).



En este sentido podríamos señalar que en Freud y Lacan existen concepciones diferentes del sujeto y la estructura, aun más, en el mismo Lacan encontramos la estructura representada por el fantasma (fantasía inconsciente freudiana) y en otro momento por el nudo borromeo, como representaciones diferentes del sujeto (aunque no sean excluyentes).

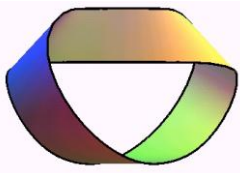
Pese a las diferencias señaladas, para el psicoanalista Alfredo Eidelsztein⁸ la dimensión inconsciente de Freud es lógica (tanto en la primera como en la segunda tópica) y no espacial, aunque se encuentren ejemplos de una psicología de las profundidades (inconsciente como ciudad sobre ciudad más antigua, metáfora del analista

⁷ Ibid, p.44.

⁸ Eidelsztein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Vol.I*. Buenos Aires: Letra Viva.

como arqueólogo, etc.) que tienen que ver más con expresiones de la época que con una proposición ético-técnica.

Siguiendo estas distinciones en las estructuras clínicas en Freud y Lacan, Freud concibe al sujeto como un individuo aunque con una división interna (conciente-inconsciente); que es diferente al sujeto lacaniano dividido por el significante en un encuentro con el deseo del Otro y en una constitución -como la señalábamos- de vacío interior (representada por la figura topológica del Toro en Lacan).

A su vez, la representación de sujeto en Lacan contempla este centro agujereado, pero en el cual se elimina la idea de interioridad e identidad, utiliza para ello la figura de lo *extimo*, en donde lo exterior e interior se funden en una sola posibilidad. Esta figura lo presenta con la figura topológica de *banda de Moebius*, figura que muestra como una banda de dos caras  aparentemente solo cuenta con una al momento de realizar el recorrido a través de ella, eliminando la posibilidad de un recorrido externo y otro interno a la banda.

Como vemos en el mismo Freud y Lacan ya hay distinciones importantes respecto a la noción de estructura y sujeto, por lo que no es de esperar menos en sus seguidores.

Cuando trabajamos con la concepción de estructura clínica, existe el riesgo de entender la estructura como cuadro clínico donde existiría el caso de referencia (ejemplo: Ana O., para la histeria, *hombre de las ratas* para la neurosis obsesiva, etc.) y el resto de los casos serían meras analogías, dice Eidelsztein⁹. Por otra parte, también se puede

⁹ Ibid.

caer en desarrollar una psicopatología que establezca lo patológico a partir de determinar una norma, eliminando la diversidad entre cada sujeto y anulando la lógica de las estructuras.

Una lógica de las estructuras clínicas como lo propone por ejemplo Eidelsztein a partir de la división entre Intervalo y Holofrase en función de una lectura de Lacan, puede llevar a “el rechazo de las nociones de *borderline*, núcleos psicóticos y forclusiones parciales: la lógica del cuadro implica la ley del *todo o nada* de sus elementos discretos, impidiendo la concepción de cuadros mixtos. Aunque no se debe olvidar que se exige aceptar incluir un *no saber*, respecto de muchas otras modalidades del padecer subjetivo”¹⁰. Pero el mismo autor nos recuerda que “no todos los sujetos hablantes quedan incluidos en alguna de las estructuras clínicas: la estructura de la clínica engloba a las estructuras clínicas, no a los sujetos”¹¹.

Es decir, una lógica estructural por muy rigurosa que sea, no incluye todos los tipos de casos existentes, quedando toda una gama de sujetos que aun no encuentra un lugar lógico; más aún se puede señalar que “no-todo sujeto determinado por la metáfora paterna es neurótico (puede ser perverso, caracterópata, adicto, loco, etc.)”¹², aspecto que cobrará mucha relevancia al momento de poder pensar los estados límites de la personalidad, ya no como una figura mixta a lo *borderline*, si no como un funcionamiento propio que aun no encuentra su lugar lógico.

Así, queda todo un campo de investigación en el psicoanálisis y especialmente el de orientación lacaniana sobre esta expresión de la subjetividad que inicialmente se ha

¹⁰ Ibid, p.77.

¹¹ Ibid, p.50.

¹² Ibid, p.51.

denominado *borderline*, pero que aun no encuentra su lugar teórico en el psicoanálisis lacaniano (Lacan intenta darle un lugar a un numero de manifestaciones diversas a partir del término de locura).

En definitiva, trabajar la noción de estado límite supone un camino sobre campos sinuosos, en función de la concepción de estructuras clínicas en psicoanálisis y las distintas representaciones del límite con que se trabaja. Ésta tensión se reconoce tanto si miramos la obra de Freud como la de Lacan, y cobra aun más relevancia cuando revisamos la visión de sus sucesores.

La advertencia sobre la dificultad que conlleva esta revisión, no debe significar detenernos en el trabajo, sino más bien estar atentos a las lógicas implícitas y explícitas sobre las cuales trabajarán los distintos autores que revisaremos a lo largo de este trabajo. Por último, poder dilucidar con estos elementos la posibilidad de atribuirle un lugar a la noción de estado límite -lugar que sea coherente con la noción de estructura clínica-, supone llevar al límite las proposiciones y ver sus resultados.

Pero recordemos que el ser hablante se constituye en el límite de la palabra, como señalan Jorge Alemán y Sergio Larriera, “la producción de sentido está contaminada por el sin-sentido”¹³, no hay plenitud de sentido, es decir, no hay sentido pleno. Habitar el límite es una manera peculiar de estar en la lengua, por lo tanto, desde un comienzo nos movemos por terrenos *pantanosos*.

¹³ Alemán, J., Larriera, S., Trias, E. (2004). *Filosofía del límite e inconsciente. Conversación con Eugenio Trias*. España: Editorial Síntesis, p.92.

I. EL FENÓMENO DE LOS ESTADOS LÍMITES (BORDERLINE).

*“Los límites del yo no son rígidos,
lo más estable ya se presta para cuestionar su orden y claridad”*

Sigmund Freud, 1930

El malestar en la cultura

1. Introducción.

Desde finales de 1970 y comienzo de la década 1980, tanto psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas se preguntan sobre una nueva clínica que los convoca. La emergencia de una psicopatología peculiar y particular - distinta a la presentada por los pacientes de principio de siglo, con los cuales surgió el psicoanálisis, se desarrolló la psicología clínica y se unificaron diagnósticos en la psiquiatría, - ha generado una amplia discusión y trabajo.

Surge un tipo de paciente que no encaja con la nosología clásica del psicoanálisis. Cuadros de manifestación ambigua, que no enlazan con las grandes estructuras desarrollada por Freud y continuada por sus sucesores. Los límites entre la psicosis y la neurosis se difuminan, se presentan pacientes con sintomatología diversa, generando una serie de dudas respecto a la estructura de base y su diagnóstico, con las consecuencias clínicas y teóricas que esto conlleva.

Es en este contexto surge la pregunta por estos estados, llamados **Límites, Borderline, Limítrofes, Fronterizos, etc.** Como señala Jean-Jacques Rassial, “esta figura clínica que nos propusieron primero la psiquiatría y el psicoanálisis anglosajón bajo el nombre de **Borderline**, vale al menos por su exactitud descriptiva del sujeto moderno,

sustraído tanto a las clasificaciones clásicas de la semiología psicopatológica tradicional como a una clínica estructural psicoanalítica”¹⁴.

Estamos hablando de pacientes con manifestaciones polisintomáticas poco precisas, estados depresivos difusos, expresiones tanto psicóticas como neuróticas, cuadros de impulsividad, trastornos en la alimentación, toxicomanías, etc. Una expresión novedosa de la problemática psíquica, que de algún modo rompe con las orientaciones tradicionales del psicoanálisis, confundiendo y dificultando su aprehensión.

Las demarcaciones entre un cuadro y otro, siempre difíciles en el ámbito del psicoanálisis, tienden a difuminarse. Nuevamente, como fue desde sus orígenes con los casos de histeria en Freud, es el paciente quien se toma la palabra y habla con su cuerpo. Nos dice que algo distinto está ocurriendo y que el psicoanálisis debe escuchar, no solo por razones clínicas y psicopatológicas, ni tan solo por cuestiones relativas a la eficacia de la cura psicoanalítica; sino para contribuir desde su campo de experiencia a la tarea más general de las ciencias humanas de comprender la subjetividad humana en la historia.

¹⁴ Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión, p.9.

2. Surgimiento del fenómeno.

Los orígenes del psicoanálisis están ligados necesariamente a la histeria, presentándose este discurso ante Sigmund Freud como una intriga a resolver. De esta manera el psicoanálisis se impone como una solución a esta incógnita y al mismo tiempo una respuesta al saber médico de ese entonces.

Es el paciente quien se toma la palabra para mostrar algo del quehacer clínico que no responde a su pregunta, a su problemática, su padecer. El modelo de la asociación libre se lo impone a Freud su paciente, pero a su vez toda la construcción teórica desarrollada por el fundador del psicoanálisis responde al esfuerzo por dar cuenta de sus conflictos y resistencias en la experiencia clínica. De esta manera, es la escucha analítica la que deberá abrirse camino en este fenómeno nuevo que implica el inconsciente.

De igual modo, es algo propio de la experiencia clínica que despierta una nueva problemática en el análisis de los pacientes, buscando un nuevo saber que responda de alguna forma al padecer del sujeto. Es en este contexto donde empieza a surgir en el último tiempo una nueva problemática, la cual una vez más llama a la puerta de los psicoanalistas.

Una de las primeras noticias de este nuevo fenómeno se comienza a constatar ya en el año 1938 cuando el psicoanalista Adolf Stern “identificó un subgrupo de pacientes que no encajaban en los límites habituales de la psicoterapia ni en el sistema clasificatorio de la época, un sistema centrado básicamente en la división entre psicosis y neurosis”¹⁵.

¹⁵ Gunderson, J. (2002). *Trastorno límite de la personalidad, guía clínica*. Barcelona: Psiquiatría Editores, p.1.

La nosología de esa época lograba de alguna manera realizar dos grandes grupos clínicos. Freud en el legado de su obra deja enmarcado una división estructural entre neurosis y psicosis que responde a la problemática existente en ese entonces en la clínica. Pero como señala Stern, empieza a sentirse en el trabajo clínico una cierta variación, una emergencia de algo novedoso, distinto, a lo que llevaban habituados los psicoanalistas (y por que no decir la psiquiatría) hasta ese momento.

Es en este contexto donde surge el cuadro *Límite*, precisamente fue Robert Knight, a través de sus trabajos de 1953 (*“Psychoanalytic Psychiatry and Psychology”*) y de 1954 (*“Psiquiatría psicoanalítica, Psicoterapia y psicología médica”*), consideró que esta entidad nosológica lindaba no sólo con la frontera de la neurosis, sino también con la psicosis. Esta propuesta es la primera reconocida por la comunidad psicoanalítica, que plantea la existencia de este acontecimiento y la enmarca en la frontera de la neurosis y la psicosis.

Podemos agregar que Knight no amplía únicamente el termino “límite”, sino además constata que se trata de un estado permanente del sujeto, que no varía en el tiempo mayormente y que presenta una sintomatología diversa que –como señalamos– linda entre la psicosis y la neurosis, aludiendo de algún modo al surgimiento de una nueva categoría clínica, distinta a las ya existentes. Esto llevará a decir a André Green en la década de los 70 que, “si el histérico era el paciente típico de la época de Freud, el fronterizo es el paciente problema de nuestro tiempo, según observo Knight (1953) hace más de veinte años”¹⁶.

¹⁶ Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu, p.88.

Es así como se instala tanto en los servicios de salud públicos, como en las consultas privadas un tipo de paciente particular, que no respondería a los tratamientos clásicos del psicoanálisis para las grandes estructuras, ni tampoco a las clasificaciones psiquiátricas del momento. Lo presentado por Knight en la década de los cincuenta, ya en los setenta – ochenta es una realidad.

De esta manera se empieza a constituir en psicoanálisis (y la psiquiatría) un cuadro que se posiciona entre la neurosis y la psicosis, y como veremos más adelante, dependiendo de distintos factores se situará como nosología independiente o como una variación de las grandes estructuras en tanto su lugar lógico dentro de la teoría aún está en debate.

3. Las estructuras freudianas.

Para poder entender el fenómeno de lo *límite*, es necesario revisar sobre que estructuras se hace la distinción o el contrapunto de este funcionamiento en el psicoanálisis. En este sentido, Sigmund Freud a lo largo de su obra establece dos estructuras clínicas diferentes Neurosis y Psicosis, las cuales desarrollara por mas de cuarenta años, buscando su lugar a partir de las defensas y dinámicas inconscientes existentes en cada una.

A su vez, deja establecido un tercer funcionamiento, la Perversión, como algo distinto a la neurosis y psicosis, si bien comparten características, queda claro su diferencia en función de la defensa y conflicto inconsciente subyacente. Será necesario la introducción de la segunda tópica, y los cambios que conlleva este modelo para desarrollar lo referido a la perversión; pero, se puede decir eso sí, que es Jacques Lacan quien le dará un estatuto estructural y distinguirá las tres estructuras clínicas, desarrollando de un modo más preciso la perversión.

Revisemos lo propuesto por Freud, para comprender el fenómeno. En uno de sus primeros textos "*Neuropsicosis de defensa*" de 1894, ya advertía la diferencia de mecanismos propios en la neurosis histérica y la neurosis obsesiva, como así también de la psicosis. En ese momento une los tres funcionamientos señalando:

"Tuve oportunidad de intelegir algo sobre el mecanismo psicológico de una forma de afección indudablemente psíquica, y a raíz de ello descubrí que el modo de abordaje por mí intentado establece un enlace inteligiblemente entre estas psicosis y las dos neurosis"¹⁷.

¹⁷ Freud, S. (1894). *La neuropsicosis de defensa*. Buenos Aires: Amorrortu, p.47.

Recordemos que Freud en estos momentos está usando la nomenclatura clásica de la psiquiatría de ese entonces, que señalaba funcionamientos neuróticos y psicóticos, pero sin dar cuenta del mecanismo fundamental de cada uno, más bien, era un análisis descriptivo fenomenológico el que las distinguía.

Sus primeros trabajos, buscan esclarecer estas diferencias y poder otorgarle un lugar especial a cada afección a partir de un análisis interno del funcionamiento psíquico en cada caso. De esta manera, considera un mecanismo común en la producción del síntoma, uniendo a través de ese mecanismo propio, la neurosis obsesiva, la fobia y la histeria:

“La tarea que el yo defensor se impone, trata como *<non arrivé>* {<no acontecida>} la representación inconciliable, es directamente insoluble para él; una vez que la huella mnémica y el afecto adherido a la representación están ahí, ya no se les puede separar. Por eso equivale a una solución aproximada de esta tarea lograr *convertir esta representación intensa en una débil*, arrancarle el afecto, la suma de excitación que sobre ella gravita. Entonces esa representación débil dejará plantear totalmente exigencias de trabajo asociativo; *empero la suma de excitación divorciada de ella tiene que ser aplicada a otro empleo*¹⁸.

Así busca algún elemento distintivo que aclare la dinámica de base y a su vez empieza a darle un lugar privilegiado al afecto y la representación en términos de montos de excitación y representaciones adheridas.

Para la histeria, esa excitación se convertirá en conversión, en la neurosis obsesiva en representaciones obsesivas y en la fobia temor al objeto fóbico. Ahora bien, del mismo

¹⁸ Ibid, p.50.

modo en la psicosis, el yo intenta evadir la representación intolerable. En estos momentos, Freud alude a la defensa, como eje ordenador de las estructuras clínicas:

“El yo se arranca de la representación insoportable, pero esta se entrama de manera inseparable con un fragmento de la realidad objetiva. Esta última es a mi juicio la condición bajo la cual se imparte a la representaciones propias una vividez alucinatoria, y de esta suerte tras una defensa exitosamente lograda, la persona cae en confusión alucinatoria”¹⁹.

Sobre este último elemento -la defensa- años después Lacan pondrá énfasis al hacer la división de las estructuras clínicas a la luz de su modelo estructural. Pero a su vez, queda claro el intento freudiano en buscar una distinción interna que aclare la problemática psicótica y a su vez, diferencie de la neurótica.

En 1896, en su texto “*Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa*”, amplía lo expuesto dos años antes. Sintetiza su trabajo anterior de la siguiente manera:

“He reunido la histeria, las representaciones obsesivas, así como ciertos casos de confusión alucinatoria aguda, bajo el título de <neuropsicosis de defensa>, porque se había obtenido para estas afecciones un punto de vista común, a saber: ellas nacían mediante el mecanismo psíquico de la *defensa* (inconsciente), es decir, a raíz del intento de reprimir una representación inconciliable que había entrado en penosa oposición con el yo del enfermo”²⁰.

En su esfuerzo por ordenar la problemática, apunta a la represión de la representación insoportable, pero aun no se hace la distinción radical entre elementos neuróticos y psicóticos. Freud está intentando esclarecer el camino confuso que establecía la enfermedad moderna por excelencia la *neurastenia*, que se definía por el agotamiento nervioso resultado de la vida moderna. Sobre este campo busca dar con las

¹⁹ Ibid, p.60.

²⁰ Freud, S. (1896). *Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa*. B.A.: Amorrortu, p.163.

bases etiológicas inconscientes que reflejen la problemática, ubicando conceptualmente la neurosis y la psicosis.

En este punto, distingue la histeria y la neurosis obsesiva, a partir de la posición pasiva o activa con que se vivió la escena traumática de origen sexual:

“En la etiología de la neurosis obsesiva, unas vivencias sexuales de la primera infancia poseen la misma significatividad que en la histeria; empero, ya no se trata aquí de una pasividad sexual, sino de agresiones ejecutadas con placer y de una participación, que se sintió placentera, en actos sexuales; vale decir, se trata de actividad sexual”²¹.

Para Freud, el surgimiento de la afección tiene que ver con el fracaso de la defensa a partir del retorno de los recuerdos reprimidos, los cuales generarán la sintomatología característica con las defensas secundarias y las formaciones de compromiso. Por su parte, en la psicosis (paranoia) el mecanismo distintivo de las formaciones será la proyección, siendo el articulador del cuadro:

“En la paranoia, el reproche es reprimido por un camino que se puede designar como *proyección*, puesto que se erige el síntoma defensivo de la *desconfianza hacia los otros*; con ello se le quita reconocimiento al reproche, y, como compensación de esto, falta luego una protección contra los reproches que retornan dentro de las ideas delirantes”²².

Notamos que en este momento de la teoría, si bien, distingue entre neurosis y psicosis, las sigue aunando en una misma nosología a propósito de la defensa del conflicto. Será en sus textos de 1924 (“*Neurosis y psicosis*” y “*La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis*”), donde articulara de manera más acabada y definitiva estas

²¹ Ibid, p.169.

²² Ibid, p.183.

manifestaciones clínicas; distinguiéndolas y encuadrándolas cada una a partir del funcionamiento del yo en estas afecciones.

Junto con lo anterior, es a partir de la segunda tópica donde desarrollará con mayor profundidad lo referido a la perversión, en su texto de 1923, “*El Yo y el Ello*” comienza un desarrollo que culminará en 1938 con “*La escisión del yo en el proceso defensivo*”.

En estos momentos, ya ha introducido nuevos conceptos que generaron variaciones importantes en la teoría psicoanalítica; el paso del trauma real al trauma psíquico ya está operando y se ha instalado la segunda tópica con la división del aparato psíquico en tres instancias *Yo, Ello y Superyó*, cada una con sus características y funciones. Estas instancias le permiten esclarecer puntos que aun quedaban oscuros en su construcción teórica. En “*Neurosis y psicosis*”, señala:

“La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y el ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior”²³.

De esta manera, a la diferencia en la defensa, agrega una nueva postura respecto al conflicto a la luz de las instancias psíquicas. Si bien considera una etiología común para el desencadenamiento, establece mecanismos de defensa distintos en la neurosis – *represión*- y en la psicosis – *denegación*- que permiten pensar funcionamientos diferentes, más allá de la etiología común:

“La etiología común para el estallido de una psiconeurosis o de una psicosis sigue siendo la frustración, el no cumplimiento de uno de aquellos deseos de la infancia, eternamente indómitos, que tan profundas raíces tiene en nuestra organización comandada filogenéticamente. La frustración es, en su último fundamento, una frustración externa...”

²³ Freud, S. (1924). *Neurosis y psicosis*. Buenos Aires: Paidós, p.155.

Ahora bien, el efecto patógeno depende de lo que haga el yo en semejante tensión conflictiva: si permanece fiel a su vasallaje hacia el mundo exterior y procura sujetar al ello, o si es avasallado por el ello y así se deja arrancar de la realidad”²⁴.

Le da un lugar central a la reacción del yo frente al conflicto, como así también a los efectos psíquicos de este desenlace. En su texto *“La pérdida de realidad en la neurosis y en la psicosis”*, diferencia claramente entre la neurosis y la psicosis a propósito de la evasión de la realidad, en la neurosis a través del uso de la fantasía y en la psicosis con la creación del delirio:

“En la neurosis se evita, al modo de una huida, un fragmento de la realidad, mientras que en la psicosis se le reconstruye. Dicho de otro modo: en la psicosis, a la huida inicial sigue una fase activa de reconstrucción... la neurosis no desmiente la realidad, se limita a no querer saber nada de ella, la psicosis la desmiente y procura sustituirla”²⁵.

Cabe un lugar especial de esta manera, para el delirio y la fantasía respectivamente, señalando dos posiciones claramente diferenciables de salida frente al conflicto. Sobre este último punto, desarrollara lo que es la propuesta perversa –como veremos a continuación- la cual plantea una salida intermedia, radicalmente distinta a las dos anteriores, pero que toma un punto común en términos de la respuesta del yo frente al conflicto y la amenaza.

En estos momentos, apunta a la distinción de la neurosis y la psicosis tanto por el mecanismo de defensa, como de la restitución que se realiza. Ahora bien, aclara que se debe ser cauto en esta diferencia:

²⁴ Ibid, p.157.

²⁵ Freud, S. (1924). *La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis*. Buenos Aires: Amorrortu, p.195.

“El tajante distingo entre neurosis y psicosis debe amenguarse, pues tampoco en la neurosis faltan intentos de sustituir la realidad indeseada por otra acorde al deseo. La posibilidad de ello la da la existencia de un *mundo de fantasía*”²⁶.

A su vez, ya a finales del texto “*Neurosis y psicosis*” alude a la posibilidad del yo para acomodarse, buscando salidas intermedias, particulares y peculiares en cada sujeto. Esta situación será contemplada con mayor profundidad en sus textos de 1927 “*Fetichismo*” y 1938 “*Escisión del yo en el proceso de defensivo*”, que contemplarán una salida intermedia entre neurosis y psicosis, pero la cual será distinta a ellas generando su producción propia.

Se puede decir que a partir de la perversión y todo su desarrollo, es que las dos estructuras anteriormente desarrollada, cobran su especificidad; el contrapunto desplegado por Freud a propósito de esta estructura, permite a su vez esclarecer aun más el funcionamiento neurótico y psicótico a propósito de los ejes que se establecen en la perversión y las salidas diversas que tomará cada estructura.

Lo primero a señalar, es que la perversión tiene su origen psicoanalítico en las conceptualizaciones Freudianas acerca del desarrollo psicosexual del ser humano. Encontramos una primera definición en el diccionario de psicoanálisis:

“Desviación con respecto al acto sexual “normal”, definido como coito dirigido a obtener el orgasmo por penetración genital, con una persona del sexo opuesto. Se dice que existe perversión, cuando el orgasmo se obtiene con otros objetos sexuales (homosexualidad, paidofilia, bestialismo, etc.), o por medio de otras zonas corporales (por ejemplo, coito anal); cuando el orgasmo se subordina imperiosamente a condiciones extrínsecas (fetichismo, transvestismo, voyeurismo y exhibicionismo, sadomasoquismo); estas pueden incluso

²⁶ Ibid, p.196.

proporcionar por si solas el placer sexual. De un modo más general, se designa como perversión ...el conjunto del comportamiento psicosexual que acompaña a tales atipias en la obtención del placer sexual²⁷.

Esta primera definición, reduce la problemática perversa a un carácter normativo y primariamente genital, pero Freud (1923) concibe la perversión como la persistencia en la vida adulta de elementos de la actividad sexual infantil. El concepto evoluciona desde lo puramente biológico hacia lo psicológico al considerar que la perversión es producto de una pulsión parcial predominante.

Para Freud (1923), por tanto, la perversión sería un fenómeno del ello; una pulsión parcial que no se subordina a la genitalidad (recordemos que para Freud la conducta normal sería el coito heterosexual). Más tarde postula que, además, la perversión sería una defensa contra la angustia de castración.

Quizás la dificultad en la comprensión de la perversión como estructura clínica, surge de que los textos freudianos no establecen una clara distinción estructural entre la perversión y la neurosis, de este modo se puede llegar a una sobrevaloración imaginaria del fenómeno, algo que psicoanalistas post-freudianos continuaran y la psiquiatría mantendrá en sus bases.

De esta manera lo planteado por Krafft-Ebing (1895), *Psicopatía sexuales*, sobre la perversión como modos de relación sexual-coital- se puede mantener invariablemente hasta 1987, en el manual de psiquiatría DSM-III, por ejemplo la homosexualidad dentro de los Trastornos sexuales y de la identidad sexual (parafilias). Se puede plantear que es

²⁷ Laplanche, J. & Pontalis, J-B.(1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, p.272.

Jacques Lacan, quien establece el estatuto estructural de la perversión, des-imaginarizándolo, proponiendo un funcionamiento de la estructura subjetiva en relación al deseo, retomando su estatuto a nivel de la sexualidad y eliminando la faceta coital.

Para Freud la resolución adecuada del complejo de Edipo –que implicaría la represión de los deseos incestuosos, la identificación con el padre del mismo sexo y la subordinación de las pulsiones parciales a la genitalidad- daría como resultado el desarrollo de una sexualidad normal adulta. Si alguna de estas pulsiones parciales es tan fuerte que no logra reprimirse ni subordinarse a lo genital, estaríamos frente a una sexualidad adulta perversa, en cuanto seguiría predominando en ella lo infantil, que es por naturaleza perverso polimorfo. Así, en la perversión, el mecanismo de la represión no funcionaría adecuadamente.

Además, el contenido de los actos perversos es el mismo que las fantasías inconscientes reprimidas de los neuróticos en general. La fórmula que utiliza Freud para sintetizar esta idea es que la neurosis es el negativo de la perversión. Sin embargo, siendo rigurosos, esta formulación corresponde a lo que Freud había pensado respecto de la histeria, en la cual no sería un problema de rechazo de la sexualidad como sí una repulsión a la perversión: “La histeria no es en verdad una sexualidad desautorizada {*ablehnen*}, sino, mejor, una *perversión desautorizada*”²⁸ (carta 52 a Fliess, del 6 de Diciembre de 1896). En este punto, Freud está contraponiendo perversión y neurosis a psicosis.

²⁸ Freud, S. (1950 [1892-99]). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Vol. I*. B. A.: Amorrortu, p.279.

Previo a su artículo esclarecedor respecto a la problemática, *Fetichismo* de 1927, en 1919 escribe “*Pegan a un niño, contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*”. En este artículo reconoce la presencia de una representación-fantasmática en todas las perversiones –y también en neurosis obsesivas e histerias-, puntualizando que “a estas fantasías se anudan sentimientos placenteros en virtud de los cuales se le ha reproducido innumerables veces o se la sigue reproduciendo”²⁹. El contenido de esta fantasía es de un niño pequeño siendo azotado en la cola desnuda, reconociendo que estas fantasías emergen en la temprana infancia quizás a raíz de ocasiones casuales y que se retiene para la satisfacción autoerótica, solo admite ser concebida como un rasgo primario de perversión:

“Vale decir uno de los componentes de la función sexual se habría anticipado a los otros en el desarrollo, se habría vuelto autónomo de manera prematura fijándose luego y sustituyéndose por esta vía de los ulteriores procesos evolutivos; al propio tiempo, atestiguaría una constitución particular, anormal, de la persona... más tarde puede caer bajo la represión, ser sustituida por una formación reactiva o ser trasmudada por una sublimación... si estos procesos faltan, la perversión se conserva en la madurez y hallamos en el adulto una aberración sexual”³⁰.

En este momento, Freud apunta a elementos de la pulsión desligada del componente genital, que varían en la vida adulta, pues, a partir de su trabajo de 1905³¹ (“*Tres ensayos de teoría sexual*”) establece las características de la sexualidad infantil en tanto perversa polimorfa, la cual se satisface la pulsión de modo autoerótico en diversas zonas erógenas. Pero estas características, deberán sucumbir en la vida adulta (a

²⁹ Freud, S. (1919). *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. Buenos Aires: Amorrortu, p.177.

³⁰ Ibid, pp.179-180.

³¹ Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires: Amorrortu.

propósito del complejo de Edipo, que desarrollará a partir de 1910) aunándose las pulsiones parciales a la genitalidad.

En caso de que alguna de las pulsiones parciales perdure en la vida adulta, podríamos estar en presencia de una perversión -para Freud-, dado que la satisfacción sexual sólo podrá lograrse a partir de una pulsión parcial aislada (ej: fetichismo, voyeurismo, etc.) que no se somete al fin sexual genital.

Siguiendo a Freud las fantasías propuestas en "*Pegan a un niño*"³², se estructura en tres fases: primero *El padre pega al niño*, que se entiende como *El padre pega al niño que yo odio*; en la segunda fase se transforma en *Yo soy azotado por el padre* (carácter masoquista); en la tercera la persona que pega nunca es el padre, o es indeterminada, generalmente un subrogante del padre (profesor, autoridad), la persona propia del fantaseador no sale a la luz propia, *probablemente yo estoy mirando* dicen los pacientes, *le pegan a un niño* es el discurso, la fantasía es ahora portadora de una satisfacción intensa, inequívocamente sexual y como tal procura la satisfacción onanística, lo que quiere decir *el padre no ama a ese niño, me ama solo a mí*.

Con respecto a esta fantasía Freud señala que "la perversión infantil puede convertirse en el fundamento para el despliegue de una perversión de igual sentido, que subsista toda la vida y consuma toda la sexualidad de la persona"³³, además señala que "la fantasía de paliza y otras fijaciones perversas análogas sólo serían unos precipitados del complejo de Edipo por así decir las cicatrices que el proceso deja tras su expiración"³⁴.

³² Freud, S. (1919). *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. Buenos Aires: Amorrortu.

³³ Ibid, p.189.

³⁴ Ibid, p.190.

Por último agrega que tanto mujeres como hombres la fantasía de paliza deriva de la ligazón incestuosa con el padre.

A modo de síntesis, las formulaciones de Freud respecto de la perversión hasta este punto, dan cuenta de la existencia en la vida adulta de fenómenos perversos enquistados en el inconsciente desde la temprana edad, que han perdurado más allá del complejo de Edipo, independizándose en su función excitatoria y placentera.

Estas fantasías cobran un lugar especial en los sujetos, las cuales demuestran su carácter netamente incestuoso, aquel rasgo primario de perversión presente en la infancia, se torna en un rasgo permanente en la vida psíquica. Así lo testimonia al señalar que la prematura elección de objeto del amor incestuoso, la vida sexual del niño alcanza el estadio de la organización genital.

En este momento se pregunta sobre el rol del complejo de Edipo en la problemática para saber si todas las perversiones infantiles tienen su génesis en este complejo. Lo hace a propósito de que la perversión infantil puede convertirse en el fundamento para el despliegue de una perversión, que subsista toda la vida y contemple toda la sexualidad de la persona. Así la perversión tendría que ver con algo ocurrido en el complejo de Edipo y que lleva sus consecuencias a la sexualidad adulta, fijando al sujeto en un modo peculiar de satisfacción sexual de la pulsión.

Ahora bien, para entender la concepción freudiana de la perversión, será necesario su trabajo sobre el "*Fetichismo*", siendo este el punto paradigmático como lo fue

anteriormente la histeria en la neurosis. Freud³⁵ en 1927 señala que el fetiche es un sustituto del pene, pero no es el sustituto de uno cualquiera, sino de un pene determinado, muy particular, que ha tenido gran significatividad en la primera infancia, pero se perdió más tarde; el cual debió ser resignado, pero justamente el fetiche está destinado a preservarlo. “El fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre) en que el varoncito ha creído y al que no quiere renunciar”³⁶. El niño emprende una acción enérgica para sustentar su desmentida, lo conserva, pero también lo resigna (Freud, 1927).

En este momento, introduce la problemática edípica -a partir de la amenaza de castración- como una nueva variable al momento de determinar los efectos psíquicos y sus consecuencias en la estructura:

“La enajenación respecto a los reales genitales femeninos no falta en ningún fetichista... el fetiche perdura como signo del triunfo sobre la amenaza de la castración y de la protección contra ella, y le ahorra al fetiche el devenir homosexual, en tanto presta a la mujer aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual”³⁷.

Con la introducción de su segunda tónica y su trabajo sobre el fetichismo, Freud apunta a la resolución edípica como eje ordenador de la estructura. Como vemos en sus trabajos de 1924 (“*Neurosis y psicosis*” y “*La perdida de la realidad en la neurosis y la psicosis*”) en la psicosis hay una huida delirante, en la neurosis no quiere saber sobre el problema central, en este punto el sujeto perverso muestra una nueva solución sobre la diferencia sexual; una solución hasta cierto punto intermedia, pero absolutamente

³⁵ Freud, S. (1927). *Fetichismo*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

³⁶ Ibid, p.148.

³⁷ Ibid, p.149.

novedosa, una salida única y distinta, siendo el fetichista quien lo evidencia de forma más clara y plausible.

Podemos suponer que en el perverso, y en especial el fetichista, coexiste el conocimiento de la falta de falo en la mujer, pero al mismo tiempo la desmentida de éste; existiendo una “bi-escindida actitud del fetichista frente al problema de la castración de la mujer. En casos muy refinados es en la construcción del fetiche mismo donde han encontrado cabida tanto la desmentida como la aseveración de la castración... en otros casos la bi-escisión se muestra en lo que el fetichista hace –en la realidad o en la fantasía- con su fetiche”³⁸ .

En este punto el perverso utiliza una defensa particular, si antes vimos que el neurótico reprimía ante el conflicto y el psicótico negaba la realidad creando una nueva de carácter delirante, el perverso renegaría, es decir, haría coexistir ambas realidades, como una “victoria” sobre la amenaza de castración, pero con un enorme costo psíquico que implicaría sostener esta doble realidad.

Con el mecanismo de la represión, al cual se suma el de la negación y la escisión del yo (en el que una parte del yo negaría la falta de existencia de pene femenino y la otra se asustaría con los reales genitales femeninos), Freud se acercó, desde un modelo de la perversión como negativo de la neurosis, hacia un modelo de la misma como negativo de la psicosis, pues el yo escindido daría cuenta de una negación de la realidad más cerca de lo delirante y psicótico que de lo neurótico.

³⁸ Ibid, p.151.

Lo anterior se entiende debido a que, para mantener esta coexistencia de conocimiento en el fetichista se hace necesaria una escisión del yo, Freud señala:

“El yo del niño se encuentra, pues, al servicio de una poderosa exigencia pulsional que está habituado a satisfacer, y es de pronto aterrorizado por una vivencia que le enseña que proseguir con esa satisfacción le traería por resultado un peligro real-objetivo difícil de soportar. Y entonces debe decidirse: reconocer el peligro real, inclinarse ante él y renunciar a la satisfacción pulsional, o desmentir la realidad objetiva, instilarse la creencia de que no hay razón alguna para tener miedo, a fin de perseverar así en la satisfacción. Es, por tanto, un conflicto entre la exigencia de la pulsión y el veto de la realidad objetiva. Ahora bien, el niño no hace ninguna de esas dos cosas, o mejor dicho, las hace a las dos simultáneamente, lo que equivale a lo mismo ...Por un lado, rechaza la realidad objetiva con ayuda de ciertos mecanismos, y no se deja prohibir nada; por el otro, y a renglón seguido, reconoce el peligro de la realidad objetiva, asume la angustia ante él como un síntoma de padecer y luego busca defenderse de él ...El resultado se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo que nunca se reparará, sino que se hará más grande con el tiempo. Las dos reacciones contrapuestas frente al conflicto subsistirán como núcleo de una escisión del yo”³⁹.

A lo anterior, Freud agrega que el resultado habitual del temor a la castración es que el niño acepte la amenaza y obedezca a la prohibición, o bien completamente o por lo menos en parte. Por último respecto al perverso señala que “... creó un sustituto para el pene que echaba de menos en las hembras; es decir un fetiche. Haciéndolo así es verdad que negaba la realidad, pero había salvado su propio pene. En tanto no se veía obligado a reconocer que las mujeres habían perdido su pene, no tenía la necesidad de creer la amenaza que se le había formulado: no tenía que temer por su propio pene y así podía seguir tranquilamente con su masturbación”⁴⁰. En este momento, ya al final de su obra, Freud propone una resolución peculiar de la conflictiva edípica y un mecanismo de

³⁹ Freud, S. (1938). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. Buenos Aires: Amorrortu, p.275.

⁴⁰ *Ibid*, p.277.

defensa distintivo en la perversión, mecanismo que si bien se puede encontrar en otros funcionamientos de modo aislado, es el fundamental en esta estructura.

Es Jacques Lacan con su obra quien relanza la problemática de la perversión y le da una nueva lectura, junto con un lugar privilegiado a la hora de su comprensión. Para Lacan la problemática perversa está aunada al intercambio simbólico y la ley del deseo. De esta manera amplía la propuesta freudiana y a su vez aclara ciertos aspectos que pueden llevar a perderse en las redes imaginarias.

Así, señala que “el pene en cuestión no es el pene real, sino el pene en la medida en que la mujer lo tiene —es decir en la medida en que no lo tiene”⁴¹, y más adelante agrega “no se trata en absoluto de un falo real que, como real, exista o no exista, sino de un falo simbólico que por su naturaleza se presenta en el intercambio como ausencia, una ausencia que funciona en cuanto tal”⁴². De esta manera pone la problemática en el plano del intercambio simbólico, sacando el problema de su vertiente netamente imaginaria, en tanto el falo como elemento simbólico remite al plano de la falta, siendo el significante del deseo.

De igual modo como proponía Freud, Lacan establece que “el famoso splitting del ego, en el caso del fetiche, nos lo explican diciendo que la castración de la mujer es al mismo tiempo afirmada y negada. Si el fetiche esta ahí, entonces es que no ha perdido el falo, pero al mismo tiempo es posible hacérselo perder, es decir castrarla. La ambigüedad de la relación con el fetiche es permanente y se manifiesta sin cesar en los síntomas”⁴³.

⁴¹ Lacan, J. (1956-1957). *La relación de objeto*, clase del 30 de enero de 1957 *La función del velo*. Buenos Aires: Paidós, p.154.

⁴² *Ibid*, p.154.

⁴³ *Ibid*, p.158.

Así el falo cobra un lugar simbólico susceptible de perderse tanto en el hombre como en la mujer, siendo ese el horror del perverso al cual no se sostiene, el fetiche –como creación- se ubica en ese punto sin solución de la diferencia sexual.

Con relación al mismo tema expuesto en un comienzo por Freud, Dor indica que el perverso “... se predispone a tolerar la angustia del *horror a la castración*. Aunque sabe algo de la diferencia de los sexos percibida como causa significativa del deseo –tanto más cuando la madre está castrada-, aceptar algo de esta diferencia es, al mismo tiempo, reconocer la incidencia simbólica del padre y admitir la dependencia deseante de la madre respecto de éste. Esta es la implicación lógica que induce y mantiene en el perverso el horror a la castración”⁴⁴. Complementa diciendo que “...la única fórmula que resume acertadamente el goce de los perversos es la siguiente: *lo sé, pero aún así*. Esta proposición ilustra el compromiso imposible al que se suscribe el perverso entre el horror a la castración y la construcción fantasmática de la madre omnipotente. Aunque el compromiso sea insostenible, el perverso se aferra a él para neutralizar el horror a la castración”⁴⁵.

De esta manera Dor siguiendo la propuesta de Lacan, desea ilustrar el elemento paralizante de la castración para el perverso y sus esfuerzos reparadores en el fetiche, siendo el obturador de la falta, movilizadora del deseo y anticipada por la castración, la cual para Lacan se produce sobre el significante y no sobre el objeto pene.

La solución lacaniana a la problemática del perverso, es a partir de que “a la madre le falta el falo, que precisamente por que le falta desea, y que solo puede estar satisfecha

⁴⁴ Dor, J. (1994). *Clínica psicoanalítica*. Barcelona: Gedisa Editorial, p.115.

⁴⁵ *Ibid*, p.115.

en la medida en que algo se lo proporciona”⁴⁶. Así el fetichista buscará proporcionar ese elemento faltante que colme el deseo, en un esfuerzo por anular esa falta. Si el padre en tanto, *función paterna*, no ejerce el corte, el sujeto quedará sumido en un lugar de goce. Lo anterior, lo ejemplifica muy bien Octave Mannoni cuando sintetiza la problemática del falo y sus consecuencias:

“La *Verleugung* (renegación, retractación o repudio) interviene en la construcción del fetichismo. El niño, cuando toma por vez primera conocimiento de la anatomía femenina, descubre la ausencia de pene en la realidad, pero repudia el desmentido que la realidad le inflige, a fin de conservar su creencia en la existencia del falo materno; solo podrá conservarla al precio de una transformación radical (que Freud tiende a concebir sobre todo como una modificación del Yo). No es verdad, dice, que conserve intacta su creencia en la existencia del falo materno. No hay duda que la conserva, pero también la ha abandonado. Ha acontecido algo que solo es posible según la ley del proceso primario. Mantiene respecto de esa creencia una actitud dividida. Es esta, precisamente, la que en el artículo de 1938 se transformará en la *escisión del yo*”⁴⁷.

Freud ya en “*pegan a un niño*” trabajaba la construcción fantasmática generadora del placer en el adulto, pero que subsiste desde temprana edad. Joël Dor en este sentido, ubica la construcción fantasmática a nivel de las teorías sexuales infantiles apuntando a los dos estatutos del falo -imaginario y simbólico- que operan en la amenaza de castración:

“La atribución fálica tiene que ver con una *construcción fantasmática* originada en las teorías sexuales infantiles, que el niño desarrolla para responder a la pregunta por la diferencia de los sexos. La atribución del falo a la madre (y a la mujer) es una de las respuestas elaboradas por el niño. *Concibe* en la madre algo que habría debido estar: el pene faltante. Al no percibir inmediatamente la bipartición de los sexos en lo real de su diferencia, el niño la

⁴⁶ Lacan, J. (1956-1957). *La relación de objeto*, clase del 30 de enero de 1957 *La función del velo*. Buenos Aires: Paidós, p.193.

⁴⁷ Mannoni, O. (1997). *La otra escena: claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu, p.10.

fantasmaliza de entrada en torno de la atribución de un objeto que por ende, supuestamente, le falta a la madre. Así, instituye la existencia de un *objeto imaginario* que debería estar. En este sentido, la *castración*, que es la simbolización de la diferencia de los sexos, esta irreductiblemente ligada a la dimensión imaginaria del *falo* y no a la ausencia o a la presencia del órgano: *el pene*⁴⁸.

Desde esta perspectiva, ante la escena primaria el deseo de la madre –para el niño- implica la falta de algo, el niño no sabe el objeto de deseo, se lo imagina y ese objeto imaginado es el falo, el cual opera como significante a la falta, permitiendo la representación de la falta y del deseo, surgiendo deseo de ser el objeto del otro, en este caso ser el falo de la madre. Orientándose el niño hacia un componente nuevo de la diferencia sexual: tener o no tener el falo que la madre castrada desea.

Al respecto Dor señala que al dejar en suspenso al cuestionamiento del niño sobre el objeto de deseo de la madre, o sea el falo faltante y desde esta perspectiva al padre como representante del falo y la ley, y si nada incita al niño a producir el esfuerzo psíquico necesario para interrogar más allá la cuestión planteada por el deseo de la madre, entonces el niño se instala y se fija en un *entre-dos*, organizando una *estructura perversa*. Dor sintetiza así:

“El perverso se fija y se encierra en la representación de una *falta no simbolizada*, que lo conduce a mantener a pesar de todo la *denegación de la castración de la madre*. Lo hace tanto más cuanto el padre no consigue estar completamente desasido de su investidura fálica. Sin embargo, esta denegación de la castración de la madre no puede sostenerse sino en ciertas y determinadas condiciones. Es menester que el niño, al menos, haya percibido la incidencia paterna como causa del deseo de la madre”⁴⁹.

⁴⁸ Dor, J. (1994). *Clínica psicoanalítica*. Barcelona: Gedisa Editorial, p.112.

⁴⁹ *Ibid*, p.114.

Dor, siguiendo a Lacan, mueve la problemática a una posición del sujeto frente a la castración y sus posibles salidas y elecciones, pero a su vez implica al padre en su función interdictora, como elemento fundamental para salir de la diada; padre -que señala Lacan- entra en una función a partir del discurso de la madre. Así mismo, Dor aclara los efectos de la escisión del yo freudiana, en términos de su lugar frente a la falta:

“En los perversos hay coexistencia de *dos contenidos psíquicos que se sostienen contradictoriamente*. Uno toma nota de la falta de la madre y de su dependencia deseante frente al padre. El otro *recusa esta falta* y contribuye a reforzar el fantasma de la madre no castrada⁵⁰”.

Es así como la estructura perversa no puede sopesar la castración de la madre (Otro), intentando “tapar esa falta” que le denota su propia castración. Ese es el mecanismo señalado por Freud y Lacan, la renegación, aquel mecanismo que en el mismo hecho que tapa la castración, da cuenta de ella (eso sería lo simbólico para Lacan). Para Freud esto se puede ver a través de la escisión del yo, la cual permite la coexistencia de estas dos realidades psíquicas.

Si realizamos un paso posterior, podemos pensar que en el plano imaginario, se puede creer que no falta nada, que se ha tapado el hecho, que hay completitud; eso es lo propio de lo imaginario, pero es a nivel simbólico donde se remite a la falta que representa la castración, de la cual el perverso no desea saber, ofreciendo a la madre ese objeto faltante, el falo, que neutraliza la diferencia sexual.

Por otra parte, en consecuencia con lo anterior, existen diferencias en lo que plantean ambas posiciones. Para Freud, aquella renuncia a lo edípico, o mejor dicho, el

⁵⁰ Ibid, p.114

resultado de lo realizado por el perverso, implica una sexualidad ordenada en lo pre-genital, en donde no se unifican las pulsiones en la genitalidad adulta, sino más bien, se ordena desde pulsiones parciales perversas polimorfas propias de lo infantil.

Una vez articulado el complejo de Edipo en la teoría freudiana no se puede hablar de pre-genital, sino más bien de algo pre-edípico, en cuanto el perverso queda ubicado en una situación de la cual no remite a lo edípico, triádico propiamente tal, sino un entre dos, estando en continuidad con la madre, tapándole la falta y no dejando cabida al tercero que es el padre (Falo).

Eso sí, debemos señalar que esa posición es imaginaria, ya que el intentar tapar la falta, simbólicamente remite a la existencia de una falta que se desea tapar, la cual a su vez remite a Otro que desea, y a su vez a un Padre que instaaura el corte.

Podemos apreciar que el concepto de *función paterna* que introduce Lacan, es fundamental para la comprensión de la perversión y la manera en que esta se articula en torno al complejo de Edipo. Como dijo Freud, la seducción del niño por parte del adulto durante la infancia, tiene como efecto un adelantamiento de la madurez sexual. Esta seducción es perpetrada por la madre en un intento por restituir el afecto de un padre ausente. Aquí es evidentemente que es la madre la encargada de invocar la presencia del tercero, es ella la que posibilita que se estructure un lugar entre los dos (madre-hijo), la función del padre. Entonces, la idea de seducción que propone Freud para explicar la génesis de la perversión tiene su correlato en el pensamiento lacaniano a través del concepto de función paterna.

En esta breve síntesis, podemos reconocer la evolución de Freud a partir de sus textos de 1894, hasta 1924 donde establece una diferencia más clara entre la neurosis y la psicosis. Con su texto de 1927, amplía su visión de un modo más claro respecto a la perversión, que se completará 1938, donde pretende dar una importancia a la función del yo, en su posibilidad de escisión ante la angustia, hecho fundamental para poder pensar las nuevas patologías.

Lacan, por su parte relanzará la problemática perversa a un lugar respecto a la falta y el deseo; siendo el falo como elemento simbólico quien estructura al sujeto en su deseo (significante de la falta), y pone en evidencia el horror perverso.

Sobre estas tres estructuras se posesionará el fenómeno de lo *límite* distinguiéndose para algunos de estas estructuras o siendo una variación más de la propia estructura.

Como veremos más adelante, la problemática de lo límite pondrá en jaque las distinciones y nomenclaturas clásicas del psicoanálisis y generará todo un movimiento en torno a las definiciones, bordes y la concepción de estructura clínica.

Por último, en este recorrido se reconoce el lugar lógico de cada estructura, a partir de defensas y dinámicas inconscientes; pero precisamente esta es la dificultad que establecen los estados límites y necesariamente sobre estas proposiciones clínicas se realizará el contrapunto para intentar darle un lugar teórico.

4. Complejo de Edipo, Complejo de Castración y Narcisismo.

Las estructuras clínicas establecidas por Freud –neurosis, psicosis y perversión-, como así también las problemáticas que surjan de ellas, se definirán a partir de tres conceptos fundamentales sobre los cuales se edificará todo el desarrollo teórico freudiano y se desprende su concepción clínica. El fenómeno de lo límite por su parte, no escapa a ello.

Estos conceptos se articulan y se desarrollan a lo largo de la obra de Freud -y de todo el psicoanálisis posterior- siendo tempranamente concebidos en su teoría, pero demorándose muchos años en estar articulados de un modo más acabado.

Los términos de *Narcisismo*, *complejo de Castración* y *complejo de Edipo*, son de algún modo, los elementos básicos –aunque no suficientes- para desarrollar y establecer las posiciones del sujeto en la estructura de modo neurótico, psicótico o perverso. Estos tres momentos, se pondrán en juego especialmente con la problemática de lo borderline y de algún modo serán puestos en cuestión –como veremos más adelante- a propósito de las transformaciones sociales del siglo XX.

El complejo de Edipo puede ser entendido como el concepto central en la teoría psicoanalítica sobre el cual –para algunos autores- se ordenan los demás conceptos. Alude al encuentro entre el deseo, la sexualidad y la ley en la subjetividad. Este concepto clave para entender los avatares de la estructura, es desarrollado por Freud a lo largo de su obra; ya tempranamente en sus fragmentos de correspondencia con Fliess del año 1897, “*manuscrito N*” y “*carta 71*”.

Habla del amor de los hijos, celos y deseos de muerte del padre, que Freud consideraba un suceso universal en la niñez temprana, y ya en ese entonces, lo asocia a lo ocurrido en la obra *Edipo rey*, donde “cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo”⁵¹.

Así, comienza a articularse un desarrollo teórico esencial, que desempeña un papel fundamental en la estructuración de la personalidad y en la orientación del deseo, determinando a partir de éste, el funcionamiento psíquico en términos de una estructura de personalidad y una relación particular al deseo que se desprende de cada posición subjetiva.

Freud propone en 1900, de manera más acabada, que “el enamoramiento hacia uno de los miembros de la pareja parental y el odio hacia el otro forman parte del material de mociones psíquicas configurando en esa época como patrimonio inalterable de enorme importancia para sintomatología de la neurosis posterior”⁵².

En un comienzo asocia sus efectos a la neurosis, pero a medida que desarrolla su teoría, lo ubicará como eje central en todas las estructuras de personalidad, dependiendo del tipo de resolución que obtengan (neurosis o perversión) o la imposibilidad de acceder al complejo.

Así, se comienzan a organizar los deseos amorosos y hostiles hacia los padres en la primera infancia, constituyendo la tragedia de igual modo que en el drama de Sófocles donde se cumplió ese deseo primordial. Nos estamos refiriendo al deseo incestuoso con

⁵¹ Freud, S. (1950 [1892-99]). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, vol. I. B.A.: Amorrortu, p.307.

⁵² Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*, vol. IV. Buenos Aires: Amorrortu, p.269.

la madre y la eliminación del rival, el padre (en el varón). En este punto del desarrollo psíquico confluyen en el niño el amor por la madre, en su vertiente deseante y el paso necesario para la genitalidad:

“...la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta. Por tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual”⁵³.

Recordemos que Freud establecía un desarrollo psicosexual en el cual las pulsiones parciales debían culminar aunándose en la genitalidad en una sola pulsión sexual; siendo necesario el paso por el Edipo, como modo de ordenar el desarrollo pulsional. Así entonces le atribuimos una función más al complejo, que es ordenar la pulsiones a partir de constituir las elecciones de objeto e identificaciones fundamentales del sujeto.

Acordemos que al complejo de Edipo, Sigmund Freud le atribuye tres funciones: elección del objeto de amor (en términos de la identificación que promueve y la prohibición del incesto que establece); acceso a la genitalidad; y efectos sobre la estructura de personalidad a partir de la relación y constitución de las distintas instancias psíquicas *yo, ello y superyo*.

Para conseguir tales efectos, el complejo de Edipo debe sucumbir en sus intentos de satisfacción incestuosa y abrir al sujeto en las vías del deseo y la ley, más allá de la realidad materna. Ahora bien, este movimiento, será llevado a cabo a partir de la incidencia del padre, en términos de la prohibición que ejerce, la cual unirá

⁵³ Freud, S. (1923). *La organización genital infantil*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, p.146.

indisolublemente, deseo y ley. La prohibición del incesto operará a partir de la amenaza de castración que ha tomado valor gracias a la libidinización del falo como zona erógena:

“El carácter principal de esta <organización genital infantil> es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, solo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo*”⁵⁴.

El *complejo de Edipo* toma su fuerza a partir de esta fase fálica, siendo “sepultado” por el complejo de castración, el cual logra a partir de sus efectos simbólicos poner fin al deseo incestuoso en el varón y en la niña abre la vía de esta resolución.

“..la aceptación de la posibilidad de la castración, la intelección de que la mujer es castrada, puso fin a las dos posibilidades de satisfacción derivadas del complejo de Edipo. En efecto, ambas conllevaban la pérdida del pene; una, la masculina, en calidad de castigo, y la otra, la femenina, como premisa. Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales”⁵⁵.

Este complejo, contempla una forma positiva, de amor y deseo sexual hacia el progenitor del sexo opuesto y deseo de muerte al rival del mismo sexo; y una fase negativa, con amor y deseo sexual hacia el progenitor del mismo sexo y odio y celos hacia el progenitor del sexo opuesto.

Lo que está poniendo en juego Freud en el complejo de Edipo, es el encuentro del deseo sexual en su relación con un otro y su propio cuerpo; el deseo dirigido al progenitor es limitado por una renuncia a favor de una parte de su cuerpo (pene/falo). Una prohibición favorece la elección narcisista necesaria para abrir el campo del deseo hacia

⁵⁴ Ibid, p.146.

⁵⁵ Freud, S. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, p.184.

la relación con el Otro potencial, movilizado por las identificaciones que se desprenden en el Edipo, en sus diferentes niveles de modo ideal en el *superyó* y el *yo*. El factor fundamental para lo anterior, es el rol del complejo de Castración, siendo el eje ordenador de la dinámica, en tanto, la renuncia que moviliza, establece el sepultamiento como señalábamos.

Siguiendo esta revisión, el complejo de Castración se debe entender más bien, como todas las fantasías de castración movilizadas a propósito de la pregunta por la diferencia anatómica de los sexos (presencia o ausencia de pene). Fantasías sexuales que Freud reconoce en la infancia y desarrolla en su artículo de 1908, fantasías que culminan en esta amenaza de castración.

Ahora bien, como sintetiza Laplanche, el *Complejo de Castración* se puede entender como:

“Complejo centrado en la fantasía de castración, la cual aporta una respuesta al enigma que plantea al niño la diferencia anatómica de los sexos (presencia o ausencia del pene): esta diferencia se atribuye al cercenamiento del pene en la niña. La estructura y los efectos del complejo de castración son diferentes en el niño y en la niña. El niño teme la castración como realización de una *amenaza* paterna en respuesta a sus actividades sexuales: lo cual provoca una intensa *angustia* de castración. En la niña, la ausencia de pene es sentida como perjuicio sufrido, que intenta negar, compensar o reparar. El complejo de castración guarda íntimamente relación con el complejo de Edipo y más especialmente, con su función prohibitiva y normativa”⁵⁶.

De esta manera, este complejo se relaciona con la teoría sexual infantil donde se atribuye tanto al hombre como la mujer un pene, adquiriendo una significación narcisista

⁵⁶ Laplanche, J. & Pontalis, J-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, p.58.

especial, en este sentido tiene un impacto en el narcisismo. La castración estará movilizada por la angustia de pérdida o separación de un objeto, la amenaza de castración, a su vez pone fin en los dos sexos a la relación dual madre-hijo.

Esta pérdida es la definitiva, luego de una secuencia que comienza con el destete, continua con las heces y culmina con la concepción de un pene separable (asumiendo así su carácter simbólico); lo cual resignificará las pérdidas anteriores y establecerá un precedente fundamental sobre las cuales se regularan y medirán las pérdidas posteriores. La ecuación que se forma es caca, pene, hijo:

“Se establece cuando la investigación sexual del niño lo ha puesto en conocimiento de la falta de pene en la mujer. Así, el pene es discernido como algo separable del cuerpo y entra en analogía con la caca, que fue el primer trozo de lo corporal al que se debió renunciar. De ese modo el viejo desafío anal entra en la constitución del complejo de castración. La analogía orgánica a consecuencia de la cual el contenido del intestino figuraba el precursor del pene durante la fase pregenital no puede contar como motivo; sin embargo, halla un sustituto psíquico mediante la investigación sexual”⁵⁷.

Por último Freud⁵⁸ distingue algunas consecuencias psíquicas a propósito del rol de la castración en el hombre y la mujer, en donde para el hombre se constituye la amenaza como elemento que permite la salida del complejo de Edipo; por su parte en la mujer se introduce el complejo de Edipo desde una castración “consumada” dando inicio al complejo.

⁵⁷ Freud, S. (1917). *Sobre la transposición de la pulsión, en particular del erotismo anal*, Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, p.122

⁵⁸ Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Podemos señalar que complejo de Edipo y complejo de Castración son el “final” de un proceso que saca al sujeto de su narcisismo y lo abre hacia el lazo social, lo vincula con el Otro y limita su goce autoerótico. Este final es mejor dicho un comienzo, siendo de esta manera, una bisagra en el desarrollo psíquico, que va desde un periodo autoerótico hacia el amor de objeto como resultado del complejo de Edipo.

Por último tenemos el concepto de Narcisismo que alude al mito de Narciso, en tanto un amor que dirige el sujeto a sí mismo tomado como objeto o amor a la imagen de sí mismo; las pulsiones sexuales toman su cuerpo como objeto. Freud declara ya en 1909 –según lo reporta James Strachey- “que el narcisismo era un estado intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto”⁵⁹, ya que en su desarrollo psicosexual el niño comienza tomando su propio cuerpo como objeto de amor en una sexualidad perversa polimorfa. Pasará por un periodo de narcisismo que se resigna paulatinamente con las heces como primer objeto de amor entregado al Otro, para culminar en el amor de objeto efecto del complejo de Edipo.

Como veíamos, este momento del desarrollo psíquico se ubica como la antesala del complejo de Edipo y del complejo de Castración, siendo necesario, pero no suficiente para la existencia de los complejos. En este proceso existiría un equilibrio entre la libido del yo y libido de objeto, teniendo directa relación con el periodo de formación del yo. Para Freud existía un narcisismo primario, siendo considerado las manifestaciones adultas neuróticas de amor propio y autistas de la psicosis, expresión del narcisismo secundario que evidencia el momento mítico inicial señalado. El narcisismo primario estaría relacionado con el periodo de omnipotencia del pensamiento ubicado entre el período de

⁵⁹ Freud, S. (1914). *Introducción al narcisismo*. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, p.67.

autoerotismo y el amor de objeto; el segundo, en tanto regresión total de la libido, estaría ligado a funcionamientos narcisistas como la psicosis.

Ahora bien, esa resignación libidinal que sustenta el complejo de Edipo y complejo de Castración sobre el narcisismo, no es totalmente perdida, como señala Freud, este narcisismo caerá sobre el *ideal* (depositado en el superyó en su segunda tópica), el cual será punto de comparación y exigencias a lo largo de toda la vida:

“Y sobre este yo ideal recae ahora el amor de sí mismo de que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas”⁶⁰.

De esta manera, el narcisismo que fue resignado, aún puede comandar las elecciones de objeto de un modo patológico:

“Se ama a lo que posee el mérito que falta al yo para alcanzar el ideal ...Busca entonces, desde su derroche de libido en los objetos, el camino de regreso al narcisismo, escogiendo de acuerdo con el tipo narcisista un ideal sexual que posee los méritos inalcanzables para él.”⁶¹.

Es importante destacar, que tanto para Freud como para Lacan, el narcisismo es un momento fundante de la subjetividad que estaría ligado al estatuto imaginario por esencia (Lacan), y a la formación del yo. Pero como momento, debe ceder y dejar su lugar a la entrada del Otro en la subjetividad, entrada que sería cristalizada en el Complejo de Edipo por esencia.

⁶⁰ Freud, S. (1914). *Introducción al narcisismo*. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, p.91.

⁶¹ *Ibid*, p.97.

Al igual que en el mito de Narciso, el repliegue absoluto implicaría la muerte, pero esta vez psíquica, y en su repliegue radical de la libido estaría ligada a estados psicóticos. Por lo cual, narcisismo, complejo de castración y complejo de Edipo, estarán íntimamente ligados en el desarrollo psíquico, tanto en la consolidación de la subjetividad, como en la definición de las estructuras clínicas, determinando aspectos identificatorios, su relación con el deseo y el ascenso de lo simbólico en cada sujeto.

El complejo de castración enlaza la imagen narcisista con el complejo de Edipo, uniendo el deseo a la ley a partir de una renuncia pulsional, llevando consigo de algún modo el ascenso a lo simbólico y enlazando al sujeto con lo social. La unión entre deseo y ley a partir de la interdicción paterna en el complejo de Edipo, instaura una pérdida subjetiva que resignificará las pérdidas anteriores, posibilitando un deseo subjetivado al interior de la ley cultural. Es decir, un deseo social en cierto sentido y subjetivo en otro.

Por último, podemos agregar que tanto el complejo de Edipo, el complejo de castración y el narcisismo, estarán en juego en las estructuras clínicas, pero estos elementos serán fuertemente cuestionados en los estados límites. Como veremos más adelante, precisamente se plantea un funcionamiento de corte narcisista con dificultades en la castración y realizando un complejo de Edipo no al modo neurótico. Así cobra mayor relevancia estos momentos debido a que al parecer la subjetividad se desplegará de un modo novedoso.

5. Las grandes estructuras.

A partir del establecimiento de las estructuras clínicas al modo como Freud lo concibió y las definiciones de los tres articuladores revisados anteriormente, veamos con que nos encontramos cuando buscamos definiciones de los cuadros clínicos.

Si acudimos al *Diccionario de psicoanálisis* establecido por Laplanche y Pontalis nos encontramos con que neurosis se define como una “afección psicógena cuyos síntomas son la expresión simbólica de un conflicto psíquico que tiene sus raíces en la historia infantil del sujeto y constituyen compromiso entre el deseo y la defensa”⁶²; por su parte el diccionario dirigido por Ronald Chemama plantea la neurosis como un “modo de defensa contra la castración por fijación de un escenario edípico... en ella la represión se ejerce sobre representaciones de orden sexual que son inconciliables con el yo, y determinan los síntomas neuróticos”⁶³.

A partir de ambas definiciones se puede establecer un sustento claro respecto a la neurosis, que a lo largo de la teoría psicoanalítica tomará distintas puntuaciones dependiendo de la corriente, el autor y lo que se quiera inscribir dentro de la misma estructura. Pero pese a las variaciones, se contempla un conflicto desencadenante de carácter edípico, que generara un tipo de defensas y a su vez una cierta sintomatología más o menos común de manera estable y permanente.

El psicoanálisis, al configurar la propuesta freudiana de las instancias psíquicas de su segunda tópica, con el complejo de Edipo, concibe la neurosis como una respuesta o

⁶² Laplanche, J. & Pontalis, J-B.(1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, p.236.

⁶³ Chemama, R. (2002). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, p.279.

salida (siempre inconclusa) a la problemática edípica, lo cual implicará defensas a nivel del yo ante el conflicto y síntomas como formaciones de compromiso.

Ahora bien, en lo que se refiere a psicosis, Laplanche y Pontalis la definen como una “perturbación primaria de la relación libidinal con la realidad... siendo la mayoría de los síntomas manifiestos (especialmente la construcción delirante) tentativas secundarias de restauración del lazo social”⁶⁴, agrega más adelante que “en la psicosis se produce al principio una ruptura entre el yo y la realidad, que deja al yo bajo el dominio del ello; en un segundo tiempo, el del delirio, el yo reconstruirá una nueva realidad, conforme con los deseos del ello”⁶⁵. Chemama la define como una “organización de la subjetividad en la que Freud ve una forma específica de pérdida de la realidad con regresión de la libido sobre el yo y con, eventualmente, la constitución de un delirio como tentativa de curación”⁶⁶.

De estas dos definiciones, nos podemos hacer una idea de lo comprendido en la psicosis, en el centro de su conflictiva un quiebre con la realidad y sus manifestación sintomática como un esfuerzo de reconstituir el lazo perdido, aunque de manera delirante en algunos casos y parcial en otros. El psicótico no podrá entrar en la dinámica edípica, la angustia es intolerable, estableciéndose una realidad propia de manera delirante como modo de evadir el conflicto.

Por su parte, en el diccionario dirigido por Alain Mijolla encontramos que:

“Las neurosis corresponden a conflictos internos del sujeto cuyo sentido originario se le escapa, que remiten a conflictos de la primera infancia, reprimidos, pero accesibles en

⁶⁴ Laplanche, J. & Pontalis, J-B.(1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, p.321.

⁶⁵ *Ibid*, p.323.

⁶⁶ Chemama, R. (2002). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, p.351.

general en una relación transferencial y susceptibles por tanto a una cura psicoanalítica, mientras que las psicosis están en relación con conflictos entre el sujeto y el mundo, muy poco accesibles o inaccesibles a una relación transferencial y contraindican por eso mismo una cura psicoanalítica, incluso aunque los relatos de los enfermos psicóticos planteen en ciertos momentos y de golpe aspectos del inconsciente que no aparecen en los neuróticos sino después de muchas sesiones”⁶⁷.

Pero ¿qué ocurre cuando buscamos una definición del cuadro que atañe a este trabajo?:

“Caso límite, expresión utilizada generalmente para designar afecciones psicopatológicas en el límite entre la neurosis y la psicosis... el termino caso límite no posee una significación nosográfica rigurosa, sus variaciones reflejan las propias incertidumbres existentes en el campo al que se aplica”⁶⁸.

En el diccionario dirigido por Alain Mijolla, editado en Francia el año 2002, señala que “la noción nosográfica de estados límite apareció en la esfera de la influencia de lo que, en la literatura anglosajona, se definía como *borderline*, para reagrupar a un importante numero de pacientes cuyas manifestaciones clínicas no encontraban su explicación ni en la neurosis ni en la psicosis”⁶⁹. Se destaca eso si, que se debe evitar tres escollos para comprender la dinámica:

1. Considerarlos como una transición entre neurosis y psicosis, pues no se trata de una prepsicosis ni de una neurosis grave.
2. No se debe concebir como <estados> pasajeros, en el sentido de la variabilidad de un mismo individuo, siendo un estado inestable de un funcionamiento estable.

⁶⁷ Mijolla, A. (2007). *Diccionario internacional de Psicoanálisis*. Madrid: Akal, p.1055.

⁶⁸ Laplanche, J. & Pontalis, J-B.(1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, p.49.

⁶⁹ Mijolla, A. (2007). *Diccionario internacional de Psicoanálisis*. Madrid: Akal, p.452.

3. A propósito de su variabilidad clínica, se debe renunciar a definir lo esencial de la psicodinámica que los aglutina, ya que “la aparente variabilidad clínica se unifica, de hecho, en una misma razón narcisista, una misma reacción arcaica y una manera parecida de establecer las defensas necesaria en el exterior”⁷⁰.

Se destacan además, tres aspectos de su funcionamiento:

1. Desafío narcisista donde el conflicto no supera su impacto traumático.
2. Se trataría la realidad, más en negociar la pulsión ante la imposibilidad de disociar afecto y representación, lo cual permitiría la represión y el desplazamiento.
3. La omnipotencia que parecería neurótica, es lo característico de un trastorno más profundo de inestabilidad generalizada bordeando lo antisocial.

Se plantea en definitiva en este diccionario que “el estado límite en resumidas cuentas sigue siendo un esfuerzo volcado al exterior, por la incapacidad de vivir en sí mismo la ambivalencia y que se ahorra tanto la depresión por dentro, como el delirio por fuera”⁷¹.

La ambigua definición encontrada en Laplanche y Pontalis y la ausente referencia en Chemama, nos habla de la dificultad del concepto, como de su concepción clínica, nosológica y psicopatológica. En estas sólo se dan referencia vagas a un estado intermedio, sin poder definir el cuadro desde aspectos propios e internos, estableciendo de entrada una discusión respecto a la nosología existente y el lugar que estos estados ocuparían.

⁷⁰ Ibid, p.453.

⁷¹ Ibid, p.453.

Sólo a partir del texto del año 2002, se establece una definición más acabada, la cual contempla la relación con la nosología de EE.UU. de *borderline* y nos advierte de dificultades para comprender el fenómeno, haciendo hincapié en el narcisismo, la omnipotencia y las dificultades en la representación de estos pacientes.

Para John G. Gunderson, después de Knigh, el termino *límite* paso a designar “a pacientes problemáticos que no podían considerarse ni neuróticos ni psicóticos”⁷², como así también pacientes iracundos, manipuladores y difíciles, ampliando la definición a un funcionamiento nuevo que a su vez significaba problemas en su atención y abordaje terapéutico. Por último, la psicoanalista Silvia Amigo describe la situación del siguiente modo:

“Era verdaderamente difícil encontrar a alguien que quisiera atender a esta clase de paciente molesto, riesgoso en su evolución, inclasificable, loco sin ser por ello psicótico, generador de toda clase de problemas a nivel del cotidiano trajinar burocrático de la institución, sin ser por ello perversos”⁷³.

En definitiva, nos encontramos con una clara dificultad conceptual en donde no se logra dar un estatuto lógico a lo *borderline* dentro del psicoanálisis; y por otra parte, serían muchas veces caracterizados como pacientes difíciles y problemáticos, de un modo un tanto peyorativo, sin dar cuenta de la dinámica interna existente.

⁷² Gunderson, J. (2002). *Trastorno límite de la personalidad, guía clínica*. Barcelona: Psiquiatría Editores, p.2.

⁷³ Amigo, S., et al. (1999). *El análisis en los Bordes; en Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.47.

6. Una definición esquiva.

En la literatura del psicoanálisis, este campo toma denominaciones diversas a lo largo de los años, “estados fronterizos, personalidades esquizoides (Farbairn, 1940), personalidades <como si> (H. Deutsch, 1942), trastornos de identidad (Erikson, 1959), déficit específicos del yo (Gitelson, 1958), personalidades falsas (Winnicott, 1959), falta básica (Balint, 1960), ...estructuras pregenitales (Bouvet, 1956), desordenes fronterizos y personalidades narcisistas (Kernberg, 1970, 1974; Kohut, 1971)”⁷⁴.

A la anterior lista habría que agregar las denominaciones de la escuela francesa, a-estructuras (Bergeret, 1974), estados límites (Rassial, 1999; Lebrun, 1997) y psicosis ordinaria (Miller, 1999). Rápidamente podemos hacernos una imagen respecto a la dificultad de establecer un lugar a estas manifestación, como así la sorprendente variedad de nombres que ocupa dentro de los psicoanalistas a la hora de rotular la manifestación clínica que confirman en su experiencia.

Del mismo modo, Jean Bergeret⁷⁵ reconoce en la psiquiatría más de cuarenta denominaciones nosológicas para definir estos estados intermedios, esquizofrenias latentes, esquizofrenias simples, esquizotimia, esquizofrenias pseudo-neuróticas, organizaciones esquizoides de la personalidad, etc. Como confirma Jean-Pierre Lebrun, “desde hace unos decenios, se menciona regularmente la existencia de nuevas patologías: pacientes narcisistas, borderlines, falsos yo, personalidades múltiples,

⁷⁴ Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu, p.51.

⁷⁵ Bergeret, J. (1996). *La personalidad normal y patológica*. Barcelona: Gedisa.

estados-límites, anti-analizantes, y cada vez somos invitados a observar allí un rasgo común, precisamente una <dificultad en la representación psíquica>⁷⁶.

Es importante destacar que Lebrun pese a registrar una diversidad de definiciones, reconoce la existencia de un denominador común, un rasgo distintivo que de algún modo las une. La dificultad de representación psíquica, rasgo impreciso, pero que nos habla de un punto de unión que tendremos que prestar atención.

A lo anterior, aclara Rassial, que “de este modo, primero en Estados Unidos y desde hace algún tiempo Francia, el diagnóstico de estado límite vino a cubrir una realidad patológica en otro tiempo variada que abarca de la psicopatía a las *perversiones sociales*, de las *preesquizofrenias* a las neurosis narcisistas⁷⁷, cubriendo un espectro psicopatológico amplio.

Este inicio en EE.UU. surge fuertemente asociado a la corriente dinámica de la psiquiatría, quienes ven nacer una nueva categoría clínica en sus manuales psiquiátricos que respondería a estos cuadros. Podemos pensar que esto expresa la manera en que el psicoanálisis se fue implantando en la sociedad norteamericana.

Como vemos, estos estados son un punto de atención para el psicoanálisis desde hace cincuenta años. Ya en la década de los setenta Green⁷⁸ se preguntaba si esta proliferación de diagnósticos se debían únicamente a un aumento de la frecuencia de estos casos o más bien a un cambio establecido, proponiendo más adelante, que el

⁷⁶ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite: Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: ediciones del Serval, p.130.

⁷⁷ Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión, p.16.

⁷⁸ Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu.

aumento de este diagnóstico tenía relación con la consolidación de un cuadro nuevo, que si bien, se podría encontrar presencia aislada en décadas anteriores, viene a decantar como un funcionamiento particular de la subjetividad en la segunda mitad del siglo veinte.

Sin duda, que esta consolidación planteará dudas respecto al origen, movilizand o una serie de hipótesis -especialmente en la escuela francesa- que anticipo, giran en torno a las transformaciones sociales existen en el siglo veinte.

La psicoanalista Julia Kristeva al hacerse la pregunta respecto a la existencia de nuevos pacientes, plantea que “la experiencia cotidiana parece demostrar una reducción espectacular de la vida interior”⁷⁹. Describe a estos pacientes como el hombre moderno narcisista, que lleva su sufrimiento al cuerpo, pero su queja no logra articularse como pregunta o incógnita, manteniendo una cierta complacencia; y completa su descripción al señalar que su identidad sexual, subjetiva o moral es difusa, en este sentido se ubica como fronterizo, borderline o un self falso.

Constata en estos nuevos pacientes, importantes dificultades para expresarse, percibiendo el lenguaje como artificial o vacío:

“Suelen tener la apariencia de los analizados <clásicos>, pero bajo estos aspectos histéricos y obsesivos afloran enseguida <enfermedades del alma> que evocan, sin confundirse con ellas, la imposibilidad de los psicóticos para simbolizar traumas insoportables”⁸⁰.

En esta presencia evocadora a la psicosis, pero distinta a su vez “los analistas tienen que inventar entonces nuevas nosografías que tengan en cuenta los <narcisismos>

⁷⁹ Kristeva, J. (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra, p.15.

⁸⁰ Ibid, p.16.

heridos, las <falsas personalidades>, los <estados límite>, los <psicosomáticos>”⁸¹, para dar cuenta de lo acontecido en su clínica.

Pero como señala Rassial “este estado límite ha de ser pensado en simultaneidad con el estado de la sociedad y con las condiciones de la socialización, afectadas por una decadencia en la función paterna mencionada ya en Freud y estudiada por Jean Bergeret, ... el estado límite es ante todo una respuesta adecuada a esa incertidumbre de los puntos de referencia característicos del lazo social contemporáneo”⁸². Lo que propone Rassial va a la luz de los efectos de los fenómenos sociales en la constitución del sujeto, como lo estableció Freud a partir del complejo de Edipo, eje fundamental del cruce de cada uno con lo social, como así también del énfasis establecido por Jacques Lacan más tarde, a partir de las relaciones al Otro posible bajo ciertos modos de estar en el discurso.

En este sentido, para el psicoanálisis –desde su fundador y autores posteriores- la subjetividad no es independiente de ningún modo de lo social, sino más bien, es desde allí donde nos constituimos. Uno y otro son inseparables, son dos caras de una misma moneda, como lo muestra Lacan con su banda de Moebius.

Concuerda Kristeva con el análisis propuesto por Rassial en tanto, “estos nuevos pacientes podrían ser producto de la vida moderna que agrava las condiciones familiares y las dificultades infantiles, transformándola en síntomas de una época”⁸³; aunque también pueden ser una nueva variante de las carencias narcisistas propias de todos los tiempos. Pero sin lugar de dudas, es el propio analista el que está interpelado en su lugar,

⁸¹ Ibid, p.16.

⁸² Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión, p.27.

⁸³ Kristeva, J. (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra, p.17.

en tanto el cambio de estos pacientes generará un movimiento en la escucha del analista, que lo llevaría a afinar sus interpretaciones a nuevos lugares.

Ahora bien, en lo que respecta al fenómeno se constata dentro del mismo psicoanálisis y la psiquiatría actual, una cierta concordancia en la existencia de un cuadro que no calza con la neurosis ni la psicosis como vimos anteriormente. En una primera impresión no concuerda con su manifestación sintomática, ni en la relación transferencial que se establece.

Como señala Silvia Amigo, “a diferencia de los psicóticos, su discurso no se ha desamarrado del capitoné que le otorga la direccionalidad significativa que posibilita el lazo social –lazo que a pesar de poder estar afectado- no se ha perdido en ellos”⁸⁴. La experiencia clínica descubre una diferencia en el abordaje de estos pacientes, la comprensión diagnóstica se confunde y las posibilidades de intervención se restringen, en tanto, la escucha dispuesta no logra dar cuenta de la experiencia, ni la intervención responde al lugar requerido.

Pero pese a cierta correspondencia entre una amplia gama de psicoanalistas de distintas perspectivas, a partir de las distintas concepciones metapsicológicas, se establecerá en un comienzo divisiones radicales respecto a estos cuadros, que pasarán desde el reconocimiento al desconocimiento del fenómeno, lo que llevará a divergencias teóricas y técnicas importantes. Es así como el mero diagnóstico:

“Pone en entredicho nuestros dogmas metapsicológicos en los registros tópico, económico y dinámico, hasta el punto de que el empleo de esta noción marcaría una línea divisoria entre

⁸⁴ Amigo, S., et al. (1999). *El análisis en los Bordes; en Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.48.

los propios psicoanalistas: por ejemplo, entre lacanianos que la rechazarán y “antilacanianos” [ej: psicología del yo], que la convertirán en instrumento de una polémica clínica”⁸⁵.

Frente a la convergencia entre los psicoanalistas de un fenómeno nuevo, distinto y particular, surge una serie de divergencias respecto al estatuto atribuible a tal manifestación; estas discrepancias podrán tener que ver con las causas atribuidas a la emergencia del fenómeno. Por un lado, cierto grupo de la escuela francesa que considerará un cambio en el lazo social y, por otro, la escuela anglosajona concibiendo como un diagnóstico nuevo que no se había reconocido anteriormente.

También difieren por el estatuto atribuible al fenómeno, unos le dan carácter de estructura de personalidad al igual que la psicosis y la neurosis (Kernberg), otros niegan la posibilidad de reconocerlos como una estructura de personalidad (Bergeret), también se plantea como una psicopatología psiquiátrica (Gunderson) y por último un estado particular de la estructura (Rassial). Cada una de estas posiciones determinará una concepción clínica peculiar, la escucha ofrecida variará de unos a otros, así como el campo de intervención ofrecido con sus consecuencias al momento del ejercicio clínico y la discusión teórica que surge en torno a estos funcionamientos.

Respecto a lo anterior, Bergeret explicita que las posiciones nosológicas difieren de escuela en escuela, en donde para algunos se trata aparentemente de *formas menores de psicosis*, para otros se puede constituir *formas mayores de neurosis*, una tercera posición que defiende la existencia de *formas de transición entre neurosis y psicosis*, y

⁸⁵ Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión, p.9.

por último un cuarto grupo que considera a los estados límites una *entidad nosológica independiente*.

Pero por sobre todo, como bien señala Kristeva, el surgimiento de una *nueva enfermedad del alma* implica que:

“Más allá de las nosografías clásicas y su necesaria reestructuración, las nuevas enfermedades del alma son dificultades o incapacidades de representación psíquicas que llegan a destruir el espacio psíquico, nos situamos en el centro del proyecto analítico”⁸⁶.

Siguiendo a Kristeva, nos ubicamos en el centro del proyecto analítico en el sentido que precisamente a partir de pacientes que no respondían a los tratamientos convencionales, como fue la histeria en su momento, es que surge el psicoanálisis. Freud intenta responder a ésta problemática, ir más allá de la sugestión que trabajó su maestro Charcot y escuchar lo propio de ese padecer. A su vez, es precisamente con ese sujeto afectado en su capacidad psíquica e invalidado por su síntoma, donde el psicoanálisis ha intentado dar una respuesta o proponer un espacio de escucha para ese sufrimiento, y generar cambios en la vida de sus pacientes.

⁸⁶ Kristeva, J. (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra, p.17.

7. Una mirada por la psiquiatría.

Es importante en estos momentos hacer un paralelo con lo ocurrido dentro de la psiquiatría, ya que esta especialidad de la medicina ha sido la principal propulsora de esta noción a partir del diagnóstico de *Trastorno de la personalidad*. Este cuadro marcará, querámoslo o no, el quehacer clínico en salud mental los últimos treinta años, situación a la cual el psicoanálisis no queda ajeno.

El papel de la psiquiatría desde la segunda mitad del siglo XX, necesariamente esta influida por dos hechos de suma relevancia. El primero es el rol de los manuales de clasificación diagnóstica a escala mundial -con sus consecuencias estadísticas y epidemiológicas- liderados por el DSM de la Asociación de Psiquiatría Americana y su contraparte de la Organización Mundial de la Salud, CIE. El segundo corresponde al efecto de la farmacoterapia, impulsada por los neurolépticos y antidepresivos de la década de 1950.

El cruce de los dos factores mencionados, tendrá efectos sumamente importantes para el ejercicio de la psiquiatría, como bien apunta Foucault, “¿cuál es la actividad del psiquiatra en un hospital modelo del siglo XIX?; como saben, había dos y sólo dos. En primer lugar la visita; en segundo lugar, el interrogatorio”⁸⁷. Hecho que se verá trastocado y transformado por la entrada de fármacos con cierta efectividad para patologías tradicionales que atendía la psiquiatría: Psicosis, Manía, Depresiones y Trastornos Ansiosos.

⁸⁷ Foucault, M. (2008). *El poder psiquiátrico*. B. A.: Fondo de cultura económica, p.317.

Ahora bien, la aplicación de la farmacoterapia en los pacientes límites, ha tenido una historia bastante irregular, como señala Gunderson “el papel de los psicofármacos en el tratamiento de los pacientes *límites* fue bastante irrelevante durante la década de 1970, en que predominaban las perspectivas psicoanalíticas”. De algún modo, la psiquiatría empírica, comienza a desplazar al psicoanálisis como marco de referencia para el ejercicio clínico a partir de la estandarización de criterios diagnósticos y sus respectivas investigaciones empíricas con los nuevos medicamentos:

“La utilidad de este tipo de fármacos se comenzó a estudiar a principios de la década de 1980, como consecuencia de la aparición de criterios estandarizados y evaluaciones fiables, de la medicalización de la psiquiatría y el creciente reconocimiento de la eficacia en otros trastornos”⁸⁸.

En este punto podemos pensar algunas consecuencias importantes. Precisamente con el ingreso de la farmacoterapia moderna en el tratamiento de malestares psicóticos y depresivos ansiosos, que de modo general, podríamos homologar a la sintomatología en cuadros psicóticos y neuróticos, se logra aplacar en un comienzo significativamente los síntomas, estos se apaciguan y callan, efecto deseado y buscado por esta clínica. Podemos fechar este comienzo con los neurolépticos en 1952, los primeros antidepresivos en 1957 y los ansiolíticos modernos (benzodiazepinas) en 1960.

Pero del mismo modo que algunas afecciones responden al tratamiento, surge un cuadro clínico que no responde a las nuevas herramientas, en donde los primeros proyectos demostraron que ni los antipsicóticos tradicionales ni los antidepresivos podían responder a la pregunta sobre el lugar de lo límite.

⁸⁸ Gunderson, J. (2002). *Trastorno límite de la personalidad, guía clínica*. Barcelona: Psiquiatría Editores, p.129.

De esta manera podemos suponer que el surgimiento de este diagnóstico y la preocupación por este nuevo paciente, esta íntimamente ligada a los inicios de la farmacoterapia. Esta nosología se escapa a las intervenciones posibles, al parecer comparte sintomatología con los cuadros conocidos, pero no se “resuelven” con el medicamento, a diferencia de lo que ocurre con la producción psicótica y la sintomatología depresiva en la neurosis.

Ahora bien, “los Trastornos de Personalidad fueron incluidos en el DSM desde su primera edición en 1952, reflejando el interés de los psiquiatras de corriente psicoanalítica por el tratamiento de estos trastornos”⁸⁹. Es así como en 1980 en el manual de psiquiatría DSM III se incorpora el Trastorno de Personalidad Límite a la clasificación a partir de la creación de un eje independiente (eje II), quizás el diagnóstico más emblemático del espectro que corresponde a los estados límite; y doce años más tarde, es adaptado para la versión del CIE10.

Es importante destacar que “de todos los trastornos de la personalidad, es probablemente el más diagnosticado en la práctica clínica moderna (Loranger, 1990; Loranger y cols. 1997)”⁹⁰. Compartiendo criterios basales de este diagnóstico y que podemos entender dentro del espectro Límite, se encuentran los Trastornos Narcisistas, Trastorno Histriónicos y Trastorno Antisocial. Qué es lo que entiende la psiquiatría a partir del trastorno límite. Para el DSM IV, en su manifestación clínica se encuentra que:

“Se trata de un trastorno en el que aparece una marcada predisposición a actuar de un modo impulsivo sin tener en cuenta las consecuencias, junto a un ánimo inestable y caprichoso. Consiste en una inestabilidad respecto a la vivencia de la propia imagen, de las relaciones interpersonales y del estado de ánimo. Hay una notable alteración de la identidad que se

⁸⁹ First, M. Et al. (2004). *Trastornos de personalidad y trastornos de relación*, Barcelona: Masson, p.123.

⁹⁰ *Ibid*, p.123.

manifiesta en incertidumbre ante temas trascendentales, como orientación sexual y objetivos biográficos a largo plazo, lo que conduce a una sensación de vacío y aburrimiento... ausencia del control de impulso con autolesiones y explosiones de violencia, ...afecciones de la imagen corporal, ...relaciones intensas e inestables con intentos y amenazas suicidas. Sus relaciones interpersonales pasan de la idealización a la devaluación, es frecuente el uso de sustancias psicoactivas como mecanismo de huida... descompensación de tipo psicótico de presentación atípica y corta duración”⁹¹.

Pese a los criterios claros y estandarizados del trastorno en los manuales, el uso de este diagnóstico en psiquiatría siempre ha generado una enorme dificultad, causando problemas desde el sobrediagnóstico en el cual se incurre; hasta la dificultad en el tratamiento. Como señala W. John Livesley “la clasificación de los Trastornos de la Personalidad sigue constituyendo un área problemática dentro de la nosología psiquiátrica, a pesar de los avances llevados a cabo en el DSM II y las siguientes ediciones”⁹².

En el diagnóstico se superponen criterios que son de algún modo contradictorios para la psiquiatría (síntomas depresivos, somáticos, psicóticos, impulsivos, etc), generando confusión y dudas sobre el tratamiento farmacológico, frente a las respuestas ambiguas y disímiles en los pacientes:

“Una tercera observación descubrió que la valoración que hacen los pacientes *límites* sobre los beneficios de un determinado fármaco puede diferir bastante de la valoración que hacen los profesionales. Los fármacos preferidos por los pacientes *límites* parecían hacerles

⁹¹ Riquelme, R. & Oksenberg, A. (2003). *Trastornos de personalidad: hacia una mirada integral*. Chile: Sociedad Chilena de Salud Mental, p.60.

⁹² Livesley, J. (2005). *Dilemas diagnósticos en la clasificación psiquiátrica*, Barcelona: Masson, p.151.

empeorar, a juicio de los demás, mientras que el tipo de medicación que más desagradaba era el que los demás consideraban más beneficiosa (Cowdry y Gardner, 1988)⁹³.

Siguiendo lo revisado anteriormente, Gunderson nos advierte respecto a las mejorías de estos pacientes con la farmacoterapia, recalcando los efectos ambiguos del medicamento, y poniendo énfasis en que aún no se ha desarrollado una medicación específica para curar el trastorno límite de la personalidad:

“En caso de que un paciente *límite* presente una respuesta magnífica a la medicación y pueda decirse que le ha vuelto no *límite*, es probable que el diagnóstico fuera erróneo”⁹⁴.

Como señalan los investigadores, “los tratamientos farmacológicos tienden a apuntar hacia dimensiones específicas como la inestabilidad emocional, la impulsividad, la desorganización cognoscitiva y la ansiedad, más que hacia los diagnósticos globales (Soloff, 1995, 200)”⁹⁵. De esta manera, el hecho de la existencia del diagnóstico definitivamente no implica una claridad respecto al tratamiento con los pacientes. Si bien es cierto, resuelve la problemática en la psiquiatría de “falsas” psicosis, depresiones y otros trastornos; esto no se traduce necesariamente en un ejercicio claro sobre el cuadro.

Lo que constata la psiquiatría, es la emergencia de algo distinto a otras patologías, que no responde al tratamiento de otros trastornos, y que clama por un acercamiento propio y particular, lo que dificulta enormemente el ejercicio clínico para el médico psiquiatra. A lo anterior, se debe agregar que este cuadro es uno de los motivos más altos

⁹³ Gunderson, J. (2002). *Trastorno límite de la personalidad, guía clínica*. Barcelona: Psiquiatría Editores, p.130.

⁹⁴ *Ibid*, p.131.

⁹⁵ Livesley, J. (2005). *Dilemas diagnósticos en la clasificación psiquiátrica*, Barcelona: Masson, p.153.

de la consulta psiquiátrica, y es uno de los pacientes que utiliza mayores recursos dentro de la sanidad estadísticamente (Ramon Florenzano en Riquelme 2003⁹⁶).

A propósito de la problemática de los llamados *Trastornos de Personalidad* y en especial, el Trastorno Límite, señala Foucault que “en psiquiatría la noción de personalidad hace singularmente difícil la distinción entre normal y patológico”⁹⁷, en el esfuerzo de objetivar y estandarizar fenómenos subjetivos:

“Podemos preguntarnos si acaso la dificultad proviene del hecho de que damos el mismo sentido a las nociones de enfermedad, síntoma y etiología en patología mental y en patología orgánica. Si definir enfermedad y salud psicológica resulta tan difícil, ¿no será porque nos esforzamos en vano aplicarles masivamente los conceptos destinados a la medicina somática?”⁹⁸.

El conflicto que ha generado esta denominación clínica, también se puede comprender ya que en psiquiatría se confunde y superpone, la personalidad, el trastorno de personalidad y la enfermedad. Se presenta una dificultad al distinguir por ejemplo la salud o el estado de compensación en estos trastornos, ya que la remisión sintomática, - como vimos- no opera en estos cuadros, criterio indispensable para caer en el espectro de sano dentro de la medicina:

“Los investigadores no han sido capaces de identificar una distinción cualitativa entre las características normales de la personalidad y los trastornos de la personalidad (p.ej: Kass et al, 1985; Livesley et al, 1992; Nestadt et al, 1990; Zimmerman y Coryell, 1990)”⁹⁹.

⁹⁶ Riquelme, R. & Oksenberg, A. (2003). *Trastornos de personalidad: hacia una mirada integral*. Chile: Sociedad Chilena de Salud Mental.

⁹⁷ Foucault, M. (2006). *Enfermedad mental y personalidad*. Buenos Aires: Paidós, p.22.

⁹⁸ Ibid, p.9.

⁹⁹ First, M. Et al. (2004). *Trastornos de personalidad y trastornos de relación*, Barcelona: Masson, p.125.

Esta complicación, también se reconoce en la psiquiatría dinámica, por ejemplo en Kernberg, donde la estructura limítrofe, la cual coincide en gran parte con el T. Límite, no logra dar cuenta de un estado compensado de la estructura, que permita vislumbrar un funcionamiento que no sea “trastornado”.

Por último, en función de lo referido a la psiquiatría y sus dificultades en el tema de la personalidad y sus “disfunciones”, François Laplantine¹⁰⁰ plantea que a lo largo de la historia han existido en medicina distintas maneras de concebir la enfermedad, situación a la que no se escapa la nosología psiquiátrica, las cuales irán aparejadas con modos de curación. Estas distintas concepciones que van desde modelos de representación naturalista, causalidad exógeno, endógena, etc, no siempre son excluyentes en una misma enfermedad. De esta manera se podría entender la problemática que implica el diagnóstico desde la personalidad “alterada”, en donde el modelo de cura (farmacológico) no responde a la concepción del trastorno, produciendo una incoherencia interna.

¹⁰⁰ Laplantine, F. (1999). *Antropología de la enfermedad*. Buenos Aires: Ediciones del sol.

8. Intentos de definición.

En este contexto, intentar aunar una definición para los estados límites desde el psicoanálisis, parece una tarea imposible. Pero con el objetivo de tener una mayor claridad respecto a este trabajo, presentaré una visión muy general de tipo descriptiva a partir de la integración de distintos autores.

Lo primero a señalar, es que la noción de **borderline** o **estado límite**, surge en la práctica clínica por el descubrimiento de obstáculos profundos en la cura de sujetos que a primera vista parecían neuróticos. Como señala Otto Kernberg, “presentaban al comienzo lo que superficialmente parece ser una típica sintomatología neurótica”¹⁰¹, es decir en la experiencia analítica con pacientes que en un primer momento parecían funcionamientos neuróticos, se establece una duda.

Destaca en un primer lugar la presentación del paciente dentro de lo concebido generalmente por una neurosis, pero a medida que se avanza en el tratamiento y el diagnóstico se reconocen peculiaridades. Como plantea Kernberg¹⁰², frente a una cura psicoanalítica clásica desarrollan una psicosis de transferencia, pudiendo sufrir episodios psicóticos pasajeros, además en su vida exhiben una alta impulsividad, polisintomatología neurótica y una identidad del yo difusa (*síndrome de difusión de identidad*). Se reconocen episodios depresivos atípicos, donde la depresión no es simplemente reactiva y pasajera como en la neurosis, ni consustancial a la existencia, con un temor general ante el derrumbe y un estado de angustia generalizada.

¹⁰¹ Kernberg, O. (1997). *Desordenes fronterizos y narcisismo patológico*. Buenos Aires: Paidós, p.23.

¹⁰² Ibid.

En otras ocasiones, aunque de menor frecuencia, casos que se presentaban como psicosis desde sus manifestaciones sintomáticas, a lo largo del proceso se estabilizan en funcionamientos de otro orden, distinto a una psicosis subclínica por ejemplo (las cuales aun no se desencadenan) o cuadros psicóticos declarados. Lo que se pensaba como una psicosis en función de su desorganización psíquica inicial y su discurso a momentos disgregados, tiende a otra cosa.

Ahora bien, como bien señala Green¹⁰³, de estos tipos de pacientes que parten por la línea psicótica para decantar en estados límite, es más difícil su comprensión y trabajo debido a su gravedad sintomática, por lo que la experiencia psicoanalítica ha aprendido menos.

Para Rassial¹⁰⁴ destacan tres aspectos semiológicos en los estados límites, por un lado una peculiar combinación de angustia y depresión, generando un estado ansioso-depresivo, en la cual la depresión no es ni reactiva ni melancólica; segundo, conductas de tipo perversas en lo sexual como en lo social; y tercero, ataques conjuntos a la imagen del cuerpo y al proceso de pensamiento, no homologables a las “neurosis narcisistas” propuestas por Freud; estableciendo de esta manera diferencias clínicamente constatables en las entrevistas de evaluación.

Así se configura un cuadro particular que llama la atención inicialmente por la ambigüedad de su manifestación, donde se pueden presentar elementos de tipo psicótico y neurótico, pero presentados no de un modo neurótico o psicótico. Se podría comprender como:

¹⁰³ Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu

¹⁰⁴ Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión.

“Un termino descriptivo que designa a un grupo de condiciones que manifiestan fenómenos tanto neuróticos como psicóticos sin entrar de manera inequívoca en ninguna de esas dos categorías diagnosticas, [en donde] ni los síntomas neuróticos ni los psicóticos se corresponden con la concepción de neurosis o psicosis”¹⁰⁵.

Las expresiones sintomáticas difieren de lo comúnmente conocido, cortes en el cuerpo para calmar la angustia, intentos de suicidio recurrentes como manera de buscar un reconocimiento del Otro, trastornos alimenticios variados, toxicomanías frecuentes, en un uso particular de las sustancias que no entran en el intercambio social. Pero esta sintomatología interroga de un modo particular al analista, pues “en tanto sabemos que no es lo mismo un sujeto actuador, un adicto, una anoréxica o un fenómeno psicossomático, ¿cuál es –más allá de lo fenoménico- la especificidad que diferencia a cada una de estas presentaciones?”¹⁰⁶.

A lo que se alude es sin lugar a dudas, al sujeto que ha caído en la zona de problemático –como señalamos anteriormente- para algunos y para otros dentro de los inanalizables en algún sentido, en términos de la técnica clásica:

“Nos referimos a aquellos sujetos que no logran situarse fácilmente en el dispositivo analítico, que no terminan de creer que decir cualquier cosa que se les ocurra pueda querer decir algo, pacientes que transitan del acting en acting, aquejados por enfermedades psicossomáticas, padeciendo anorexia, bulimia, adicciones, pacientes en los que la represión y el retorno de lo reprimido no parecen ser los recursos disponibles, pero que tampoco pueden ser ubicados en el campo de la perversión o la psicosis; pacientes que no siempre han encontrado un lugar en las curas psicoanalíticas, habiendo sido, a menudo, calificados de *inanalizables*”¹⁰⁷.

¹⁰⁵ Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu, pp.90-91.

¹⁰⁶ Heinrich, H., et al. (1999). *Borde <R>S: Una zona de riesgo; en Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.7.

¹⁰⁷ *Ibid*, p.7.

9. Distintos acercamientos.

Dentro del psicoanálisis los distintos autores tomarán posiciones muy diferentes, tanto desde una concepción teórica, como en sus implicancias clínicas. Lo anterior, pese a poseer –como vimos anteriormente- algunas nociones y puntos en común respecto a la problemática de lo *límite*.

Para Otto Kernberg, la *organización fronteriza de la personalidad*, como él la denomina, describe a “pacientes que presentan una organización patológica de la personalidad, específica y estable y no un estado transitorio que fluctúa entre neurosis y psicosis”¹⁰⁸, constituiría una estructura de personalidad, distinta a la estructura neurótica y psicótica, denominándola *estructura limítrofe*. Este funcionamiento ampararía una serie de patologías descritas en la nosología psiquiátrica compilado en los manuales de psiquiatría (DSM IV y CIE10) tales como *Trastornos Límite de la personalidad, T. Histriónico, T. Narcisista, T. Antisocial y T. Esquizoide*.

En el otro extremo, Jean Bergeret¹⁰⁹ plantea que no se puede denominar estructura de personalidad a estos estados, ya que no cuentan con mecanismos estables y permanentes defensivos, ni una identidad propia. Si bien reconoce la existencia del cuadro, se resiste a denominarla como estructura de personalidad y las designa como *a-estructuras*, en donde destaca un funcionamiento inestable marcado por una pseudo-normalidad.

¹⁰⁸ Kernberg, O. (1997). *Desordenes fronterizos y narcisismo patológico*. Buenos Aires: Paidós, p.19.

¹⁰⁹ Bergeret, J. (1996). *La personalidad normal y patológica*. Barcelona: Gedisa.

Dentro de los dos polos anteriores, encontraremos posturas como la de la psiquiatría dinámica norteamericana representada por John Gunderson¹¹⁰, que sólo considera el Trastorno Límite de la personalidad como el cuadro representativo de estos estados. Esta postura critica la propuesta de Kernberg por ser demasiado amplia y superponer diagnósticos, lo anterior lo hace a partir y principalmente de estudios empíricos formulados luego de la estandarización de diagnósticos psiquiátricos con los manuales DSM en la década de 1980.

En la escuela inglesa de psicoanálisis, encontramos los trabajos de Donald Winnicott con su concepto de *falso self*¹¹¹ los considera un funcionamiento propio e independiente de las estructuras psicóticas y neuróticas. Si bien, lo que el autor describe estrictamente como estados límites serían pacientes con nódulos psicóticos con una presentación neurótica, el concepto de *falso self* logra dar cuenta del espectro de funcionamiento no neurótico ni psicótico que se ha descrito anteriormente.

Para Winnicott¹¹² el rol del ambiente es preponderante, en donde madres insuficientemente buenas en el sentido de impredecibles y que imponen sus necesidades en vez de acomodarse al niño, no lograrían sostener el desarrollo normal del niño, provocando una constitución falsa sobre la base de la sumisión y la defensa del verdadero self.

Esta coraza falsa será tratada como la verdadera, siendo esta constitución el eje fundamental de la patología de *falso self*, que no contaría con un yo integrado a partir de esta falla en el sostén inicial ejecutado por la omnipotencia materna primera. Esta

¹¹⁰ Gunderson, J. (2002). *Trastorno límite de la personalidad, guía clínica*. Barcelona: Psiquiatría Editores.

¹¹¹ Winnicott, D. (1960). *La integración del yo en el desarrollo del niño*. Barcelona: RBA [2006].

¹¹² Winnicott, D. (1962). *La distorsión del yo en términos del self verdadero y falso*. Barcelona: RBA [2006].

constitución implica una ineficacia simbólica, una rigidez defensiva y la ausencia del conflicto psíquico interno, ya que estarían ubicados en una posición anterior a esto, todo lo señalado lo podemos ubicar en un funcionamiento como los descritos en los *borderline*.

En la misma línea que el autor anterior, Heinz Kohut refiere que los estados fronterizos¹¹³ sufren una fragmentación del self permanente en la línea psicótica, esto podría entenderse como una estructura psicótica no desencadenada. Pero el trastorno Narcisista que él describe, cabe dentro de lo que hemos definido como *estado límite*, allí el *sí mismo* se sentiría discontinuo habiendo fallado el período de narcisismo constitutivo con el *objeto del sí mismo*. Ha fracasado la respuesta especular que lo autoafirma y le permite idealizaciones sanas, no pudiendo formarse el *sí mismo* nuclear que da sensación de continuidad en la personalidad. La causa de lo anterior, se debe en gran parte a la patología del progenitor, quien tiene una incapacidad crónica de respuesta a las necesidades de afirmación del niño en ausencia de empatía; siendo esta respuesta empática de las necesidades, anulada por los padres que no responden. De esta manera, el *complejo de Edipo* no puede ser vivenciado de una manera estructurante, dadas las fallas previas en la constitución.

Para Michael Balint los pacientes límite están más allá del Edipo, en un estadio pre-verbal de relación narcisista. No existiría un conflicto de base, sino más bien se está en una posición de *falta básica*¹¹⁴, en donde las palabras no tendrían un significado convencional, pero aclara bien que no correspondería a lo psicótico precisamente, aunque de refiera a algo pre-edípico y diádico en algún sentido.

¹¹³ Kohut, H. (1980). *La restauración del si-mismo*. Buenos Aires: Paidós.

¹¹⁴ Balint, M. (1989). *La falta básica*. Buenos Aires: Paidós.

La *falta básica* está asociada a una falla o descuido que se siente irreparable, no posible de suturar como sería la falta edípica. El origen lo contempla en una discrepancia o desajuste de las necesidades biopsicológicas de los cuidados psíquicos y maternos, de esta manera se generarían pacientes que no han entrado en lo triádico edípico. Esta posición genera transferencias diádicas, no triádicas, en donde no hay estructura de conflicto (que sería lo propio de lo edípico); con lo que la interpretación genera respuestas paranoides. La falta es un desajuste, siendo eso lo traumático que se debe compensar y cicatrizar en análisis.

Todas las propuestas que van desde la escuela inglesa hasta la psicología del yo, contemplan lo borderline como un funcionamiento mixto entre neurosis y psicosis; en este sentido, lo borderline sería esta mezcla de elementos neuróticos y psicóticos, siendo su lugar conceptual un punto intermedio.

Por su parte, las orientaciones lacanianas buscarán darle un lugar conceptual propio, en el sentido de un lugar lógico en la estructura. Aunque tienen un objetivo distinto, que podemos ubicar en el concepto de estado límite, este esfuerzo no trae menos dificultades.

Así encontramos divergencia en la propia orientación laciana¹¹⁵, en los cuales una vertiente no reconoce la existencia del fenómeno, aludiendo a distintas variaciones de la propia neurosis, estructuras psicóticas o perversas (J-A. Miller); u otra perspectiva (Lebrun, Rassial, Amigo, Cancina, Heinrich) que reconoce este funcionamiento como un estado particular de la estructura, que no encaja con el funcionamiento de las tres

¹¹⁵ Una reflexión en profundidad del tema desde la orientación laciana, se llevara a cabo de manera más amplia en el capítulo II.

grandes estructuras antes nombradas, por la cual se debe generar una clínica especial, distinta a las tradicionales curas psicoanalíticas.

Un punto aparte merece las propuestas de los analistas de orientación lacaniana, quienes se manifiestan con una posición propia recién a mediados de la década de 1990. Quizá como deudores de la teoría de Jacques Lacan -quien se refiere al fenómeno sólo de forma tangencial y en un esfuerzo por desmarcarse de la *psicología del yo*, más que en revisar desde dentro el problema-, los seguidores de su obra por muchos años no se abren a la posibilidad de la existencia del fenómeno y se remiten a dejar a la psiquiatría y la *psicología del yo* abordar libremente el tema. No se pronuncian al respecto más que para señalar el problema como variaciones dentro de las ecuaciones clásicas de las tres grandes estructuras. Como bien señala Haydée Heinrich:

“Respetuosos de la tripartición relevada por Lacan entre neurosis, psicosis y perversión, los deudores de su enseñanza hemos demorado más que los psicólogos y analistas de otras corrientes en reconocer un fenómeno clínico particular”¹¹⁶.

Las principales propuestas de la orientación lacaniana, se desarrollan temporalmente en la misma década (a mediados de la década de 1990), ofreciendo tres respuestas distintas –aunque no excluyentes necesariamente- dependiendo de la asociación psicoanalítica que pertenecen.

Jacques-Alain Miller y los miembros de su asociación AMP (Asociación Mundial Psicoanálisis) desarrollan el concepto de *psicosis ordinaria* como un modo de dar respuesta al problema, ubicando los fenómenos raros y peculiares -que hemos

¹¹⁶ Heinrich, H., et al. (1999). *Borde <R>S: Una zona de riesgo; en Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.7.

denominado anteriormente- dentro de una manifestación especial y nueva del funcionamiento psicótico.

Entre los años 1996 y 1998 se desarrolla una investigación en torno a los casos sorpresas o casos raros que se han tornado casos frecuentes, los cuales caen dentro de *“Los Inclasificables de la clínica psicoanalítica”*. La idea central de esta propuesta es pensar estos fenómenos como una variación de la psicosis en términos de ampliar la concepción clásica de psicosis propuesta por Lacan en su seminario *“La psicosis”* de 1955-1956 y su artículo en sus *“Escritos”* titulado *“De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”* del mismo año, integrando los desarrollos posteriores de su obra con la clínica *borromea* de sus seminarios *“RSI”* (1974-1975) y *“El sinthôme”* (1975-1976). Se intentará avanzar “más allá de la clínica estructural, que distingue neurosis y psicosis en función de la presencia o ausencia de ese operador que es el Nombre del Padre”¹¹⁷.

La idea es comprender los fenómenos de borde en la estructura psicótica, con nuevos elementos teóricos, concibiendo los fenómenos psicóticos existentes, que no implican necesariamente desencadenamientos clásicos y vistosos de la esquizofrenia o la paranoia. Se trataría de fenómenos más sutiles, que hablan de un desenganche al Otro – *neodesencadenamientos*-, más que de un quiebre de lo simbólico, junto con ver elementos en lo imaginario y en el cuerpo, las *neoconversiones* y *neotransferencias*. Serían de esta manera nuevas variantes clínicas, más que una organización nueva o estado particular de la estructura, pero comprendiendo estos fenómenos de borde, desde el lado de la psicosis.

¹¹⁷ Miller, J-A. (2006). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: Paidós, p.18.

Lo anterior se comprende a partir de un momento histórico-social, denominado por Miller como la *época del Otro que no existe*, en la cual el padre entra en declive, se fractura el discurso del amo y caen los grandes ideales sociales. Se pierden los S1 (significantes amo) que organizan el entramado social, correlacionándose el síntoma con el estado actual de la civilización.

Desde esta nueva concepción que propone Miller, habría que buscar fenómenos psicóticos no directamente vinculados a la palabra –como los fenómenos elementales propuesto por Lacan-, sino más bien vinculados al silencio del goce y sus efectos en el sujeto a modo de desencadenamiento. A su vez, habría que tratar de manera independiente la ausencia del Nombre del Padre (P_0 de toda psicosis) con la ausencia del significante fálico Φ_0 , efecto de P_0 . Así la problemática se jugara en esa ausencia del Nombre del Padre que lleva a un goce en lo real de modo particular, cercano a la postura de Joyce más que las manifestaciones extraordinarias de Schreber, como veremos en profundidad más adelante.

Como contraparte de la propuesta Milleriana, pero sin ser una respuesta a ella, en la Escuela Freudiana de Buenos Aires (EFBA) se comienza un trabajo colectivo de autores como Silvia Amigo, Pura Cancina, Hydée Heinrich entre otros, que culmina en 1994 en una publicación y colección editorial de *Clínica de los bordes*.

Desde este lugar comprenden dos ejes sobre los cuales se debe entender estos nuevos fenómenos, -ejes que de cierta manera son compartidos por los analistas de orientación lacaniana que trabajan el problema-, y que existe una relación entre el estado actual de la civilización y las patologías de borde estrechamente relacionado con el fin de

siglo. Por otra parte, el paso de una concepción rígida de la estructura sostenida bajo el esquema L y esquema R de Lacan, hacia una concepción dinámica o móvil “sostenida en las últimas enseñanzas de Lacan a partir del momento que introduce el nudo borromeo y las operaciones incluidas en su lógica (anudamientos, desanudamientos, tejido de un cuarto número, etc.)”¹¹⁸. Este movimiento que implica integrar la última enseñanza de Lacan, será tomado por las tres corrientes lacanianas que revisaremos en este apartado, siendo al parecer un elemento necesario para la comprensión de los *estados límites*.

La propuesta de la EFBA, concibe el problema eso sí, en el borde de la neurosis, son manifestaciones peculiares que no estarían por fuera del campo de la neurosis, “dentro del terreno de la neurosis, podría definirse una zona de relación particular en la que, al no poder constituirse la transferencia, lo que aparece es el Acting Out, como una mostración del objeto que ha sido rechazado y como un llamado a que el Otro ofrezca una hiancia que lo acoja”¹¹⁹.

Para Silvia Amigo, la problemática se juega en una falla en la constitución del fantasma, la cual en la lógica neurótica ordena la ley del deseo y limita el goce, goce que vemos en los fenómenos de borde como no coartado (trastornos alimenticios, adicciones a sustancias, manifestaciones somáticas varias, etc.); de esta manera el funcionamiento border se queda:

“En el borde de la escritura del objeto *a*, al filo de la constitución fantasmática, sobre la frontera de la estructura neurótica, sin concluir su tránsito por carecer de la normativización

¹¹⁸ Cancina, P., et al. (1999). *El nombre propio en una clínica de bordes*; en *Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.101.

¹¹⁹ Heinrich, H., et al. (1999). *Borde <R>S: Una zona de riesgo*; en *Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.10.

de un registro –el imaginario- que pueda aportar el trazo faltante a la letra que ciñe como perdido y recubrirle por la imagen al objeto fantasmático”¹²⁰.

Se articulan fallas en la identificación y la castración, con un modo de elección de objeto comandada por el narcisismo, en donde la operación de corte a nivel imaginario yoico afectará irremediabilmente la constitución final del fantasma. La trama edípica no se desarrolla en términos neuróticos, dejando al sujeto en un lugar de inestabilidad, identificaciones precarias, movilizados por el ideal y sin una ley paterna que ordene el goce.

Estas características de los sujetos implicarán una dirección de la cura particular, no al modo clásico neurótico, ya que “la falta de clivaje yoico y el tipo de elección narcicista de objeto, imprimirán a la transferencia –de la que el paciente de borde es capaz- un matiz de amor directo y de odio receloso”¹²¹. Se tratará de hablar y de escuchar sin esperar que el discurso se reordene en la ley del deseo, lo que es solidario con la lógica de un fantasma no logrado. Como sintetiza Cancina:

“Falta de confianza en el significante (Haydée Heinrich), fallido en la instancia de los mandatos de la palabra (mi propuesta en *El dolor de existir...*), desmentido con respecto a la denegación instituyente en cuanto al uso de los símbolos (Kristeva): afecta al sujeto en el plano de su yo. Algo falta en el trámite de desprendimiento del objeto como *a* a fin de tornarlo adecuado para entrar en el fantasma”¹²².

Por último, desde la Asociación Lacaniana Internacional surgen las propuestas de Jean-Pierre Lebrun (1997) y Jean-Jacques Rassial (1999), quienes trabajan con el

¹²⁰ Amigo, S., et al. (1999). *El análisis en los Bordes; en Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.61.

¹²¹ Ibid, p.70.

¹²² Cancina, P., et al. (1999). *El nombre propio en una clínica de bordes; en Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.124.

concepto de *Estado Límite*. Para ellos algo del lazo social ha variado, lo que implica una función paterna y materna que en el último tiempo se verá trastocada o afectada, con consecuencias subjetivas que se constata en el *estado límite*. Como señala Rassial, en estos estados la castración de la madre persiste, sin poder superarla; el discurso social no favorece la castración en todos sus niveles, incidiendo directamente en la constitución del sujeto.

En relación con lo anterior, Rassial reconoce en el estado límite una nueva forma patológica que afectan específicamente al narcisismo y a la conducta, en donde para Lebrun:

“Se mantendría un juego con el límite precisamente, como si el sujeto permaneciera siempre entre-dos, entre padre y madre, entre Imaginario y Simbólico, o entre Imaginario e Imaginario en vía de simbolización, no siendo en absoluto el problema que él esté en este entre-dos, sino más bien que permanezca allí sin realmente dar su asentimiento a la dimensión de lo Simbólico, es decir, a la castración”¹²³.

Para estos autores, el estado actual de la sociedad conlleva un movimiento en la subjetividad representada por los estados límites. Rassial haciendo uso de la última enseñanza de Lacan –al igual que Miller y la EFBA- plantea que “el sujeto en estado límite, considerado en la relación simultánea con su propio cuerpo, con la lengua y con el mundo, presentaría una superposición simple de lo real y la realidad, y de una índole tal que el efecto paradójico de las escisiones desembocaría en un estado de confusión”¹²⁴.

¹²³ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite: Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: ediciones del Serval, p.136.

¹²⁴ Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión, p.101.

Pero la característica principal que toma para Rastal el estado límite, es precisamente su condición de estado, que no permite definirlo como una estructura nueva, ni una mera manifestación novedosa de las grandes estructuras, sino, una circunstancia del funcionamiento subjetivo susceptible a intervenir y ser reordenada bajo la lógica del *sinthôme* lacaniano:

“El estado límite no definiría entonces una estructura sino precisamente un estado, provisional o fijo, y captado en un instante, de pasaje de una estructura primera, neurótica, psicótica u otra, hacia una estructura segunda... y el pasaje se efectúa, pues, hacia una estructura segunda que exige la construcción de una cuarta cuerda: la del *sinthôme*. Estado, por lo tanto, donde el sujeto oscila entre la confusión si esa cuerda se desanuda, la rigidez o la fijación si se cierra, o incluso la dependencia si es sostenida por dos manos, dos pinzas, que sitúan al Otro, pero no en el origen primero, sino como reparador segundo”¹²⁵.

¹²⁵ Ibid, p.129.

10. Puntos de (des)encuentro: convergencias y divergencias.

Desde los seguidores de Lacan se propondrán abiertamente los efectos del Otro y sus vicisitudes en la constitución de los *estados límite*. Si Kernberg se niega a esto poniendo el origen en un exceso de pulsión de muerte constitutiva, dando una etiología intrapsíquica, los demás autores plantea un origen extrapsíquico. Si bien Winnicott, Balint y Kohut le dan un rol a la relación con la madre en la constitución de los *estados límites*, Rassial, Lebrun y Miller irán más allá al concebir la función paterna como algo que falla desde su sostén en lo social.

Pese a las divergencias de las perspectivas dentro del mismo psicoanálisis, al parecer existiría una concordancia entre todas las orientaciones respecto al eje central en la problemática de los pacientes límites. Esta concordancia giraría en torno a dificultades en la *castración* y en la constitución del *narcisismo*, con sus posibles efectos.

De manera convergente con estas afirmaciones, Bergeret había ya planteado que se trataba ante todo de una enfermedad del narcisismo, un trauma desorganizador en la primera infancia impide entrar en una relación triangular a partir del *complejo de Edipo*. A su vez, Amigo señala que “es en ellos constatable en forma repetida y regular que hayan configurado el acto psíquico del narcisismo según una frase parental que no guarda un adecuado respeto por la dimensión de engaño amoroso”¹²⁶.

¹²⁶ Amigo, S., et al. (1999). *El análisis en los Bordes; en Bordes... un límite de la formalización*. Rosario: Homo Sapiens, p.54.

Desde la perspectiva psicoanalítica de las *Relaciones Objetales*¹²⁷, Kernberg reconoce en estos pacientes una dificultad en la formación del objeto total y la genitalidad:

“Un déficit de síntesis de imágenes contradictorias de sí mismo y de los objetos... escisión de los objetos externos en totalmente buenos y totalmente malos... y un prematuro desarrollo de tendencia edípicas, como consecuencia de una particular condensación patológica de objetos pregenitales y genitales”¹²⁸.

Lebrun, pese a estar en una orientación psicoanalítica distinta a la de Kernberg, reconoce un retroceso en la simbolización y dificultad en la capacidad de pensar, “su organización psíquica no remitiría al modelo genital y edípico... no habrían dispuesto de medios que les eran necesario para elaborar un imaginario que integrara la genitalidad y la triangulación edípica”¹²⁹.

Desde la investigación desarrollada por Peter Fonagy¹³⁰ en EE.UU., encuentra en los pacientes límites una limitada capacidad para representar sentimientos y pensamientos en sí mismo y los demás. En la misma línea Andre Green ve una formación de un self falso provisto de un narcisismo prestado, en donde no existe distinción clara entre pensamiento, representación y objeto a partir de escisiones que no hacen referencia

¹²⁷ Teoría Relaciones Objetales: concepción teórica desarrollada por autores post freudianos, entre los que destacan M. Balint y M. Klein. El termino relación de objeto se encuentra ocasionalmente en los escritos de Freud, ya que nunca propuso una teoría explícita sobre esto. Esta concepción pone énfasis en la relación de objeto, “término utilizado con frecuencia en el psicoanálisis contemporáneo para designar el modo de relación del sujeto con el mundo, ...relación que es el resultado de una aprehensión más o menos fantasmática de los objetos y de unos tipos de defensas predominantes (Laplanche, p359)”. Dentro de la concepción de M. Klein, “los objetos (proyectados, introyectados) ejercen literalmente una acción (persecutoria, aseguradora, etc) sobre el sujeto (objeto bueno, objeto malo), (Laplanche, p360)”; por su parte M. Balint propone un amor de objeto primario en una edad muy precoz. Klein hará énfasis en la dialéctica de los objetos buenos y malos, como objetos parcialmente escindidos que aparecen en la vida fantasmática del niño.

¹²⁸ Kernberg, O. (1997). *Desordenes fronterizos y narcisismo patológico*. Buenos Aires: Paidós, pp.41 y 52.

¹²⁹ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite: Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: ediciones del Serval, p.132.

¹³⁰ Fonagy, P. & Target, M. (2002). *Jugando con la realidad – III. La persistencia de la realidad psíquica dual en pacientes fronterizos*. Libro anual de psicoanálisis, XVI, pp. 91-111.

a un tercero potencial. Esto alude a la ausencia parcial del plano simbólico, en el sentido de salir de la identificación especular (diada imaginaria) y entrar en la triada edípica de lo simbólico; que permite al sujeto objetivar sus pensamientos y representaciones, reconociendo sus implicancias en ello. A su vez alude a la existencia psíquica de un tercero regulador de la relación dual, entendida como madre-hijo, que pone orden a la dinámica inconsciente.

Por su parte, Gunderson observa una “inconstancia en el objeto”, que afectaría directamente en la representación. Esta inconstancia implica una dificultad en el reconocimiento y estatuto del objeto, en tanto, sus cualidades como distintas del sujeto, como así también la atribución de características buenas y malas, teniendo la posibilidad de tener acceso a estas representaciones. Ante esta inconstancia, la relación se puede vivir como amenazadora de manera paranoide; vacía ante la ausencia, generando angustia, identificándose con el sujeto impidiendo la representación; dificultando todo lo anterior, enormemente el trabajo simbólico en el sujeto.

Se reconoce desde las distintas perspectivas del psicoanálisis algunos puntos en común. Pese a las divergencias que toma la teoría en cada autor, todos a su modo comprenden en los estados límites alguna falla significativa anterior al complejo de Edipo que afectaría de mayor o menor medida el paso por este momento estructurador del sujeto.

Esta falla traería efectos en la construcción narcisista, algo que hace hincapié Kohut, pero como plantea Balint y Bergeret la subjetividad no funciona a modo

completamente edípico. La castración como eje fundante, la cual desarticula en una primera instancia el narcisismo, pero que permite el desarrollo subjetivo a partir del *complejo de Edipo*, no funciona a modo neurótico. Casi todos los autores (a excepción de Kernberg) y cada uno a su modo, ponen énfasis en la relación con el Otro que no opera de un modo constituyente, lo que va a implicar en una construcción desde la idealización.

Ahora bien, plantear dificultades que inciden en el *complejo de Edipo*, supone comprender las dos caras de este proceso. Por una parte, lo que podemos llamar interno, en tanto el sujeto con su familia o con quienes ejercen las funciones paternas o maternas; y por otra el modo que esas funciones se integran, posibilitan y relacionan con lo social. El paso de un individuo por el *Edipo*, supone pasar del narcisismo y entrar como sujeto al entramado social; en este sentido, el modo como se ejerzan esas funciones y por su parte, el estado de la sociedad que como señalábamos antes, faciliten o restrinjan ese ejercicio, tendrá efectos subjetivos.

Podemos pensar que existe un ir y venir de ese proceso que entrelaza al sujeto con su deseo y la ley, ley cultural y social como es la prohibición del incesto, que saca de la endogamia a la familia y lo lanza al intercambio social. Es por esto, que al señalar la importancia de ese paso, se está señalando también la relación inexorable del sujeto con la cultura, el paso de un narcisismo constitutivo de lo imaginario, hacia un ascenso simbólico-social.

Por otra parte, todos los autores de alguna manera van a reconocer en estos estados también, un límite para el analista, en el sentido de poner en jaque las herramientas tradicionales con que contaba el psicoanálisis, proponiendo a su vez formas distintas de orientar la cura.

Así nos encontramos que desde la perspectiva de las *relaciones objetales*, en la constitución del objeto y la identidad, junto con los procesos de pensamientos asociados, existe una dificultad en este tipo de pacientes; situación comprendida a partir de fallas en la castración pre-edípicas, precisamente en el periodo del narcisismo infantil.

En la *orientación lacaniana* se presentan divergencias al reconocer la existencia o no del cuadro, como funcionamiento independiente de las grandes estructuras, pero quienes reconocen la existencia independiente, lo hacen a partir de ubicar en esos pacientes importantes dificultades en la castración con sus implicancias en el Edipo.

Ahora bien, se debe aclarar que el modo de articular y definir el Edipo y el objeto tienen importantes variaciones de una orientación a otra; lo más probable es que si entramos a distinguir las dinámicas en profundidad desde cada orientación, lleguemos a conclusiones diferentes. Pero lo importante a destacar es que pese a estas divergencias conceptuales, las distintas orientaciones topan con puntos comunes para entender lo límite. Para una comparación más profunda sería necesario diferenciar los conceptos y sus alcances teóricos desde cada orientación.

Pese a esta advertencia es importante destacar que para las distintas posturas dentro del psicoanálisis, existe algo del orden de la estructuración psíquica que está de algún modo afectado, en suspenso, trastocado o simplemente indeciso. Si pensamos en el complejo de Edipo como momento estructurador, debemos concebir el proceso de subjetivización como un recorrido no necesariamente cronológico (como Lacan lo advirtió a través de los tiempos lógicos del *Edipo*), pero sí como momentos necesarios y suficientes en cada sujeto.

De esta manera, lo que acontezca en cada historia de un individuo –para constituir un sujeto- en el momento del narcisismo, con lo imprescindible de la identificación imaginaria que allí se da y el desarrollo del yo; tendrá implicancias directas al momento del complejo de Edipo. A su vez, la castración operante en sus distintos niveles (imaginaria y simbólica por excelencia), la cual de algún modo desarticulan el narcisismo constitutivo y dan pie para la constitución del sujeto barrado a nivel simbólico, son en Freud y Lacan el paso necesario para la resolución edípica. En este sentido, se debe tener en cuenta estos momentos y sus articulaciones para pensar los estados límites.

Los autores revisados, consideran una incidencia fundamental de los momentos señalados, para explicar estos estados, cada uno lo hará –como lo señalamos- desde su concepción teórica; pero todos de algún modo reconocen la existencia de ciertos sucesos en los momentos fundantes de la subjetivización, siendo estos acontecimientos claves en la concepción de los *estados límite*.

Por último, revisar el paso de un sujeto por el Edipo, significa observar la relación no sólo de un niño con sus padres, sino también observar el entramado sobre el cual se sustenta esa relación y sobre todo, esa renuncia y pérdida que lanza al sujeto en su búsqueda deseante.

Como señala Lacan en su seminario de 1969-1970 *“El reverso del psicoanálisis”*, la prohibición está articulada en un discurso, discurso que no es de nadie, pero que nadie es ajeno a él, discurso de lo social, sobre el cual se jugarán tanto las identificaciones narcisistas, las búsquedas de goce, el saber inconsciente, la verdad del sujeto y la pérdida irreductible que sostiene el lazo social.

11. Consideraciones finales.

Como primer aspecto a destacar, es el surgimiento y constatación de un fenómeno nuevo en la clínica de la segunda mitad del siglo XX. Fenómeno que a primera vista rompe o cuestiona las categorías clínicas imperantes que dividían el funcionamiento psíquico en dos grandes estructuras, Neurosis y Psicosis. En este sentido, Sigmund Freud a lo largo de su obra, logra dar cuenta de dos estructuras y deja apuntes para poder establecer un tercer funcionamiento que sería la Perversión; definiéndolas a partir de nociones y funcionamientos intrínsecos a cada estructura, concepciones que desarrollará a lo largo de su obra por más de cuarenta años.

A partir de las estructuras establecidas por Freud en el psicoanálisis, el concepto de *borderline*, plantea definiciones poco precisas o ambiguas del funcionamiento. Ahora bien, pese a lo anterior la literatura psicoanalítica y psiquiátrica reconoce numerosas denominaciones para funcionamientos que no serían del orden propiamente neurótico o psicótico, planteándose como algo distinto y novedoso diferente a las grandes estructuras de base.

El concepto habría surgido en la década de 1950 con R. Knigth, tomando fuerza en los siguientes treinta años, siendo ya en la década de 1980 una noción más o menos reconocida dentro de los autores. Su concepción oscilará entre pacientes que no cuadran con los diagnósticos y nomenclaturas del momento, sujetos de difícil manejo terapéutico y curas que no responden a las curas tipo para la neurosis y tratamientos para la psicosis. El fenómeno comienza a percibirse especialmente en la clínica, surgiendo en esta experiencia una problemática nueva para los analistas.

En sintonía con esta evolución, reconocemos importantes diferencias al momento de definir con claridad el cuadro, se observa esta dificultad tanto en los diccionarios psicoanalíticos, como en la literatura en general, donde se encuentran múltiples denominaciones a lo largo de la historia tanto en psicoanálisis y psiquiatría. Estas nomenclaturas intentan aprehender algo de la experiencia que registran, en donde las denominaciones clásicas de neurosis y psicosis no darían cuenta de estos casos a cabalidad.

La psiquiatría desarrolla el concepto como categoría clínica dentro del cuadro nosológico de *Trastorno de la Personalidad*, siendo el más representativo de los *estados límites* el *Trastorno Límite de la Personalidad*. Existiría una relación entre el surgimiento de la categoría clínica y la irrupción de la farmacoterapia moderna, ante la imposibilidad de ofrecer una respuesta o solución al diagnóstico. De esta manera, los investigadores reconocen dificultades con la categoría clínica al no existir un polo compensado o “sano” a obtener, situación que se ve contrastada con las investigaciones empíricas llevadas a cabo por numerosos autores.

De esta manera, se constata la existencia del fenómeno, pero pese a las convergencias en reconocer un funcionamiento peculiar con ciertas características descriptivas, surgen divergencias importantes y significativas en a lo largo de las escuelas y orientaciones al interior del psicoanálisis. Estas divergencias se forman al momento de atribuir un estatuto al fenómeno, en tanto estructura de personalidad, estado de una estructura, funcionamiento, trastorno, cuadro clínico, etc, con las consecuencias tanto teóricas, clínicas y técnicas que esto conlleva. Así, el lugar que ocupa el concepto en cada orientación teórica, implica efectos en la posición analítica, su manera de

comprender el cuadro y sus posibles intervenciones clínicas, como también el desarrollo teórico que de allí se desprenda.

En este sentido, se registra un espectro que va desde no reconocer la existencia del cuadro y considerarlo neurosis graves o psicosis no desencadenadas, hasta concebirla como una estructura de personalidad independiente a la neurosis y la psicosis; pasando por concepciones que postulan como estados o funcionamientos subjetivos que no serían una estructura propiamente tal, pero con características intrínsecas distintas a la neurosis y la psicosis.

Se puede establecer que los *estados límites* coinciden en parte su manifestación sintomática con la neurosis y la psicosis, pero al parecer existirían diferencias cualitativas –según cada autor- para señalar estas manifestaciones sintomáticas y transferenciales como distintas a la neurosis y la psicosis. Así, la angustia, los episodios depresivos, síntomas somáticos, episodios psicóticos, entre otros, no se manifestarían de modo neurótico o psicótico.

Si bien las distintas orientaciones dentro del psicoanálisis mayormente reconocen la existencia del fenómeno y divergen en el estatuto atribuible al hecho. Eso sí coinciden mayormente en reconocer puntos problemáticos previo al complejo de Edipo a nivel de la constitución narcisista y la castración que incidirían directamente en la formación del cuadro. Esto tendría efectos directos en la capacidad de simbolización, representación y su relación al Otro posible; destacando que si bien están dentro del discurso y el lazo social (funcionamiento no psicótico), están de un modo peculiar (no neurótico).

Generalmente a lo que inicialmente se pensaba como una neurosis, a lo largo de la cura se presentan dificultades mayores, estableciendo una duda razonable en el clínico respecto al diagnóstico y el tratamiento posible. De esta manera, la experiencia analítica es la que no logra dar cuenta de estos estados si los pensamos al modo neurótico o psicótico; como tampoco sus manifestaciones sintomáticas, -las cuales como en toda estructura pueden variar y oscilar no siendo un revelador unidireccional de una estructura- se manifiestan de un modo que confunde al clínico en términos de su intensidad, modo de relación al síntoma y su expresión peculiar.

Como señalábamos anteriormente, estos sujetos estando en el lazo social, es decir, por tanto no siendo psicóticos, su relación al discurso parecería no tener las características neuróticas, con dificultades en la representación y la simbolización. Estas características representan el funcionamiento más allá de la polisintomatología variada y difusa que presentan de modo manifiesto. Además las expresiones que impactan al clínico en una primera mirada, recubren dificultades mayores en la relación al Otro, afectando su posición subjetiva cargada por una inestabilidad.

Surgen autores ligados principalmente a la corriente francesa del psicoanálisis, que conciben pensar los estados límites en simultaneidad con las características de lo social, siendo imprescindible para su comprensión, articular esa relación existente. Rastier, Lebrun, Kristeva entre otros, proponen una relación posible entre los momentos de la cultura y estados de la sociedad, con este nuevo modo de subjetivar la experiencia.

Por último, existe una comprensión novedosa, pero no exenta de dificultades desde la orientación lacaniana, esta concepción busca otorgarle un lugar lógico a los estados

límites, atravesando por el devenir de lo social. Precisamente sobre este esfuerzo intentaremos dar cuenta en el próximo Capítulo.

II. ORIENTACIONES LACANIANAS DE LOS ESTADOS LÍMITES (BORDE).

*“La personalidad es la manera por la cual
alguien subsiste a este objeto **a**”*

Jacques Lacan, 1972

Del discurso psicoanalítico, Universidad de Milán.

1. Introducción.

Al revisar las propuestas de la orientación lacaniana en torno al tema de lo *borderline* -entendido esto como la amplia gama de fenómenos clínicos que desde una concepción clásica no caen dentro de lo neurótico, psicótico o perverso-, se debe estar primero prevenidos y preparados para pensar el fenómeno desde una visión amplia. Si bien no implica una pérdida de rigurosidad, supone hacer un uso de los conceptos lacanianos más allá de lo expresado por el propio Jacques Lacan.

Esto ocurre ya que –como hemos señalado en el Capítulo I- Lacan no se refiere expresamente a lo *borderline* más allá de cuestionar la categoría clínica propuesta por la *psicología del yo* y la psiquiatría. En este sentido, será necesario incluir aportes de distintos momentos de la enseñanza de Jacques Lacan, y a su vez poner en juego aspectos y momentos que se tensionan y -porque no- contradicciones de estos momentos si fuese preciso.

Las propuestas que se presentarán hacen uso de los conceptos y desarrollos teóricos de la obra de Lacan, y extraen sus propias consecuencias, que les permiten abordar este campo complejo y polémico de fenómenos, con herramientas dejadas por el

propio autor. En este sentido, van un poco más allá del propio Lacan, pero con él mismo. Para este fin se hace imprescindible utilizar conceptos de la última enseñanza de Lacan y por momentos integrarlos con elementos del comienzo de su obra.

Este uso de los conceptos lacanianos tienen una cierta dificultad, ya que en numerosas ocasiones se ha señalado que la obra de Jacques Lacan se constituye como una enseñanza a lo largo de más de veinticinco años. Esto quiere decir que no constituye un cuadro teórico conceptual cerrado y evolutivo, en el sentido que se pueda partir en los comienzos de la década de 1950, para llegar a fines de la década de 1970 a una teoría explicativa, ciento por ciento clara que aboliera conceptos antiguos y errados o que hubieran quedado obsoletos. Si no más bien es un ir y venir por el campo del psicoanálisis utilizando distintos modelos y herramientas conceptuales que toma de otros campos del saber.

Si bien parte por el estructuralismo, luego la lingüística y termina en la topología de los nudos, al revisar su trabajo uno se da cuenta que la topología está desde el comienzo y la primacía del significante nunca será dejada de lado por ejemplo. En otras palabras, no existe una superación de su propia obra, sino un ejercicio continuo de intentar explicar y acceder a la subjetividad con todas sus consecuencias.

Si bien Lacan a mediados de la década de 1960 establece una serie de artículos de forma escrita, donde está la base de sus desarrollos teóricos, su obra fundamental es una enseñanza oral en modalidad de seminarios que van desde 1953, hasta 1978, aunque continuara con algunas conferencias, ensayos y publicaciones de su escuela hasta su muerte en 1981.

A lo largo de su enseñanza se pueden establecer algunos momentos teóricos que definen de cierta manera la orientación que toma su propuesta. Estos cortes son por cierto forzados y superficiales, ya que como decíamos, su obra va y viene en los conceptos tomando nuevas resignificaciones al modo del *après coup* freudiano.

Aunque Lacan no establece cortes en su propia enseñanza, se pueden hacer distintas escansiones dependiendo la perspectiva que se tome, *Lacan estructuralista-sausseriano* (M. Zafiropoulus), *distintos momentos del tratamiento del goce* (J-A. Miller), *primer clasicismo y segundo clasicismo* (J-C. Milner), etc. A modo general, se puede establecer tres períodos en su enseñanza para nuestra comprensión:

1. La primera enseñanza de Lacan iría desde sus textos iniciales, presentaciones y sus primeros seminarios (*Seminario 1, Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*), hasta *el seminario 10, La angustia (1962-1963)*, siendo este el último seminario que da bajo el alero de la Asociación Psicoanalítica Internacional. En este período se esforzará en hacer un retorno a la obra de Sigmund Freud, rearticulando sus conceptos, usando elementos de la lingüística con un énfasis en el significante en su revisión del deseo y el inconsciente.
2. Luego de su expulsión de la *Internacional*, se puede establecer un segundo período que comprender entre su *seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1963-1964)*, donde ya se abre en un campo y una vía propia formando su propia escuela de psicoanálisis, hasta el *seminario 20: Aun (1972-1973)*, que supone un quiebre conceptual en varios niveles, como la relectura de los conceptos freudianos de inconsciente, repetición, transferencia y pulsión, la posibilidad del vínculo social a través de los cuatro discursos, la imposibilidad de escribir la relación sexual, etc; quiebre que comenzaría con sus

elaboraciones de los cuatro discursos en *el seminario 17, El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*.

3. El tercer período, denominado la última enseñanza de Lacan, comenzaría con su seminario 20 marcado por la topología de los nudos, articulados a través del *nudo borromeo*¹³¹, modo en el cual se ve llevado a pensar la unión de los tres registros real-simbólico-imaginario, y la elaboración del *Sinthôme*¹³² como respuesta topológica a partir de una cuarta cuerda que permitiría unir los registros ante una falla de anudamiento.

Precisamente a su última enseñanza -que subvierte algunos conceptos del psicoanálisis y su propia teoría, abriéndose a una concepción nueva de la estructura en la lógica que le ofrecen los nudos-, es a la que se referirán los distintos autores que revisaremos a continuación para pensar el fenómeno de lo límite.

¹³¹ **Nudo Borromeo:** concepción topológica que utiliza Jacques Lacan para describir la interdependencia de los tres registros real, simbólico e imaginario. Se podría decir que es un modo de señalar la estructura del sujeto, pero “no se limita a representar la estructura: la topología es la estructura” (Evans, D. p.139). El nudo de borromeo es un grupo de tres anillos encadenados con la cualidad de que si se corta cualquier anillo toda la cadena se separa, esta cualidad es lo que le permite a Lacan trabajar la unión e intersección de los tres registros, pero de manera igualitaria, sin darle primacía a un registro sobre el otro. Esta unión ilustra la interdependencia de los tres ordenes (real, simbólico e imaginario) y a su vez le permite ubicar una serie de conceptos trabajados a lo largo de su obra, de un modo integral en las tres dimensiones. “En el seminario de 1975-6, Lacan describe la psicosis como un nudo borromeo desatado, y postula que en algunos casos esto se puede impedir añadiendo un cuarto anillo, el *sinthôme*, que mantiene juntos a los otros tres” (Evans, D. p.139).

¹³² **Sinthôme:** término que utiliza Lacan como una derivación del concepto síntoma, que alude a esta cuerda cuarta que mantendría unido los tres registros frente a una falla, pero a su vez incluye una modificación de del concepto de síntoma, en el sentido de la concepción primera de mensaje a descifrar, hacia una concepción segunda como modalidad de goce subjetivo. “El *sinthôme* designa entonces una formulación significativa que está más allá del análisis, un núcleo de goce inmune a la eficacia simbólica. Lejos de pedir alguna disolución analítica, el *sinthôme* es lo que permite vivir al proporcionar una organización singular de goce” (Evans, D. p.181), siendo desde esta perspectiva la tarea del análisis la identificación con el *sinthôme*. Este momento teórico se circunscribe en el pasaje de la lingüística a la topología, ya que el *sinthôme* cobra el estatuto de inanalizable, en el sentido de interpretable y alude más bien a una construcción; ahora bien “la teoría topológica no es meramente concebida como otro tipo de descripción representacional, sino como una forma de escritura” (Evans, D. p.182).

Esta última enseñanza entrega herramientas nuevas que quizás sean más cercanas a la clínica del estado límite, fenómeno tan escurridizo para el psicoanálisis, y a su vez tan resistido en la propia orientación lacaniana. Es en este contexto teórico y conceptual sobre el cual se adentrarán tres corrientes de seguidores de la enseñanza de Jacques Lacan, Jacques-Alain Miller con el concepto de *psicosis ordinaria*, Silvia Amigo con los *sujetos bordes* y Jean-Jacques Rassial desde el *estado límite del sinthome*.

2. La Psicosis Ordinaria.

La primera propuesta corresponde a la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Los presentes postulados son el resultado del trabajo conjunto de las secciones clínicas de Francia y Bélgica de la AMP, en sus trabajos de 1996 “*El conciliábulo de Angers*”, 1997 “*La conversación de Arcachon*” y 1998 “*La convención de Antibes*”. La pregunta que orienta estos trabajos son las nuevas manifestaciones clínicas o mejor dicho, un modo novedoso de comprender la expresión clínica.

Todo lo anterior, se anuda bajo el nombre de *Psicosis Ordinaria*, esta concepción supone un primer esfuerzo por ir más allá de la idea de discontinuidad radical entre neurosis y psicosis, y pasar a una lectura más ligada a la última enseñanza de Lacan que contempla, según Jacques-Alain Miller, el énfasis en modos de goce subjetivos.

La concepción de **psicosis ordinaria** se trabaja a partir de tres grandes problemáticas: a) El neodesencadenamiento, que se trata de formas de desencanche, que se diferencian del desencadenamiento clásico; b) La neoconversión, que contempla los fenómenos del cuerpo no interpretables de manera clásica según el modelo de la histeria; c) La neotransferencia, entendida como la maniobra de transferencia en la neopsicosis.

Lo que prima en esta nueva manera de comprender el problema, no es la concepción clásica de quiebre de la estructura psicótica. Sino, más bien los posibles desencanches y reenganches al Otro y sus efectos de goce, “esta vía da paso a la clínica borromea, contemporánea de los seminarios *RSI* y *Le sinthôme*, más allá de la clínica

estructural, que distingue neurosis y psicosis en función de la presencia o ausencia de ese operador que es el Nombre-del-Padre, ... preguntándose qué mantiene juntos los tres registros R, S e I de la estructura, o qué podría mantenerlos juntos, que orientándonos solamente por la forclusión. De un modo empírico, lo que orienta la clínica puede consistir en localizar eso que en determinado momento para un sujeto se *desengancha* en relación con el Otro”¹³³.

Este cambio no necesariamente supone en la comprensión de la obra de Jacques Lacan una superación teórica, sino más bien, se reconoce otra manera de comprender las nociones, conceptos y postulados en los distintos momentos de su enseñanza; y apunta a releer el fenómeno de la psicosis desde los elementos que aporta su última enseñanza. En especial las consecuencias de concebir una pluralización de los nombres-del-padre que amplía los modos como los sujetos anudan su estructura, le dan un sentido a los hechos, etc.; en dónde el énfasis ya no es la ausencia de un elemento con sus efectos añadidos, -por ejemplo ausencia del Nombre-del-padre implica directamente ausencia de significación fálica- sino un trabajo de ambos conceptos con cierta independencia.

Lo que se está configurando es una transformación en el modo de concebir clásicamente el desencadenamiento (y quizá por ende la estructura) comprendido bajo un todo o nada. En este sentido supone un esfuerzo lógico, teórico y clínico para así poder articular esta expresión novedosa de la experiencia subjetiva.

Hay que explicitar, que desde esta postura se está pensando específicamente desde la psicosis, es decir, lo que se entiende como novedoso es una expresión no

¹³³ Miller, J-A., et al. (2006). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: ICBA-Paidós, p.18.

tradicional, no extraordinaria con desencadenamiento y manifestaciones floridas del delirio, sino, cuadros de expresión peculiar, que pueden estar insertos en lo social de manera más o menos permanente y que en un punto o en un momento –el cual no se pesquisa necesariamente con precisión- el sujeto se desengancha del Otro. Mostrando así un goce o modo de goce del Uno, entendido por ello un goce del cuerpo desligado del Otro, es en este sentido desenganchado, como goce que no encuentra respuesta en el campo del Otro, es la vivencia de la pulsión de muerte en el propio cuerpo, sin tener un respuesta del Otro que le otorgue una significación, un sentido.

En otras palabras, un goce psicótico, pero sin poder señalar los pasos por los cuales se llegó a esta vivencia, al modo de la anamnesis tradicional en la psicosis, en la cual se recogen momentos claves del sujeto donde logra configurar vivencias de desrealización y/o despersonalización, que son peculiaridades previas al momento del brote psicótico. Como bien se señala, en la psicosis ordinaria:

“El carácter radical de la teoría *clásica* del desencadenamiento se explica por su dependencia respecto de una lógica del significante concebida en términos de todo o nada. Puramente binaria, hace depender el conjunto de fenómenos clínicos de una consideración exclusiva, la función dominante de un solo significante, el Nombre-del-Padre, lo que supone que la extrema variedad de los fenómenos corporales o imaginarios estén referidos a esta única norma, sin tener en cuenta su relativa autonomía en relación con la función del Otro. Es una lógica mecanicista que destaca la acción de la estructura –la falta del significante que indexa la falta en el Otro-, antes que la posición del sujeto como respuesta de lo real y como elección sobre el goce. Esta clínica está puesta en torno al Otro y su dimensión apaciguadora, donde el goce solo puede ser legalizado, esa que el sujeto hereda del padre como trasmisor del falo. Por eso, cuando aparecen fenómenos de goce no fálicos, solo son tratables por el delirio pensado como metáfora de sustitución, destinado a tratar la diseminación de estos fenómenos con un

principio de significación que reúne al sujeto a partir de un modo de lazo con el Otro fundado en el significante articulado, por ejemplo, el orden del universo para Schreber”¹³⁴.

Tomemos en consideración que en su primera enseñanza Lacan forja su teoría de la psicosis, donde el sujeto necesita inevitablemente del significante Nombre-del-Padre (NP) para ordenar el campo simbólico y poner coto a lo real, es el punto de capitón (punto de almohadillado) que abrocha las significaciones inconscientes en un límite.

El Nombre-del-Padre viene a metaforizar el deseo de la madre y darle un significado al goce primero vivido a través de las pulsiones parciales propuestas por Freud; a través de esta metáfora –dice Lacan- el niño obtendrá a su vez un nombre para el goce a la luz de la significación fálica.

Estos movimientos implican la instalación de la castración, en tanto el goce primero, goce total, goce de la madre, (etc), queda prohibido, pero se ofrece un nuevo goce y se le da un nombre al goce al que podrá acceder el sujeto (goce del falo). En este sentido, el Nombre-del-Padre es el primer límite al goce, pero a su vez representa por un lado un punto de anudamiento de las representaciones al unir el deseo y la ley, es decir, prohibición de gozar de manera total, pero ofrece un goce movilizado por el deseo.

En este momento Lacan apunta al efecto de límite del Nombre-del-Padre y a su vez la vertiente menos que da cuenta la castración ($-\phi$) que reduce el goce masivo desde lo real, pero además el plus de goce que se obtiene y que es maniobrable para el sujeto, dado por la significación fálica (Φ) en términos del goce fálico que ofrece, entendida esta

¹³⁴ Ibid, pp.47-48.

por la posibilidad de dar respuesta desde el significante fálico al deseo y la dinámica edípica.

En otras palabras, en este momento Lacan quiere destacar el efecto de barrera que plantea este significante fundamental (NP), el cual se inscribe en dos vertientes:

- a) En menos ($-\phi$) en tanto existe una pérdida de goce por el hecho de hablar -por lo que los instintos están perdidos en el ser hablante-, castración de goce directo de la pulsión de manera total.
- b) Una vertiente en más (Φ) como un modo de gozar para el sujeto hablante, eso si a partir del falo, dándole un nombre al goce, el cual significa el goce de la pulsión como fálico y ofrece por vía del deseo un camino de satisfacción de la pulsión.

Este último punto se debe destacar, ya que precisamente los estados límite ponen en juego la dificultad para poner barrera al goce y nos encontramos con expresiones devastadoras de la pulsión, y por otro lado cierta imposibilidad para realcanzar el goce por la vía del deseo. Constatamos en la clínica de estos pacientes una notable ausencia de formaciones del inconsciente y pobres expresiones del deseo.

La resolución de este entramado goce-deseo, se llevara a cabo a partir de la dinámica *edípica* que plantea en cada sujeto de manera particular y peculiar, las vías que tome el deseo en cada uno, sus identificaciones, fijaciones pulsionales y un modo de relación con el Superyó como efecto de la resolución edípica.

Como veíamos en el Capítulo I en el complejo de Edipo, cada uno le da una historia a ese encuentro con la pulsión y el significante a partir de la relación con sus

padres o representantes de estos; por lo cual supone un trabajo propio de elaboración y atribución inconsciente de esas dinámicas.

En definitiva, el Nombre-del-Padre permite una primera barrera ante el goce (manifestación de la pulsión de muerte en el cuerpo) y a su vez le ofrece al sujeto una respuesta ante el goce, ordena el goce invasivo, permitiendo una canalización por medio del significante fálico.

Lacan alude al efecto ordenador y apaciguador del Nombre-del-Padre y la significación fálica, precisamente esto estaría ausente en la psicosis y se constata con las continuas irrupciones pulsionales desbocadas y angustiosas fuera de todo orden y límite, como son la apropiación del pensamiento, irrupción de mandatos, alucinaciones, sensaciones corporales desconcertantes, entre otras. Lo anterior es leído por Lacan como el resultado de la ausencia del Nombre-del-Padre que ordene el goce y la ausencia de la significación fálica que le de un nombre al goce.

En este contexto, la presencia o ausencia del Nombre-del-Padre como ordenador de la estructura, ubicará para Lacan la barrera fundamental entre la psicosis y la neurosis. En la psicosis esta ausente el Nombre-del-Padre (NPo¹³⁵) y a su vez no se cuenta con la significación fálica (Φ ¹³⁶) que se desprende de la presencia de NP. Aquí NP y Φ está anudados lógicamente. Es decir, la ausencia de NP implica necesariamente la ausencia de Φ , insistimos son dos momentos lógicos y casi secuenciales en Lacan del *Seminario*

¹³⁵ NPo: Nombre-del-Padre sub-cero, Nombre-del-Padre ausente.

¹³⁶ Φ : fi sub cero, significación fálica ausente.

3¹³⁷, uno lleva al otro y la ausencia de significación fálica debe suponer necesariamente la ausencia del Nombre-del-padre en el sujeto.

Ante estas ausencias significantes, las invasiones de goce solo podrán ser elaboradas en la psicosis a partir del trabajo delirante, como una forma de contención parcial restitutiva delirante. Al no contar con el punto de capitón que le da un sentido a la cadena significativa y las ordena en un punto, los significantes siguen una lógica cualquiera; pero a su vez esta construcción delirante contiene el goce *alocado* dándole algún tipo de dirección –en el mejor de los casos- cuando el delirio se logra sistematizar y restituye la posición del sujeto, teniendo ahora como referente el delirio constituido.

En la doctrina *clásica* de Lacan sobre la psicosis elaborada en el *Seminario 3* y en “*De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*”, se plantea la función del Nombre-del-Padre (NP) como garantía de la ley del Otro, ordenando a partir de la norma edípica la disyunción entre neurosis o psicosis. “La *Verwerfung* [desestimación] será pues considerada por nosotros como preclusión [forclusión] del significativo. En el punto donde, ya veremos cómo, es llamado el Nombre-del-Padre, puede pues responder en el Otro un puro y simple agujero, el cual por la carencia del efecto metafórico provocará un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica”¹³⁸.

Se deduce para Lacan que en la psicosis la forclusión del NP (NPo), conlleva a su vez una ausencia de significación fálica (Φ_0). En este sentido, existe un momento de desencadenamiento en donde se pone en juego esa ausencia de significativo fundamental

¹³⁷ Lacan, J. (2008). *El Seminario 3: Las Psicosis*, (1955-1956). Buenos Aires: Paidós.

¹³⁸ Lacan, J. (2002). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis (1957-1958)*, *Escritos* 2. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, p.540.

(NPo) que comporta una imposibilidad de dar respuesta y ofrecer una significación fálica; es decir, hay un punto de confrontación en el sujeto por el cual no cuenta con los recursos simbólicos con los cuales dar respuesta, provocando el encuentro con el vacío en la significación.

Esto es lo que se constata en una anamnesis con un paciente psicótico luego de un *brote*. Se puede reconocer un momento, un evento significativo de exigencia simbólica que el paciente no puede responder, como señala Lacan, “es en un accidente de este registro [simbólico] y de lo que en él cumple a saber la preclusión del Nombre-del-Padre en el lugar del Otro, y en el fracaso de la metáfora paterna, donde designamos el efecto que da a la psicosis su condición esencial, con la estructura que lo separa de la neurosis”¹³⁹.

Hay que aclarar que para Lacan no es un proceso de negación, en el cual el recurso simbólico se encuentra reprimido, sino implica algo que nunca existió, que no se inscribió en el inconsciente y al cual se intenta apelar, con los efectos descritos. Plantea a su vez que para desencadenar la psicosis, “es necesario que el Nombre-del-Padre, *verworfen*, precluido, es decir sin haber llegado nunca al lugar del Otro, sea llamado allí en oposición simbólica al sujeto”¹⁴⁰; ante esta falta se abre un agujero en el significado, produciendo la cadena significante interminable, que se podrá detener en el punto en que significado y significante se consoliden en la metáfora delirante.

Así Lacan se pregunta por la manera en que es llamado el Nombre-del-Padre en un lugar donde nunca ha estado, para él la vía es a partir de un padre real, que no implica

¹³⁹ Ibid, p.556.

¹⁴⁰ Ibid, p.558.

el padre del sujeto de la realidad, sino Un-padre. Es preciso el encuentro con Un-padre que no ha sido llamado antes por el sujeto, es decir, el llamado a esa referencia simbólica que implica el Nombre-del-Padre, apelación a la metáfora paterna a Un-padre que de respuesta, pero que es un encuentro fallido en la psicosis.

Lo que quiere destacar Lacan es que no implica la presencia o ausencia del padre de la realidad, sino la confrontación desde lo simbólico con esa ausencia lo que genera una respuesta desde lo imaginario especular y el retorno en lo real a través del goce. En definitiva lo que no puede ser confrontado simbólicamente, nos da cuenta de la constitución imaginaria y produce efecto en lo real, a través de delirios, alucinaciones, etc.

Alude de esta manera un encuentro puntual, un momento desencadenante en el encuentro con ese vacío significante fundamental, “basta para ello que ese Un-padre se sitúe en posición tercera en alguna relación que tenga por base la pareja imaginaria $a-a^{m41}$, entendiendo que si el Nombre-del Padre constituye la ley del significante, y hace la ley, un encuentro con esa ausencia enfrenta al sujeto con el desencadenamiento en lo real del significante.

Desde esta lógica un tanto secuencial, la psicosis es presentada a partir de la ausencia del significante del Nombre-del-Padre que implica a su vez la ausencia de la respuesta fálica a partir del encuentro con Un-padre en el plano simbólico al que el sujeto no puede dar cuenta. En otras palabras, cuando el sujeto psicótico se le exige en un punto nodal a dar respuesta simbólicamente, confrontación que le exige este encuentro con Un-padre, en un momento puntual, un tanto azaroso, que no podríamos predecir ni

¹⁴¹ Ibid, p.559.

prevenir, -ya que para cada sujeto esa exigencia simbólica se juega en elementos diferentes determinados por su historia.

En el caso Schreber es la nominación del tribunal supremo, por ejemplo, donde el sujeto psicótico se encuentra con ese vacío producido por la ausencia de inscripción del Nombre-del-Padre al cual apelar y que ordene la cadena significativa que le permita dar un sentido a ese lugar de autoridad. A su vez se confronta con la imposibilidad de responder desde la significación fálica (ausente), significación que podría darle sentido en el camino del deseo, vivenciando el goce de la pulsión de manera intrusa y desreglada, de modo delirante agregaríamos.

Por su parte, en la psicosis ordinaria se trata no del modo secuencial que hemos descrito, sino una cierta independencia entre Nombre del Padre y significación fálica. Desde la nueva comprensión que se propone se puede encontrar expresiones que no cumplan rigurosamente con estos pasos consecutivos. Se intenta de esta manera dar respuesta a fenómenos de carácter psicótico, pero que no siguen la lógica secuencial presentada por Lacan en sus primeros escritos respecto a la psicosis y que hace hincapié a la presencia o ausencia de este significante ordenador.

Lo ejemplifican de distintos modos: Un-padre \rightarrow Φ_0 ; Φ_0 sin Un-padre; o Φ_0 luego más tarde Po, distintas variantes que no siguen el orden secuencial que podríamos escribir como Un-padre \rightarrow Po \rightarrow Φ_0 , es decir, el encuentro con Un-padre que muestra la ausencia del Nombre-del-Padre (Po) que a su vez conlleva la ausencia de una respuesta del significante fálico (Φ_0), sin poder responder desde esa significación fálica la

experiencia. Estas posiciones suponen separar los tres momentos señalados y trabajarlos de manera relativamente desligados, no unidos secuencial ni lógicamente.

Ahora bien, lo que está en juego en la nueva comprensión, es el encuentro con Φ_0 , en su vertiente de goce enigmático para el sujeto sin lograr darle una significación a esa experiencia, más que P_0 en el sentido de la ausencia de Nombre-del-Padre. Si bien este goce enigmático puede ser entendido como el clásico fenómeno presente en la psicosis definido en la psiquiatría clásica como *trema psicótico*, la extrañeza de la experiencia, etc.; se está pensando en las consecuencias de encontrar esta experiencia, pero sin el punto de desencadenamiento, o a su vez sujetos que, pese a presentar esa experiencia peculiar, no dan cuenta de una psicosis al modo clásico.

De esta manera se concibe un Nombre del Padre de algún modo articulador pero con la existencia de Φ_0 (inexistencia de Φ); o por otro lado se encuentra Φ_0 y se deduce un P_0 , deducción más bien teórica, pero no constatable empíricamente en el caso:

“Más bien parece tratarse del encuentro con un goce enigmático por falta de significación fálica; es decir, que aquí se trata más del encuentro con Φ_0 que con P_0 . Ciertamente, es posible referir Φ_0 a P_0 ; sin duda la forclusión del Nombre-del-Padre es la condición de esa ausencia de la significación fálica. Sin embargo, el encuentro del goce es aquí el modo de desencadenamiento... Aquí se trata más bien de la experiencia de un real que deja al sujeto desprovisto en cuanto a sus posibilidades de respuesta simbólica. El desencadenamiento estaría referido –es una hipótesis- a ese encuentro que desenmascara los efectos de forclusión del Nombre-del-Padre, o sea, la ausencia de significación fálica”¹⁴².

En este punto caben algunas aclaraciones. Primero, esta nueva concepción no debería suponer dejar de lado los conceptos de Lacan en su teoría de la psicosis, ni

¹⁴² Miller, J-A., et al. (2006). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: ICBA-Paidós, p.30.

ofrecerlos como obsoletos, sino suponen un uso diferente de estos conceptos a la luz de releerlos a partir del último Lacan que pone énfasis en la pluralización de los nombres-del-padre e iguala la importancia de los tres registros (imaginario, simbólico, real) con su anudamiento *borromeo*. Desde esta lógica, los elementos de la teoría clásica de la psicosis pueden ser tratados con cierta independencia.

Una segunda aclaración supone poner énfasis en lo real. Si en la teoría clásica el énfasis estaba de lado de lo simbólico, en tanto, el encuentro con Un-padre a nivel simbólico muestra la forclusión del significante fundamental y producía los efectos en lo imaginario y en lo real que nombramos antes; ahora se está poniendo el énfasis en el encuentro con lo real del goce que desencadenaría las ausencias del nombre-del-padre y significación fálica.

Si bien podríamos decir que es una novedad a medias ya que en la psicosis (tanto desde el modelo clásico como la psicosis ordinaria) está en juego todas las dimensiones real-simbólico-imaginario, en especial lo real del goce y la significación fálica desde lo simbólico. Se está poniendo acento –destacaríamos– en la vertiente de lo real, de la irrupción de goce para entender lo que ocurre, ya no, la llamada desde lo simbólico que no puede dar respuesta.

De algún modo es priorizar con la psicosis ordinaria otro punto del fenómeno psicótico. Se podría decir que lo que era efecto en la primera teoría de la psicosis, o sea, el goce que vivenciaba el sujeto psicótico ante las ausencias de significación fálica y Nombre-del-Padre que provocaba este llamado simbólico del encuentro con Un-padre, se convierte en causa. Es ese goce el que nos muestra ahora las ausencias estructurales en

la subjetividad, en este sentido es un cambio de puntuación sobre los mismos elementos de la teoría.

Si bien insistimos en que es posible entender como una falsa novedad algo que se constata en toda psicosis, es decir, el encuentro con lo enigmático –y por momentos paralizante y destructivo- de un goce alocado y fragmentado. Se acentúa en este momento el desamparo subjetivo en la referencia simbólica, más que el punto de quiebre o ruptura de la cadena (desencadenamiento). Esta situación tendrá efectos teóricos, pero especialmente clínicos en el modo de dirigir y abordar la cura, la cual estará ligada a un reenganche o reacomodación de los tres registros en su vertiente borromea, trabajado desde el *sinthôme*.

En otras palabras, en la psicosis ordinaria ya no es el quiebre de la cadena significativa -esa ausencia del Nombre-del-Padre que anuda la cadena- lo que lleva a la irrupción de goce, sino el encuentro con un goce, el que constata las ausencias del Nombre-del-Padre y significación fálica:

“La imposibilidad de producir una significación fálica para dar cuenta de la situación vivida confronta con el sujeto con un desamparo... Po es aquí una simple hipótesis que solo se basa en la sensación de ausencia de todo fundamento de su ser con la que el sujeto se enfrenta, y de ausencia de cualquier llave que permita una simbolización y un apareamiento de este goce enigmático y sin límite”¹⁴³.

En este punto hay que aclarar, que se estarían integrando dos lógicas o momentos teóricos distintos en Lacan (como señalamos en el comienzo del Capítulo), la del primer Lacan y la del último Lacan. La última enseñanza de Lacan se caracteriza por que el

¹⁴³ Ibid, p.22.

Nombre-del-Padre pierde su fuerza en favor de una pluralización (estallido de posibilidades) ante lo cual el sujeto puede tener y obtener distintos significantes que hagan las veces de nombres-del-padre.

En este sentido se comprende la posibilidad de pensar teóricamente al sujeto psicótico contando con elementos más o menos estables (desde un oficio, una actividad, una identificación, en último término el propio sintoma a partir del *Seminario 23*, etc) que hagan de nombre-del-padre, estabilizando y abrochando la estructura, pero careciendo de la significación fálica como oposición al goce. Lo anterior lleva a pensar el sujeto con una estabilidad más peculiar que responde a sus propios nombres-del-padre y que aluden al modo de goce particular e irreductible de cada sujeto, en cierta oposición a la primera propuesta de Lacan que ofrecía un Nombre-del-Padre que ordenaba al sujeto y separaba entre psicosis y neurosis.

La última enseñanza de Lacan hace énfasis en el goce específico de cada sujeto y en cierto sentido más allá de la estructura clínica a la que se adscriba. En cierto punto homogeniza las estructuras, en tanto, todo sujeto cuenta con ese punto de goce irreductible, sacando al neurótico de esa “normalidad ideal” y ofreciendo un trabajo sobre ese goce para cada sujeto.

Ahora bien, queda en la concepción de *Psicosis Ordinaria* la duda respecto a la diferencia sustancial con la concepción tradicional o clásica de la psicosis, ya que por un lado ese encuentro con un goce enigmático es conocido clásicamente como la perplejidad psicótica, o el trema psicótico de la psiquiatría –como señalábamos anteriormente-. Por otra parte ese encuentro con la pulsión en su vertiente devastadora, ha sido lo que

tradicionalmente se encuentra en las psicosis de todo tipo, vivencia extrañas con el cuerpo, intrusiones en el pensamiento, pérdida de límites corporales, etc.

Si bien, se entiende que a lo que apunta es al encuentro con la ausencia de significación fálica, en términos de recursos simbólicos frente a esta confrontación con el goce, en sujetos que daba la impresión de haber ordenado su vida con algún tipo de nombre-del-padre en términos de suplencia. Se alude al parecer a puntualizar en el aspecto real de la psicosis, sobre su vertiente simbólica como hemos señalado.

Es en este sentido que intentan dar respuesta al campo *borderline*, en tanto comprenden que esa subjetividad “alocada” que se encuentra descriptivamente entre la neurosis y la psicosis, serían psicosis comprendidas de una manera no tradicional. Es decir, psicosis que no cumplen con los criterios de la psicosis según la primera enseñanza de Lacan, sino que se hace necesario integrar la última enseñanza para dar cuenta del fenómeno.

En este punto, como señalábamos, se muestra los dos momentos subjetivos de P_o y Φ_o con cierta independencia, y ya no de un modo secuencial de la primera posición de Lacan, llamada *clásica*, pues “si nos remitimos a *De una cuestión preliminar...* y al esquema I de Lacan, Φ_o resulta evidente en estos casos. Toda significación fálica parece abolida. Pero no parece legítimo suponer P_o , fundamentalmente en la ausencia de Un-padre y de triangulación de la situación, y sí, en cambio, en presencia de una aparente eficiencia por parte de la figura paterna. A lo sumo podría deducirse P_o a partir de la

suposición teórica, que es la condición lógica y necesaria de la ausencia de significación fálica”¹⁴⁴.

En definitiva el punto es el encuentro del sujeto con un goce totalmente enigmático, que le da un lugar de objeto y lo pone en una situación de extremo peligro. Se está contemplando sujetos donde operaría algún tipo de Nombre-del-Padre, el cual ha funcionado a lo largo de la historia de ese sujeto. En este sentido se hace un contrapunto frente a las psicosis que destacan por la desinserción social, sujetos alejados de la cultura, reclusos en instituciones psiquiátricas o que dado su funcionamiento no logran insertarse en lo social. Pero llegado el momento de responder u operar la significación fálica, esta muestra su ausencia (Φ). A partir de aquí se debe suponer la ausencia del Nombre-del-Padre (P_o), pues no se constata fácilmente, ya que ha contado con suplencias efectivas.

Se está pensando en sujetos que se han insertados en lo social, que han operado y funcionado con el uso de ciertos semblantes fálicos, pero que en un punto esta suplencia no responde. En contraste con las psicosis clásicas que destacan por una historia de fenómenos de segregación o fenómenos que muestran producción delirante en una disyunción al Otro, y que no logran insertarse en las dinámicas sociales convencionales.

Esta independencia entre NP y Φ implica –como decíamos anteriormente– desplazar el momento teórico en la enseñanza de Lacan, ya que la primacía del Nombre-del-Padre por Φ lleva aparejado un momento donde lo simbólico está sobre lo Imaginario y lo Real, más ligado a su primera enseñanza. Desde esta mirada se entiende el énfasis

¹⁴⁴ Ibid, p.21.

que se le atribuye a la primera concepción de la psicosis para Lacan, donde la apelación al referente simbólico del Nombre-del-Padre en el encuentro con Un-padre conlleva el desencadenamiento y las manifestaciones delirantes a modo de irrupción de goce.

A medida que uno se acerca a su última enseñanza, los tres registros se nivelan en importancia, quedando todos en la misma jerarquía (ninguno sobre los otros), y permaneciendo los registros articulados íntimamente. Lacan señala en R.S.I. que “la consistencia de lo imaginario, es estrictamente equivalente a la de lo simbólico, como a la de lo real. Cada uno está en la misma relación con los otros dos”¹⁴⁵.

Esta equivalencia será escrita a través del nudo borromeo, la cual se ofrece de mejor manera para pensar el fenómeno de la psicosis ordinaria a partir de una incidencia en lo real que constata las ausencias de NP y Φ :

“Estas entradas en la psicosis (Φ), más <variaciones> de la relación del sujeto con el goce y lo imaginario que desencadenamientos (Po), ponen el acento en la importancia de la función fálica como función de goce. El desencadenamiento (Po) es el modo de entrada en la psicosis que Lacan subraya cuando afirma la primacía de lo simbólico sobre lo imaginario y lo real. La entrada en la psicosis (Φ) quizás se localiza mejor a partir de su enseñanza de los años 70”.¹⁴⁶

Este momento teórico concibe una nueva concepción del lenguaje, el cual es posterior a *lalengua*, como experiencia primordial, experiencia en la cual el psicótico se encuentra cercanamente emparejado. Lacan en su *Seminario 20: Aun*, trabaja la distinción de *lalengua*¹⁴⁷, relación primordial del sujeto con el lenguaje antes de la

¹⁴⁵ Lacan, J. *El seminario 22: RSI (1974-1975)*. Inédito. Seminario del 11 de febrero de 1975.

¹⁴⁶ Miller, J-A., et al. (2006). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: ICBA-Paidós, p.74.

¹⁴⁷ *Lalengua*: neologismo introducido por Lacan para destacar la relación primaria del sujeto a la palabra, la cual se entiende por la palabra previo a todo orden gramatical y al léxico gráfico, pero que vehiculiza un

irrupción de la gramática y el orden sintáctico, implica una relación primera de goce con el lenguaje en ese parloteo infantil, *blabla* del bebe que vehiculiza un goce.

A esta relación primordial la contrapone con el saber hacer con la *lalengua* que es el modo en que opera el inconsciente sobre ese *lalengua*, que es el uso metafórico y metonímico que ejerce el inconsciente sobre el significante. Llevará en la psicosis a un trabajo sobre *lalengua* más que el lenguaje en el sentido de una relación con el goce movilizado por el lenguaje en su vertiente original, anterior a la imposición de la gramática.

Por eso el psicótico puede hacer uso de la palabra, habla, comunica, pero también lo hace de un modo peculiar (neologismos), a momentos no adscrito a la lógica convencional por esencia representada por el neurótico, lógica que representa el anudamiento del Nombre-del-Padre:

“El psicótico es aquel que rechaza trocar el goce por la significación. Consiguientemente, por la promoción de la relación del sujeto psicótico con *lalengua*, con el significante asemántico, y no con la cuestión previa a la articulación, damos mejor cuenta de los fenómenos psicóticos contemporáneos a menudo parcelarios, dispersos, pluralizados, por estar referidos a la figura unificante del amo. Además, los fenómenos de goce pensados, en principio, como reductibles por la meteorización delirante o como simple resto de la articulación significante, pueden ser abordados en adelante como parte integrante de *lalengua*, aparejamiento mixto de lo real con lo simbólico”¹⁴⁸.

gocce. Es el goce del parloteo infantil, el *blabla* previo a la articulación del lenguaje. “Lacan acuña el termino *lalangue* para designar los aspectos no-comunicativos del lenguaje que, jugando con la ambigüedad y la homofonía, generan una especie de goce” (Evans, D. (2008). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós, p.118), oponiéndose de esta manera *lalengua* y lenguaje. “*Lalengua* es como el sustrato caótico primario de la polisemia con el que está construido el lenguaje, casi como si el lenguaje fuera una superestructura ordenada que se asienta sobre ese sustrato”(Ibid.).

¹⁴⁸ Miller, J-A., et al. (2006). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: ICBA-Paidós, p.48.

En este punto también hay un cambio en la concepción del goce y la relación del sujeto al lenguaje. En la última enseñanza de Lacan, el goce está articulado al lenguaje mismo en sus orígenes a *lalengua*, el *blabla* y parloteo infantil sobre el cual se ajustaran las reglas gramaticales que lo acotan y construye el lenguaje posteriormente. Es decir el goce está presente en el *infans* (ser que no habla) en términos de este parloteo que produce un cierto goce y no al encuentro entre los significantes y sus vacíos.

En este sentido, el significante no es una barrera al goce, sino más bien un vehiculizador del goce que no se puede evitar. El goce fluye en *lalengua* antes que se constituya el lenguaje como tal, como ordenador simbólico de los significantes, y quedará el lenguaje sumido en esta función fundamental. De algún modo podemos unir así lo real del goce con el significante simbólico, unión que desde el primer Lacan no estaba autorizada.

Lo que a mi parecer, se esta articulando bajo el concepto de *psicosis ordinaria*, es un nuevo modo de comprender y concebir la psicosis, el cual ampara un segmento de lo que se ha trabajado ampliamente bajo el rotulo de *borderline*, es decir, ese espacio o manifestación ambigua entre la *neurosis clásica* y la *psicosis clásica* (si es que podemos definir las de ese modo).

Así, se sustraen un grupo de manifestaciones de ese espectro, para llevarlas abiertamente al campo de la psicosis, pero con una nueva acepción donde lo que está en juego no es la manifestación en lo real del retorno de lo forcluido (llámese neologismo, manifestación delirante, producción, etc), sino el encuentro con un goce enigmático para el sujeto, al cual no puede responder.

Se trabaja desde el desenganche, entendido como estos neodesencadenamientos, en oposición a los desencadenamientos clásicos, como un modo diverso y particular de instalarse en la psicosis. Esto a su vez, ligado a una lógica de lo metonímico, progresiva, parcelada, v/s el todo o nada de la instalación clásica y brusca mas del orden de la metáfora delirante.

Al plantear un desenganche al Otro se está pensando una relación al Otro y constitución del Otro de modo particular, en el sentido del goce vivenciado por el sujeto en un contexto que el Otro no existe (contexto que revisaremos con detenimiento en Capítulo III), que cumple con ciertas características y conlleva un modo peculiar de cada sujeto de reengancharse a la luz de su propio goce. Así se deberá distinguir dos vías en el tratamiento del goce:

1. *“Pasar por el Otro en el tratamiento del goce* destaca el estatuto predominante del fantasma, es decir, el valor de localización, de condensación, de recuperación de goce, correlativo a la mortificación del sujeto... tratamiento del goce por el objeto como resto.
2. *Sin pasar por el Otro para el tratamiento de goce* destaca el estatuto del significante solo, el lazo de lo simbólico con lo real, y ya no una presentación del síntoma en la vertiente deficitaria respecto a una norma... destacando la invención del sujeto, la función $\Sigma(x)$ [sínthoma], o sea, la versión del síntoma que conviene al Otro que no existe”¹⁴⁹.

La primera supone una restitución del goce en su vertiente compactada, a partir del objeto *a* como resto de goce o plus de goce que se articula en el fantasma ($\$ \diamond a$), que se recupera y puede de algún modo ser manipulado por el sujeto; es una vía de recuperación de goce manejable por el sujeto a través del deseo y el fantasma.

¹⁴⁹ Miller, J-A., et al. (2006). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: ICBA-Paidós, p.61.

La segunda, alude al sujeto desenganchado al Otro, que no contará con la significación fálica para modelar la pulsión, pero que debe trabajar el desenganche a partir de la invención del *sinthôme* (*sínthoma*) para su tratamiento. Esta última es una orientación clínica más solidaria con los estados límite que no cuentan con esa vía neurótica del fantasma (Amigo); y a su vez contempla una concepción del Otro en otras condiciones, tomando en consideración las transformaciones sociales del siglo XX que inciden en la relación del individuo desvinculado de lo social, como veremos en el Capítulo III.

3. El Sujeto Borde.

Como contrapunto a las elaboraciones *millerianas*, tenemos la propuesta de Silvia Amigo, analista de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Dentro del campo de lo borderline, toma aquel conjunto de fenómenos separados del espacio de la psicosis - funcionamientos no psicóticos-, pero que cumplen con la característica de no estar articulados del todo al modo neurótico.

En este contexto se plantea una hipótesis de trabajo, la cual subvierte la epistemología clásica en psicoanálisis que estipula tres estructuras, y se pregunta si estos fenómenos no podrían constituir una cuarta estructura, estructura que no sería solamente una neurosis fallida o grave.

Esta hipótesis no está resuelta, sino más bien es el modo abierto de preguntarse por su quehacer que le permita pensar libremente sobre el cuadro clínico, sin anteponer presupuestos. Pero tampoco prescinde de la lógica estructural, dejando abierta la interrogante una vez establecida su posición de trabajo.

Su planteamiento se construye a partir de aquellos sujetos del campo borderline – como señalamos- que están en el lazo social (o sea no psicótico), y que han podido establecer alguna barrera al goce que lo diferencia de la psicosis, pero no pudiendo ubicarse del todo en la neurosis por un fracaso en el fantasma. A partir de este fracaso, no estaría constituido del todo su fantasma, existiendo dichos sujetos en una errancia permanente.

En este sentido, habría primero que revisar cómo se constituye el fantasma, para luego observar sus dificultades y fracasos, para desde allí determinar las consecuencias clínicas-teóricas del hecho.

Para Silvia Amigo -siguiendo a Lacan- el fantasma se constituye como una respuesta que el sujeto se da a la pregunta siempre enigmática por el deseo del Otro. Respuesta sobre lo que desea el Otro que llevará a la constitución del deseo; en este sentido el haber creído deducir el deseo del Otro provoca una respuesta fantasmática que decidirá cual es el deseo en el sujeto.

Pero como bien señala, la pregunta por el deseo supone una disyunción sobre el goce, para poder acceder al deseo hubo que poder desligar el deseo del goce, “para deducir un deseo en el campo del Otro es imprescindible que el goce del Otro no abruma al sujeto, porque si eso sucede, éste no puede preguntarse por el deseo del Otro. Goce [del Otro] y deseo, que puede anudarse, se contraponen en ese punto”¹⁵⁰. Lo anterior pareciera ser un punto fundamental, ya que se constata en la experiencia de los fenómenos límite una dificultad significativa en el orden del deseo, en términos de poder movilizar al sujeto y producir un cierto orden, a la luz del goce que constantemente se vive de manera abrumadora.

Se puede decir que en estos pacientes (el amplio campo denominado borderline descriptivamente hablando), se observa una dificultad de vivir el deseo separado del goce, es decir, apreciar manifestaciones del deseo al modo de las clásicas manifestaciones del inconsciente freudianas, sueños, síntomas metafóricos, actos fallidos.

¹⁵⁰ Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario-Argentina: Homo Sapiens, p.18.

Encontramos más bien momentos de invasión de goce a la manera de acting, excesos de todo tipo, cortes en el cuerpo, sintomatología severa en el cuerpo (somatizaciones), etc. Toda la amplia gama de manifestaciones sintomáticas que se describen en estos cuadros que no operan para los profesionales -como hemos señalado de manera reiterada- al modo “clásico” de lo neurótico y lo psicótico.

En el concepto de *construcción fantasmática*, habrá que acentuar el término “construcción”, en tanto, el fantasma no sería dado de antemano, sino que sería una elaboración del sujeto a partir de las características de ese encuentro con el Otro singular y el deseo del Otro que se deduce de ese lugar. Este encuentro es de carácter contingente, implica una relación de sujeto con el Otro, cruce que supone una cierta peculiaridad, con una estructura del Otro que devendrá particular para cada sujeto y que tendrá como efecto la constitución de este fantasma. En otras palabras, el encuentro de un sujeto con el campo del Otro definirá la subjetividad, pero ese encuentro está dado por la singularidad del Otro que el sujeto encuentre, es un cruce de carácter azaroso y único que define diferencias en la subjetividad de cada uno.

Este proceso de construcción abre una vía de posibles transposiciones, más aun si se articula con la última enseñanza de Lacan, que hace hincapié en la construcción del nudo borromeo al igualar los tres registros y de algún modo busca una constitución del sujeto más allá del todo o nada del significante y el Nombre-del-Padre. Dicho de otro modo, la construcción del fantasma es el resultado de un encuentro con lo arbitrario del Otro y que establece un tejido particular, un entramado simbólico con ciertas huellas. Pero a su vez desde la última enseñanza de Lacan, este entramado está sustentado por lo imaginario y real en igualdad de condiciones a modo de un proceso que da cuenta de

cierto desarrollo. No es la construcción pensada del todo o nada que ofrece una presencia o ausencia de un significante en lo simbólico que predomina por sobre lo real y lo imaginario.

Es importante aclarar que desde Freud el fantasma ofrece placer al sujeto, en este sentido es opuesto al síntoma que provoca displacer. Este recurso elaborativo busca dar placer al sujeto en articulación con el principio de placer, son las fantasías o ensoñaciones diurnas que transforman la pulsión en placer, es decir “el fantasma es como una maquina para transformar el goce en placer ...para domar el goce”¹⁵¹. Precisamente en este punto cobra tanta importancia el lugar del fantasma en la economía psíquica, ya que le permiten al sujeto extraer el goce displacentero y producir placer, atrapa el goce de la sexualidad infantil y le ofrece una vía regulada, une la pulsión con el significante.

En los estados límite vemos fenomenológicamente una serie de perturbaciones en la línea del goce y sus excesos; y una notable disminución del placer y el deseo. De esta manera, cobra relevancia la propuesta de Amigo ya que intenta otorgarle una lógica a esta problemática.

Lacan propone una estructura para el fantasma en la neurosis, formulada así $\$ \diamond a$, donde el sujeto queda ligado al objeto, es una petrificación a un objeto en particular en cierto sentido, que surge frente a la inminencia del deseo del otro y obtura esa falta del Otro con el objeto a , objeto que tiene la cualidad de unir el deseo y la pulsión

¹⁵¹ Miller, J-A. (2004). *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Buenos Aires: Manantial, p.20.

En este sentido Lacan logra unir el goce pulsional con el deseo en un elemento, objeto **a**, objeto de la pulsión que causa el deseo, unión que construye a partir del fantasma que le ofrece al sujeto la oportunidad de capturar el goce y realcanzar el goce perdido por hecho de hablar, y darle un camino deseante bajo la ley. Esta posición es solidaria a la castración, es efecto de la castración diríamos, aunque en un punto trate de obturar la castración del Otro al ofrecer un objeto para taparla. De este modo, el análisis del neurótico va desde su síntoma al fantasma, para tomar noticia de la castración del Otro, es un movimiento lógico. Movimiento que en los estados límites no pueden llevarse a cabo, ya que como veremos existe una dificultad para establecer el fantasma, partiendo desde una concepción del Otro en falta.

Para Amigo se presentan tres tiempos en la constitución del fantasma:

1. Primer tiempo supone poder “expulsar” lo real por medio del lenguaje, la diferenciación cosa-objeto, que “el campo de lo real aparezca como exterior, depende de que haya hecho la primera identificación al lenguaje, ...una vez que se ha incorporado el lenguaje... para dejar fuera el objeto de goce”¹⁵² (algo que el autista no logra). En este sentido “es precondition del fantasma, [la] primera identificación a lo real del Otro real, por incorporación del lenguaje que constituye lo real como exterior”¹⁵³; la metáfora utilizada es que haya una ventana para mirar lo real. Se está planteando la primera separación con la Cosa, la exteriorización de lo real con lo simbólico, una primera barrera de acceso al goce que diferencia a su vez a los registros.
2. Un segundo tiempo, es el marco para acceder a lo real, hueco establecido por una ley que hace borde en ese vacío, que es diferente al acceso desde un desgarró

¹⁵² Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario-Argentina: Homo Sapiens, p.21.

¹⁵³ Ibid.

doloroso. “Este marco se adquiere en la segunda identificación al rasgo unario del Otro, al rasgo fálico”¹⁵⁴, en términos de una reescritura en distintos registros para una instalación eficaz, “además de lo *Urverdrängt*, primer movimiento de expulsión de lo real, se necesita adjuntar la represión del significante fálico para enmarcar el agujero”¹⁵⁵. En este lugar la metáfora es del significante fálico como un marco para la ventana, el rol del significante fálico sería enmarcar, distinguir y ordenar desde lo simbólico.

3. Una tercera identificación, sería la identificación a lo imaginario del Otro real, en donde el sujeto intentará representar imaginariamente el objeto en medio del marco. Es en este punto, donde Amigo distinguirá más adelante, la identificación imaginaria del estadio del espejo, en términos especulares diádicos y la identificación que incluye lo simbólico, la cual da la posibilidad de constituir una identidad y darle alguna consistencia al sujeto.

Estos tres movimientos son como tres pasos de escritura :

“Tiene que haber un primer movimiento de boqueteo, donde lo real quede fuera, haya sido *ausstos*, expulsado, por el ingreso de lo simbólico. Segundo movimiento, correspondiente a la segunda identificación, tal como formaliza Lacan las identificaciones en el seminario XXIV, siguiendo y extendiendo al Freud del capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo*. En este tiempo el sujeto debe haber incorporado del Otro las trazas que logren hacer marco al agujero tal que no sea un agujero sin marco, sin borde. El marco fantasmático se traduce como marco de los agujeros del cuerpo... Finalmente según un orden lógico, adviene la tercera identificación posible de lo imaginario del Otro real... es imprescindible poder *dibujarse*, representarse, darse en lo imaginario un objeto”¹⁵⁶.

¹⁵⁴ Ibid. p.22.

¹⁵⁵ Lacan, J. *La significación del falo*, en Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario-Argentina: Homo Sapiens, p.22.

¹⁵⁶ Ibid, pp.22-23.

Los fracasos del tiempo uno y dos, corresponderían a fracasos definitivos en la constitución del fantasma, por ejemplo en el autismo y la psicosis el sujeto no logra situar el deseo del Otro. Existiría de este modo un fracaso que no se consideraría definitivo, pero si momentáneo, por ejemplo crisis vitales o contingentes, en donde un sujeto se ve afectado en su orden, su brújula en cuanto a su deseo, no dispone momentáneamente del fantasma y en definitiva, el sujeto no sabe lo que desea. Dicho de otra manera, no logra darle orientación a su deseo, tornándose este inaccesible y produciendo una angustia que lo paraliza.

Pero existe un grupo de sujetos que podríamos ubicar en el amplio espectro de lo *borderline*, en que “no siendo psicótico, es decir no habiendo fracasado en la inscripción significativa del Nombre-del-Padre, habiendo logrado la incorporación de lo real del Otro real y la de lo simbólico del Otro real, aún así no puede terminar, no por una crisis sino por estructura y ya no sólo por contingencias, de constituir el fantasma y vive perpetuamente en un medio de las graves dificultades de este déficit constitutivo”¹⁵⁷.

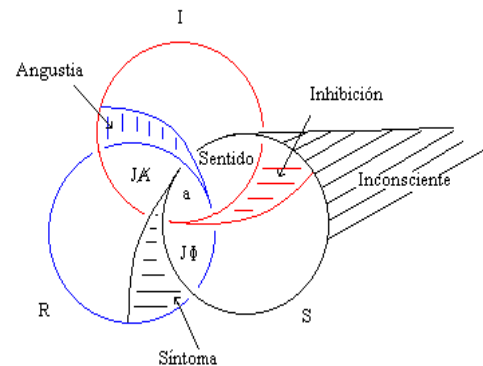
Debida a esta postura que es necesario establecer una diferencia entre goce fálico y significación fálica, ya que si no se establece esa diferencia se puede colapsar las dos caras de las relaciones posibles que abre el significante fálico, por un lado su significación y por otro el goce que éste organiza, pudiendo inducirse un fracaso del fantasma.

Esta distinción marcará una diferencia de la propuesta de Psicosis Ordinaria, en tanto los autores de esta última, trabajan con goce fálico y significación fálica unidos en el concepto de Φ , concepción que Amigo se esforzará en distinguir para obtener las

¹⁵⁷ Ibid, p.24.

consecuencias clínicas de esta distinción, ubicando el goce fálico que obstura la falta en $J\Phi$ ¹⁵⁸, significación fálica en Φ ¹⁵⁹, y castración imaginaria en $-\phi$ ¹⁶⁰ la cual constituye un cuerpo.

Siguiendo los matemas del nudo de borromeo, “el goce fálico $[J\Phi]$ implica el momento y la zona donde lo real y lo simbólico empalman, semivelando sus respectivos agujeros”¹⁶¹; como se observa en el dibujo siguiente, es el punto donde se cruza el registro real con el registro simbólico superponiéndose.



El goce fálico es el goce fetichista, pero sabemos que la otra cara del goce fálico es la significación fálica, que da cuenta de la significación de la castración, “la significación fálica es la *Bedeutung* [significatividad] de la falta, mientras que el goce fálico es el intento puntiforme de bloquear la eficacia de la castración”¹⁶². Por lo cual es fundamental los momentos y el movimiento, en una dialéctica de empalme y corte, así por ejemplo una madre puede obtener un goce fálico del hijo, pero esto debe ser inmediatamente abierto a la significación fálica que implica, el cual alude a una falta. En este punto está en juego la problemática de la castración, en términos de instalar la falta en el sujeto y los momentos de sutura de esta falta.

¹⁵⁸ goce fálico.

¹⁵⁹ fi mayúscula.

¹⁶⁰ menos fi minúscula.

¹⁶¹ Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario-Argentina: Homo Sapiens, p.34.

¹⁶² *Ibid*, p.35.

Pero sabemos que una vez instalada la falta, los esfuerzos por obturarla siguen dando cuenta de la existencia de ese agujero, por lo que la sutura nunca es total. Así, para Amigo, existen momentos de corte y empalme, vacío y obturación, pero al modo de momentos, ya que el goce fálico de saturación de la falta está anudado ineludiblemente al efecto de vacío de la constitución de la falta.

Algo ocurre en lo límite en donde esta dinámica no opera con claridad, la falta se vivencia de un modo agobiante, en otras palabras, todo el campo narcisista descrito en estos pacientes son la expresión de ese esfuerzo constante de sutura que no contempla la falta en ser, la división subjetiva.

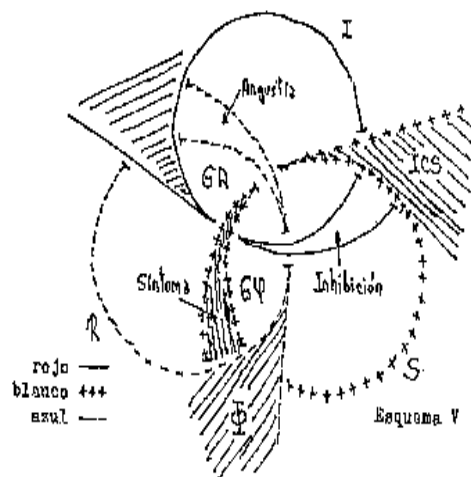
Cuando la autora separa goce fálico y significación fálica –a diferencia de la propuesta de psicosis ordinaria- lo que quiere mostrar es que la inscripción fálica implica una pérdida y una restitución, en el sentido de que está en juego el gozo de esta sutura de la pérdida, pero a su vez se da cuenta de un vacío a cerrar, pérdida que se puede ubicar en $-\phi$ como pérdida de goce, el cual se podrá realcanzar a través de la significación fálica escrita como Φ .

Lo paradójico de la relación madre-hijo es, como lo establece Amigo, *el goce (fálico) del Otro*, ya que si hacemos el ejercicio de superponer el borromeo de la madre con el del hijo, lo que desde su propio trenzado de la madre es goce fálico. Es decir, el goce ligado a la palabra en este intento de sutura, al hijo le cae sobre el cuerpo como goce del Otro. Así el goce fálico del Otro es vivido por el niño como goce a secas:

“En el nudo Lacan escribe una diferencia, explícitamente, entre goce fálico y significación fálica. Mientras que el goce corresponde al momento de empalme, **la significación fálica emerge de la apertura al infinito de la cuerda a lo real**. Apertura al infinito que hace

aparecer **lo real de lo real**, que delimita como escritura el significante fálico en su poder de significación”¹⁶³.

La apertura hacia el infinito es un recurso topológico que permite pensar movimientos, aperturas y cierres en el propio nudo, Lacan señala que “el nudo borromiano... sigue siendo un nudo si se abre uno de sus lazos y si se transforma en una recta. Pero es preciso extenderlo hasta el infinito”¹⁶⁴. Es precisamente en esta apertura de la cuerda de lo real donde ubica el signo Φ , que Amigo entiende como la significación fálica.



En este punto debemos comprender que el falo en términos de significante (Φ) de la falta y la diferencia sexual, agujerea lo real haciendo aparecer en la vida del sujeto el agujero real, ya que si bien en lo real no falta nada, el falo da cuenta de una diferencia en lo real simbolizada como falta, desde lo simbólico podríamos decir, viviendo esa falta en lo real. En otras palabras, el falo marca en lo real los que *tienen y no tienen* para Freud, pero sabemos que esta diferencia es simbólica por que en la mujer no falta pene, sino que se le atribuye simbólicamente una falta a esa diferencia en lo real del sexo.

El falo entendido como significación de la diferencia sexual, lo real de la muerte, agujero real de lo real, siendo el goce fálico el intento por taponar ese agujero. La tesis para Silvia Amigo sería:

“En los casos de configuraciones estables de fracaso del fantasma, es decir de problemas estabilizados, no crisis momentánea de fracaso del fantasma, suele haber un problema en el

¹⁶³ Ibid, p.36.

¹⁶⁴ Lacan, J. *El seminario 22: RSI (1974-1975)*. Inédito. Seminario del 18 de febrero de 1975.

gran Otro, quien sobre el sujeto ha ejercitado sin tregua, no la significación fálica, sino el goce fálico”¹⁶⁵.

En este punto podemos abrir una vía –que Amigo no explicita en este momento, pero se advierte en otros lugares de sus trabajos- respecto a los efectos subjetivos de un Otro que goza fálicamente en el sentido de ese goce que no da cuenta de la falta, sino en su vertiente obturadora. Allí se abre un campo de reflexión (que abordaremos más adelante) respecto a los efectos en la subjetividad a propósito del Otro de la posmodernidad, el Otro del discurso de la ciencia, del discurso capitalista, el Otro del goce del Uno, vertientes posmodernas del estado de la civilización y que trae consecuencias a la subjetividad.

Destacamos en el segundo tiempo de la constitución del fantasma, en términos de la pregunta dirigida al Otro, que el niño necesita una marca trazo que haga borde al vacío, que le permita salir de la alienación hacia la separación, es ese rasgo, ese trazo del deseo del Otro, el que orienta al sujeto. “A la vez que el niño se aliena y deduce luego un unario, al mismo tiempo, el niño recibe del Otro una imagen de sí. Hay una alienación en el campo signifiante, desdoblado en campo de la pulsión. Pero también hay una alienación a la imagen de sí que el Otro le devuelve al niño”¹⁶⁶. En este punto se pone en juego el rasgo unario que da unidad al sujeto, un S_1 ¹⁶⁷ que abrirá a partir del encuentro con los S_2 ¹⁶⁸ el espacio donde se alojara el sujeto para Lacan; espacio que si bien es una falta en ser, un lugar vacío, será llenado en un primer momento por el sujeto a través de sus identificaciones, ideales, etc, lo cual debería poder caer en un análisis. Pero la interrogante que se desprende de la propuesta de Amigo, es por los sujetos que no logran

¹⁶⁵ Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario-Argentina: Homo Sapiens, pp.38-39.

¹⁶⁶ Ibid, p102.

¹⁶⁷ S sub 1, significantes amos.

¹⁶⁸ S sub 2, significantes de la cadena inconsciente que le dan significación retroactivamente al S1

constituir ese punto inicial articulado alrededor del fantasma, como una respuesta de esta falta en ser.

Así el tercer momento fantasmático está planteado a nivel de lo imaginario, puntualizando que solo el recorte de los tres registros constituirían el hueco donde alojar el objeto *a*, es decir, el agujero en cada registro. Si ϕ es para Lacan el signo para definir el falo imaginario, $-\phi$ alude a la castración en lo imaginario:

“¿Qué letra escribe el agujero en lo real? El significante fálico, el de la ley fálica, dado que en verdad lo real en sí nada le falta. ¿Qué letra escribe el agujero en lo simbólico? El rasgo unario, S1 que anota el trazo propio del sujeto, rasgo poético de su propia autoría, que realiza la retraducción del significante fálico para reafirmar en trazos propios el trazado del agujero. ¿Y qué letra anota el agujero en lo imaginario? A riesgo mío, porque Lacan no lo anota así en sus nudos, pero lo deja deslizar, en la zona de apertura al infinito de la cuerda imaginaria, $-\phi$. Debemos señalar que no es lo mismo la letra que viene del Otro, lugar donde todo estaba escrito, que la letra que el sujeto rescribe”¹⁶⁹.

Estas inscripciones de la letra podemos comprenderla como reescrituras necesarias para instalar los diferentes tipos de falta, escritura que parte en la niñez, y son repasada en la adolescencia, para quedar establecida de algún modo más o menos permanente. Incorporaciones diacrónicas, en donde se “va incorporando los tiempos de la falta en las tres dimensiones del tiempo, el tiempo simbólico de las significaciones y retracciones, el tiempo del corte y cambio estructurante y el tiempo de lo imaginario del calendario, sin cuyo auxilio los anteriores carecerían de anudamiento”¹⁷⁰.

¹⁶⁹ Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario-Argentina: Homo Sapiens, p.150.

¹⁷⁰ *Ibid*, p.154.

Este espacio que aloja el objeto *a* permite los momentos de obturación y apertura con el objeto, permite la ilusión de tener el objeto y luego constatar su inadecuación, eso es el goce fálico y la significación fálica. Amigo señala que este doble movimiento es lo opuesto a lo que plantea Freud con el término *fijación* que nos hace esclavos al goce fálico, pero es el movimiento de corte y empalme en la línea del deseo -el movimiento del deseo-, oscilación que se constituye bajo una ley y bajo el coste de la castración, el que establece un entramado social. En este sentido, cobra vital importancia la función del fantasma, ya que permite articular el goce vía un deseo regulado a partir del objeto *a*.

La pregunta pertinente en este lugar es por lo que pasa en los procesos de reescritura, en sus detenciones y saltos. A propósito de esto, Amigo se pregunta si los casos graves son neurosis especiales o una cuarta estructura. Asumiendo ciertos tiempos de escritura en la estructura (tiempos lógicos no necesariamente cronológicos, pero que de algún modo se inscriben en la temporalidad), el movimiento gira en torno al goce perdido de la cosa. Por el hecho de hablar, la cosa está perdida irreductiblemente, perdida en su acceso directo, sólo podemos rodearla y circunscribirla por medio de las palabras. Pero si por el hecho de hablar el sujeto expulsa el goce de la cosa, es decir, pone distancia a través de la palabra con la cosa, ¿para qué necesita el Nombre-del-Padre?:

“Para que el sujeto se oriente en la pérdida de goce, para que la pérdida de goce tenga lo que en el seminario R.S.I. Lacan llama una *idea sensible*, se necesita no sólo la pérdida sino también la marca a cuenta del sujeto. Esa muesca, ese trazo que orienta la pérdida es el Nombre-del-Padre. Éste *pone al sujeto en posesión de una marca* que lo orienta en la imposibilidad del goce de la cosa. Así, la imposibilidad estará además sancionada por una prohibición”¹⁷¹.

¹⁷¹ Ibid, p.257.

En estos términos, el matema de Lacan para la psicosis es $Po+\Phi_0$, como veíamos anteriormente, la ausencia del Nombre-del-Padre (Po) hace inaccesible para el sujeto la significación fálica, quedando esta vacía (Φ_0), en donde:

“La forclusión del Nombre-del-Padre hace inadvertible la castración fálica, haciéndola inviable para el sujeto argumentar a la función del falo simbólico. Queda claro entonces que no se trata de un solo tiempo, de una operación de estructuración sino de al menos dos. El sujeto psicótico es sujeto del lenguaje sin duda, pero no tiene marca a su cuenta sobre la pérdida de goce y por ende se le torna inalcanzable la posibilidad de argumentar el significante fálico”¹⁷².

Este es un punto importante para la lógica de las estructuras clínicas, en términos de los efectos posibles en la asunción de cada paso y a su vez, al dar cuenta de la dinámica existente en estos pasos.

Amigo destaca un proceso con distintos movimientos que se pueden dar o no en cada sujeto, y que irán determinando su orientación al definir la estructura. Siguiendo esta línea, el sujeto perverso reniega de la marca del Nombre-del-Padre, “cuenta con la marca, pero tiene una chance estructural –que el neurótico no tiene- de hacer en algunos momentos como si no la tuviera... por contar con el Nombre-del-Padre, puede advertir la castración fálica a la vez que puede renegar de ella”¹⁷³.

De esta manera cuenta con el Nombre-del-Padre (NP) y hace un uso particular del significante fálico (Φ) en términos de goce, por esta razón a momentos puede renegar la castración (el ejemplo paradigmático es el uso del objeto fetiche). Pero por estar instalado en la dinámica fálica, al negar la falta esta dando cuenta de su existencia.

¹⁷² Ibid.

¹⁷³ Ibid, p.258.

Ahora bien, en la neurosis se borraría la huella de la marca pasando al significante y al inconsciente, es decir, esta dinámica es inconsciente y el neurótico no tiene conocimiento de esto, no hace uso como el perverso de un fetiche, en tanto opera la represión. En ese sentido NP+Φ, pero se hace necesaria una tercera escritura:

“Por la vía de esta reformulación agujereada, es que el imaginario se hace anudable –porque sólo pueden pasar las cuerdas por los agujeros de los registros- y adquiere además la posibilidad de devenir independientes del plano de lo meramente especular. Es el hueco de aquello que falta a la imagen, aquello que no sabría ser capturado por la imagen, que el sujeto puede incorporar como propia imagen de sí, independizándose –hasta donde un humano puede- de la captura especular”¹⁷⁴.

Esta tercera marca o escritura, Amigo la concibe como la castración en su vertiente imaginaria, al modo como Freud concibió la herida narcisista. Entendiendo que para Lacan “la castración quiere decir que es preciso que el goce sea rechazado, para que pueda ser alcanzado en la escala invertida de la ley del deseo”¹⁷⁵; de modo que la castración no contempla su eficacia hasta que el sujeto no encuentre un modo de recuperar el goce.

El retorno del goce será como demanda pulsional, siendo el goce incestuoso rechazado por la palabra -imposible por estructura-. De esta manera a la demanda de goce el sujeto tendrá que agregarle una marca de prohibición, marca que da el Nombre-del-Padre; es decir, además de su imposibilidad queda connotado como prohibido a partir del Nombre-del-Padre en la trama edípica.

¹⁷⁴ Ibid, p.259.

¹⁷⁵ Lacan, J. (2002). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano (1960)*, *Escritos* 2. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, p.807.

Lo que está poniendo en juego Amigo, es la castración en sus tres niveles Imaginario, simbólico y real, junto con la recuperación de goce como plus de goce, algo necesario para las neurosis. En este sentido, se entienden las dudas en torno a los sujetos que no establecen todos los estatutos de la castración y no logran recuperar vía el deseo y fantasma, el goce perdido.

Esta es una manera novedosa de entender la problemática límite, en tanto se diferencia de la psicosis y la perversión –por lo mostrado anteriormente-, pero a su vez parecieran no contar con los recursos del neurótico, quedando en un estado intermedio, en una posición de repetición sin elaboración.

En estos casos límite o patologías del acto para Diana Rabinovich lo que está en juego es esa imposibilidad de recapturar el goce perdido vía plus de gozar. Pero es importante destacar que el plus de gozar no es lo mismo que el objeto *a*, el plus de gozar es una función que va más allá del objeto *a*, “el objeto *a* puede captar el plus de gozar, vía sus cuatro formas tradicionales: voz, mirada, heces y pecho”¹⁷⁶. Por ello en el fantasma quedan privilegiado una de esas formas para la captura del goce en cada uno.

Lacan desde el seminario 17, ubica el plus de gozar en un lugar lógico del discurso, donde distintos elementos $\$ - a - S1 - S2$ dependiendo el discurso en que estemos, podrán captar el goce al ubicarse en el lugar del plus de gozar. Por otra parte queda el propio sinthome como lugar de captura de goce. Ahora bien, podemos pensar que el fantasma es un lugar privilegiado para que cada sujeto capture el goce y lo convierta en placer, ya que el sinthome es efecto de una creación reparatoria o sustituta desde Amigo.

¹⁷⁶ Rabinovich, D. (1992). *Una clínica de la pulsión: las impulsiones*. Buenos Aires: Manantial, p.22.

Para Amigo se presenta como imprescindible la trama edípica, siendo insostenible la idea de que para cualquier sujeto se podría prescindir del apoyo de anudamiento que es el *complejo de Edipo*. Deja los arreglos *sinthomáticos* al modo *joyciano* a construcciones particulares reparatorias, para ella no cualquier arreglo que mantenga juntas los tres nudos equivale en eficacia al anudamiento borromeo (diferencia sustancial a la propuesta de J-J. Rassial que veremos más adelante).

La marca del segundo momento de la construcción fantasmática, orienta la prohibición de goce, “el goce a ser rechazado es el goce demandado por el despliegue pulsional y es imprescindible que el sujeto tenga a su disposición una marca de prohibición sobre lo que era imposible. Si no, no se orienta”¹⁷⁷. Orientación en términos del modo de recuperar el goce, ya no imposible, sino además prohibido; esa ley permite a su vez una cierta condición posible de encausar la pulsión en términos del deseo.

En este punto tendríamos que analizar el paso de la pulsión rechazada hacia el deseo, siendo este paso sostenido por el fantasma. “Alguna operación sobre el campo pulsional ha de permitir a la pulsión **darse un objeto** que en el fantasma oriente el impulso en el sentido *legal* del deseo”¹⁷⁸. El fantasma viene a dar la posibilidad de enlazar la pulsión y permitir un goce bajo la ley del deseo. Esta sería la respuesta de Amigo frente a lo propuesto por Lacan respecto al rechazo de goce real alcanzado por la vía del deseo que nombrábamos antes.

¹⁷⁷ Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario-Argentina: Homo Sapiens, p.262.

¹⁷⁸ Ibid.

Por esto Amigo hace hincapié en la constitución del fantasma como vía posible y necesaria para encausar la pulsión, ya que como sabemos la pulsión carece de objeto:

“Pero en el fantasma sí hay un objeto propuesto como escritura, objeto que va a sostener la división deseante del sujeto. Esta claro que el objeto es imposible. Lo es. Pero el sujeto precisa tener en su haber una escritura de lo imposible del objeto que causa el deseo”¹⁷⁹.

En síntesis, la construcción del fantasma puede verse de la siguiente manera:

“Además de haber incorporado y pasado al inconsciente el Nombre-del-Padre, además de haber inscrito el significante fálico y hacer allí argumento, debe el sujeto haber podido arribar a la constitución de un fantasma donde ficción necesariamente dar a la pulsión algún objeto. En su fantasma el sujeto puede representar como ficción aquello que *cree* que el Otro le demanda, dado que le falta. Sólo luego de constituir esta escena ficcional del fantasma es que el sujeto puede sostener su división deseante. Porque es en principio a través del canal fantasmático que el sujeto va a poder recuperar goce”¹⁸⁰.

En este momento un tercer tiempo en la constitución del fantasma se debe inscribir, si anteriormente el Nombre-del-Padre y el falo pusieron límite al goce y orientaron al sujeto en la significación, podríamos decir en el registro real y simbólico. Se hace necesario que también en el registro imaginario se inscriban esas operaciones de corte, precisamente en este nivel ubica Amigo la dificultad en los sujetos borde.

Recordemos que en lo que hemos denominado *estado límite* , destaca una persistente manifestación sintomática a nivel del narcisismo, como veíamos en el Capítulo I, es una constante desde las distintas orientaciones del psicoanálisis reconocer en estos sujetos dificultades significativas y permanentes en el ámbito de su narcisismo, en

¹⁷⁹ Ibid.

¹⁸⁰ Ibid.

términos de la constitución yoica, y su separación del Otro con una cierta identidad más o menos firme.

La autora subraya este momento como significativo donde el sujeto deberá constituirse como Uno separado del Otro, pero un Uno no constituido sólo desde la identificación imaginaria especular, sino un imaginario que englobe la falta. En este punto lo que está en juego es una adquisición de un yo narcisísticamente en la vía del amor, que capte la imagen que le devuelve el Otro, pero no como objeto de goce para el Otro, sino una imagen que permita al sujeto gozar del Uno, es decir, no sólo ser gozado por el Otro, sino también un lugar donde alojar el campo pulsional.

Si no se agujerea el registro imaginario, si el sujeto no obtiene una imagen real que hace uno al cuerpo, tendrá que utilizar la imagen que el Otro le devuelve, imagen llamada i(a) yo-ideal; si un cuerpo no es vivido como uno no se separa del campo del Otro:

“En este momento de alienación imaginaria, el sujeto va a formar, gracias al nuevo acto psíquico del narcisismo, la inscripción de otra clase de lo *uno* separador del Otro. El sujeto adviene a la inscripción de otra clase de lo uno. Está el uno del rasgo unario, traza simbólica ordenadora del discurso. Y está el uno unificante, englobante de la unidad imaginaria. Sin ambas dimensiones del uno se hace inhallable la ubicación de los diversos registros del sujeto en el campo del Otro. El narcisismo hace aparecer por primera vez un *yo ideal*¹⁸¹”.

Pero como bien señala Amigo, si en ese Otro funcionan bien las cosas, devuelve una imagen alienada a su propio modo de goce, un yo-ideal que está suficientemente velado en la función de objeto de goce, fundando el narcisismo,. A partir de un *bien decir*, vela el campo pulsional con el engaño amoroso, se inhibe el rebajamiento instrumental, a

¹⁸¹ Ibid, p.265.

partir de que el Otro no denomine ni invista injuriantemente el narcisismo (cabe recordar lo que propone Lacan en el seminario XI como la injuria del Otro al rebajar al sujeto a puro objeto *a* de goce). Lo inviste en el campo del amor, “porque la atribución primera normativa, la que cuenta con el velo del amor, hace que en la imago misma aparezca la muesca, el trazo de aquello de lo que el gran Otro se inhibe de apropiarse en términos de goce”¹⁸².

En este punto se pone en juego los elementos que señalábamos en un principio, por un lado no solo debe existir un goce (falico) del Otro, sino también significación fálica que inscriba la falta (no solo sutura); y por otro, permitir una constitución imaginaria unificante -más allá de la posición especular imaginaria-, que conote un vacío para el deseo.

De este modo el objeto se constituye como bien deseado, como *agalma* y no como desecho. En este sentido se puede escribir la neurosis con el matema $P+\Phi+(-\phi)$, en donde se cuenta con la inscripción del Nombre-del-Padre (P), más la significación fálica (Φ) que permite la significación en el orden simbólico y por último la castración imaginaria ($-\phi$), que pone límite al goce del Otro en pro de una imagen real, en la cual su imagen (yoica) no es una imagen especular del Otro, sino que adquiere cuerpo propio :

“En tres tiempo de escritura. Si se añade este tercer tiempo, si hay agujero en la imagen, si el Otro no incauta todo el espacio imaginario como objeto de goce, entonces la carga libidinal de la imago puede pasar del *ideal Ich, yo ideal* –ubicada en el campo del Otro del espejo- al *echte ich, yo autentico* al modo de una operación tórica. El sujeto estará en posición de hacer pasar la libido de la imagen del espejo hacia la imagen real de su yo. Escapa así de la obligada captura especular, adquiriendo un imaginario no especular. No es

¹⁸² Ibid, p.267.

que no se pueda volver al espejo. Se puede. Pero el sujeto acaba de adquirir una identidad imaginaria más allá de la captura en el campo del espejo”¹⁸³.

Este modo de concebir la captura del cuerpo por parte del sujeto, supone un agujero en lo imaginario, agujero que recorta el objeto **a**, dándole cabida al nudo borromeo. En este sentido la condición de posibilidad de anudamiento pasará por el agujero de lo real, lo simbólico y lo imaginario que permite el anudamiento:

“La falta en lo real es creada por la eficacia de lo simbólico (Φ), porque a lo real no le falta nada de sí mismo. La falta en lo simbólico es el agujero en el campo significante que hace que siempre falte un significante para nombrar lo real, S1, que hace límite simbólico al objeto, la escribe. La falta en lo imaginario es el agujero en el *yo*, escrito como falta fálica imaginaria, $-\phi$ ”¹⁸⁴.

El agujero en lo imaginario ($-\phi$) supone cuestionar la imagen del yo ideal, esta falta fálica en lo imaginario es una parte no especularizable y que no entra por este motivo en el campo del Otro, señala Amigo a propósito del trabajo de Lacan sobre la Transferencia. Le da cierta libertad al sujeto para producir su real en el campo de la imagen y una apropiación del cuerpo, “la letra $-\phi$ demarca aquello en lo cual somos preciosos, aquello de lo que el Otro no se apropió, porque justamente ahí es donde no somos objeto de goce”¹⁸⁵.

Precisamente a esa falta escrita en la imagen a lo que Lacan llama *agalma*, amor del Otro que inhibe el goce del Otro y que permite producir un imaginario no especular que de cuenta del narcisismo más allá del espejo que calme la relación al semejante

¹⁸³ Ibid.

¹⁸⁴ Ibid, p.268.

¹⁸⁵ Ibid, p.120.

cargada de agresividad. Así la imagen del semejante no es el único punto de comparación para constituir el Uno.

Solo a partir de esos tres pasos, el objeto *a* se ubica fantasmáticamente para el sujeto, recuperando el goce en la ley del deseo, pero “en los casos en que la primera atribución ha sido injuriante, donde el gran Otro ha creído que puede no inhibir la posición gozante de la devolución de imago, no aparece $-\phi$ en la imagen del espejo”¹⁸⁶.

Se produce una constitución *mal dicha* del narcisismo, “se constata la eficacia de la represión en el sentido de pasar al inconsciente la marca discursiva de que no todo es posible, que no toda demanda pulsional es satisfacible. El gran problema clínico es que no hay retraducción imaginaria de la eficacia de las escrituras logradas de los registros real y simbólico”¹⁸⁷.

Por vía de la significación fálica y no por el goce fálico, se abre un espacio para la constitución *agalámica* del sujeto, de un modo deseante y deseable para el otro. Pero a su vez se hace necesario sumar $-\phi$ en el sentido de la falta en la imagen que no puede ser tomada por el Otro y establece un punto de producción propia no a la luz solamente del *ideal del yo* proveniente del Otro. Al inscribir una falta en la imagen puede provocar un deseo, suscitar amor, cuando el objeto *a* no logra recortarse en el campo imaginario, no se constituiría el fantasma.

Así el matema para escribir esta posición de borde sería $P+\Phi+(-\phi_0)$, en donde $-\phi_0$ da cuenta de la inexistencia de la castración imaginaria. Como vimos anteriormente, en

¹⁸⁶ Ibid.

¹⁸⁷ Ibid, pp.268-269.

estos pacientes se cuenta con el Nombre-del-Padre y a su vez existiría una significación fálica, pero el recorte imaginario no se logra, por lo que no se logra alojar el objeto *a*. Por un lado el sujeto no puede acceder con su fantasma a un goce regulado y por otro la constitución imaginaria en términos de un *yo real* no se obtiene.

Si omitimos el lugar de $-\varphi$ en la estructura, los estados límites o sujetos de borde, son plenamente neuróticos, ahora bien si lo incluimos, podemos pensarlo como una cuarta estructura o un estado de *insconstitución parcial* de la estructura.

Este punto quizás es el que genera tantas divergencias, ya que solo contemplando NP y Φ se reconoce un funcionamiento neurótico, pero si incluimos $-\varphi$ (castración imaginaria) como necesario para el recorte del objeto y constitución del fantasma, la presencia de $-\varphi$ da cuenta de un funcionamiento neurótico y su ausencia nos habla de otra posición subjetiva.

Independiente de estas dos posiciones, se desprende del matema presentado que no existiría -en estos casos- neurosis de transferencia y en el dispositivo el discurso no llevará al nódulo fantasmático (poniendo en entredicho la asociación libre). Al no constituirse el fantasma, el discurso no circula en torno a este nudo, con lo que en sesión de análisis las problemáticas del deseo que se presentan en la línea de estas fantasías están ausentes.

Siendo estrictos, estos pacientes no lograrían traspasar su nódulo traumático del fantasma de modo trasferencial, ya que este punto está cuestionado. Así la dirección de la cura no deberá tratar de reforzar el yo, sino agujerearlo “por medio de la trama

transferencial en que se opera *la interdicción del rebajamiento instrumental de la atribución primera del yo ideal*¹⁸⁸. No se trataría entonces de proteger el yo, ni cuidar sus “recursos” *yoicos*, sino poder instalar en el plano imaginario *yoico* la castración a la luz de un reconocimiento *agalmático*, que cuestione esa atribución primaria de desecho que señalábamos anteriormente.

Supone una libidinización *yoica* desde cierta incompletud que tolere la falla imaginaria e implique no estar guiados por el ideal. Este es un cambio fundamental en la dirección de la cura y contrasta con las directrices de la psicología del yo que intenta recuperar y fortalecer el yo dañado del paciente.

Para Amigo este agujereamiento constituiría un fantasma para el sujeto, pero esto concebido como fin de análisis, no el atravesamiento neurótico. Si recordamos la propuesta de Lacan para el fin de análisis en la neurosis en donde se buscaba el atravesar el fantasma y no quedar fijado a esa pantalla que recubre lo real; en estos casos se plantea un paso anterior, la constitución del fantasma es su propio fin, supone un recorte imaginario del objeto que permita la relación del sujeto con su objeto *a*, proponiéndose como un modo de estabilizar al sujeto en el sentido de ofrecer una vía deseante a la pulsión.

Se ofrece una regulación del goce -en términos de extracción- y realcanzar el goce vía un deseo regulado. La autora reconoce que la construcción fantasmática dista del fantasma constituido por el sujeto neurótico, dada su fragilidad que evidencia la constatación de momentos permanentes de inestabilidad del fantasma construido, a lo

¹⁸⁸ Ibid, p.272.

largo de la vida del sujeto que lo llevan a permanentes reconsultas. Así diferencia el fantasma constituido en los tiempos *edípicos* y el fantasma que se puede construir –a modo de suplencia agregaríamos- en el análisis:

“Específicamente hablando $-\phi$, normativamente debiera ser anotado en los tiempos de la primera vuelta edípica, y ser refrendado en la segunda. Esto hace pensar que la consulta de pacientes con déficits en este tramo de la escritura en edad adulta intentarán reparar este fallo **cuando los tiempos han prescrito**. Si no se inscribe $-\phi$ a tiempo, la escritura cierra sin $-\phi$. Y el analista se deberá confrontar con las complicadas estabilizaciones que se hayan establecido espontáneamente en el curso de la vida del paciente”¹⁸⁹.

Por último, siguiendo la propuesta de Silvia Amigo, se puede proponer un nuevo matema para los estados límites y su constitución fantasmática, $\$ \diamond [a]$, en tanto queda en entredicho el acceso al objeto **a**, pero es posible su construcción reparatoria dada su constitución subjetiva, a diferencia del fantasma en el psicótico y el perverso.

Lo que se puede desprender de la propuesta de Amigo es que, a diferencia del fantasma neurótico $\$ \diamond a$ que cuenta con el objeto **a**, los estados límite tendrían una constitución parcial del objeto pero inaccesible –por eso lo figuramos entre paréntesis cuadrado-, es decir, es posible recortar ese objeto, pero mientras eso no ocurra el objeto **a** no entra en operación de manera completa. Si bien Amigo no escribe este matema del fantasma de sujeto borde, se puede hipotetizar una escritura de este tipo.

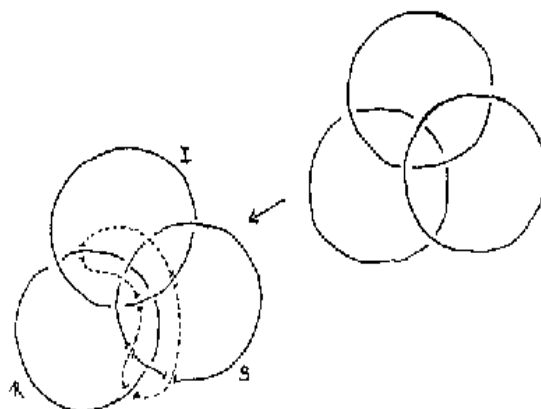
¹⁸⁹ Ibid, p.275.

4. El Estado Límite del Sinthome.

La propuesta de Jean-Jacques Rassial se ofrece novedosa, en tanto aborda la problemática límite desde una vertiente más radical, apuntando a la última enseñanza de Lacan específicamente, el nudo borromeo y las posibilidades clínicas que se abren desde su construcción y anudamientos de diferentes tipos. Ahora bien, realiza una lectura propia –ya que como hemos señalado Lacan no alude a la categoría límite directamente– interpretando los conceptos lacanianos de un modo particular, por lo que exhibe contradicciones con lo presentado por Silvia Amigo.

Para poder comprender la propuesta de Rassial, es necesario aclarar algunos puntos. En primer lugar, cuando Lacan presenta su seminario 23 (1973-1974) *Le Sinthôme*¹⁹⁰ (El Sinthome o El Sínthoma) trabajado a propósito del escritor James Joyce, alude a una modificación en el anudamiento borromeo a partir de una cuarta cuerda que

anudaría los tres registros real-simbólico-imaginario de un modo borromiano logrando que los tres registros queden ligados. Se une real-simbólico-imaginario, pero no con un nudo de tres sino requiriendo una cuarta cuerda que otorgue las propiedades borromianas donde si se corta un anillo (se separa) el nudo se desarma. Esta propiedad la viene trabajando desde su seminario 20,



Aun cuando se pregunta “¿cómo hacer, cuando tienen sus redondeles de cuerda, para que los tres estén unidos, y de tal manera que, si se corta uno, los tres queden libre?”¹⁹¹.

¹⁹⁰ Lacan, J. (2006). *El seminario 23: El Sinthome*, (1975-1976). Buenos Aires: Paidós.

¹⁹¹ Lacan, J. (2008). *El seminario 20: Aun*, (1972-1973). Buenos Aires: Paidós, p.149.

El anudamiento con la cuarta cuerda estaría constituido a partir de aquel sínthoma (con h) particular y único de cada sujeto que tiene la propiedad de abrochar el nudo a modo de Nombre-del-Padre (estando en la lógica del último Lacan que pluraliza los nombres-del-padre) a la luz de una falla en el anudamiento que no constituye un nudo borromeo. El sinthome haría las veces de Nombre-del-Padre y –como decíamos- anudaría los tres registros manteniendo su cohesión y sería una construcción o creación propia que permite el equilibrio.

Lacan señala ya un año antes en R.S.I que “quizás porque nuestro imaginario, nuestro simbólico y nuestro real, para cada uno de nosotros, están todavía disociados, que hace falta para anudarlos el Nombre-del-Padre. Pero no se imaginen –no sería mi estilo- que estoy profetizando que podríamos prescindir del Nombre-del-Padre, tanto en análisis como fuera de él, para que cada uno se vaya por su lado”¹⁹². En este sentido comienza a elaborar la idea de un cierto ajuste a partir de una cuarta cuerda de los tres registros, de una invención, cediendo la categoría de indispensable del Nombre-del-Padre hacia algunas suplencias de los nombres-del-padre.

En el caso de James Joyce la escritura y su estatuto de autor, le habrían prevenido del devenir psicótico en el sentido de una manifestación psicótica delirante o desencadenada (según el primer Lacan). Esta clínica del sinthome apunta a los distintos modos en que cada sujeto abrocha su nudo, en términos de modos de goce que sustenta al sujeto.

¹⁹² Lacan, J. *El seminario 22: RSI (1974-1975)*. Inédito. Seminario del 11 de febrero de 1975

Ahora bien, en este punto se abre una disyuntiva teórica-clínica que debemos advertir, la cual divide dos caminos. Como veíamos en el apartado anterior, para S. Amigo el *sinthome*, al ser pensado en términos reparatorios para sujetos principalmente psicóticos, no se estaría autorizado plantear su uso en todos los sujetos, es decir, no se puede generalizar el argumento y llevarlo a todos los casos, restringiendo su uso a sujetos donde falló la trama, “no son pues casos de neurosis para aquellos que se estabilizan por la vía de una cuerda que no cumple con la cualidad borromeica de anudamiento”¹⁹³.

De esta manera Amigo no acepta la idea que de igual el anudamiento borromeo que una suplencia (*sinthome*) no borromea, pero Rassial extiende el argumento del *sinthome* y amplía sus horizontes ya que entiende que luego de elaborar Lacan la teoría del *sinthome*, el nudo borromeo no es más que un ideal y que no se puede encontrar en los sujetos, siendo desde allí donde desarrolla su concepción:

“El cuarto redondel modifica así la solución de la continuidad entre neurosis y psicosis, ya que este cuarto, necesario, aun no teniendo la misma función ni por lo tanto el mismo dibujo según las estructuras, indica continuidad al menos clínica... estas últimas invenciones topológicas dan otro estatuto al nudo borromeo de tres redondeles, que ya no van a encontrarse más –diríamos nosotros- en el hombre y nos autorizan a escribir un numero impresionante de anudamientos diferentes”¹⁹⁴.

A partir de lo anterior, J-J. Rassial trabajará *El Sujeto en estado límite*, entendido el estado límite como un estado del sujeto a partir de una construcción *sintomática* previa, que lo podría llevar hacia una estructura clínica como la Neurosis, Psicosis o Perversión. Lo característico del estado límite es su condición de estado, en tanto, algo no

¹⁹³ Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario-Argentina: Homo Sapiens, p.261.

¹⁹⁴ Rassial, J-J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 98-99.

constitutivo ni definitorio en la lógica de la estructura; y a su vez, explicita el paso de un lugar a otro, estado inestable por definición; es decir, no es una estructura sino un paso provisional o fijo, pasaje de una estructura primera de carácter infantil a una segunda. Esta construcción a una estructura segunda exige una cuarta cuerda, el *sinthome* como cuarta cuerda que anude los tres registros real-simbólico-imaginario.

La lógica que precede esta posición, es la elaboración que hace Lacan en su seminario *El Sinthome*, donde muestra distintos anudamientos posibles de los tres registros, a propósito de “fallas” en el anudamiento que no constituyen un nudo de propiedades borromeo. En otras palabras, Lacan pone en juego las diversas maneras en que cada sujeto enlaza sus registros real, simbólico e imaginario, lazo que puede estar trastocado con nudos por ejemplo que achatan lo imaginario predominando lo real, sujeto donde no se logra alojar el objeto *a*, nudos donde se desprende lo imaginario del cuerpo (el caso de Joyce para Lacan), etc. Todo lo anterior, da cuenta de distintos fenómenos en la clínica, con la irrupción de goce que implica cada posición.

El *sinthome* vendría a anudar los registros y “reparar” o paliar las fallas existentes; es una construcción, un artificio en el nudo de cada sujeto; pero para Rastier, estas fallas son fallas en términos de un ideal borromeico, que en cada sujeto significan un anudamiento propio.

El estado del sujeto límite, es un estado vacilante, que no logra constituir estabilidad de una estructura y por esto nos encontramos con las manifestaciones clínicas que hemos señalado en otros momentos. Este estado previo, podría dar paso a una

posición más fija a partir de un arreglo sinthomático que lo llevara al devenir de la neurosis, psicosis o perversión.

El estado lo concibe como un modo de ser en el mundo, en tanto es una posición en el tiempo, pero que se caracteriza por que se encuentra en una configuración que no integra la temporalidad, es decir, la totalidad de lo simbólico por un instante, como una fotografía. En este sentido, implica la temporalidad pero en la vertiente deficitaria, por que no la integra en su posición, es un estado detenido, *panne* (aludiendo al término francés de estar parado con una avería del automóvil).

Si bien la temporalidad cobra un estatuto deficitario, se reconoce en la propuesta del *estado límite* un esfuerzo de elaboración y construcción que no supone un déficit, sino una creación peculiar de la subjetividad; no es solo una falla o falta en la construcción del fantasma, sino que busca el reconocimiento de estos estados como algo no comparable con el ideal que reconoce en el nudo borromeo, ideal neurótico.

Así se embarcará en el trabajo de la construcción sinthomática del estado límite, que de alguna manera se apareja en su lectura, al estado fóbico y perverso:

“Si esta modelización tiene algún valor, es el de hacer concebible la proximidad clínica entre el estado límite, el estado fóbico y el estado perverso... estados posibles del sujeto moderno, estados de constitución del *sinthôme*, por cumplir igualmente oficio de nombre-del-padre para allí donde el estado declinante de la función paterna lo hace tambalear”¹⁹⁵.

¹⁹⁵ Ibid, pp.138-139.

Aquí Rassial abre una vía –que trabajaremos en el Capítulo III- respecto al cruce del estado de la civilización y sus efectos en el sujeto posmoderno, en tanto, sería posible concebir una interrelación en la constitución de los estados límites a propósito del entramado cultural actual. Pero esta constitución implica que “estudiar los estados límites acentúa y exige una reflexión sobre la temporalidad. Dicho estado se asocia a momentos de constitución del *sinthôme* equiparables a los de constitución del sujeto, independientemente de la estructura clínica y sobre todo de su expresión sintomática o mórbida”¹⁹⁶.

Por otra parte, para el autor la mera noción de estado límite pone en entredicho los diagnósticos y la clasificación psicopatológica, en tanto, nos muestra dicotomías entre la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis. Sus clasificaciones y cuadros no calzan necesariamente, y a su vez, no logran dar cuenta de lo que acontece en el límite de la constitución subjetiva.

En otras palabras, el *estado límite* interpela nociones clásicas de la estructura y nomenclaturas tradicionales en salud mental. Este estado se mueve precisamente en los límites del sujeto que no responden a una verdad del saber social, verdad de la clasificación, sino al modo propio de anudamiento que cada sujeto soporta en su estructura señalando a propósito de las clasificaciones:

“Habría que inventar una cuarta columna, a menos que reduzcamos el estado límite a una de las tres estructuras (esto es lo que hacen generalmente los lacanianos), que insertemos una cuarta gran estructura –aun si se le llama a-estructura (posición, al parecer, de J.

¹⁹⁶ Ibid, p.141.

Bergeret)- o que decidamos considerar el estado límite como sustituto de la perversión, situándolo en el lugar central de ésta (proposición en definitiva de A. Green).¹⁹⁷”

De esta manera, pensar los estados límites y toda una lógica que se desprende de la elaboración del *sinthôme*, supone reflexionar sobre la construcción del *sinthôme* y de la estructura clínica. Precisamente en el sentido que veíamos en S. Amigo de pasos y momentos lógicos y no etapas progresivas de un todo o nada. Pone énfasis en una clínica de los estados del *sinthôme* que describan momentos lógicos más que cronológicos que contemplen suspensiones, incertidumbre, incluso detención, transitorios o persistentes, en donde una construcción del *sinthôme* puede ser considerada como una serie de operaciones *nombre-del-padre* que determinan las posiciones clínicas.

Rassial utilizará una fórmula más extendida en el uso del *sinthôme* a diferencia de Amigo, que hace un uso más bien discreto. La construcción que estamos hablando supone privilegiar tres momentos para concebir una teoría de los estados límites, cada momento supondrá una elección en el sujeto, elección entre dos opciones que definirá la estructura clínica o su estado:

1. La primera operación podríamos entenderla como una castración primaria, un paso del Otro real al Otro simbólico como efecto de la demanda, es donde el falo aun no genitalizado, no sexual, asemántico, pura diferencia, afecta la lengua antes que al Otro y al sujeto. Conlleva una renuncia a la satisfacción inmediata de la pulsión (podríamos pensar en el primer paso de la construcción fantasmática que propone Amigo) por medio del lenguaje. Esta inscripción del falo es en el inconsciente, la cual o se reprime originariamente o se forcluye. En este punto Rassial entiende una

¹⁹⁷ Ibid, p.151.

elección que posibilita la entrada a la neurosis o la psicosis, podríamos pensar en términos de la presencia o la ausencia del Nombre-del-Padre.

2. La segunda operación, es una castración secundaria en el sentido edípico del Nombre-del-Padre y el falo, en tanto se enlaza la prohibición del incesto con el deseo de asesinato del padre, anudando en definitiva la prohibición con la ley, ley de carácter edípico. Lo que está en juego es el significante fálico genitalizado, en donde Nombre-del-Padre cumple una función distributiva de lugares familiares enunciando una ley a interiorizar como superyó. Acá la renuncia no es de la satisfacción inmediata de la pulsión, sino también anhelos incestuosos y asesinos. En este lugar entra en juego el falo como significante (Φ) y el Nombre-del-Padre anudado a esto como ordenador del campo simbólico. La elección del sujeto será entre neurosis y perversión, en función de aceptar estos pasos a partir de una represión secundaria y tome distancia con el fantasma que organice su deseo y realización, asumiendo o negando someterse a este orden.
3. La tercera operación del Nombre-del-Padre o tercera castración –asociado a lo adolescente en Rasseal- es donde se debe validar o invalidar las dos operaciones anteriores, teniendo que funcionar más allá de la metáfora paterna infantil sostenida por la familia y lo social. Este período incluye incertidumbre narcisista y simbólica, es decir, un tercer momento que supone dar un asentimiento o rechazo a las “decisiones” anteriores. Así “la elección es entonces de confirmación o impugnación de la primera estructuración infantil, en particular edípica, neurosis infantil, psicosis infantil, foboperversión, hacia una estructura adulta que integra a la vez el cuerpo y el Otro en tanto sexuados... precisamente el suspenso de esta operación de validación bajo la forma de una adolescencia interminable es lo que

mejor caracteriza el estado límite¹⁹⁸, pensado como una detención (*panne*) del proceso en la constitución del sujeto. En este lugar podríamos reconocer –aunque en otros términos- lo planteado por S. Amigo a propósito de la castración imaginaria ($-\varphi$), en tanto se trata de refundar a propósito de la irrupción de lo real de la pubertad, lo simbólico del sujeto y lo imaginario de un cuerpo sexualizado de otro modo, en una imagen maltrecha, imagen que explicita todo adolescente disconforme con su cuerpo. Un tercer recorte del objeto *a*, en sus vertientes real, simbólica e imaginaria, integrando un cuerpo sexuado y propio.

Jean-Jacques Rassial hace un énfasis en esta detención al modo adolescente que afectaría el narcisismo y el nombre-del-padre, perdiendo o cuestionando los puntos de referencia existentes hasta ese momento. En este sentido se entiende la detención cuando no opera la confirmación o desmentida de la elección infantil, quedando varado en el límite de un estado de no-elección.

La detención adolescente enfatiza los efectos sobre el narcisismo que son fuertemente minados, en donde la genitalización de la imagen significa afectar en un *après-coup* la constitución narcisística edípica. Podríamos decir que la detención es sobre la constitución de un narcisismo no especular, que tenga el trazo de producción propia que también reconoce Amigo, reescritura del Nombre-del-Padre que anude al sujeto con la cultura:

“El derrumbe de las encarnaciones imaginarias del otro, la descalificación de los padres en cuanto a su posibilidad de cumplir esta función, la disociación entre el nombre-del-padre y una metáfora paterna que sólo lo sostiene provisionalmente en la familia, exigen que la operación primera de inscripción del nombre-del-padre funciones más allá de lo que

¹⁹⁸ Ibid, p.154.

posibilita el apellido para que el sujeto se invente nuevos nombres-del-padre: en nuestras sociedades, y por excelencia, la profesión, que lo inscriban en un nuevo lugar, y arraiga al Otro de una manera completamente distinta”¹⁹⁹.

Ahora bien, Rassial se abre en este punto al cruce en el campo del Otro (lo social por excelencia) de incidencias que podrían afectar esta reconstitución. El paso adolescente en la sociedades contemporáneas supone una apertura del sujeto con lo social más allá de lo familiar nuclear, es el devenir del sujeto confrontado con el Otro social, pero afectado por una nueva sexualidad post latencia. Es un momento clave de confrontación que supone la incidencia de lo social por excelencia:

“Individualmente, puede haber condiciones objetivas capaces de inducir estas fallas: por ejemplo, la distancia entre el nombre-del-padre apuntalado sobre la metáfora paterna en la familia, con el *discurso del padre* que lo acompaña, y por otro lado los nombres-del-padre propuestos por el discurso del amo, de un amo que la ciencia, la economía, la técnica han vuelto –al revés de las religiones- cada vez menos paterno, y que funda el lazo social en el que el adolescente debe participar”²⁰⁰.

Lo anterior se juega para Rassial en la supuesta decadencia del Nombres-del-Padre, un contexto histórico-cultural particular de la civilización actual que supone un quiebre con el estado anterior de la tradición y los ideales que sostenían la cultura, este momento:

“Hace del sujeto en estado límite el prototipo del sujeto moderno, cuando al padre, sostén de la tradición, es decir, de la transmisión, no se le deja más que un valor nostálgico, nostalgia de un padre imaginario. Entonces el sujeto, confrontado con un padre real desvalorizado en el lazo social, sólo mantendrá a este padre vencido por el sacrificio (al padre imaginario) más que por la deuda (padre simbólico)”²⁰¹.

¹⁹⁹ Ibid, pp. 159-160.

²⁰⁰ Ibid, p. 162.

²⁰¹ Ibid, pp. 162-163.

Para Rassial existe una relación fundamental al Otro, en tanto se relaciona con un tipo de encarnaciones del Otro más bien imaginarias; cuando el Otro está bien barrado, es de carácter simbólico. Lo que sí queda claro para Rassial es que la estructura en estos estados es invariante, lo que podría cambiar es el estado del *sinthôme*, en el sentido de lograr un cierto anudamiento más estable y permanente en el sujeto.

Por último, al igual que amigo encuentra una dificultad en lo fantasmático, en tanto en el estado límite pone en entredicho esa construcción, ante esto señala: “he propuesto determinar como $\$ \diamond S(A_{\text{barrada}})$ aquello que, en la modalidad de *sinthôme*, hace las veces de fantasma, es decir, considerar que la relación anaclítica con el Otro vacilante (y no totalitario como en las psicosis) constituye no una consecuencia sino una clave para comprender simultáneamente el fantasma y la transferencia”²⁰². En este sentido, el $S(A_{\text{barrada}})$ se constituye como punto de partida, no es el efecto analítico que supone dar cuenta de la inconsistencia del Otro.

Este último punto, cobra una importancia fundamental a propósito de lo que veremos en el Capítulo III, en tanto las transformaciones sociales sostienen un $S(A_{\text{barrada}})$, otro vacilante de entrada, lo que implica toda una serie de consecuencias clínicas y teóricas.

El proyecto de Rassial sigue la línea de un trabajo reparatorio con los estados límites, buscando una cierta estabilidad. Pero este proceso se verá enmarcado en la modalidad de fantasma que sería diferente a la neurosis, $\$ \diamond S(A_{\text{barrada}})$ supone un trabajo diferente al neurótico en donde se presenta $\$ \diamond a$. Estas diferencias presumen por un lado

²⁰² Ibid, pp. 174-175.

comenzar con Otro desfalleciente, barrado, hecho totalmente opuesto a la neurosis que ofrece su propio objeto *a* para completar al Otro.

Por último, en el marco del *último* Lacan es posible pensar la construcción de nombres-del-padre variados, diseminados, no rígidos, que permitan un espacio de creación subjetiva, una construcción sintomática que anude la estructura. En los casos de psicosis esto se hace más claro, por ejemplo pasar de una escritura delirante a ser un nexo con la realidad cuando esas escritura se convierten en publicaciones con destinatario; la escritura se convierte en un hecho social que lo anuda al Otro.

Siguiendo esta línea de trabajo habría que pensar en el estado límite un arreglo propio que estabilice la estructura. La diferencia con la psicosis para Rastal esta en el punto de detención y los tipos de arreglos posibles, siendo diferentes los anudamientos sonthomáticos de la psicosis que los del estado límite, serán topológicamente hablando, nudos diferentes, por que la detención -como vimos- es en momentos distintos.

5. Consideraciones finales.

Surgen al revisar las propuestas algunas inquietudes y dudas, de las cuales hay que estar advertidos al momento de analizar los trabajos. Lo primero es si estamos hablando de los mismos sujetos, en tanto, el campo que abarca lo *borderline*, permite desde una lectura lacaniana comprender espacios diferentes y sub campos clínicos que por momentos dan la sensación de separar fenómenos. Pero a su vez se corre el peligro de superponer categorías y concepciones, en tanto, se manejan conceptos teóricos diferentes a lo largo de la obra de Lacan. No solo conceptos teóricos diferentes, sino también momentos teóricos y aplicaciones de esos momentos a veces con consecuencias distintas.

Esta especie de captación de cada autor de un espacio en lo *borderline*, da la sensación que no puede ser completamente subdividido, quizás en el esfuerzo de capturar lo real, debido precisamente a la abundante presencia de fenómenos de lo real en la clínica límite, surge la imposibilidad de articular todo sobre lo límite. Este desmembramiento del fenómeno no logra el efecto “puzle”, donde las piezas calzan, pues se resiste a ello; en el sentido de que todas las manifestaciones *borderline* puedan ser explicada y ubicadas en un lugar lógico.

Se constata en todas las posiciones, el surgimiento de un encuentro en la clínica, más que desarrollos teóricos anteriores e independientes (pensando posible eso en términos especulativos). Al parecer confronta al analista con el saber teórico y estructural, el cual debe ser modificado, ampliado o flexibilizado al concebir estos cuadros. Lo anterior, con el contrapunto de los límites estructurales y las herramientas teórico-

conceptuales existentes en Freud y trabajado a lo largo de Lacan en sus distintos tiempos de su enseñanza.

A partir de todo lo señalado, quizás no sea posible una integración de las distintas posturas lacanianas, existiendo contradicciones y usos teóricos en momentos diferentes, pero sí quizás se pueda establecer el marco sobre el cual trabaja cada postura para encontrar puntos de unión y desencuentro.

Para acercarse al fenómeno límite se debe pasar de una concepción discreta de la estructura, en términos de todo o nada del significante, a una concepción compleja, en termino de un serie de pasos no necesariamente causales ni cronológicos que se superponen en la constitución del sujeto. Consecuente con esta postura, se desprende una segunda necesidad, y es acceder a la última enseñanza de Lacan, orientada por el nudo de borromeo, como condición necesaria para ampliar la noción de estructura y llevarla a un campo que permita una flexibilidad conceptual, pero que no carece de rigurosidad. En otras palabras, llevar el análisis a la lógica borromeica, es ampliar los conceptos de Lacan, principalmente al igualar la importancia de los tres registros, con todas las consecuencias que de allí se desprenden.

Aunque pasemos a esta última concepción teórica de Lacan, que insistimos no supone superara las anteriores, no necesariamente lograremos integrar las propuestas de orientación lacaniana. En ciertos puntos convergen, pero en otros son divergentes, por ejemplo la psicosis ordinaria se ubica del lado de la psicosis, los sujetos borde del lado de la neurosis y el estado límite más allá de esta división, como un momento anterior a la confirmación de la estructura clínica.

Lo que podemos reconocer en todos los autores, es el punto de dificultad de los estados límites con la problemática del goce y el deseo. Cada orientación busca dar con una respuesta, desde el desenganche al Otro (psicosis ordinaria), fracaso en la construcción del fantasma (sujeto borde) o el sinthome límite (estado límite), a esta dificultad clínica.

Tanto Amigo como Rassial ven un parecido a la adolescencia, en tanto en los estados límites estaría en juego cierta imposibilidad de confirmar la estructura clínica, dificultad que se concentra en lo imaginario no especular. Es decir, la constitución narcisista que se resuelve en la adolescencia, pero que va más allá de lo imaginario especular, no logra dar una identidad desde la falta, desde la castración en lo imaginario.

En este sentido la lógica propuesta por Amigo $P+\Phi+(-\phi_0)$ contempla un fracaso en la consolidación de la estructura en el campo imaginario no especular y fracaso en la constitución del fantasma. Sigue la misma línea propuesta por Rassial al destacar $\$ \diamond S(A$ barrada) como entrada terapéutica en estos casos y no como salida de análisis de la neurosis, es decir, se contempla una afección directa a las posibilidades de transferencia en análisis.

Los distintos autores evidencian esta dificultad de lo límite en recapturar el goce vía deseo reglado, ese plus de gozar ya normado que ofrece el fantasma. En definitiva nos intentan explicar aquel fenómeno que constatamos en la clínica de esos casos, marcada por manifestaciones de la pulsión, acting, adicciones, intentos de suicidio, etc. Una evidente deficiencia en manifestaciones del deseo, desde las formaciones del inconsciente (sueños, lapsus, síntomas metafóricos), como así también expresiones del

amor (encontramos relaciones de pareja tortuosas, expresiones perversas, etc), todo anclado en una dificultad de instalar una transferencia al modo tradicional que propone la neurosis.

Punto importante es el esfuerzo por dar cuenta de los casos límites desde una lógica interna, no como una mixtura neurosis-psicosis que encontramos en lo borderline. Tanto la psicosis ordinaria que busca explicar desde una nueva concepción de la psicosis; como sujeto borde que ven un tipo de sujeto diferente a la neurosis aunque comparta elementos con esta estructura; como así el estado límite del sinthome como estado diferente a cualquier estructura clínica de la cual podría lograrse una estabilización pero sinthomática.

En este sentido los estados límites y lo borderline no son solo dos maneras de llamar a los casos “difíciles”, sino que implican un lugar epistemológico distinto y una posición clínica diferente. Se diferencian los estados límites de lo borderline al no concebir funcionamientos mixtos como respuesta posible, contemplando una postura clínica solidaria con esa posición. Si bien el esfuerzo de atribuirle un lugar lógico en la teoría a estos estados aún está en desarrollo, se parte de la base de rechazar una postura mixta y buscar la lógica interna que explique el fenómeno.

Por último, los estados límites de la personalidad abogan hacia una lectura de lo social que de cuenta de este fenómeno. Buscan una conexión con cierto estatuto del Otro que implique concebir el sujeto en sincronía con el Otro social y no como elementos tratables por separado. Es otras palabras, pensar esta clínica de borde supone asumir la necesidad de interrogar el estado de la civilización que es coherente con la subjetividad

que evidencia, sus interrupciones y dificultades; pudiendo extraer las consecuencias del modo de estar en la cultura en los distintos momentos de la historia.

Así en definitiva los estados límites de la personalidad expresan aquella tensión social que Freud vislumbraba -aquel malestar-, al constatar los efectos subjetivos en el cambio de relación sujeto-Otro que se propone desde mediados de siglo pasado.

III. TRANSFORMACIONES SOCIALES Y SUBJETIVIDAD.

“Puede ocurrir que a los representantes significantes del sujeto

les resulte cada vez más fácil

ser tomados de la representación imaginaria.

Tenemos signos de esto en nuestra época”

Jacques Lacan, 1971

De un discurso que no fuera del semblante, Seminario 18

1. Introducción.

1.1. Consideraciones iniciales.

El psicoanálisis desde sus orígenes al día de hoy repite en sus efectos de construcción y resignificación, insiste en sus articulaciones al modo del inconsciente, desde la novedad de su producción hasta lo inalterable de su elaboración. Así los conceptos y construcciones teóricas se tensionan a lo largo de la historia del movimiento analítico una y otra vez. No es de esperar menos por lo acontecido en la clínica de fin de siglo y los fenómenos de borde, que se intenta capturar bajo el concepto de lo límite.

En este contexto, surge dentro del psicoanálisis de orientación lacaniana, la pregunta por la relación entre las transformaciones sociales acontecidas en el siglo XX - aceleradas desde la mitad del siglo pasado hasta la actualidad- y la subjetividad. La pregunta es por el modo de comprensión del fenómeno y las posibles consecuencias en el sujeto. Esta interacción sujeto - cultura genera ciertas dificultades añadidas a la hora de realizar un análisis que implique los cambios sociales y la subjetividad, en este sentido, esta revisión deberá cumplir algunas condiciones para ser efectiva.

Por un lado se hace necesario pensar las propuestas y análisis de lo social, desde el propio psicoanálisis considerando los aportes de otros campos del saber tales como la psicología, la sociología, la filosofía, la economía, la política, etc.; pero sosteniendo una mirada psicoanalítica. En otras palabras, se busca pensar los fenómenos sociales desde el propio psicoanálisis, a partir de sus herramientas teóricas, pero integrando otros marcos referenciales, de tal modo que no se desvirtúe o simplifique el fenómeno, ni que implique aplicar conocimientos de otras fuentes que opaquen la lectura psicoanalítica, o más bien, desdibujando el aporte específico de lectura del psicoanálisis.

Además se tendrá que distinguir lo propiamente histórico de lo psíquico, en el sentido que si bien no hay psiquis sin historia, es decir que se construya con y en una historia, no necesariamente los cambios sociales, modificaciones de roles, etc., implican modificaciones subjetivas inconscientes de modo directo. La relación no es causal, ni unidireccional, sino que involucra relaciones más complejas, en la medida de que juegan identificaciones, arreglos pulsionales, dinámicas deseantes, etc.

Por último, se tendrá que distinguir la interacción entre elementos estables de la estructura y las condiciones variables que plantean los cambios sociales, de modo que la descripción de lo social de otras disciplinas que hemos señalado y el propio psicoanálisis puedan integrarse con los elementos inalterables de las estructuras clínicas. Todo cambio social no supone cambios psíquicos directos, sino más bien existe un entramado sujeto – cultura que debemos despejar.

En este último punto se ponen en conflicto concepciones teóricas y clínicas de un modo significativo, en tanto, la pregunta gira en torno a la posibilidad de pensar las

transformaciones sociales y el sujeto en paralelo, pero a su vez con el telón de fondo que aporta el psicoanálisis a propósito de elementos estructurales y sustanciales de la subjetividad como son el complejo de Edipo, las pulsiones, el deseo, los procesos identificatorios, etc. En otras palabras, de que manera es posible establecer una relación entre la subjetividad con todos sus avatares y la cultura en términos de sus modificaciones constantes y permanentes a lo largo de la historia.

1.2. Subjetividad y Posmodernidad.

El psicoanálisis surge en un momento histórico particular. Como señala Lacan, es heredero de la ciencia moderna, pero ampliando este marco, es el resultado de una transformación fundamental de lo social y del modo en que las personas se insertan y desenvuelven en la civilización. En este sentido la modernidad con sus características, promueve un tipo de sujeto que rompe con los cánones del romanticismo y el renacimiento, quiebre sobre el cual Freud a lo largo de su obra develará sus consecuencias.

Podemos agregar que no es solo el quiebre, sino todo los efectos que supone una superposición de tendencias, estilos, cambios en la sociedad que inciden en los individuos como así sus modos de vincularse y estar en el mundo. De esta manera, Freud funda y despliega el psicoanálisis sobre un modo de ser sujeto propuesto por la sociedad, y además muestra los efectos sintomáticos de esta tensión que genera la modernidad; con sus contradicciones, exigencias, como así también los efectos del paso paulatino (o a momentos radicales) de un período histórico a otro.

La modernidad con sus ideales racionales, laicos, su optimismo científico, es una ruptura y discontinuidad, basado en la negación de la tradición en un culto a la novedad. Esta sociedad que cuestionó el fundamento divino, genera un momento histórico en occidente único, promoviendo al individuo por sobre todo en una cultura plagada de contradicciones.

La concepción modernista que favorece una definición del yo a partir de la razón, la opinión estable y la intención, rompe con la concepción romántica del yo que nos hablaba de la pasión, el alma, la creatividad y la moral (Kenneth J. Gergen)²⁰³. Sobre esta tensión precisamente, Freud desplegará su lectura de la subjetividad, sus efectos inconscientes y los síntomas.

Ahora bien, podemos reconocer un vuelco en la sociedad a partir de mediados del siglo XX. Mucho se ha discutido respecto de una “mutación social”, y el quiebre que supone para la sociedad y sus individuos la posmodernidad. No tenemos por objetivo definir en profundidad estos cambios históricos, pero reconocemos la discusión existente sobre este cambio social.

Así, se puede plantear la posmodernidad desde distintas perspectivas, como una extensión de la modernidad o un quiebre con la modernidad. También como la expresión máxima de la modernidad o la expresión de su fracaso. O como un intento fallido de culminar lo moderno, en el sentido de una modernidad inconclusa.

²⁰³ Gergen, K. (2006). *El yo saturado*. Barcelona: Paidós.

El sociólogo Gilles Lypovetsky²⁰⁴ plantea la posmodernidad como una segunda etapa de la modernidad, en un tránsito intermedio hacia la hipermodernidad que viviríamos actualmente. Esta hipermodernidad se constituye como una segunda modernidad, en la cual se lleva al extremo toda la expresión moderna, desde esta perspectiva la condición posmoderna se contempla como una modernidad exacerbada que da paso a esta expresión máxima hipermoderna.

Más allá de esta discusión que nos conduce a un campo conceptualmente rico, pero inabordable para este trabajo, podemos reconocer un vuelco social en el siglo XX que ha nadie deja indiferente. Este quiebre se reconoce en todas las esferas sociales. Si bien, el arte y el psicoanálisis fueron los primeros en percibir este cambio, las transformaciones sociales abordan todos los campos sociales desde la política, la economía, pasando por la escena cultural, científica y educativa.

Para este trabajo llamaremos posmodernidad a ese quiebre social producido a mediados del siglo XX que pone en cuestión la escena moderna, asumiendo y reconociendo el debate existente respecto a la cualidad de este momento histórico.

Fue Jean-François Lyotard²⁰⁵ uno de los primeros autores que reconoció a finales de la década de 1970 un cambio fundamental en la escena social, planteando que si el lazo social se constituye desde los enunciados de los individuos, cabría preguntarse por los efectos en la sociedad, cuando existe un cambio en la legitimación de esos enunciados.

²⁰⁴ Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Editorial Anagrama.

²⁰⁵ Lyotard, J-F. (2008). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.

Desde la antigüedad el mundo se ha sustentado en relatos sobre los que se legitimaba el actuar, mitos, cuentos, andanzas de héroes y dioses, definían el modo de proceder de los individuos. Pero como efecto del progreso de la ciencia, señala Lyotard, se cuestiona este proceder, existiendo en la posmodernidad una incredulidad de estos metarrelatos, grandes relatos que producían la legitimidad.

Podemos agregar que desde fines de 1950 se produce un cambio en el saber, el cual en un despliegue económico transforma la ciencia –hasta ese momento independiente- en una primacía técnica. La pregunta que moviliza al discurso científico ya no es por la verdad, sino por la utilidad.

La posmodernidad definiría esta mutación histórica en el cual el estado pierde su capacidad reguladora, la ciencia pierde su independencia, el individuo se olvida de sus referencias externas remitiéndose cada uno a sí mismo y el saber se comercializa. Se favorece de este modo competencias prácticas, convirtiéndose la ciencia en fuerza productiva transable por el mercado. El saber ya no tiene su fin en sí mismo, sino está subordinado al poder y al capital.

Finalmente para J-F. Lyotard, serán los enunciados *performativos*, enunciados sobre los cuales no se discute su validez, los que imperarán en la escena social. Excluyendo lo metafísico, y favoreciendo un cálculo racional en una función pragmática de saber bajo criterios de eficacia y eficiencia. Todo lo anterior cuestionará fuertemente el vínculo social poniendo en tela de juicio el modo de enlazar a los sujetos.

A partir de lo presentado, podemos pensar en los efectos subjetivos de este nuevo modo de proceder. Los referentes externos se cuestionan, la verdad cae sobre el sujeto, pues lo que se busca es la utilidad.

Siguiendo esta línea, pero dando otra mirada, G. Lipovetsky²⁰⁶ plantea que esta mutación social es una nueva fase de la historia del individuo moderno desde la segunda mitad del siglo XX. La cual estará marcada por los efectos de la segunda guerra mundial donde comienza un proceso creciente de personalización único en la historia. Este proceso se convierte en una mutación sociológica global para el mundo occidental.

Si la modernidad promueve el asenso del individuo con sus metas racionales, la posmodernidad llevará hacia un nuevo estado individual, marcado por el hedonismo y el narcisismo, en un contexto de vacío interior. Este proceso de personalización, piensa Lipovetsky, rompe con la fase inaugural de las sociedades modernas, llevando a un estado de vacío, apatía y desencanto en la subjetividad, solo movilizado por intereses individuales. Es el “surgimiento del individuo puro, narciso en busca de sí mismo”²⁰⁷.

Este individuo hedonista se despliega en un contexto social donde los grandes ideales, las instituciones, las exigencias y normas, el conflicto de clase y el conflicto psíquico, las ideologías y la religión; ceden paso a un mundo desencantado, *cool*, individualista, pluralizado, con un consumo desmedido, en una debilidad de normas autoritarias, comenzando a configurar un nuevo individuo (Lipovetsky).

²⁰⁶ Lipovetsky, G. (2008). *La era del vacío*. Barcelona: Editorial Anagrama.

²⁰⁷ Ibid, p.47.

Este individuo narcisista, hedonista que busca su propia realización desconectado del otro, o solo conectado con fines utilitarios para su bienestar, es el prototipo de la posmodernidad; donde ya ni la tradición ni el futuro son importantes. Es el triunfo del *aquí* y *ahora*, la satisfacción inmediata, el logro personal, la deserción de los valores en una ética de bolsillo. Como señala Lipovetsky, Dios ha muerto como lo decía Nietzsche, pero a nadie le importa un bledo. Es la coronación del individuo aislado, vacilante, vacío y reciclable.

Esta descripción general por supuesto no agota la subjetividad posmoderna, ni tampoco supone un quiebre absoluto ni la desaparición radical de otra expresión subjetiva. Da cuenta de un nuevo modo de estar en lo social que rompe con la postura modernista, llevándola quizás a sus últimas consecuencias. Se podría pensar que en la modernidad misma estaban sentadas las bases para su expresión posmoderna.

En este contexto debemos poder pensar el despliegue posible del sujeto con estos nuevos ejes, ¿cuáles serán las condiciones de posibilidad para su desarrollo?, ¿Cuáles serán los efectos de esta tensión modernidad – posmodernidad?, si Freud muestra la tensión romanticismo – modernidad ¿qué podemos esperar de esta nueva tensión modernidad – posmodernidad?.

En estos términos debemos suponer que los efectos de estas tensiones serán diferentes, en tanto la posmodernidad se presenta como quiebre y prolongación de la propia modernidad, en una explotación extremista de los postulados modernos, según Lipovetsky, con una hipertrofia y negación de cualquier orden estable.

Para el psicólogo social Kenneth Gergen²⁰⁸ la concepción posmoderna rompe con la concepción moderna y romántica, preparando la modernidad el camino para esta ruptura. La posmodernidad ofrece una multiplicidad de lenguajes al yo incoherentes entre sí, donde el sí mismo o yo verdadero no logra encontrarse. Gergen contempla posible esta coherencia e identidad -a diferencia de Lacan-, y reconoce en la posmodernidad una ruptura radical con la realidad romántica y la moderna. No es una continuidad, sino algo diferente a nivel del yo.

En este contexto el yo se fragmenta debido a las tecnologías de saturación social. Inventos de la técnica que exigen al yo toda una serie de despliegues múltiples, a momentos inabordables, pasando desde el teléfono hasta la era Internet, chat, redes sociales, etc. Estas tecnologías de saturación social colapsan la conciencia de sí construida desde el romanticismo y consolidada en la modernidad, proponiendo al individuo una oferta demasiado amplia de identidades, contactos y referentes.

En este sentido, la subjetividad que se desarrolla en la posmodernidad es como ninguna otra, síntoma de su propia era, es efecto residual de un nuevo modo de estar en sociedad. De advenir como un individuo por excelencia, capaz de todo, de lo ilimitado, desligado por completo de la tradición.

Pero como bien nos muestra el sociólogo Alain Ehrenberg²⁰⁹ la asunción de un nuevo individuo no será completa ni sin consecuencias. ¿Estas consecuencias son los estados límite?, ¿Es el borderline su expresión?. No debemos caer en homologar una descripción sociológica del individuo y su sociedad, con una manifestación psíquica de

²⁰⁸ Gergen, K. (2006). *El yo saturado*. Barcelona: Paidós.

²⁰⁹ Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

tensiones inconscientes, pulsiones y deseos. Pero tampoco podemos pretender desprender al sujeto y sus vicisitudes del estado actual de la civilización.

Para Lacan no hay sujeto sin Otro, entendiendo Otro como lugar vacío, lugar tercero donde se aloja la verdad o lugar de lo simbólico; pero también y sobre todo diríamos Otro como encarnación, como sujeto encarnando esa alteridad, mamá, papá, hermanos, profesor, juez, pareja, etc. La subjetividad se construye en función de esa encarnación de lo social en figuras, en un contexto y en un momento. En este sentido, la relación sujeto / Otro está interconectada, hacen uno.

Así esta descripción de la condición posmoderna tendrá efectos en el sujeto actual. Para muchos autores (Lipovetsky, Ehrenberg, Amigo, entre otros) la sintomatología extrema de lo límite refleja esa condición, es más, sería el síntoma del fracaso de la subjetividad propuesta por la posmodernidad, el fracaso del sujeto dueño de sí mismo. La sociología nos muestra un individuo que llega a fin de siglo agotado, débil, deprimido, alcoholizado, adicto a sustancias legales (medicamentos) e ilegales (tóxicos de todo tipo).

Al parecer tanta libertad no trajo consigo la realización del ser. En esta línea Ehrenberg utiliza la depresión como prisma para leer las transformaciones sociales del siglo XX y observa cómo esta enfermedad colma los diagnósticos de salud mental desde mediados del siglo pasado. Transforma desde el ejercicio de la psiquiatría, hasta las propias autodescripciones que las personas hacen de sí a partir de “ser depresivo”.

Si la presencia de lo psíquico -es decir esa concepción de interioridad con un sujeto que se piensa a sí mismo razonando- es algo característico de la modernidad;

Ehrenberg observa una declinación sistemática de este espacio en la subjetividad posmoderna. Esta reducción se ve reflejada en la depresión y las adicciones (dos caras de un mismo malestar) que nos muestra un sujeto vaciado del conflicto y llenado por drogas (antidepresivos, ansiolíticos, alcohol, cocaína, heroína, etc.). La depresión como la adicción, son “manifestaciones de una dificultad simbólica con las nociones de ley y de conflicto”²¹⁰, es la dificultad de ser uno mismo.

La posmodernidad promueve la asunción del individuo a su máxima expresión, como señalábamos, existiendo un empuje a ser uno mismo (Ehrenberg), a realizarse individualmente, estando la sociedad al servicio de este objetivo, y prestando las condiciones para aquello. Pero paradójicamente, la respuesta del sujeto es el agotamiento, depresión, la angustia flotante, reflejando ese sujeto insuficiente para llegar a la meta propuesta.

En este sentido la primera mitad del siglo XX es el fin del auge moderno. Se promovía la liberación y la iniciativa individual, pero en la segunda mitad nos encontramos con la inseguridad identitaria y la impotencia para actuar (Ehrenberg), es el vacío depresivo y la adicción como respuesta. En 1800 la patología se movía en el polo locura-delirio, en 1900 el tema era la culpabilidad, en el año 2000 son la responsabilidad del individuo franqueando la ley de los padres y los sistemas de obediencia tradicional de reglas exteriores, “la depresión y la adicción son como el anverso y el reverso del individuo soberano, del hombre que cree ser el autor de su propia vida mientras sigue siendo *el sujeto en el doble sentido del término: el actor y el paciente*”²¹¹.

²¹⁰ Ibid, p.18.

²¹¹ Ibid, p.273.

El contexto para este despliegue, es la mutación social que se tiende a partir de mediados del siglo XX, donde la prohibición cede su lugar a la iniciativa individual y se busca la responsabilidad de este individuo, existiendo como efecto una sensación de insuficiencia más que de falta, es el individuo soberano. Si nada está prohibido nada es realmente legítimo.

Las múltiples referencias con que se encuentran las personas en la posmodernidad (Gergen, Ehrenberg, Lyotard) como resultado de la caída de los grandes referentes, movilizan al sujeto hacia una búsqueda interior, referencia en sí mismo, teniendo como resultado este narcisismo hedonista que describe Lipovetsky.

El equilibrio posible entre lo permitido y lo prohibido, declina dice Ehrenberg, como efecto de los cambios sociales posmodernos, poniendo la tensión de lo posible e imposible en primer lugar. Esta posición conlleva una serie de dificultades, ya que si la norma pierde su lugar y ya no funda la culpa que señalaba Freud, ¿con qué nos encontramos en la subjetividad de fines del siglo pasado y comienzos de este?.

En definitiva lo que muestran estos autores, son cambios profundos en el modo de vincularse socialmente y los efectos en sujetos que devienen más individuos que nunca, individuos en el sentido de suprimir la división subjetiva de la palabra, el deseo y lo inconsciente.

El vuelco modernidad – posmodernidad genera un contexto para la proliferación de identidades como no había ocurrido anteriormente en occidente, y una serie de

características desde lo psicopatológico hasta lo fenomenológico muy distintas de lo visto a finales del siglo XIX comienzos del siglo XX.

Esta descripción que ofrece la sociología, pero también la filosofía y la política (entre otras) deberíamos poder filtrarla desde el prisma del psicoanálisis y ver que nos ofrece esta lectura. Los estados límites al parecer dan luces de este fenómeno, podemos suponer una conexión, pero no estamos autorizados para hacer una homologación que elimine una u otra propuesta.

1.3. Enlace sujeto-cultura: interrogante abierta.

En este Capítulo revisaremos distintas posturas al interior del psicoanálisis y ofreceremos una lectura psicoanalítica de esta descripción general que hemos hecho de la condición posmoderna, llevando la problemática al campo de lo psíquico. Algunas preguntas orientaran este recorrido, preguntas que surgen luego de ver lo propuesto por las orientaciones lacanianas de los estados límites en el Capítulo II y por el contexto descrito en la posmodernidad que hemos introducido.

¿Cómo leeríamos desde el psicoanálisis y la teoría laciana en especial el estado actual de la civilización?, ¿Qué consecuencias podría llevar esta lectura sobre sujeto?. ¿Cuál es el punto de partida para esta lectura psicoanalítica y hasta dónde nos responde este comienzo?.

Sobre este punto podemos adelantar que Freud realiza una propuesta en el “Malestar en la Cultura” en el cual la cultura coarta la satisfacción a los individuos como modo de sostener el lazo social. Pero al parecer esta posición no alcanza para explicar

los fenómenos observados a finales del siglo XX con los estados límites y la descripción de la subjetividad que hemos hecho.

Este último punto, generará dudas en tanto la posición freudiana fomenta un sujeto de la renuncia y del deseo, pero la condición posmoderna fomentaría un sujeto de la pulsión. Lo que plantea Lipovetsky²¹² como una cultura que incita a la satisfacción inmediata en todos los niveles, un consumo impaciente sin renunciar a nada, es “la cultura del todo ya que sacraliza el goce sin prohibiciones”²¹³. Es la sociedad hipermoderna, como sociedad del consumo bajo el signo del exceso en todos sus niveles (técnica, economía, salud, etc.); esta tercera etapa de la modernidad, luego de pasar por la posmodernidad, donde los elementos funcionan en una lógica desregulada y desinstitucionalizada.

¿Cuál es el rol de esos cambios sociales, económicos, políticos, en la subjetividad?, ¿El cambio de roles supone cambios psíquicos profundos?.

Un eje que atraviesa toda la discusión es la declinación del nombre del padre como efecto y representante de esta desregulación que ofrece la posmodernidad; tendremos que hacer una lectura crítica que no reduzca el fenómeno, sino que logre englobar la problemática para dar cuenta de ella con mayor claridad.

En este sentido una pregunta que puede quedar abierta en este Capítulo dada la complejidad que supone, ¿Cuál sería esa relación sujeto – Otro en este contexto?, o

²¹² Lipovetsky, G. (2008). *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Editorial Anagrama.

²¹³ Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Editorial Anagrama, p.65.

dicho de otro modo, ¿Cómo entender la relación entre las transformaciones sociales y la subjetividad? y ¿de qué modo se articulan esos dos polos?.

Por último se plantea que las transformaciones sociales favorecerían una vertiente de goce más que una vía del deseo, ¿cómo comprender un uso del objeto que sea solo una vuelta más del uso neurótico del objeto, en tanto este intenta taponear la castración con el objeto?, ¿cómo sería ese objeto del goce y no del deseo?.

2. Un punto de partida: Freud y el malestar en la cultura.

Pensar en la relación existente entre el sujeto y la cultura en psicoanálisis, supone necesariamente remitirse lo presentado por Sigmund Freud²¹⁴ en 1930, a través del texto -por excelencia- que articula el vínculo posible de un sujeto con la cultura. Este intercambio supone y necesita dolorosas abnegaciones y limitaciones del individuo en pro de lo social.

Supone un sacrificio, un impuesto a pagar para entrar en el lazo social, todo sujeto deberá entonces pagar, paga con su cuerpo que es lo que posee. Si bien Lacan nos muestra el costo a nivel de la palabra y el significante (entrar en la cultura implica una pérdida significativa en relación con la cosa), Freud nos plantea que el tributo es un tributo de satisfacción pulsional (de goce en términos de Lacan).

El sujeto tendrá que ceder su satisfacción en beneficio de un lazo común, entrega no menos dolorosa en términos de generar síntomas por un lado y un malestar general que se reconoce en el devenir de la civilización; malestar provocado por este antagonismo irremediable entre la pulsión que exige y la cultura que restringe.

Este es el punto de partida que señala Freud, para pensar el vínculo social, su entramado y el devenir de la cultura, que siempre es un por-venir en tanto el vínculo no está asegurado de antemano, sino que es efecto o resultado del intercambio entre sujeto y cultura.

²¹⁴ Freud, S. (1930 [1929]). *El malestar en la cultura*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud señala que “la sociedad culta se encuentra bajo una permanente amenaza de disolución”²¹⁵, prueba de aquello son las numerosas y constantes fracturas históricas que ponen a prueba la civilización y que se agudizan en el siglo pasado. Guerras y conflictos armados entre naciones; segregación de razas y etnias; luchas sin cuartel en pro de una creencia o fe; numerosos fenómenos de aislamiento subjetivo con síntomas que hablan de una desinserción social (toxicomanías, violencia de género, etc), encrudecimiento de ideologías extremas de tipo religiosa, ecológica, xenóforas; segregación producto de delincuencia, entre otros.

Todos estos fenómenos nos dan a entender una pulsión que la cultura no logra contener, con esto no queremos sumarnos al discurso apocalíptico que habla de “lo mal que está el mundo”. Sino más bien evidenciar que estas manifestaciones de uno u otro modo se agudizan en el siglo pasado y se evidencian de manera notable, apoyados por medios de comunicación que favorecen el intercambio, pero que no garantizan de ningún modo un punto de anclaje común.

En otras palabras, no nos sumamos a una reflexión rápida que habla de la “carencia” de lo social en una comparación con un ideal pasado que se presenta como perfecto, en tanto, la represión actuó y hundió los puntos débiles, sino que ponemos de manifiesto lo que se vislumbra con esta fenomenología descriptiva de lo social. En definitiva el vínculo no está garantizado y existe una tensión permanente que lo pone a prueba, esta tensión surge –dice Freud- por la renuncia pulsional que impone la cultura y afecta el devenir.

²¹⁵ Ibid, p.109.

Cuando intentamos indagar desde el psicoanálisis la relación sujeto-cultura, lo hacemos pensando en un lazo continuo de dependencia y determinación conjunta -ya que no podemos pensar el sujeto sin la cultura y una cultura sin sujetos-. Esta posición supone estudiar los fenómenos sociales que podrían describir otras disciplinas como la sociología, la filosofía, e interpretarlos de un modo que incluya la concepción de sujeto que contempla el psicoanálisis.

Como señala José Miguel Marinas el sujeto psicoanalítico de lo inconsciente, no es el sujeto de las ciencias sociales o el sujeto civil y se distingue “en su radical diferencia y en su articulación”²¹⁶, este sujeto psicoanalítico incluye una constitución desde el vacío, una ética del deseo y una experiencia de satisfacción de la pulsión entre otras cosas.

Ahora bien, esta diferencia no alude a un sujeto aislado de lo social -*casi puro*-, sino precisamente como nos dice Marinas “el psicoanálisis [y su sujeto agregaríamos] nace y se desarrolla en contexto (es decir tejido con) esas formas, que inseparables de él pero que no se confunde con ellas. Distintos y unidos como el bordado y el tejido que lo soporta”²¹⁷. Existe así un entramado sujeto y cultura, que en puntos se diferencian pero en otros se funden, leer este encuentro supone un esfuerzo de reconocer cruces en la trama, vislumbrar el bastidor, y puntuar las intersecciones de encuentro y desencuentro del sujeto en/con la cultura.

Este es el atrevimiento en el que se embarca Freud en 1930 cuando lee el choque del sujeto con la cultura y extrae sus consecuencias. Así podríamos hablar también de un sujeto promovido por el estado de la civilización, en tanto, el entramado señala algunas

²¹⁶ Marinas, J. A. (Coord..) (2008). *Lo político y el psicoanálisis. El reverso del vínculo*. Madrid: Biblioteca Nueva, p.14.

²¹⁷ *Ibid*, p.13.

directrices desde la cual se despliega la subjetividad. Como bien señala Marinas²¹⁸, la *psyche* está tejida con la polis, con redes y vínculos sociales de carácter predominantemente inconsciente. Es decir, pensar la subjetividad es pensar al sujeto en el encuentro con su civilización, con su polis, con la política, pero enmarcado en cierta manera a un momento histórico, en una confluencia de circunstancias, hechos y vivencias que marcan el devenir.

Así la entrada del sujeto en la cultura (a un discurso, a una palabra) es siempre mediada por otro, madre, padre, sociedad, etc, los cuales imprimen de manera contingente este acceso. Todo lo anterior contextualiza este encuentro sujeto y cultura a la luz de las características de la subjetividad que hemos descrito en la introducción de este capítulo definido como sujeto posmoderno.

En estos términos se hace imprescindible contrastar "*El malestar en la cultura*"²¹⁹, ver el entramado propuesto por Freud y cómo entiende este cruce, ya que sin lugar a dudas define y delimita la comprensión que tiene el psicoanálisis sobre esta problemática.

Como señalábamos, la tesis fundamental de Freud es que la cultura restringe la satisfacción pulsional de cada individuo, en tanto, la pulsión exige una satisfacción a partir de un empuje constante que son teñidos por deseos de agresión (pulsión de muerte) que comandan este movimiento. En estos términos el otro, el semejante, cobra un carácter de objeto pulsional para el sujeto por lo tanto esa hostilidad debe ser regulada. Es en función de esta dificultad, que la ley entra en juego, al limitar el goce del sujeto a favor de un deseo regulado.

²¹⁸ Marinas, J. A. (2004). *La ciudad y la esfinge*. Madrid: Editorial Síntesis.

²¹⁹ Freud, S. (1930 [1929]). *El malestar en la cultura*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.

Para esta descripción Freud está usando el modelo de la neurosis y desde allí comprende el lazo social, en el cual el síntoma es efecto de la regulación y uno de los destinos de la pulsión debido a su insatisfacción. El síntoma como retorno de lo reprimido le permite por una vía de desalojo y sustitución una satisfacción a la pulsión, retorno por un lado del deseo reprimido y satisfacción por el otro de esa pulsión de muerte.

Un segundo destino predilecto sería el *superyó*, instancia sobre el cual recae aquella introyección de la pulsión que se inhibe y subroga a lo social a partir de una conciencia moral y conciencia de culpa, en definitiva una introyección de la agresión que recae en la instancia psíquica *superyó*. De allí que al deseo reprimido ya no se pueda escapar, la pulsión es introyectada y los deseos de aniquilación y dominio no se pueden ocultar al *superyó*, quien es omnipresente para el sujeto.

Es importante destacar que se pueden reconocer dos vertientes en el *superyó* (vertientes desarrolladas por Lacan más claramente), por un lado está este *superyó* pulsional que exige más y más renunciaciones siendo alimentado por esa pulsión y que crece dice Freud, en la medida que más renunciaciones acontecen (ejemplificado por el carácter punitivo de personalidades “beatas”), y sobre el cual recae el castigo en forma de sentimiento de culpa. Por otro lado encontramos la vertiente de prohibición que comanda el *superyó* con la introyección de la ley (heredero del complejo de Edipo), ley en consonancia con el deseo. Observemos que si esta última vertiente de prohibición dice lo que no debes hacer, alude a una falta del ser, la otra vertiente ofrece una consistencia del ser, ser de goce diríamos y no del significante, diferencias que nos serán útiles al momento de discutir lo que ocurre en los estados límites.

En definitiva Freud ubica dos efectos de reprimir la pulsión, por un lado el síntoma que cuenta con un componente de la libido y otra cara del *Tánatos*; y por otro lado el sentimiento de culpa de carácter más punitivo que capta la pulsión agresiva.

Así la búsqueda del sujeto de la felicidad entendida como la satisfacción de la pulsión, deberá ser regulada, se confronta por un lado con el principio de realidad y por otro la cultura en pro del lazo social. En este sentido, el perfil más pulsional, de empuje de satisfacción es concebido como proveniente de la *pulsión de muerte*, la cual supone un efecto de corte en las representaciones, de desligar, no la unión que genera vínculo.

Pero sabemos que no existen pulsiones puras, en la expresión de la pulsión se entremezclan para Freud, tanto pulsión de vida (deseo) como pulsión de muerte, por lo que no es tan fácil regular la pulsión de muerte, de una expresión de amor al odio existe un límite ambiguo, la búsqueda es ese equilibrio entre satisfacción y cultura, equilibrio que Freud describe como tarea fundamental de la humanidad. El contexto que presenta Freud es de una cultura que promueve la insatisfacción de las poderosas pulsiones, en una lógica donde la ley regula el deseo y la subjetividad.

La pregunta que surge desde este contexto, es si la lógica propuesta por Freud alcanza para entender la subjetividad posmoderna, y si a su vez permite dar cuenta de fenómeno de los estados límite; de algún modo contempla la subjetividad por vía del deseo y limitando el goce.

Subjetividad –insistimos- desde un punto de vista neurótico, el cual se entiende como una respuesta a la limitación presentada por la cultura, la neurosis como síntoma o

efecto de este sacrificio. En esta lógica se debe regular el principio de placer, ya que no se puede satisfacer todo, la salida propuesta por Freud es la neurosis, en tanto refugio en una satisfacción sustitutiva en el síntoma.

Ahora bien, ¿qué pasa si la cultura promueve la satisfacción de las pulsiones?. Esto es un tanto paradójico, casi excluyente desde el modelo propuesto por Freud, pero abre interrogantes que serán abordadas por algunos autores. El punto para Freud es la cohesión por un ideal común de renuncia individual, en función de ganar seguridad en el lazo social y el desarrollo de la cultura; en este contexto la ciencia y la técnica se ponen del lado del sujeto (otorgándole dominio sobre la naturaleza por ejemplo), pero Freud reconoce en este uso una deriva hacia la omnipotencia, tendencia que puede dislocar el propio vínculo.

En Freud el ideal consolida el vínculo, la ley ordena el deseo, por tanto, el trabajo analítico está en la vía de destrabar ese deseo reprimido que sigue estando en consonancia con la ley cultural, es heredero del Nombre-del-Padre.

Leyendo la descripción del fenómeno límite presentado en los Capítulos I y II, junto con la presentación del sujeto posmoderno, la pregunta que surge es si este modelo propuesto por Freud alcanza para entender y vislumbrar el fenómeno. O mejor dicho, si esta propuesta agota todas las posibilidades, o por otra parte, tendremos que desarrollar nuevas ideas para su comprensión.

Para ampliar la mirada, será necesario revisar otros autores que tomando como base los planteamientos freudianos, avancen a otras tensiones y otras concepciones

puestas en juego a propósito de la subjetividad en la posmodernidad. En tanto, una conclusión fundamental se obtiene de la propuesta de Freud y es que existe una tensión constitutiva del encuentro entre sujeto y cultura y como lo señala Marinas “los vínculos son ante todo sintomáticos”²²⁰.

Así al interrogar el deseo y el vínculo aparecen formas de desvinculación, fracturas inherentes y es sobre éste entramado donde debemos ir a interrogar el encuentro sujeto y cultura. Ahora bien, como señala Carlos Gómez, estas renunciaciones y sacrificios forman parte de todo proceso social, son conflictos de carácter necesarios, no se puede pensar una integración equilibrada y sin consecuencias, pero es precisamente este intercambio lo que constituye su esencia, no es un resto a evitar o eliminar, sino que es el material particular de un sujeto:

“La historia de cada individuo está hecha de renunciaciones dolorosas, jalona de objetos perdidos, de forma que los conflictos no son un accidente, una contingencia que una pedagogía mejor o una sociedad mejor pudieran por entero evitar, sino conflictos *necesarios*, cuyos jirones acompañan el desarrollo del yo”²²¹.

²²⁰ Marinas, J. A. (Coord..) (2008). *Lo político y el psicoanálisis. El reverso del vínculo*. Madrid: Biblioteca Nueva, p.26.

²²¹ *Ibid*, pp.46-47.

3. Cuando el Otro no existe.

3.1. Las inconsistencias del Otro.

La pregunta que orienta el trabajo de Jacques-Alain Miller y Eric Laurent en el seminario conjunto publicado bajo el título *“El Otro que no existe y sus comités de ética”*, es por lo que pasa cuando el Otro no existe, constatando en lo social este hecho, cuando el estado actual de la civilización es que el Otro no existe, A barrada. Es decir, estado social en que la garantía del Otro está puesta en duda, la consistencia de este referente se diluye y vemos los efectos en la civilización.

La respuesta son los comités de ética, comités locales de deliberación, que son encuentros fortuitos para definir el qué y el cómo de lo social. Se intenta buscar una orientación en lo local, es la lógica de la resolución en todos los campos, lógica de las comisiones y los debates internos, que sería una respuesta ante la caída de las grandes directrices sociales que orientaban la cultura.

Lo que se propone es una razón opuesta, de mucha deliberación particular que no aunaría a los grandes grupos. Lo anterior se define por el matema $a > I$, es decir, ante la ausencia del ideal, ideal freudiano que unifica, queda el goce local, objeto a pulsional, el goce de cada uno.

Si concebimos como punto de la concepción freudiana donde el ideal (paterno de preferencia) unifica lo social y ordena la subjetividad, lo que se cuestiona es el momento histórico donde esos ideales caen y el sujeto se resguarda en su propio goce, desligado – en algún sentido- del lazo social.

El reino del *Nombre-de-Padre* implica que el Otro existe, es el momento en que el significante del Otro existe, la época freudiana. Es el momento de los grandes referentes políticos por ejemplo, de los grandes líderes a seguir, o bloques por los cuales se orientaba el mundo, o decisiones jurídicas que intercedían y definían el actuar de los ciudadanos en un engranaje con la moral religiosa. Las directrices eclesiásticas que regían y limitaban el modo de convivencia de la comunidad, definían los significantes amo que ofrecía el Otro social y ordenaban la subjetividad.

Esta situación estalla para Lacan con su presentación de *los nombres-del-padre*, que pluraliza el *Nombre-del-Padre* y abre el debate por el lugar de la referencia. Se ubica de algún modo el saber consciente o inconsciente de que el Otro es un semblante; cuestiona ese lugar casi omnipotente del saber del Otro y lo reduce a una particularidad y peculiaridad de cada sujeto en su encuentro contingente con el Otro. Lo ejemplifica muy bien Erhenberg al señalar que “a la conformidad de una norma única, la sustituye progresivamente una pluralización de los valores y una heterogenización de los modos de vida”²²². Así la posmodernidad va labrando un nuevo modo de estar en sociedad, es la crisis de confianza a los ideales políticos que también refiere Lypovetsky.

Este mundo de los semblantes es el mundo de La Ciencia, del discurso científico el cual de algún modo fija a la civilización y le intenta dar las directrices del proceder; intenta establecer el real y de algún modo lo logra en el sentido de definir elementos de lo real (ejemplo la clonación). En este sentido, se está pensando una cierta modificación de lo social, siendo la ciencia el discurso que pasará a orientar el proceder del sujeto, discurso

²²² Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. B. A.: Nueva Visión, p.133.

que –como veremos más adelante- cumple con características que definen un modo de hacer con el lazo social.

Ahora bien, por el psicoanálisis sabemos que el real de la ciencia no es el real del psicoanálisis, en tanto, para la ciencia el real es alcanzable con sus medios y es posible acceder a él de manera total. En otras palabras, dentro del discurso de la ciencia existe la promesa de que ese real será alcanzado, esto a su vez es una imposibilidad estructural para el psicoanálisis. A partir de Lacan, lo real se presenta como inaprensible por lo simbólico, es decir, lo real para el psicoanálisis se constituye desde esa imposibilidad, desde un lugar no totalizable, las palabras nunca podrán dar cuenta de todo ese real.

Volviendo a los comités de ética, son las guías de vida ante las dificultades establecidas por la caída de los ideales. Llevan a la par o de manera conjunta con una pérdida de confianza en los significantes amo y en algún sentido una nostalgia por los grandes designios, el pasado esplendoroso, ese tiempo en que las cosas sí funcionaban, *ese todo tiempo pasado fue mejor*.

Con la caída del Otro del ideal, queda sólo el Otro del imperativo, ante una guía que oriente el movimiento del sujeto en la cultura, solamente queda el imperativo superyoico que plantea Jacques Lacan en *Aun*²²³, de ¡Goza!. En ese momento Lacan destaca la otra cara del *superyó* que es un mandato de goce, opuesto a la cara más conciliadora de la prohibición.

²²³ Lacan, J. (2008). *El seminario 20: Aun, (1972-1973)*. Buenos Aires: Paidós.

El ideal superyoico moviliza al sujeto en términos de una ley, una prohibición, dice *no debes*, por su parte el imperativo superyoico cae en el sujeto cuando no hay ley, solo se produce un empuje del ser al goce, no una deliberación de la posición del sujeto como efecto de la interdicción. Esto por supuesto traerá aparejado un síntoma en lo social, un sujeto posmoderno con ciertas características, como señala Lipovetsky²²⁴ que busca un consumo impaciente y una satisfacción sin postergación.

Podríamos reconocer un paralelo entre el monoteísmo y el Nombre-del-Padre, en tanto “el monoteísmo hace existir al Otro, ya que, si hay el Nombre del Padre, como indica Lacan en algún lado, es *según la tradición*. Si hoy algo del Otro falta, cabe recordar los cultos de la Gran Madre y de la multiplicidad de dioses”²²⁵, ante esto surgen éticas locales, dioses locales, goces locales. En otras palabras, se refiere a una ética para la ocasión, una ética de “bolsillo”, a la cual se acude de modo particular en cada momento, pero la cual empuja al goce de cada uno, cada sujeto obtiene su satisfacción (drogas legales, drogas ilegales, adicción al trabajo, al deporte, etc.) cada sujeto impone su propia “ley”, o mejor dicho cada sujeto impone su tradición sin La Ley. Se constituye así una ética mínima, sin obligación ni sanción, como eje ordenador de las sociedades posmodernas (Lipovetsky²²⁶).

En este campo se abre el problema de la subjetividad femenina, como “la” cuestión del sujeto contemporáneo, el lugar de la mujer en lo social y quizás una posición femenina de la cultura. En tanto, el goce femenino como goce Otro, como plus de goce de la castración, en el sentido de un goce más allá de la castración como lo propone Lacan en sus formulas de la sexuación a propósito de la posición femenina. El lugar de la mujer

²²⁴ Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Editorial Anagrama.

²²⁵ Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós, p26.

²²⁶ Lipovetsky, G. (2008). *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Editorial Anagrama.

nombra un punto de revolución y tensión de manera muy significativa a partir de la década de 1970. “En los años cincuenta era más fácil pensar el discurso del Otro y el discurso Universal unificados, como cierta totalización, aunque solo fuera potencial”²²⁷, pero estalla el discurso universal en contradicciones sociales y políticas.

Esta situación se ve fuertemente resaltada a partir de la caída del bloque soviético, fin de la guerra fría y triunfo del eje capitalista, en el sentido de cambios político-históricos luego de casi medio siglo marcado por bloques fuertes de poder. En un contexto de grandes gobernantes y luchas mundiales por el control, en el contexto de sociedades fuertemente dominadas o identificadas a esos ideales, posición que podríamos homologar al Otro consistente, Otro completo que cuenta con un saber para el sujeto, el cual le ofrece un referente completo que define su devenir. Es evidente por ejemplo en la lucha entre el bloque comunista / capitalista lo que podía significar para un sujeto estar de un lado o de otro en el muro de Berlín en las décadas 1960-1970.

El campo del Otro en Lacan tiene una doble acepción, por un lado refiere al lugar vacío, lugar tercero, campo de lo simbólico; y por otro lado nos habla de las encarnaciones que cobra ese lugar, en otro encarnado en sujetos. Estos sujetos pueden ser representados desde la idealización, punto de partida que nos muestra el neurótico, que ofrece otro completo. Es el padre todopoderoso para la neurosis que causa el padecer y sobre el cual caen todas las miradas que explican el sufrimiento.

Pero también está el Otro encarnado en su falta, el otro deseante, carente, sobre el cual en la neurosis se intenta taponear para no mostrar el agujero que alude al deseo. La

²²⁷ Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós, p.33.

salida de análisis en la neurosis nos confronta con este estatuto del Otro, $A_{barrada}$, Otro insuficiente cuando se desprende de la idealización.

Entonces para Lacan existen los dos estatutos del Otro, el **A** del sujeto supuesto saber, el Otro completo o supuesto de un saber total, y el $A_{barrada}$ deseante que está en falta o que carece de existencia. Estos dos estatutos en definitiva son un movimiento de la relación del sujeto con el Otro, podríamos decir atribuciones que hace el sujeto sobre el Otro.

El Otro completo es el Otro del neurótico que no quiere saber nada de la castración del Otro porque le remite a su propia falta. Así, el recorrido hacia el fin de análisis lo llevará inevitablemente con el encuentro de esa inconsistencia y la de su propia evanescencia subjetiva del ser.

A partir de esto surge la pregunta de qué pasa con la identificación si partimos de un $A_{barrada}$, si el Otro no existe, a propósito de que el Otro no barrado es el comienzo y fundamento del análisis y la transferencia. La salida de análisis se hace barranto al Otro en su saber, quedándonos con solo su significante, el significante del Otro tachado: $S(A_{barrada})$, como respuesta de la inexistencia de una verdad última más allá de la verdad que extrae cada sujeto de su análisis.

Esta problemática cobra importancia como vimos en el Capítulo II para autores como Amigo y Rassial, ya que algo de esto está en juego en los estados límites. Podemos reconocer como el estado de la civilización ofrece un $A_{barrada}$ de entrada, una inconsistencia de la cual los estados límites nos hablan, pero no logran dar respuesta.

Como vemos son dos posiciones a los cuales se enfrenta la subjetividad, pero para Lacan el Otro no tachado (**A**) es posibilidad de transferencia y a su vez es el Otro sobre el cual se constituye el sujeto neurótico. Entonces uno se puede preguntar por cuáles serán los efectos en la constitución del sujeto cuando contamos preferentemente con Otro tachado (A_{barrada}) en lo social, cuando la oferta del Otro social es de otro desfalleciente, ¿sobre qué se asentará el sujeto inicialmente?. De esto precisamente nos hablan los estados límites al parecer, con su cuerpo expresan la dificultad de la constitución desde la inconsistencia del Otro.

Lacan distingue dos tipos de identificación en función del estatuto de **A** (Otro), una identificación imaginaria sobre la cual comienza la transferencia en análisis y “refiere la identificación simbólica al ideal del yo en su función esencialmente pacificante de las relaciones del sujeto con el Otro. En cambio, la A_{barrada} , que tiene una falta, un deseo, esa **A** eventualmente glotona, es una función mucho más inquietante, en absoluta pacífica, en la que quizás se encontraría una transcripción del superyó freudiano”²²⁸.

En este sentido podemos pensar en toda una línea de patologías contemporáneas en el campo de la identificación, donde la incidencia del estatuto del otro cobra una relevancia crucial. Debido a que son los significantes amo (S_1) que cobran un valor simbólico extraídos del Otro los que van a ordenar el discurso del sujeto, aunque a su vez, sabemos que tienen el carácter de arbitrario, de semblante que carece de valor al final de un psicoanálisis.

²²⁸ Ibid, p.35.

Esto hace pensar cómo se sostiene el S1 cuando el Otro no existe, en tanto de igual modo S1 enlaza al sujeto en el discurso del Otro. Para Miller, podría ser signo de debilidad en el sujeto, en tanto, flota en el discurso y el discurso del Otro aparece a su vez fluctuante, triturado, fragmentado. En el sentido que es ante un otro consistente desde donde se puede extraer un significante amo, surgiendo la interrogante en torno a lo que ocurre cuando no se ofrece tal consistencia en el encuentro con el Otro, en tanto el lazo social se ha sostenido inicialmente en el encuentro con otro que de garantías, es el Otro del neurótico.

Así nace la incógnita por lo que se transforma en la identificación cuando hay inconsistencia en el Otro, cómo se extrae el significante, qué S1 dará inicio al sujeto si lo que ofrece el Otro es más bien una carencia, una falta o debilidad en el significante amo.

Una respuesta es del lado de la identidad tanto individual como mundiales, podemos pensar del lado del narcisismo, *si el Otro no existo, yo existo, yo y mis dobles*; patologías a partir de una búsqueda de la identificación igualitaria más imaginaria que simbólica, o del lado de la cultura con el recrudescimiento de los narcisismos, pequeños grupos, sectas. Precisamente de esto nos hablan autores como Ehrenberg o Lipovetsky cuando describen al sujeto posmoderno como aquel que busca ser semejante a sí mismo, narcisismo hedonista que marca la individualidad desde mediados del siglo XX.

De algún modo es la identificación especular primaria, pero sabemos que debe dar paso a una identificación secundaria simbólica dirá Lacan, que le otorgue un lugar al sujeto en relación al otro, lugar que no ofrece el espejo en tanto la posición especular es una posición de doble, un lugar repetido, no un lugar propio y nuevo.

Tanto Rastall como Amigo destacan la dificultad en los estados límites de constituir una identificación secundaria de tipo simbólica, expresada en la dificultad de salir del imaginario especular y constituir una imagen de sí que contemple y tolere la falta, la falla y la inconsistencia de la subjetividad.

Precisamente la vertiente más narcisista de los estados límites nos muestran esa dificultad, con un sujeto enamorado de su imagen completa, pero a su vez manifestaciones como cortes en el cuerpo o la propia anorexia nos expresan ese intento fallido, intento actuado no simbolizado, de otorgarse un cuerpo, en definitiva evidencian la imposibilidad.

En estos términos, a partir de las formulas de la sexuación, estaría el goce favorecido no bajo la castración, sino bajo **a**, un privilegio del plus de gozar como el goce contemporáneo, incidencia de no estar bajo la castración, ese al-menos-uno que constituye el grupo y el lazo social. Como bien señala Miller:

*“El Otro no existe se refleja en estos dos niveles. En primer lugar, no hay *todo* universal, no se puede formar el espacio cerrado del *para todo x*, y en segundo lugar, tampoco hay la existencia del Uno; hay su inexistencia. La estructura que Lacan llamo *no todo* responde al Otro que no existe, y la universalización, lejos de inscribirse en el espacio del *para todo x* ($\forall x$), es el no todo generalizado, no lo general sino el no todo en todas partes, que se manifiesta en la estructura de red”²²⁹.*

²²⁹ Ibid, p.77.

3.2. El paso del deseo al goce.

En este circuito entra muy bien el consumo, en términos del *discurso capitalista*, ante la caída de los ideales, la identificación que se propone es al consumidor, el sujeto pasa de ser un sujeto cívico, a un sujeto de derechos de consumo. Con el imperativo de satisfacer al consumidor, como señala Miller “el goce no se sitúa a partir del S1, en la vertiente de su negativización [en la línea de la castración y el deseo agregaríamos], sino en la vertiente del plus de goce como tapón de la castración”²³⁰. Son las sociedades de consumo bajo los signos del exceso que describe Lipovetsky, aquel hipercapitalismo como expresión del estado de la civilización.

En esta lógica se entiende el síntoma posmoderno por antonomasia, como sería la toxicomanía con sus consecuencias subjetivas y sociales. Sujetos consumidos de modo autista por un objeto pulsional, fuera o al margen del lazo social y desinteresados por el devenir de la cultura. Ehrenberg entiende que esta es la cara, la expresión del fracaso de la propuesta posmoderna, aquel individuo soberano que termina siendo sometida su libertad al tóxico en un esfuerzo de “defensa” ante la depresión que acecha.

Pero el modo de goce ligado al ideal supone un lugar común, que trasciende lo individual, que tiene como efecto la castración de goce; nos situamos en términos del $-\phi$ de la castración con las consecuencias en la alteridad y el sacrificio -usado en toda relación por excelencia- de obtener un goce a partir del rodeo y del lazo. En el sentido de la búsqueda que impone la constatación de la pérdida ($-\phi$), si no se tiene el falo tendrá que ir a buscarlo a la cultura para la satisfacción pulsional. Amigo nos muestra la dificultad en los estados límites de inscribir esa vertiente de la castración ($-\phi$), aquel estatuto de la

²³⁰ Ibid, p.79.

castración, un tercer paso que queda en deuda en los estados límites y que lo diferencia de la neurosis.

El ideal alude a aquello que ofrece la cultura para su satisfacción, espejismo por cierto, sobre el cual se sostiene en su calidad de semblante la civilización, pero es precisamente esta ilusión la que sostiene el lazo social. En vínculo social es frágil, constatamos esto día a día a lo largo de la civilización, pero son esos semblantes de unión, ofertas de la cultura para nuestra satisfacción lo que mantiene la cohesión. Esto es para Freud lo que sostenía el lazo, a costa del sacrificio del sujeto, sacrificio de su satisfacción pulsional inmediata, punto de unión y enlace del sujeto con la cultura.

De algún modo se propone la pérdida de este punto de capitoné, de basta, de límite, ese *para todos* que propone el padre totémico que si bien desde una exclusión, habilita la igualdad para todos, el cual pasa por la comunidad, “el lazo social se sostiene por el amo, el S1 o lo que ocupe su lugar. El lazo social solo se sostiene por que no se discute”²³¹.

Pero ante esto, nos encontramos con los comités de ética en donde la discusión continua sin parar, discusión que pareciera no remitirse a ese lugar final, o esa decisión última, sino es un constante cuestionamiento del cuestionamiento. Podemos ilustrarlo en las numerosas comisiones que se constituyen en el aparato del estado para tomar decisiones, decisiones que más adelante se recurren vía tribunal nacional, si eso no convence se va a un tribunal internacional, etc.

²³¹ Ibid, p.90.

Lo anterior se manifiesta en el *liderazgo*, podríamos pensar en la efectividad y lugar privilegiado de los talleres que la psicología laboral empresarial desarrolla en estos temas v/s los líderes políticos que se muestran como sujetos barrados \$, como carentes, tan característicos de nuestra época.

Así resulta “el significante del Otro que no existe, que es un modo de inscripción en el Otro de lo que queda cuando no hay ideal”²³². En otras palabras, ideal y la existencia del Otro de algún modo van a la par, en tanto, la presencia de uno genera la consistencia del otro, al modo de una moneda de dos caras. ¿Por qué al sujeto actual se le debería “enseñar” a ser líder?, ¿Por qué le hace falta ciertas *habilidades sociales*?, ¿Dónde quedaron esas referencias perdidas?.

En este lugar surge un contrapunto, por un lado habríamos “perdido” esas capacidades, es el sujeto insuficiente que plantea Ehrenberg como expresión del fracaso de la propuesta posmoderna, fracaso del sujeto emancipado; en este sentido el mundo actual exige un modo de respuesta que no logramos dar. Pero ¿el líder no se reconocía a *posteriori* cuando era capaz de movilizar a la masa?, ¿por qué habría que formarlo a *priori*?. Sin resolver estas dudas, se observa una tensión clara, que supone algo que se ha trastocado, para Miller ese algo es la consistencia del Otro y la evanescencia del significante amo que comanda la operación de constitución del sujeto.

²³² Ibid, p.108.

3.3. Lo femenino: mujer, madre y goce Otro.

A partir de estos cambios, se propone una feminización del mundo. Podemos pensarlo en términos freudianos de sujeto mujer que queda no necesariamente toda bajo el ideal y el superyó al constatar la ausencia de pene en la entrada del *Edipo*. Pero como bien señala Laurent “quizás la verdadera feminización del mundo sea que las damas son quienes están más cómodas (contrariamente a lo que pensaba Freud, dada la estructura del Otro de su época) con el estado actual del Otro que no existe, ya sea en la vertiente de saber envolverlo con la dulzura o en la de saber mantener una orientación cuando todo el mundo está muy perdido”²³³.

Si bien Freud dudaba en algún sentido en la capacidad de la mujer para sostener la cultura dado un superyó menos implacable y en donde “muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón”²³⁴. Al no estar amenazada de la castración al modo del hombre, constata de entrada la pérdida “como un hecho consumado”²³⁵, lo que comportaría un superyó menos severo. A su vez podría pensarse un desinterés en la cultura con una “menor inclinación de someterse a las grandes necesidades de la vida”²³⁶ al modo de la inclinación de los varones a los ideales masculinos.

Por su parte Laurent plantea que en este estado de inconsistencia del Otro cultural, la mujer se orienta más allá de los emblemas fálicos, ideal superyoico más propio de la posición masculina. En este sentido, la mujer tendría un acceso privilegiado a una posición no comandada por el ideal fálico, ya que como señala Freud la castración no

²³³ Ibid, p.109.

²³⁴ Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, p.276.

²³⁵ Freud, S. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, p.186.

²³⁶ Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, p.276.

operaria de igual manera y la amenaza de castración no connota la pérdida como algo permanente. Al haberse consumado de entrada la castración, la posición femenina ofrece referencias internas más allá de lo fálico.

Pero debemos recordar que la posición femenina o masculina es algo independiente de tener órganos genitales masculinos o femeninos. Supone una posición inconsciente posible para un hombre o una mujer indistintamente, en referencia al goce privilegiado. Lacan señala que “uno puede colocarse también del lado no-todo. Hay allí hombres que están tan bien como las mujeres”²³⁷.

A la luz del desarrollo propuesto por Miller, se despliega una problemática significativa en lo social, problemática reconocida por otros autores, aunque trabajada de manera distinta como veremos más adelante (Michel Tort). Se refiere a la supuesta feminización de la cultura, una transformación novedosa del modo de hacer lazo en lo social, que se debería leer en paralelo con la supuesta declinación del patriarcado. Miller nos lo plantea del siguiente modo:

“Si se admite que hay –lo que es discutible– una feminización de la civilización contemporánea, se la puede sin duda remitir a la fórmula: $l < a$. Por un lado, esta la erección del ideal masculino y, por el otro, la promoción del objeto a al cielo de goce, lo que se traduce por la primacía del modo de gozar femenino. La multiplicidad incompleta, inventiva, según la lógica de Lacan de la sexuación, está del lado femenino. Lo múltiple y lo inventivo, la apertura del campo sintomático, responde mucho más a la posición femenina que a la masculina y de cierta manera se inscribe también el ocaso viril y la promoción de la lógica del no todo, que implica multiplicidad y apertura”²³⁸.

²³⁷ Lacan, J. (2008). *El seminario 20: Aun, (1972-1973)*. Buenos Aires: Paidós, p.92.

²³⁸ Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós, p.390.

En este punto habría que aclarar que para Lacan, el goce femenino supone un más allá de la castración y de lo fálico, pero un más allá eso si en límite, más allá del límite que ofrece el falo. Es un goce del vacío, de la falta, no es un goce alocado, descontextualizado, ni que genere la anulación de la existencia de lo fálico. Implica una pérdida narcisística, en tanto, va más allá de la consistencia que ofrece el falo y de aquella lucha del *tener*. Señala Lacan que “la mujer tiene distintos modos de abordar ese falo, y allí reside todo el asunto. El ser no-toda en la función fálica no quiere decir que no lo esté del todo. No es verdad que no esté del todo. Está de lleno allí. Pero hay algo más”²³⁹.

Es en este sentido que descoloca al sujeto anudado y organizado por el semblante fálico y cuestiona o remece ese orden, lo abre a sus propias inconsistencias, pero no supone una debacle (punto que revisaremos más adelante con J-P. Lebrun). Podríamos decir a partir de Lacan que el goce femenino es un goce con el falo y un más allá, es un goce del vacío, de la falta, falta que ha sido previamente enmarcada. En otras palabras, el goce femenino desde Lacan es un goce más allá de lo fálico, intentando romper el ideal freudiano que ofrecía a la mujer una salida al complejo de Edipo homologando la posición femenina a la posición materna. Es un goce suplementario al fálico, que no hace complemento de lo fálico, por lo que no hay relación sexual, es decir, proporción entre los dos sexos.

Freud contemplaba que el hijo que podía dar la mujer sería un reemplazante del falo, siendo esta la manera de saldar la deuda edípica con el padre, la posición femenina quedaba enmarcada a la maternidad, ubicando su goce en ese lugar. Este goce no sale

²³⁹ Lacan, J. (2008). *El seminario 20: Aun, (1972-1973)*. Buenos Aires: Paidós, p.90.

de la lógica fálica, pero Lacan quiere mostrar que la posición femenina (de la cual se puede estar en tanto hombre o mujer biológicamente hablando) es diferente a la maternidad y ofrece un goce diferente a lo fálico. Esto no quiere decir que sea un goce de la nada, sino un goce del vacío, más allá de la consistencia de los emblemas fálicos, es un vacío que ha sido contorneado y al cual lo femenino puede acceder.

Ahora bien desde luego que el sexo biológico ofrece cierta condición de acceso a cada una de las posiciones, pero desde Freud en adelante, no determina su destino. En este contexto Lacan ubica $S(A_{\text{barrada}})$ del lado femenino lugar del no-todo, proponiendo una posibilidad de relación que desde la consistencia fálico –el para todo- no se cuenta:

“A todo ser que habla, sea cual fuere, éste o no provisto de atributos de la masculinidad – aún por determinar- le está permitido, tal como lo formula expresamente la teoría freudiana, inscribirse en esta parte [lo femenino]. Si se inscribe, en ella, vetará toda universalidad, será el no-todo, en tanto puede elegir estar o no en A_{barrada} ”²⁴⁰.

Si bien el lugar de $S(A_{\text{barrada}})$ señala la falta del Otro, según Lacan y sus formulas de la sexuación, significante de Otro no consistente que le da acceso a este goce de lo femenino; no implica necesariamente una destrucción, o destitución de algún orden, sino la apertura al vacío, vacío que es recortado y enmarcado para su acceso.

3.4. El lugar del síntoma.

Es importante destacar que –como señala Miller- para Lacan el Otro es el lugar donde se ubica tanto la “estructura del lenguaje como el discurso universal, que – definámoslo así- establece las significaciones correspondientes a la forma de vida

²⁴⁰ Ibid, p.97.

contemporánea. Lacan llama entonces Otro al lugar donde se cumple la conjunción del significante y el significado y su relación con el referente”²⁴¹.

Así el Otro de la ley es el Nombre del Padre como punto de “basta” interno al lenguaje (esto a partir de sus trabajos sobre la psicosis), en donde de alguna manera el Otro garantiza la verdad que orienta la interpretación. De esta manera, cuando estamos frente al S ($A_{barrada}$), estamos frente a una pérdida de garantía de la verdad. Entonces qué nos queda: el síntoma como lo verdaderamente real, el único Otro que existe es precisamente el síntoma.

Síntoma como lugar de encuentro entre lo simbólico y lo real, entre el deseo y el goce, entre el significante/sentido y goce/pulsión; síntoma que anuda la dicotomía masculino / femenino, porque precisamente habla de la imposibilidad de esa relación, síntoma que trasciende el goce de lo masculino y lo femenino.

El síntoma como distinto a las otras formaciones del inconsciente, en tanto está presente la repetición como expresión de la pulsión, lo que vuelve a su lugar en lo real, más que su función de mero mensaje al Otro. El síntoma como respuesta a la vacuidad del Otro, es el referente último según Miller, en la línea de lo propio que pone el sujeto como resultado de su devenir en la civilización. Síntoma como invención propia del sujeto que responde a la vacuidad del lazo y que debemos observar para entender el fenómeno que estamos describiendo en este trabajo.

²⁴¹ Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós, p.118.

En este contexto, retomemos la manifestación sintomática que hemos precisado por antonomasia, la toxicomanía. Esta se debe pensar, más allá de una búsqueda de paridad de los sexos, como una búsqueda de paridad de goces, fórmula que sabemos es dispar a propósito de que “*no hay relación sexual*”. Esto quiere decir que el toxicómano se ofrece como un sujeto *asexuado*, es el sujeto y su droga. De hecho, es frecuente en sus relatos que el encuentro sexual con el otro esté vedado, olvidado y a momentos rechazado.

Esta respuesta es sintomática frente a la verdad del (des)encuentro sexual: “como la subjetivización de nuestra época palpó que el Otro no existe, remite su búsqueda a la subjetividad del cuerpo, ... el hombre moderno está dispuesto a todo por gozar”²⁴². Es por que no hay saber en lo referido a lo sexual en lo real, “si para cada ser hablante hay síntoma, es porque a nivel de la especie que habla no está inscrito en lo real un saber que concierne a la sexualidad”²⁴³; así más allá del esfuerzo por velar esa verdad, el síntoma nos muestra con crudeza su existencia.

Como señala Laurent, “los trastornos en el goce, que abordamos a partir de la ruptura de la consistencia fálica, se consideran síntomas de una imposible paridad, de una ficción imposible de encontrar”²⁴⁴. De esta manera, encontramos “la toxicomanía [que] es un *antiamor*, prescinde del partenaire sexual y se consagra al partenaire asexuado del plus de gozar, sacrifica lo imaginario a lo real de este”²⁴⁵.

²⁴² Ibid, p.229.

²⁴³ Ibid, p.256.

²⁴⁴ Ibid, p.231.

²⁴⁵ Ibid, p.295.

En esta vía se abre la pregunta para nosotros sobre el estatuto del síntoma en los estados límites. Como hemos señalado a lo largo de este trabajo, existe una dificultad en subjetivizar el síntoma en la vertiente que Jacques-Allain Miller²⁴⁶ ha llamado “inconsciente transferencial”. Se refiere a las formaciones del inconsciente freudianas, es decir del lado por el cual el inconsciente habla y escribe la imposibilidad de la relación sexual y que supone una producción del deseo inconsciente. Los estados límites quedarían más posicionados del lado de la repetición pulsional, el goce para Lacan, la pulsión de muerte en Freud, y que Miller define como “inconsciente real”.

Se constata en estos sujetos una dificultad para la producción sintomática del lado del deseo y su fantasma, ofreciendo manifestaciones de la pulsión que no remiten a ese esfuerzo de mensaje al Otro que organiza las formaciones del inconsciente. Aparece en los estados límites un goce que cuestiona el lazo. En otras palabras, como se viene mostrando, si el sujeto contemporáneo no se constituye bajo el ideal, tiende al goce pulsional, se ubica del lado de lo real, vertiente de la pulsión que observamos en los *estados límites*: “descontrol de impulsos”, consumo de drogas hasta el exceso, acting, pasaje al acto, dificultad en remitir a la fantasía, ausencia de producción simbólica transferencial, todo lo anterior podemos leerlo como expresiones de un goce que intenta desconocer su relación con lo inconsciente.

Ehrenberg describe en otros términos una vertiente posmoderna donde el conflicto psíquico cede. Precisamente las manifestaciones del inconsciente –inconsciente transferencial según Miller- son esa expresión del conflicto que vemos debilitada en los

²⁴⁶ Miller, J-A. (2009). *Cosas de finura en Psicoanálisis, seminario 2008-2009. Inédito.*

estados límites. Pero Ehrenberg lo presenta como un retroceso de la subjetividad posmoderna.

A propósito de lo anterior, Hugo Frida en su intervención en el seminario de Miller al que nos estamos refiriendo, señala que “el toxicómano es uno de los principales representantes de estas nuevas formas del síntoma que la modernidad presenta al mundo y en este sentido, sin saberlo, un prototipo de la modernidad”²⁴⁷. En tanto no quiere saber nada del inconsciente, desaparece el sujeto y solo queda el goce, un sujeto identificado a su objeto *a*; es adicto, padece su adicción, queda representado por su goce. Puede de esta manera no hablar, quedarse (o intentarlo) fuera del lazo social. Intenta borrar el goce sexual separándose de la relación con el pene, apartándose del partenaire:

“El toxicómano no es un sujeto, sino un personaje que por su *hacer* con la droga crea un *yo soy*: un *yo soy toxicómano*, que le permite escapar a las obligaciones que impone la función fálica. A partir de la fórmula *yo soy toxicómano*, el hecho de ser hombre o mujer no tiene importancia. No hay en la toxicomanía lo masculino y lo femenino, solo existen consumidores, y este es el sueño del discurso capitalista”²⁴⁸.

Así podemos reflejar el estado actual de la civilización donde el modo de gozar esta iluminado por el plus de goce: “se definirá lo contemporáneo por el divorcio del ideal; se puede prescindir del ideal y de las personas, se puede prescindir del Otro, de los ideales y escenarios que propone por un cortocircuito que libra directamente el plus de gozar”²⁴⁹. Esta posición nos presenta un sujeto desconectado del Otro, un sujeto vaciado de todo lazo y reducido a su goce autista.

²⁴⁷ Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós, p.304.

²⁴⁸ *Ibid*, p.307.

²⁴⁹ *Ibid*, p.312.

La figura del toxicómano en estado de unión con su droga, desconociendo lo que ocurre a su alrededor, nos ilustra lo que estamos presentando. Si planteáramos que el ideal le da consistencia al Otro, pero a su vez le da un punto de consistencia y de encuentro al sujeto con lo social. Estamos contraponiendo esta situación con el sujeto aislado, solitario y capturado por su goce, por su pulsión, pero no en los términos que planteaba Freud en el *Malestar en la cultura*, en tanto sujetos que renuncian a su pulsión en pro de lo social, sino, el sujeto que se entrega a su pulsión más allá de lo social, pasa de lo social, para constituir su propia relación de goce.

Ahora bien, “en el estado actual de la civilización solo gozamos de lo nuevo y que este es el nombre del síntoma mayor de lo que hoy constituye nuestro malestar. Lo *nuevo* es la forma sintomática de nuestro malestar cultural”²⁵⁰. En términos de la novedad posmoderna, no lo nuevo del Renacimiento que implicaba retornar a la Antigüedad, ni lo nuevo moderno en su búsqueda optimista de la novedad, sino la exigencia de lo nuevo en tanto lo nuevo puro.

En este lugar podríamos hacer el cruce con la moda y la novedad en las nuevas tecnologías que quedan obsoletas en el momento que salen a la venta, resultando arcaicas por un futuro producto ya a la espera de salir al mercado. En este sentido, esta novedad programada implica un “falso nuevo”. Lipovetsky señala la característica de las sociedades posmodernas como ávidas de novedad, las cuales terminan constituyendo un pseudonuevo al organizarse solamente en función de la producción y generación de objetos en la búsqueda insaciable del sujeto vacío de la posmodernidad.

²⁵⁰ Ibid, p.329.

A la luz de lo que señalábamos con la novedad, nos dice Miller, surgen nuevas formas del síntoma que nos hacen pensar que la sociedad actual -a diferencia de la victoriana de Freud que fomentaba la represión- se enmarca en una voluntad de goce y en una casi exigencia social de hablar, decirlo todo, el destape, donde cada cual opina (foros, chat, etc.).

Pero este parloteo se hará a partir de una lógica de los *comités de ética*. Si pensamos en la hipótesis de la decadencia de los significantes amo y la declinación del ideal que ampara los valores de la tradición, debemos dirigirnos a estos *comités* para buscar una orientación entre un bien y un mal, si existe tal lugar. Es un intento de orientar la estructura, pero también es un modo de gobernar y dirigir la sociedad, ya que no existe Otro que de cuenta de la verdad. Como señala Lipovetsky, la modernidad buscaba una buena moral, pero independiente de los dogmas; la posmodernidad por su parte busca una ética individual sin la tradición que pretende el cierre del sujeto sobre sí mismo.

¿Cuál es la verdad del síntoma y su psicopatología? Un intento de respuesta son los manuales DSM y CIE, como punto final de equilibrio para poner de acuerdo a la comunidad científica. Como señalábamos en el Capítulo I, es a principios de la década de 1980 cuando surgen de manera significativa las categorías diagnósticas de Trastorno de Personalidad Límite en el DSM y comienza el auge de este diagnóstico en el campo de la salud mental. Proliferan los manuales clasificatorios, estandarizaciones, protocolos de tratamiento, investigaciones cuantitativas, etc.

Si bien la categoría de “Trastorno de Personalidad” surge en la década de 1950, es en la década de 1980 en donde se pone en el centro del ejercicio de la psiquiatría y los

servicios de salud. Es un modo de orientar el ejercicio clínico desde estas normas comunes, buscar el consenso en la “comunidad científica”, consenso que por supuesto varía y se constata en los cambios que se observan en cada edición de estos manuales. Lyotard, al describir la condición posmoderna, muestra cómo la ciencia se desmorona en su ideal de verdad a propósito de la primacía de la técnica y la consecuente búsqueda de consensos locales para intentar sostenerse.

Jacques-Alain Miller resume de la siguiente manera la problemática presentada:

“ $I < a$. Hay una decadencia de la función del ideal y una promoción de la función del plus de gozar. Esta decadencia, esta disminución de valor del ideal en la que se ubican muchos fenómenos contemporáneos explica la formulación de Lacan: *nuestro goce solo se sitúa por el plus de gozar, nuestro modo de gozar solo se sitúa por el plus de gozar, por el objeto a* , que yo había traducido por: *nuestro modo de gozar ya no se sitúa por el ideal, sino por el plus de gozar*. En esta decadencia o minusvalía por el ideal entra ciertamente la desconfianza contemporánea, el malestar por el significante amo, la promoción de la forma de la red, el ocaso de las figuras de autoridad”²⁵¹.

Cuando en términos pulsionales, primero planteado por Freud y luego por Lacan, nuestro goce debería pasar por el Otro social para su satisfacción. La castración como prohibición de gozar del objeto incestuoso (la madre por antonomasia), el goce total, lleva al sujeto a buscar en la cultura otros objetos de goce, como vertiente de recuperación de goce en el lazo social.

Hoy nos vemos llevados por el plus de gozar de modo autístico, y de esta manera “ya no está garantizado por la colectividad del modo de goce. Al estar particularizado por el plus de gozar, ya no se organiza, no se solidifica por el ideal. En consecuencia nuestro

²⁵¹ Ibid, p.364.

modo contemporáneo de gozar se ve de alguna manera funcionalmente atraído por el estatuto autista de goce”²⁵².

Ahora bien, como destaca Miller, nos encontramos con nuevos modos sintomáticos, nuevos fantasmas y fantasías diversas, pero hasta ahora no hay “nueva pulsión” que se desprenda de esta novedad. En este sentido, los síntomas dependerán de lo que el Otro escuche de esas manifestaciones, quedando connotado el síntoma a la apuesta de escucha que establece cada analista en este contexto histórico. En este campo se ubica la satisfacción que existe de la pulsión en el propio cuerpo, del cuerpo del Uno no del Otro, pero no existe una disyunción total de ambos, pues *a* es el encuentro de esos dos lugares, *a* como objeto perdido que lleva al sujeto a ir a la cultura a encontrarlo, ya que “parte del goce del Uno, ese goce autista atrapado en el Otro, está captado en la lengua y la cultura, y por eso es manipulable (por ejemplo, por la publicidad, que es un arte de hacer desear)”²⁵³.

En estos términos, la castración viene a dar cuenta que para gozar hay que pasar por el Otro y cederle goce, para luego ir a rescatarlo en nuestro plus de gozar, ir en su búsqueda. Pero ese rodeo entendido no al modo del goce del Uno, sino del goce por el Otro. En otras palabras, lo que destaca Miller es que pese a esta paradoja inicial de un sujeto que podría abstraerse del lazo social y de la castración gozando autísticamente, existe el inevitable rodeo que tendrá que dar el sujeto para encontrar sus objetos de goce. Este impulso de goce que se deduce de la caída de los ideales, sigue suponiendo un sujeto barrado (\$), castrado por el lenguaje que buscará una recuperación de goce, recuperación que pasa por la vía del Otro.

²⁵² Ibid, p.372.

²⁵³ Ibid, p.383.

Es como si este sujeto contemporáneo hiciera las veces de estar sólo y poder autosatisfacerse eternamente, pero su única salida para eso es la muerte, una manifestación perversa de eludir la castración, pero no al modo de la estructura perversa que requiere del Otro para cumplir su satisfacción, sino en una vertiente más radical.

Podemos reconocer la disyuntiva que plantea la problemática, en la cual por un lado la caída del ideal nos lleva hacia el plus de gozar autístico, pero a su vez en la propia estructura está articulada la referencia al Otro:

“La pulsión misma empuja al campo del Otro, donde encuentra los semblantes necesarios para mantener su autoerotismo. El campo del Otro se extiende hasta el campo de la cultura, como espacio donde se inventan los semblantes, los modos de gozar, que son formas de satisfacer la pulsión. Como estos son por supuesto móviles, se introduce cierto relativismo. En el nivel de un sujeto están marcados por cierta inercia, y por eso aceptamos inscribir el síntoma de un sujeto en el registro de lo real. El síntoma en este sentido social o <individual> (entre comillas) es un recurso para saber que hacer con el otro sexo, porque no hay fórmula programada de la relación entre los sexos”²⁵⁴.

Es en este sentido también surge una ambigüedad respecto a “lo nuevo del síntoma”: el carácter inédito de ciertas manifestaciones en el contexto de la civilización actual, se articula con un modo permanente de la estructura para su expresión.

Si existen los estados límites como modo novedoso de expresión psíquica, sería a partir de elementos estables que definen al sujeto en su ser en el mundo, manifestaciones que descubrió Freud (inconsciente, pulsión, instancias psíquicas, etc) y que Lacan rescribió a su modo. Simultáneamente, está por otro lado lo peculiar y singular que se produce en cada sujeto.

²⁵⁴ Ibid, p.386.

Aludimos a algo constante e inevitable de la subjetividad: entre cambio y novedad , entre inestabilidad y estructura. Se formula la pregunta por el qué y el cómo de la expresión subjetiva en cada momento de la cultura, y por el modo de orientar la cura tomando en cuenta un estado dado de la civilización.

En este contexto, se abre un desafío para el psicoanálisis, en donde la búsqueda del psicoanalista, será como lo señala Lacan, de “no ceder en cuanto al deseo”. Se trata de favorecer el deseo por sobre la pulsión, aunque exista un punto al final por asumir, un punto irreductible de goce y con el cual habrá que saber arreglárselas (*sinthome*).

A fin de cuentas, el síntoma se constituye por esas dos caras. Por un lado “su núcleo de goce, que llamamos pulsional, que hunde sus raíces en el cuerpo propio y, en segundo lugar, su envoltorio formal, por el que depende del campo del Otro, que comprende la dimensión de la civilización”²⁵⁵. Podríamos decir que existe por un lado el síntoma de las formaciones del inconsciente, del deseo y el *sinthoma* de la pulsión, el goce. Son dos caras de una misma moneda y de cierto modo indivisible, por lo que síntoma y *sinthoma* hacen uno, uno del sujeto con el Otro. La manifestación del síntoma depende de algún modo con lo que escuche el Otro, la cultura. Hay en ese punto una relación de coexistencia, una doble determinación síntoma - cultura.

El paso por el campo del Otro se da en términos de un bucle de goce que rodea al Otro, en donde se encuentran los objetos perdidos. Así, para Lacan la pulsión gira y rodea un espacio vacío en el campo del Otro.

²⁵⁵ Ibid, p.407.

Recordemos que el objeto *a* de goce es un recorte en el vacío, es un objeto definido por su borde, que podrá ser colmado (en parte) por los objetos que ofrece la cultura. La fijación en un objeto en particular es la fórmula del fantasma, pero cabe recordar que es un objeto cristalizado. Lo propio de *a* es el vacío, borde de un vacío que connota la castración, este agujero constituido por la castración moviliza al sujeto en una búsqueda siempre errante, aunque sin lugar a duda esta búsqueda se orienta de manera privilegiada hacia un *partener*.

La consecuencia es que no existe entonces un estado autoerótico de satisfacción pulsional que no pase por el Otro, y en este lugar toma tribuna privilegiada el *partenaire* a propósito de “esa esperanza llamada castración, que consiste en que una parte del goce autista se pierda y se encuentre como objeto perdido en el Otro. La castración es la esperanza de que el goce restaure al partenaire porque obliga a buscar en el Otro su complemento necesario”²⁵⁶, entendiendo el plus de la castración, no en el sentido de la carencia, la falta, sino en el sentido de la búsqueda y movimiento que ofrece la castración. Esto sería “la parte positiva” de la castración, pues ella implica una recuperación de goce.

Así, habrá que pensar la clínica y sus deslizamientos cuando el Otro no existe, lo peculiar es que “los viejos síntomas están atrapados en el contexto actual. La clínica está sacudida por el régimen del sujeto definido a partir de la nueva situación que lo conduce a buscar en el Otro la parte perdida”²⁵⁷. De algún modo esto es lo estable en el sujeto que caracterizábamos antes, pero el modo de expresión se atiene al estado de la civilización sin duda. El psicoanálisis de algún modo exigía ese Otro del Nombre-del-padre, otro con cierta estabilidad. Pero esa es la clínica de la neurosis.

²⁵⁶ Ibid, p.416.

²⁵⁷ Ibid, p.425.

Por eso una de las salidas propuestas a la problemática, es concebida a partir de restaurar al padre y toda una línea que aboga por esa vertiente en un esfuerzo nostálgico. Pero lo que se desprende de la última enseñanza de Lacan -y que lo podemos vislumbrar ya en RSI²⁵⁸-, es que el padre se ha atomizado y pluralizado, siendo el síntoma el que une los registros (no un Nombre del Padre necesariamente), generando un tejido social diverso, distinto y no en la línea de la familia nuclear. El síntoma no es sin el Otro, pero eso no implica que el Otro tenga que ser el otro de la tradición, queda aquí abierta la interrogante por el devenir del Otro actual.

La línea de *saber arreglárselas con*, es la línea de lo impredecible, donde el saber desfallece, donde la ley prescribe. Es de algún modo el lugar de lo real, que no tiene ley ni sentido, aparece rebelde, enreda al sujeto y lo sorprende.

Así, en definitiva el goce autoerótico propuesto en el estado actual de la civilización, es más bien un esfuerzo de alienarse y separarse del Otro (como el toxicómano), del partenaire, en este recorrido imprescindible de la pulsión por el Otro, es el fantasma por excelencia. Podríamos pensarlo como un empuje a no reconocer el estatuto del deseo, de la pulsión de vida freudiana, modo de expresión posible y necesaria de la pulsión. En el devenir del sujeto en este encuentro, sabemos que el ideal es semblante, pero es lo que nos ordena y mantiene juntos.

²⁵⁸ Lacan, J. *El seminario 22: RSI (1974-1975)*. Inédito

3.5. Del gozo²⁵⁹ y sus paradigmas.

Respecto a la cuestión de una subjetividad empujada principalmente hacia el gozo, se hace pertinente dilucidar ciertas modalidades de gozo, ya que a lo largo de la enseñanza de Lacan el concepto de “goce” tomará connotaciones distintas. No podríamos decir que estas variaciones son explicitadas por Lacan, ni que unas excluyan a las anteriores, ni que se anulen. Son modos diversos de comprender la manera en que la pulsión se satisface en el sujeto, ayudándonos a interpretar la vertiente propuesta de *l<a* de empuje al goce ante la caída del ideal.

J.-A. Miller reconoce a lo largo de la obra de Lacan, seis momentos en torno al goce, planteado en términos de seis paradigmas. Nos detendremos en estas seis concepciones del goce, para luego discutir cual o cuales serían más esclarecedores en la comprensión del fenómeno límite y la subjetividad contemporánea.

1- Imaginarización del goce: el goce imaginario.

Para Miller el primer movimiento de Lacan es introducir lo simbólico en la dimensión del psicoanálisis, en donde la palabra tiene la función de dar sentido, dando cuenta de la autonomía de lo simbólico y la cadena significante. Este movimiento apunta a mostrar la dimensión de mensaje del inconsciente, lo que es descifrable en la experiencia analítica, el inconsciente como palabra y lenguaje, en donde el inconsciente es el sujeto.

En este momento se apunta a la satisfacción en las formaciones del inconsciente, el cifrado que opera y su desciframiento, juego en donde hay satisfacción en la liberación

²⁵⁹ Contemplamos la reflexión realizada por Ignacio Gárate y José Miguel Marinas en su texto “Lacan en español” a propósito del uso de los términos goce y gozo en español, para mayor información, véase: Gárate I. & Marinas J.M. (2003). *Lacan en español*. España: Biblioteca Nueva.

de sentido, satisfacción de orden semántico. El síntoma se sustenta en un sentido reprimido y la satisfacción se produce por el advenimiento de este sentido.

Ahora bien, lo simbólico no es todo, no deja fuera lo imaginario. Frente a la satisfacción simbólica se encuentra una satisfacción imaginaria. Respecto a este movimiento del primer Lacan, que realza el registro simbólico, Miller comenta: “en el primer paradigma la libido tiene estatuto imaginario. Para ser exactos, el goce imaginario no procede del lenguaje, de la palabra y de la comunicación, no procede, hablando con propiedad, del sujeto, sino que está unido al yo como instancia imaginaria”²⁶⁰. Calificando como imaginario todo lo que no logre ubicarse en el rango de la satisfacción simbólica.

El goce de este modo imaginario no es dialéctico, acentuando de esta manera la disyunción entre el yo y el inconsciente, a partir de la ruptura de la cadena simbólica, surgiendo los objetos de lo imaginario que producen efectos de goce; siendo el goce imaginario una barrera a la elaboración simbólica de las pulsiones que invisten el narcisismo, el yo.

2- Significantización del goce.

El segundo paradigma para Miller, no sucede al anterior de manera cronológica, sino que se mezcla y termina imponiéndose. Es la idea que el imaginario estaría dominado por lo simbólico. Así, lo imaginario se ofrece como material para el síntoma quedando de esta manera inserto en lo simbólico. Los términos presentes en lo imaginario serán retomados de manera simbólica a final de cuentas.

²⁶⁰ Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, p.225.

Las pulsiones se escriben en el sujeto simbólico, a partir de la demanda con la significantización del goce ($S \diamond D$). Lacan escribe con este matema la relación del significante con la demanda, uniendo así la pulsión con el significante: “inscribe esta demanda del Otro en la formula misma de la pulsión, retranscribe la pulsión en términos simbólicos”²⁶¹, trabajo que desarrollara a partir de su *Seminario 5*²⁶².

Para Miller a partir del sujeto simbólico el concepto de transferencia se desplaza desde el registro imaginario hacia el registro simbólico. El punto central para esto se articula sobre el fantasma al demostrar que todo fantasma es un argumento, argumento discursivo en el sentido que el fantasma se inscribe en una cadena significante. No hay fantasma sin un relato que es una escena construida con el significante. Así, $\$ \diamond a$ es donde la imagen es tomada por el significante y se articula al sujeto simbólico, relación que conecta lo simbólico con lo libidinal.

El elemento fundamental para esta operación será el falo, que al distinguirse privilegia el estatuto simbólico, inscribiendo la libido misma en el significante. Se llamará deseo a ese efecto de “significantización” del goce. La libido atrapada por el significante o movilizadora por aquel es el deseo, como captura significante del goce, apropiación de la pulsión que se produce vía deseo y falo.

²⁶¹ Ibid, p.227

²⁶² Lacan, J. (1999). *El seminario 5: Las formaciones del inconsciente, (1957-1958)*. Buenos Aires: Paidós.

3- El goce imposible.

En este punto está en juego la satisfacción del deseo como pura metonimia, “de ahí la idea de deshacer las identificaciones que trataban el curso libre del deseo y especialmente la identificación fálica”²⁶³.

En este momento aun queda una interrogante respecto a lo propuesto por Freud, ya que al reducir la pulsión a la cadena significativa (libido / deseo) la satisfacción de la que estamos hablando es simbólica, por lo que queda por decir cuál sería la satisfacción propia de la pulsión más allá de lo simbólico.

Es lo que intentara resolver Lacan a partir de su *Seminario 7*²⁶⁴, desafío que Miller llamara *el goce imposible*, es decir, el goce real. Vemos como Lacan parte por el goce imaginario, luego se desplaza hacia el goce simbólico y en este punto se abre al goce real. “¿Qué significa el *das Ding*, la Cosa? Significa que la satisfacción, la verdadera, la pulsional... está fuera de lo simbólico y es del orden de lo real”²⁶⁵, ese es el más allá de lo simbólico, más allá del principio del placer freudiano agregaríamos.

Este movimiento implica para Miller sustituir la represión por la defensa, en tanto la represión pertenece a lo simbólico y alude al desciframiento; acá se plantea una ruptura con los dos paradigmas anteriores. Si en el segundo primaba el borramiento del goce por el significante, en donde anulaba el goce y buscaba restituirlo bajo la forma de un deseo significado, en este momento se reduce el goce a un lugar vacío, donde existe una disyunción entre el significante y el goce, el cual está por fuera del sistema y de la estructura simbólica. De algún modo el goce se hace inaccesible si no es por una

²⁶³ Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, p.229.

²⁶⁴ Lacan, J. (2007). *El seminario 7: La Ética del Psicoanálisis, (1959-1960)*. Buenos Aires: Paidós.

²⁶⁵ Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, p.230.

trasgresión, un más allá del límite simbólico, más allá del principio del placer. Se opone la libido del significante trasladada como deseo y la libido como *das Ding*, por fuera de todo significante y significado.

Lo fundamental para Miller es la oposición del placer y del goce, en donde el primero alude a la homeostasis y el segundo al exceso: “cuando se define el inconsciente como discurso del Otro, como estructurado como un lenguaje, surge una pequeña dificultad, puesto que no incluye este goce fuera de lo simbolizado; de algún modo es eso de lo que el inconsciente no puede hablar”²⁶⁶.

En este punto el síntoma refleja la incompatibilidad del goce con el sujeto, este último cae del lado de lo simbólico al igual que el deseo, pero el goce queda por fuera de lo simbólico, implicando que el inconsciente no lo puede articular como un mensaje que dé algún sentido, que se dirija al Otro.

4- El goce fragmentado.

Para Miller sería lo que se formula a partir del *Seminario 11*²⁶⁷, en donde destaca la fragmentación del goce a partir del objeto *a* (construido en su seminario anterior), el cual es para Lacan un vacío por excelencia, la presencia de un hueco bordeado, el punto no es ya la trasgresión sino las idas y vueltas de la pulsión.

Si en el *Seminario 7* comienza por la homeostasis para pasar a la trasgresión, el *Seminario 11* el camino es inverso, “se comienza por el cuerpo fragmentado de las pulsiones parciales, por las zonas erógenas, que son autónomas y que solo piensan en su

²⁶⁶ Ibid, p.233.

²⁶⁷ Lacan, J. (2007). *El seminario 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, (1964). Buenos Aires: Paidós.

bien, cada una, y luego si hay una integración, que se realiza gracias al goce pulsional, que es un goce automático que se alcanza siguiendo el camino normal de la pulsión, su ida y vuelta, sin trasgresión”²⁶⁸.

Habría que aclarar que este momento teórico corresponde con el punto de ruptura definitiva de Lacan con la IPA, situación que aunque Miller no destaca, sí lo hace Elisabeth Roudinesco²⁶⁹ indicando la importancia no solo institucional de esta ruptura, sino los alcances teóricos que significará para Lacan romper con la *internacional* y constituir su propia institución de trabajo, concediéndole una libertad teórica y clínica que bajo el alero de la internacional no había podido llevar a cabo en toda su magnitud. Lacan ofrece en este momento de su trabajo su propia lectura de los conceptos fundamentales del psicoanálisis.

En este punto para Miller no existe en Lacan una separación radical entre significante y goce, sino una cierta continuidad -que lo encontrará más adelante en su teoría de los nudos- donde es posible articular lo simbólico y el goce. El sujeto vacío del significante (S1 - \$ - S2) es representado por el objeto *a*, “el sujeto vale como una falta en ser, la definición de la pulsión incluye una hiancia o un huequito”²⁷⁰.

En este momento el inconsciente es ese borde que se abre y cierra, como una zona erógena, mostrando que el inconsciente simbólico y la pulsión están en continuidad de funcionamiento, no son oposición que requiera una trasgresión. Como señala Lacan, “la pulsión desempeña su papel en el funcionamiento del inconsciente debido a que algo

²⁶⁸ Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, p.235.

²⁶⁹ Roudinesco, E. (1993). *La batalla de cien años: Historia del psicoanálisis en Francia. Volumen 2 (1940-1985)*. España: Editorial Fundamentos.

²⁷⁰ Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, p.237.

en el aparejo del cuerpo está estructurado de la misma manera, debido a la unidad topológica de las hiancias en cuestión”²⁷¹.

Así se propondría una nueva definición de la libido, apuntando al objeto **a**, objeto perdido, siendo ese objeto algo inadecuado para la libido:

“Como Lacan lo introdujo, el mito de la laminilla es una nueva definición de la libido, ya no como deseo, significado, ya no como *das Ding*, goce masivo, fuera del significante, que solo se alcanza por trasgresión, sino como órgano, como objeto perdido y matriz de todos los objetos perdidos. Lo que llama separación es de hecho la recuperación del objeto perdido libidinal, del que intenta con su aparato mostrar que responde por fuerza a la falta propiamente significante que se sigue de la articulación de la identificación y la represión”²⁷².

5- El goce discursivo.

En el quinto movimiento, Lacan intenta, según Millar, deducir esta falta, este agujero del goce a partir del significante. Es lo que trabajará desde los discursos en su *Seminario 17*²⁷³ en donde se formula una relación primordial del saber de los significantes y el goce, siendo la relación significante y goce, original no posterior. No hay que significantizar el goce ni la trasgresión, “la relación con el goce es intrínseca al significante, y Lacan destaca la repetición como repetición de goce”²⁷⁴.

Se articula $\$ - a - S1 - S2$ en donde goce y significante están articulados con el sujeto, así en esta articulación se desliza que la prohibición de goce no logra eliminar que el goce sea dicho entre líneas. Para Miller en este punto encuentra en la obra de Lacan

²⁷¹ Lacan, J. (2007). *El seminario 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, (1964). Buenos Aires: Paidós, p.188.

²⁷² Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, p.238.

²⁷³ Lacan, J. (2008). *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, (1969-1970). Buenos Aires: Paidós.

²⁷⁴ Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, p.239.

una equivalencia entre sujeto y goce por lo que entiende que el ser es un ser de goce, señala:

“Hay una relación primitiva del saber con el goce, que implica que lo que se vehiculiza en la cadena significante es el goce. Lo que se abordó hasta el presente como $\$$, lo que circula en la cadena significante como la verdad, la muerte, el deseo, es retraducido como el goce”²⁷⁵.

Existe por un lado una mortificación de goce, una pérdida ($-\phi$) como efecto del significante, efecto de que el cuerpo sea sexuado, efecto del lenguaje y la entrada del significante, pero a su vez Lacan introduce un suplemento de goce un plus de goce, el objeto **a**, como suplemento de esa pérdida de goce. De este modo podemos entender lo que plantea Silvia Amigo en donde si no se obtiene esa pérdida ($-\phi$) en la imagen del cuerpo, no se logra constituir un suplemento accesible como plus de gozar vía el objeto **a**.

En este punto, ya no es la trasgresión, sino la repetición lo que está en juego como retorno del goce, así Miller señala el significante como marca de goce e introduce al mismo tiempo una pérdida de goce y su suplemento.

El saber es el medio de goce e implica renunciar a la autonomía de lo simbólico, la verdad hermana del goce indica que “es inseparable de los efectos de lenguaje y que esta especialmente ligada al goce tachado, $-\phi$, prohibido”²⁷⁶.

De esta forma cobra importancia que “el goce fálico que es el goce perfecto, ejemplar, paradigmático, es prohibido, y algo lo suple, el goce del plus de gozar que es

²⁷⁵ Ibid, p.251.

²⁷⁶ Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, p.253.

como toma cuerpo la pérdida entrópica. Esta repetición está condicionada y animada por el desfasaje entre $-\phi$ y a , entre la falta y su suplemento”²⁷⁷.

Se articula el sujeto, el Otro, lo simbólico en una conexión con el goce, pero esto también tiene efecto en la concepción de fin de análisis, en tanto, una cosa es pensar el goce en el fantasma y otra pensarlo como repetición, este desplazamiento también modifica la concepción de síntoma; el atravesamiento del fantasma se corresponde a una concepción del goce como transgresión, de ir más allá, al vacío, la caída del *sujeto supuesto saber* y de la asunción del ser de goce.

Por otra parte, la concepción de goce como repetición alude al síntoma que no implica concentrar el goce en un fantasma fundamental a despejar, sino:

“El síntoma, por el contrario, en la forma que asume en la última enseñanza de Lacan, implica el desarrollo temporal de esta relación con el goce y no se presta a la transgresión, sino como mucho a lo que llama en *El reverso del psicoanálisis* el *deslizarse* o a lo que en otra parte [*El Sinthome*] determina como *arreglárselas con el síntoma*, cuyo valor es completamente diferente”²⁷⁸.

El concepto de plus de gozar de algún modo esta emparentado con el *das Ding* al pensar el goce de un modo nuevo como fuera de lo simbolizado, pero a su vez como una identidad. El objeto a toma los objetos de las pulsiones freudianas y agrega otros elementos: objeto oral, objeto anal, objeto escópico, objeto vocal y eventualmente la nada; pero estos objetos nunca colman la pérdida de goce por lo que al momento de dar una satisfacción, por cierto parcial, ahonda la falta en gozar.

²⁷⁷ Ibid.

²⁷⁸ Ibid, p.255.

Esta noción de objeto aumenta el registro más allá de los objetos “naturales”, hacia todos los objetos de la cultura que podrían colmar el $-\phi$, que intenta taponear esta falta por un instante (léase productos tecnológicos, objetos del mercado, drogas, etc.), dice Miller que es en “los productos de la industria y de la cultura donde los cuerpos logran alimentar su goce y su falta en gozar”²⁷⁹.

6- La no relación.

Es lo que se constituye a partir del *Seminario 20: Aun*²⁸⁰, si en el paradigma quinto se plantea una relación originaria del significante con el goce, desde *Aun* se pone en tela de juicio el concepto mismo del lenguaje, el cual se considera derivado de *la lengua*, la cual se entiende por la palabra previo a todo orden gramatical y al léxico gráfico.

Es el goce del *blabla*, incluyendo originariamente al goce, haciendo vacilar las nociones de gran Otro, Nombre-del-Padre, símbolo fálico, etc., reduciendo estos términos a su función de broche:

“El sexto paradigma se funda entonces en la no relación, en la disyunción del significante y del significado, del goce y del Otro, del hombre y la mujer, bajo el modo de *no hay relación sexual*. *Aun* es verdaderamente el seminario de las no relaciones, y en lugar de todos los términos que aseguraban la conjunción (el Otro, el Nombre-del-Padre, el falo) y aparecían como primordiales, incluso trascendentales, de una dimensión autónoma previa a la experiencia y que la condicionaban”²⁸¹.

En la última enseñanza, se cuestionará la eficacia de intentar maniobrar sobre el goce a partir de la palabra, en lo que refiere al sentido:

²⁷⁹ Ibid, p.257.

²⁸⁰ Lacan, J. (2008). *El seminario 20: Aun, (1972-1973)*. Buenos Aires: Paidós.

²⁸¹ Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, pp.258-259.

“Al partir de un privilegio del goce, se instaura la no relación entre este y el Otro (aquí disyunción significa no relación), lo que hace aparecer al Otro del Otro bajo la forma del Uno. Y esto es todo lo que Lacan destacó del Uno en esos años, en tanto que el Uno es el verdadero Otro del Otro. Cuando reflexionamos sobre el Otro del Otro, vemos el Otro y después el otro del Otro, de alguna manera encima, que garantiza el primero”²⁸².

De esta manera Lacan destacaría que el goce es del Uno, separado del Otro, prescindiendo de alguna manera del Otro, situación que pone en tensión la concepción misma de lazo y encuentro en lo social, “es redescubrir en el psicoanálisis mismo lo que triunfa hoy en el lazo social, a saber, lo que llamamos, sin pensar demasiado en ello, el individualismo moderno, y que vuelve problemático todo lo que es relación y comunidad”²⁸³.

En definitiva en este momento teórico, todo goce es goce del propio cuerpo, “y esto responde a esa intuición que está hoy en todas partes: uno puede drogarse con drogas, pero también con el trabajo, la pereza, la televisión”²⁸⁴, situación que no deja de cobrar mayor relevancia ante las dudas, preguntas, cuestionamientos que surgen del estado actual de la civilización.

Se puede decir que se sacrifica el goce fálico en el sentido del goce del propio cuerpo, pudiendo plantearse hacer mejor deporte que hacer el amor, mejor la droga que utilizar el órgano para la conexión con el Otro. Es de algún modo un goce masturbatorio, existe un goce en la palabra, pero no en la conexión con el Otro, no como comunicación, el parloteo, el *blabla*, la palabra como no apuntado a la comunicación; el goce Uno se

²⁸² Ibid, p.270.

²⁸³ Ibid, p.271.

²⁸⁴ Ibid, p.272.

presenta como goce del propio cuerpo, modo de goce fálico, a su vez como goce de la palabra y goce sublimatorio.

Esta articulación pone en duda el goce del Otro, pero el goce del Otro es sexual, es el goce del otro cuerpo sexuado, por lo cual la disyunción se conforma entre el goce del Uno asexuado y el goce del Otro sexuado:

“Entonces la proposición *no hay relación sexual* se vuelve de alguna manera inevitable, y significa que el goce depende como tal del régimen del Uno, es goce Uno, mientras que el goce sexual, el goce del cuerpo del Otro sexo, tiene el privilegio de ser especificado por un atolladero, una disyunción y una no relación”²⁸⁵.

De alguna manera también en este momento se cuestiona el estructuralismo en su posición de *a priori* omnipotente, se concibe ahora una estructura con agujeros, que implica la contingencia en el encuentro, la invención para el goce sexuado.

3.6. Lo límite y el Goce.

A partir de los paradigmas del goce que plantea Miller, podemos pensar la problemática de lo *límite* presentada a lo largo de este trabajo y en especial en el Capítulo II, ya que si observamos cada uno de los autores están ocupando alguna concepción del empuje al goce.

Como señalábamos al principio de los paradigmas, si bien estos momentos de la concepción de gozo en Lacan es un corte que realiza Miller; no se constituye en la obra de Lacan momentos progresivos, ni superados, sino más bien coexisten, se superponen, priman algunos más que otros, pero no se superan así mismo.

²⁸⁵ Ibid, p.274.

Podemos pensar que la “subjetividad” límite está marcada por esta problemática, en tanto, por un lado nos muestra una dificultad en capturar el gozo por vía del deseo (propuesta del paradigma 2º y 3º) concibiendo el *acting* como un fuera del discurso. Los cortes en el cuerpo, intentos suicidas, atracones de comida, etc., son formas y expresiones de un exceso, una trasgresión, más allá de lo simbólico o de un mensaje articulado al Otro.

Entre los clínicos encontramos una idea común de que el *acting* del sujeto límite es un acto de trasgresión, de ir más allá de lo simbolizado, se dice que actúa lo que no puede elaborar. Cuando trabajamos desde esta lógica, estamos concibiendo el problema según lo planteado en el paradigma 2º y 3º, por un lado estaría el deseo y sus manifestaciones inconscientes, y por otra el gozo y toda la pulsión no atrapada por el significante.

También podemos ver la problemática en el contraste de dos caminos, por un lado el placer (vía deseo) y por otra el gozo de la pulsión, vía los objetos de la cultura (drogas, dietas extremas, excesos de cirugía) que nos plantean un más allá del placer, una satisfacción que no responde al principio del placer, sino a un gozo de la pulsión en la trasgresión misma.

Ahora bien, cuando revisamos la propuesta desde el 4º paradigma, reconocemos otras aristas, en tanto el gozo de la trasgresión (paradigma 2º y 3º) supone un ir más allá del límite, de la ley, supone confrontar y cuestionar ese orden para así poder y transgredirlo. Pero cuando aludimos a un goce que se ha fragmentizado, el goce no queda necesariamente articulado a esa trasgresión de la ley o en otras palabras, trasgresión en

ley, sino que alude a la pérdida, al vacío, al hueco que constituye el objeto **a** y por el cual se vehiculiza la pulsión. Gozo en un vacío que implica haber hecho el recorte del objeto para poder llenarlo, que va de la mano a su vez con la idea de una pérdida y su recuperación de goce. Es decir, se constituye una doble función, el recorte del objeto **a**, con su pérdida de goce y el suplemento de gozo a obtener.

En este último punto hace hincapié S. Amigo, en tanto, la no constitución del recorte del objeto conlleva la dificultad en obtener esa recuperación de goce modulado, aparato o tratamiento del gozo que no se constituye, provocando la problemática descrita en el capítulo II.

Con este 4º paradigma aplicado al trabajo de Amigo, podemos entender lo que ocurre cuando el objeto **a** no se constituye completamente, es decir, no se logra el recorte en los tres registros, el sujeto no logra ordenar el goce vía el fantasma, observándose las vueltas del goce en el sujeto por esa ausencia de tratamiento del sujeto sobre el goce. La pulsión no es capturada e invade el cuerpo con la sintomatología que hemos descrito en el Capítulo I.

Por otra parte, el concepto de goce que plantea Miller en el 5º paradigma, se desprende del tratamiento de goce vía el *sinthome* que elabora Lacan al final de su enseñanza. Miller señala que aquí el sujeto es el goce ubicando al sujeto en su goce, implica de este modo eliminar el ideal de sujeto vaciado de goce que podríamos ubicar en una tendencia que aboga por la primacía simbólica como barrera al goce. Es a su vez, una ruptura con ese ideal que se ordenado por un anudamiento borromeo equilibrado, senda en la trabaja fundamentalmente Rassial al proponer que no existe para él un sujeto

que no tramite su goce por el *sinthome*, es decir, que todo sujeto elabora su goce vía *sinthome* más allá de una estructura clínica, eliminando la idea de una neurosis estable en un anudamiento borromiano de los tres registros simbólico, imaginario y real..

Este camino, propone arreglárselas con ese goce intrínseco al sujeto, goce que existe en el significante y en toda relación discursiva de lo simbólico con el goce. Ya no hay ese estado puro que podría regular el goce en el anudamiento borromeo y adscribirlo al deseo, sino que el sujeto se constituye en ese arreglo subjetivo del goce, lo más propio de su ser que Lacan llama *sinthome*.

Por último, cuando nos adscribimos a la concepción de goce de la *no relación*, supone toda una vertiente que concibe al sujeto posmoderno como Uno separado del Otro, como sujeto que puede gozar sin el Otro, el sujeto sumido en el goce de su propia experiencia, llámese droga, trabajo, objeto de consumo, etc; pero también es plantear desde el goce de la *lalengua* como el goce originario desde el cual se da el paso al goce en la cultura, al lenguaje.

Podemos pensar que ese paso conlleva una pérdida, pero si borramos ese punto de goce original, eliminamos la creación propia del sujeto en su entrada a la cultura, el pliegue poético que puede lograr cada sujeto como invención única.

Una hipótesis es que precisamente esa producción el sujeto posmoderno no constituye, no logra el corte a la alienación al Otro, plegándose al Otro del mandato del ideal, el goce del lenguaje es esa adaptación al sentido convencional, pero se enlaza a la apropiación que cada sujeto puede hacer de esa convención. Cada sujeto entra en la

convención de la cultura de un modo particular y peculiar que alude a su relación con la experiencia de la *lalengua*.

El sujeto posmoderno mientras más se aliena en la pérdida de la *lalengua*, de su relación originaria con ese goce, más se inscribe en el cuerpo su padecer. Este síntoma límite por excelencia, no se presta al enlace de la *lalengua* al lenguaje, sino más bien hace un salto hacia el lenguaje, borrando su relación originaria, no inscribiendo ese paso, estableciendo un goce que no hace conexión con el Otro.

En este sentido es un goce asexuado, ya que no implica la sexuación del paso de la *lalengua* al lenguaje; inscripción de una elección forzada en un sexo, que si bien no hace uno con el otro, no supone una complementariedad con el otro sexo, ya que no hay relación sexual en términos de proporción de los dos sexos.

Ante esta imposibilidad estructural se constituye vía el discurso una posibilidad de vínculo y de lazo social con el otro. Desde esta propuesta se puede entender concepciones de *falso self*, *personalidades como sí*, *etc*, en tanto, si el sujeto no establece una relación de su vivencia de goce originaria de la *lalengua* con el lenguaje, se pierde la originalidad del sujeto, quedando solo adaptación al Otro y movilizado por un ideal que le es ajeno, un sometimiento al Otro.

4. La Ciencia y el lugar del Padre.

4.1. La declinación del padre.

La propuesta de Jean-Pierre Lebrun, quizás una vertiente más radical de la orientación lacaniana, muy opuesta a lo que planteará Michel Tort, sigue de modo más ideológico lo planteado por Lacan. Para Lebrun, a partir de su texto “*Un mundo sin límite*”²⁸⁶, la identidad del padre decae, se abre paralelamente la vía de invasión de la figura materna. Esta es la premisa a la luz de su lectura de las modificaciones en la constitución familiar actual, en donde el padre instituye la alteridad a partir de la función paterna, función que necesita ser ratificada en lo social, y que en la actualidad no está siendo sostenida.

Para Lebrun el rol del padre consistía en representar la autoridad y ser una figura de excepción que al ser anulada, provoca una familia desjerarquizada, igualitaria, dando entrada a la invasión de la figura materna. Esta es sin duda la tesis que sostiene Lacan en su texto *La Familia*²⁸⁷ escrito para la *Enciclopedia Francesa* en 1938, en donde señalaba que “la función del padre no puede ser confundida con la fuerza de la amenaza de castración”²⁸⁸, buscando distinguir el padre de la función paterna, y distinguir la amenaza de castración con la operación de castración.

Este punto es –como lo veremos en Tort- un punto central y extremadamente complejo, en el sentido de exigir distinguir el padre de la sociedad, con sus roles, atribuciones, etc., con el padre de la función y esta a su vez cotejarla con los registros

²⁸⁶ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite- Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

²⁸⁷ Lacan, J. (1997). *La Familia (1938)*. Buenos Aires: Editorial Argonauta.

²⁸⁸ *Ibid*, p.9.

simbólico, imaginario y real, que opera en el sujeto. Lebrun se refiere así a la problemática: “por un lado, estaríamos en un mundo sin papas; por el otro, en un mundo sin referencia paterna, sin lugar para un Padre”²⁸⁹.

Este último punto estará marcado implícitamente por el discurso tecnocientífico que moviliza un mundo sin límite al negar la categoría de lo imposible; esta incidencia imprimiría el devenir del sujeto posmoderno a la luz de las “nuevas” patologías y nuevos modos de manifestar la subjetividad. En otras palabras, existe para Lebrun una relación entre la declinación de la figura paterna y las nuevas patologías como los estados límites. Representa de este modo una tradición del psicoanálisis que vislumbra en la posmodernidad el debilitamiento del padre en su función interdictora, contemplando consecuencias psíquicas en los sujetos a partir de este retroceso simbólico.

Para Lebrun existe un proceso de socavar la autoridad paterna, situación leída a partir de las modificaciones principalmente en el ámbito legal de la figura del padre, podríamos acotar la figura legal del padre en términos judiciales. En este punto se hace necesario el esfuerzo que se desprende del trabajo que veremos en Tort de distinguir la función paterna, padre, patriarcado, poder masculino, etc., ya que están en juego estos elementos en la lectura de Lebrun.

Lo que podemos señalar que está en juego es la incidencia del padre en la vida psíquica del niño en términos de representar la alteridad a la fusión madre-hijo, generando el agujero psíquico que moviliza la castración y produce el deseo; pero a su vez, ofrecer

²⁸⁹ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite- Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal, pp.14-15.

una orientación en el vacío, es decir, hacer la ley al niño y como señala Lacan, a la madre.

Si la madre ofrece los primeros significantes a los cuales el niño se identifica, la intervención del padre consistirá en sostener al sujeto en ese vacío de significante. El sujeto no debe subordinarse al significante que le ofrece la madre, destacando que la madre no cuenta con el significante que dice quien es ese sujeto, sino que el sujeto se ubica entre esos significantes. Esto es lo que sería la metáfora paterna del Nombre-del-Padre:

“El padre, en tanto que significante que sustituye al significante materno, aborda la falta de significante en el Otro produciendo el significante de la falta del Otro, a saber, el Falo , al mismo tiempo permite que se haga el duelo de la completud, simbolizando el significante del Falo en cierta medida la totalidad hecha imposible por el hecho de hablar, e invalidando por ese hecho toda operación que apuntase a colmar la falta en el Otro”²⁹⁰.

Ahora bien, como vimos en el *Capítulo II*, la metáfora paterna busca impedir el incesto con la cosa, llevar al sujeto al campo del lenguaje, siendo el punto crucial para Lebrun la castración secundaria, donde debe intervenir el padre real.

Notemos que en este punto la propuesta de S. Amigo y J-J. Rassial ponen en evidencia como opera la intervención de los distintos registros del padre y sus efectos, a su vez quedando un tercer momento de validación o reescritura en la adolescencia (siguiendo en este punto expresamente a Rassial), “en la medida en que el sujeto deberá aceptar no contar más con la intervención efectiva de un Padre real para consentir a la castración”²⁹¹.

²⁹⁰ Ibid, p.29.

²⁹¹ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite- Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal, pp.34-35.

Este punto es central para la problemática desde la orientación de este tercer Capítulo, ya que pareciera todo girar en el modo en que lo social puede incidir en la subjetividad, en otras palabras, de que manera cambios en lo social afectan la castración y la travesía *edípica*.

Por un lado podemos pensar que lo que respecta a la castración primaria esta dado por el efecto del significante, para Lacan es un efecto del Lenguaje, pero la reescritura de esta castración, castración secundaria y a su vez como plantea Amigo, en una tercera operación, existe en un punto de encuentro del sujeto con la civilización.

Para Lebrun es claro que la incidencia del padre real en un segundo momento debe estar apoyado en ciertas condiciones de lo social que estarían siendo atacadas, en este punto, habrá que detenerse a pensar en ese paso y aunque podamos compartir la hipótesis de la relación entre cierto estado de la civilización y la subjetividad, no tenemos tan claro esa lectura directa y casi irremediable.

De alguna manera estará en juego los modos de comprensión y articulación de la función paterna y sus efectos, Lebrun lo plantea de la siguiente forma:

“La función del padre debe operar en alguna medida dos veces: una primera vez, su función es ser, en tanto que padre simbólico, agente de la castración primaria, según la operación de la metáfora paterna, y permitir así que se produzca la significación fálica, en este lugar el padre asume su función sólo como nombre, como símbolo, y en eso es tributario del deseo de la madre... Esta función paterna deberá entrar en juego una segunda vez con respecto a la castración secundaria, tarea que corresponde entonces a la categoría del padre real: aquí

intervendrá como ser vivo de carne y su intervención se sostendrá sólo a partir de su propio deseo²⁹².

Es la ratificación en lo social de esta operación lo que estaría en duda para Lebrun, más aún a la luz del supuesto ocaso del padre simbólico que tendría como efecto entorpecer la intervención del padre real, haciendo mucho más difícil su tarea. Plantea una hipótesis de trabajo que guiara su lectura del problema:

“Nuestra hipótesis es que el advenimiento del discurso de la ciencia, y sobre todo su realización actual, es lo que ha subvertido en profundidad, de una manera inédita y con frecuencia ignorada por la ciencia misma, el equilibrio que hasta el momento existía en la familia, escena de la elaboración de la realidad psíquica del sujeto y crisol de la vida social, y que este hecho ha vuelto desde entonces difícil el ejercicio de la función paterna²⁹³.”

No es menor que Lebrun considere la existencia de un equilibrio anterior, ya que sabemos que de lo que se queja todo sujeto en análisis es precisamente de la ausencia de un equilibrio, sino más bien de las incidencias abusivas en algunos casos o negligentes en otras, de padre y madre.

Pero en esta hipótesis también está en juego una lectura que se podría ubicar en Nietzsche en *La gaya ciencia* respecto a la muerte de Dios, nosotros podríamos leerlo como la caída del orden desde el significativo amo religioso en occidente y el paso hacia la ciencia; en este punto quizás es importante distinguir ciencia de tecno-ciencia y sus implicancias en el discurso capitalista, como veremos más adelante.

²⁹² Ibid, p.34.

²⁹³ Ibid, p.45.

4.2. La primacía de la ciencia: científicismo y técnica

Existe una tensión clara –desde una lectura que inaugura Lacan²⁹⁴- entre la posición de la ciencia moderna que funda el *cogito* de Descartes. A partir del método científico que le otorga un lugar al sujeto en particular; y por otro lado estarían los efectos de la ciencia cuando se une a la técnica en el afán productivo.

Como una breve síntesis, la primera posición de la ciencia implica una negación del sujeto y su verdad, pero sigue sosteniendo en su interior un límite; la segunda se inaugura -para muchos- a partir de los efectos de la segunda guerra mundial, y alude ya a una forclusión del sujeto y una anulación de todo límite. En este olvido de la verdad de la ciencia, se vacía de la subjetividad, pero a su vez sostiene un discurso que podría dar cuenta de lo real de manera completa.

Esta ciencia que alude Lebrun, sería más bien el científicismo hacia el que tiende la ciencia moderna, “la ciencia lleva espontáneamente en su seno el germen del científicismo”²⁹⁵, el cual podríamos equiparar con lo que otros autores han denominado como tecnociencia. Como característica principal el científicismo no incluye el límite en sus bases y pretende concebir todo lo real.

Pero aclaremos que el psicoanálisis trabaja con los efectos de la presencia del discurso científico, en una operación sobre el saber. Ahora bien, como señala Alfredo Eidelsztein²⁹⁶ el saber entendido como red significante, ligazón de significantes, no tiene

²⁹⁴ Lacan, J. (2002). *La ciencia y la verdad (1966)*, Escritos 2. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

²⁹⁵ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite- Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal, p.185.

²⁹⁶ Eidelsztein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Vol.I*. Buenos Aires: Letra Viva.

nada que ver con la técnica que supone esta manipulación de objetos a partir del saber científico.

La ciencia moderna intenta suturar al sujeto dividido, buscando borrar la verdad subjetiva y por su parte el psicoanálisis pretende restituir esa verdad. En este sentido, cuando la ciencia deviene tecnociencia se busca forcluir aquella verdad del sujeto que son su incompletud y la incompletud del Otro, esta última supone que no hay verdad última, que no se puede saber la verdad de la verdad como señala Lacan.

Cuando la ciencia intenta borrar la verdad del sujeto, es cuando surge su malestar diríamos, malestar que describe Freud, precisamente de esto nos enseñan las histéricas de Charcot, su padecer no tiene escucha en la ciencia del momento, lo que le permite a Freud con su invento (el psicoanálisis) darle un lugar a ese malestar.

De esta manera, el sujeto del psicoanálisis es diferente al sujeto de la ciencia, promueve, trabaja y opera sobre concepciones de sujeto opuestas y distintas; lo que no implica que la concepción de sujeto de la ciencia no tenga consecuencia en la subjetividad actual. Así la ciencia moderna busca suturar el sujeto entendido por el psicoanálisis y la tecnociencia realiza una función diferente, forcluyendo esa sutura, no la contempla ni siquiera de manera negada, observando consecuencias diferentes en los sujetos a partir de la clínica.

En estos términos, para Lebrun la ciencia confunde al sujeto al mover el límite de lo posible y evacuando el lugar de lo imposible, que podría en peligro el sentido del límite y en definitiva el sentido común. Situación posmoderna donde estaría en juego la sensación

de cierta omnipotencia “que tenemos como la reactivación mutua del deseo de omnipotencia siempre inscrito en la realidad psíquica de un sujeto y de la reducción de pensamiento inscrita en la modalidad misma de constitución de la ciencia moderna”²⁹⁷.

Se juega una doble tensión entre el límite para el sujeto en lo social y la incidencia del límite para la subjetividad, en tanto, para Lebrun el desplazamiento y luego “anulación” del límite en lo social promovido por la ciencia, trae los efectos devastadores en el sujeto que carece de límite, referente externo a introyectar agregaríamos.

De algún modo es lo que plantea Ehrenberg a propósito del sujeto posmoderno, en tanto al desdibujarse la problemática de la ley y lo permitido, entra en escena en lo social la temática de lo posible y lo imposible, que la ciencia maneja y ofrece.

Lebrun lee una relación entre la declinación del padre y la asunción de la ciencia en el sentido de cientificismo. Es decir, el cientificismo como paradigma social, confabula con la anulación de la función paterna al promover lo ilimitado. En este punto cientificismo y declinación de función paterna se unen para poner en duda el límite en el sujeto.

Así existiría un paralelo entre una ideología totalitaria y esta concepción de ciencia, ciencia que sustenta que todo es posible, pero a su vez se emparenta con la posición femenina en las formulas de la sexuación de Lacan²⁹⁸, en las cuales la mujer esta no toda en la castración, y sin una figura de excepción que les permita constituir grupo. La excepción del lado de los hombres –para Lebrun- es el padre en el sentido de *al menos uno* que constituye el funcionamiento de la democracia.

²⁹⁷ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite- Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal, p.59.

²⁹⁸ Lacan, J. (2008). *El seminario 20: Aun, (1972-1973)*. Buenos Aires: Paidós.

La idea de Lebrun es que ante la ausencia de la excepción, del al-menos-uno que funde la regla, debido a la declinación del padre, se queda con el lugar de lo femenino que no cuenta con una excepción, lo que le permite ser no-toda y oponerse a lo fálico. Lebrun entiende que en este sentido, el lugar de lo femenino y el goce femenino sería sin límites, por lo que se fomenta una posición totalitaria que no concede la excepción que funda la ley.

Esta articulación que hemos sintetizado es al menos osada, ya que en definitiva ubica el lugar del vínculo social democrático del lado del hombre y el totalitarismo de lado mujer. Sin duda, habría que contrastarlo con lo que plantea Tort en términos del ideal fálico de poder sostenido en un patriarcado y la amenaza sufrida en términos de roles perdidos cuando cae este ideal. A su vez habría que recordar que el que la mujer se ubique *no toda* bajo la castración, no es lo mismo que ubicarse *toda no*, en el sentido de estar por fuera de la castración.

El gozo femenino al que alude Lacan, como gozo del vacío, del más allá del falo, supone un vacío bordeado y contorneado, es decir, una posición que goza en el más allá, pero para ir a un más allá, se tiene que establecer ese “más acá”, ese borde desde el cual sumergirse, señala Lacan que “hay un goce, ya que al goce nos atenemos, un goce del cuerpo que está, si se me permite... *más allá del falo*”²⁹⁹. Lebrun en este sentido señala que “el abuso de la posición paterna es querer regular todo a partir de su posición; el abuso de la posición materna es, por el contrario, querer englobar todo”³⁰⁰; pero ¿es lo mismo mujer, que madre y que posición femenina?, al parecer para Lebrun estas nociones son intercambiables.

²⁹⁹ Ibid, p.90.

³⁰⁰ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite- Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal, p.77.

Como vemos, la problemática de lo femenino y el rol de la mujer en la civilización actual es un tema reiterado, Miller lo abordaba anteriormente y como veremos más adelante Tort propone otro punto. Las posiciones respecto al tema son diversas, pero insistimos en la necesidad de distinguir posición femenina como posición de gozo, madre, mujer como distintos niveles y distintos lugares.

Lebrun propone que la madre es totalizadora espontáneamente y el padre es quien viene a regular esa situación. Nos encontramos una y otra vez es en el punto donde el padre regula y no es claro si ese padre debemos homologarlo a la *pérdida* del lugar paterno propuesto por Lebrun, en ese ocaso de padre simbólico el cual ha sido descalificado de su lugar y que no podrá intervenir:

“La función del padre real es transmitir que todos estamos obligados a la confrontación con lo imposible, que enunciarse es la tarea de cada uno, porque es lo que el padre real ha sostenido ya siempre. Para hacerlo, la función del padre simbólico ha debido ser operante e inscribir para cada sujeto la posibilidad de la enunciación. No obstante, para intervenir como padre real, es necesario poder apoyarse en el reconocimiento social de la legitimidad del lugar del padre. Al desacreditar al padre, el efecto que se obtiene es hacer cada vez menos fácil –si es que alguna vez resulta *fácil*- para un sujeto *apoyarse en su falta*; para un sujeto se hace en consecuencia cada vez más difícil sostener lo arbitrario de su enunciación”³⁰¹.

Para Lebrun en este contexto, la existencia de este discurso científico tiene ciertos efectos que comulgan con el abatimiento del padre:

1. El discurso de la ciencia nos hace perder el sentido común: “el sentido común no es mas que el resultado de la instauración del orden simbólico humano que nos caracteriza. Pero cuando nos dejamos llevar por el medio técnico, perdemos nuestras referencias, porque se ha introducido un nuevo dato que subvierte nuestro

³⁰¹ Ibid, pp.87-88.

saber espontáneo, y esa interferencia es lo que hace perder al sujeto el sentido del límite. Gracias a la tecnología de la que se dispone, puede pensar en desplazar lo imposible y se arriesga fácilmente a establecer la confusión con el hecho de poder eliminarlo”³⁰².

2. El criterio de validez que impone la ciencia, implica que funcione con una validez propia e intrínseca que lleva a desvaríos, como por ejemplo explicar toda la conducta humana por el gen, siendo esta una explicación funcionalista.
3. Para el discurso de la ciencia la categoría de lo imposible carece de lugar, determinado de esta manera lo social; la ciencia quería lo imposible pero no implicaba negar esa imposibilidad, lo simbólico no recubre todo lo real, pero el discurso de la ciencia convierte en hacer todo posible en donde el desplazamiento del límite de lo posible supone automáticamente una evacuación del lugar imposible.
4. Se implanta una ley de todo o nada, binaria, eliminando el punto medio, el matiz, a su vez produciendo la forclusión del sujeto en el enunciado.
5. El discurso de la ciencia tiene una pretensión universalizante, pretensión que Lebrun ubica del lado materno.
6. Un sexto efecto es sobre la temporalidad, “la temporalidad histórica es sustituida por una temporalidad puramente operatoria. En la sucesión *pasado, presente, futuro*, en el lugar de un futuro esperado o sufrido, nos enfrentamos en lo sucesivo a un futuro producido”³⁰³. Futuro a su vez potencial, que anula el presente, se vive en ese futuro esperado.

³⁰² Ibid, p.92.

³⁰³ Ibid, pp.103-104.

Los seis puntos anteriores, para Lebrun inciden en una producción de un *simbólico virtual* que no cumplen con las leyes del orden simbólico desde el psicoanálisis, el cual confunde las referencias y parámetros simbólicos en términos de las leyes del lenguaje, generando a su vez un estancamiento en lo imaginario.

Si el padre no ofrece la alteridad y la ley al niño, queda capturado en esa relación imaginaria con la madre, produciendo una estructura inacabada, a la cual se confronta el sujeto posmoderno y que implica un simbólico degenerado:

“Lo que caracteriza lo social actual es que mantiene a voluntad ese tipo de engaño tanto como se puede desear, y que, por ese hecho, el límite, si es que tiene aún curso, no aparece ya marcado por la Ley del lenguaje que teje nuestro vínculo social y de la que el padre no sería más que el representante, sino sólo por un padre que impide que esta plena satisfacción, implícitamente prometida, se cumpla. Ese padre pone fin al sueño de alcanzar la omnipotencia, no ya en nombre de una pertenencia a la Ley de lo social, sino en su solo nombre propio”³⁰⁴.

Esta situación nos podría llevar a una posición perversa en los términos planteados por Lacan ligado a lo imaginario, ahora bien, habría que matizar que no se refiere directamente a producir más estructuras perversas, pero si una posición que se asemeja a ese lugar de tipo perverso. Si quisiéramos ser más exactos, un funcionamiento de tipo perverso en donde imaginariamente todo es posible a diferencia de la estructura perversa donde intenta a nivel simbólico que todo sea posible. Los efectos de esta situación conlleva para Lebrun en producir un *seudo simbólico o simbólico virtual*:

“Por el hecho de mantener la creencia de que *todo es posible* o que *nada es imposible* y permitir así que se evite la confrontación con esta *imposibilidad estructural*, de no dar ya testimonio del encuentro con esta decepción fundamental, todo ocurre como si nuestra

³⁰⁴ Ibid, pp.108-109.

sociedad no transmitiera más la dimensión de las prohibiciones fundadoras, las del incesto y el asesinato, estos últimos crímenes, en acto, la distancia que implica la ley del lenguaje”³⁰⁵.

Esta en juego para Lebrun un contexto social con transformaciones que inciden en lo simbólico afectando la subjetividad. Declinación figura paterna, postulado científicista, simbólico virtual, promoción de lo ilimitado, son maneras de nombrar aquella modificación en la relación sujeto-otro. Aunque la postura de Lebrun a momentos se radicaliza y se ofrece un tanto unidireccional, secuencial y causal, logra nombrar puntos que reconocemos en la posmodernidad e intenta otorgarles un estatuto psicoanalítico a las proposiciones.

En síntesis, la ratificación social del padre sería lo que para Lebrun, estaría en duda en la sociedad actual, específicamente a partir del discurso de La Ciencia en términos de la tecnociencia que subvierte el equilibrio. Se desautoriza lo paterno en pro de lo materno, al sostener que la categoría de lo imposible (la ley) no tiene lugar, confundiendo nuestras referencias. De algún modo, se anularía o evitaría la imposibilidad estructural, la ley del incesto, que no es prohibido por el Otro:

“Lo Simbólico virtual producido por el discurso de la ciencia, al liberarse de la actualización, tiene un efecto des-simbolígeno, puesto que al promover el borramiento de la pérdida implícitamente inscrita en el hecho de hablar, pasa también por prometer su caducidad próxima; debido a esto, corre el riesgo de dejar de transmitir el orden simbólico específico del ser hablante”³⁰⁶.

Para Lebrun “la imposible disponibilidad del objeto es, por su naturaleza significativa, la encargada de significar lo prohibido... si lo prohibido ya no aparece como

³⁰⁵ Ibid, p.111.

³⁰⁶ Ibid, p.112.

sostenido y autenticado por lo social.. la consecuencia es que, en el seno de la familia, el equilibrio entre *la propensión incestuosa de la madre* y la intervención simbólgenea del padre se rompe³⁰⁷, la prohibición del incesto estará a cargo del sujeto, ya no por el Otro, el sujeto se prohibirá a si mismo. Inaugura a su vez, una sociedad que no ratifica la función prohibitoria, la desautoriza y que promueve un vínculo social en este simbólico virtual, vínculo que no trasmiría el orden simbólico del ser hablante. De algún modo es la idea del sujeto posmoderno (Ehrenberg, Lipovetsky) como aquel sujeto autónomo que se autoriza a sí mismo.

La función paterna al no estar sostenida en lo social decae, al igual que el lugar del padre en la familia, siendo su postura radical en este sentido, ya que considera que la función del padre en la familia se encuentra desautorizada por lo social, no pudiendo encontrar un lugar en la cultura de nuestra sociedad posmoderna.

Quizás debemos matizar esta propuesta y confrontarla con nuevos elementos, porque es verdad que se puede cuestionar el rol del padre en la sociedad posmoderna, pero esto no necesariamente implica incidencias simbólicas; ese salto habrá que estudiarlo detenidamente y ver que nos ofrece.

Atribuir al padre la incompletud subjetiva es un mito neurótico como nos muestra Lacan, el cual idealiza al padre y le asigna la causa de su padecer. Precisamente el complejo de Edipo es la construcción histórica, metafórica y fantaseada con la que el neurótico cuenta el origen de su falta atribuyéndosela al padre, “el Edipo hace de la falta un hecho contingente histórico”³⁰⁸. En este sentido la metáfora paterna no tiene estructura

³⁰⁷ Ibid, pp.111-112.

³⁰⁸ Eidelsztein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Vol.I*. Buenos Aires: Letra Viva, p.67.

discursiva, pero si lo tiene el complejo de Edipo, la metáfora introduce el límite y es efecto del lenguaje.

Como señala Eidelsztein “la falta debe estar simbólicamente inscrita y anudada a la función de la ley, pero no se le debiera atribuir al padre, eso sería completar al Otro con un amo”³⁰⁹. En la neurosis se atribuye una causa contingente histórica vía el padre a una dimensión de la castración estructural, efecto del significante, senda atribuida al padre en función de lo que hizo o dejó de hacer. Precisamente este punto desea zafarse Lacan cuando propone un más allá del padre. En este sentido se podría interrogar aquellos efectos acusados al declive del padre y otorgarle el estatuto que le corresponden en los términos señalados.

Para Lebrun el padre debiera ratificar en lo real la imposibilidad del goce absoluto con la madre, goce imposible a partir del lenguaje. Al no poder ejecutar esta ratificación – dado el contexto cultural descrito- el sujeto queda al servicio de la pulsión (de muerte), ya que aunque el objeto de la pulsión está perdido con anterioridad, el *simbólico virtual* “hace creer” al sujeto la posibilidad de poder alcanzarlo, efecto constatable en la ciencia moderna.

El sujeto es llevado a una deriva de goce más que a una orientación hacia el deseo, en este momento Lebrun está concibiendo el goce según lo revisado en el segundo y tercer paradigma que plantea Miller, en el cual el goce es vivido como una trasgresión, efecto de un límite que impone la diferencia con el deseo.

³⁰⁹ Ibid, p.71.

Pero necesariamente esta lectura deberá ser despejada de una visión mítica neurótica y otorgarle el lugar que le corresponde. Si bien se constatan transformaciones sociales, cambios en el lugar del padre, movimientos en la esfera científica, está aún por determinar los efectos de estas nuevas relaciones.

4.3. Estados límites y estado de la civilización.

A la luz de lo anterior, se concibe toda una problemática psíquica (estados límites, toxicomanías) en un estado de la civilización liderado por la falta de límite como barrera al goce, contemplando una feminización de lo social que prescinde del significante fálico. Esta posición es solidaria con la visión de los estados límites descrita a lo largo de este trabajo, sujetos marcados por la pulsión y una deficiente vehiculización del deseo.

El significante fálico es quien pone límite al goce y permite realcanzar el goce en la escala del deseo, en este sentido la feminización se entiende como la ausencia de lo fálico, posición de la que se puede discrepar a partir de lo que señalábamos anteriormente donde lo femenino no es concebido sin límite en Lacan. Lebrun señala:

“Al permitir creer en un posible logro pulsional, la tecno-ciencia se hace cómplice de la pulsión de muerte, y esta complicidad es la que lo Simbólico virtual no desactiva más, llevando a la confusión entre renunciar al propio deseo y renunciar a gozar del objeto primordial del deseo. La renuncia al goce del objeto primordial del deseo garantiza la salvaguarda de la posibilidad del deseo, pero cuando la coyuntura social permite creer en la realización plenamente satisfactoria del deseo, se hace difícil para el sujeto situarse en los paradigmas de lo que puede conducirlo por la vía de su deseo”³¹⁰.

³¹⁰ Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite- Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal, p.116.

A partir de lo expuesto, se estaría jugando en un sistema que hace desaparecer las diferencias de lugares, sexos, generaciones; confundiendo los referentes simbólicos de la vida social, caducando la tarea asignada al padre de actualizar la castración, lo que entiende Lebrun como una postergación constante de la castración.

En otro aspecto de la problemática, para Lebrun la ausencia del ideal no supone la ausencia de todo ideal, sino que el nuevo imperativo es precisamente prescindir del ideal, vivir sin ideología. Este punto se presenta en consonancia con lo que plantean Miller, Lipovetsky, Ehrenberg respecto a la caída del ideal y la propensión al goce; en tanto al eliminar la incertidumbre y fomentar la inmediatez sin límite, se tiende a anular el deseo y favorecer la pulsión a la luz de la omnipotencia que supone no estar subordinado a la castración simbólica que hemos señalado. Sería otra manera de expresar la tesis de Miller en donde ante la caída del ideal se fomenta el goce, pero Lebrun lo comprende desde el repliegue de la función paterna.

Se constituye un sujeto en donde su deseo sería renunciar a la modalidad de goce que prescribe el lenguaje, goce parcial, incompleto, pero posible, y encontrar otro goce susceptible de escapar a los avatares de la imposibilidad, negando la modalidad común de goce. Ejemplo paradigmático de esto se presentan las toxicomanías que “alcanzarían” el objeto de su satisfacción, pero es el modo que se encuentra en el nuevo “paisaje psicopatológico” ligado al devenir de la sociedad contemporánea. El simbólico virtual es un estado límite al permanecer en suspenso el propio simbólico, en el sentido que el simbólico virtual en lo social y los estados límites compartirían esa condición de lo simbólico que pone en suspenso o posterga la instauración del límite.

El suspenso en la subjetividad en nuestras sociedades ha sido elaborado históricamente en un rito de paso, entendiendo la adolescencia como paso hacia la adultez, paso que con el tiempo empieza a alargarse. Este paso adolescente tiene que ver con la producción simbólica y la reescritura de las incidencias de la castración que proponían Amigo y Rassial, procedimiento de confirmación de las estructuras infantiles y de reelaboración de las identificaciones.

Ahora para Lebrun al estar la organización social guiada por el discurso de la ciencia, se pierden las referencias, situación que asocia al surgimiento de las nuevas patologías como los estados límites; estas nuevas patologías que si bien su apelativo de *pathos* puede cuestionarse, dejan claro la configuración de una nueva fenomenología del comportamiento a la luz de una elección de sociedad donde “todo vale”.

Lo anterior conlleva a un relativismo generalizado con la construcción de escala de valores propia (coincidente en este punto con los *comités de ética* propuesto por Miller, Laurent y Lipovetsky), pero aclara que no hace un llamado nostálgico a la tradición ni un retorno de los valores del pasado considerados seguros, llamado que sería una tentativa desde la nostalgia del padre a sumo inviable. Este punto, tanto en Lebrun como otros autores, algo queda pendiente, ya que al atribuir la causalidad de las transformaciones al desfallecimiento del padre, no quedaría otra solución que su restitución. Quizás este punto debe quedar abierto ya que aún es tiempo de ver y evaluar los efectos de las transformaciones sociales en la subjetividad.

El análisis de Lebrun, es coincidente a su vez con Miller al señalar el viraje “de un mundo orientado por la referencia al Padre, a Otro con mayúscula que estaba encargado

de recordar el límite, hemos emigrado hacia un mundo en el que la regla es la inexistencia del Otro con mayúscula”³¹¹. En este sentido vuelve a imponerse la reflexión en torno a un estado de la civilización marcado por la incertidumbre del Otro $S(A_{barrada})$, presentándose como contradictorio para la neurosis este estado, ya que la constitución neurótica se realiza desde Otro completo, lo que se entiende con la atribución al padre idealizado y desde allí se puede emigrar en un análisis hacia los $S1$ sin sentido que comanda la vida del sujeto.

Si bien los dos estatutos del Otro son parte de este espacio tercero, definitivamente no es lo mismo ni se obtienen los mismos efectos desde $S(A_{barrada})$ y $A. S(A_{barrada})$ se ha asociado a los estados límites, pero aun queda la interrogante por los efectos subjetivos de una constitución desde $S(A_{barrada})$. En este punto debemos ser cautos y no obtener conclusiones causales que reduzcan el fenómeno, sino estar abiertos a las posibles lecturas que se desprenden de esta modificación.

Este viraje se presenta a la luz de pensar la sociedad desde el lado de la mujer en el esquema de la sexuación, en el sentido que Lacan propone al ubicar $S(A_{barrada})$ del lado femenino en sus formulas de la sexuación. Podríamos pensar que es lo fálico lo que da consistencia con su semblante y lo femenino se constituye desde una castración “consumada” diría Freud. En otras palabras, la posición femenina tendría una vía más facilitada hacia esa inconsistencia del Otro, al no estar toda sometida a la referencia fálica.

³¹¹ Ibid, p.149.

En este sentido, se piensa lo femenino como una estructura sin límite, (pero habría que aclarar que no implica que las mujeres se encuentren todas en ese lugar) obviando el *al-menos-uno*, dando lugar a un espacio ilimitado que no constituye grupo ni vínculo social, ya que lo social requiere ese al menos uno que sostenga el límite según Lebrun, y por eso no se pueden prescindir del padre como tercero, del lenguaje, el falo.

En esta lógica se suplantán posiciones y lugares que para Lebrun debieran mantenerse, siendo el discurso de la ciencia, en el mejor de los casos, vehiculizador de la función paterna de la madre y no del padre. Esta situación traerá consecuencias en el devenir del sujeto, por un lado se puede pensar que las “nuevas patologías como provenientes, no tanto de resistencias contra el orden fálico como defensas contra el desorden consiguiente a la desinscripción del significante fálico”³¹². Conlleva una eliminación del poder de represión y simbolización promocionando la satisfacción pulsional y rechazando la representación, virando hacia lo inmediato, hacia el cuerpo (en contraste con el goce fálico que se pone fuera del cuerpo), sintomatología evidentemente posmoderna.

Lebrun está apuntando hacia la necesidad del límite que inscribe el falo, la duda que surge es si contemplar la posición femenina desinscribe lo fálico. A nuestro parecer, la posición femenina contempla lo fálico y va más allá, lo que cuestiona es la referencia única a lo fálico y en ese sentido podría ser al padre también. En otras palabras, no implica un desorden necesariamente, sino ir más allá de lo fálico en su goce, pero a partir del límite que establece el falo. La posición masculina quedaría atrapado en lo fálico sin poder dar ese paso.

³¹² Ibid, p.154.

En conclusión, de alguna manera, Jean-Piere Lebrun considera el malestar actual como efecto de la declinación de la función paterna que provoca eludir la diferencia, borrar el al-menos-uno, desimbolización que ya no pone límite a lo imaginario. Duplicación materna en vez de sostener la intervención tercera del padre, como modos de defensa a la castración. Ahora bien:

“Su novedad se debe, no a una nueva estructura de la psique, sino a una nueva posibilidad de contravertir las leyes del lenguaje. Si hasta hoy el sujeto podía aprovechar los avatares de su historia familiar para evitar tener que someterse a esas leyes, lo que también debemos tener en cuenta ahora es que el sujeto puede aprovechar lo que le es presentado en lo social para no tener que asumir las consecuencias”³¹³.

³¹³ Ibid, p.158.

5. El Discurso Capitalista y la Tecnociencia: el malestar contemporáneo.

El análisis de la problemática límite en un cruce con el estado de la civilización, tiende a la promoción de la idea de un fomento del goce por sobre el deseo. La propuesta central plantea que las condiciones sociales impulsadas por el discurso científico a la luz del discurso capitalista, ofrecen una relación a los objetos de goce diferente al camino del deseo, evadiendo la castración.

Este vuelco o quiebre tiene su complejidad, ya que la discusión se mueve en una línea fina que diferencia el estatus del objeto pulsional y del deseo. En otras palabras, la cuestión es cómo definir una promoción de objetos que niegue la castración, de un modo que no sea el uso cotidiano en la neurosis que pretende con el objeto taponear la falta.

En este sentido el problema gira en torno a esta nueva vertiente del objeto, promovida por la cultura, que no se considera una nueva vuelta neurótica en su afán de escamotear la castración, no querer saber nada de eso. O bien estamos frente a un estatuto nuevo que pretende resolver el vacío del sujeto de un modo diferente.

El uso del objeto en la neurosis como tapón de la castración no hace desaparecer la inscripción de la prohibición, solamente aplaza la asunción de la verdad subjetiva de cada cual. Sostener al Otro completo a través de los objetos es un esfuerzo que irremediabilmente da cuenta de la existencia de esa falta, es efecto de lo simbólico que muestra la presencia de un sujeto barrado por su palabra.

Cuando por ejemplo el mercado a través del marketing ofrece los últimos inventos (ipod, ipad, tv lcd, etc) y nos propone alcanzar la felicidad con esa compra, cada uno entra en la ilusión de contar con un elemento que complete su subjetividad, *era lo que me faltaba*, se suele decir para justificar una compra a veces absurda. Igualmente constatamos una y otra vez que en el momento de conseguir ese bien, surge el ipad 2.0 o las vacaciones en el caribe como muestra de nuestra próxima necesidad. Esa es la evanescencia del deseo, una quimera que nos confunde y moviliza una y otra vez.

En este contexto, la hipótesis promovida a propósito de los estados límites es otra. Se propone un uso del objeto que colma en otro registro, mejor dicho no solamente colma una carencia, sino que ofrece una negación de la falta. Objetos que no entrarían en la dinámica del deseo contemplando la prohibición y la ley, sino objetos de la pulsión. Esta relación de objeto esta sostenida sobre un discurso que no contemplaría la castración, sería más que una nueva vuelta del discurso de todo neurótico que no quiere saber nada de la castración. Más bien es un estado de lo social que subvierte el vínculo, ofreciendo renegar la finitud y posesionando lo ilimitado.

Precisamente a esta posición alude Lipovetsky en su comprensión de la posmodernidad como una hipermodernidad que reorganiza lo social en la búsqueda de satisfacción inmediata en un consumo impaciente.

Si el capitalismo se construyó sobre una moral ascética protestante que promovía la postergación y el ahorro como sus virtudes, las sociedades de consumo neoliberales post segunda guerra mundial subvierten estos principios, lo trituran y promueven un

nuevo sujeto social. El exceso y la producción desenfrenada marcan la segunda mitad del siglo XX, en un espiral tecnocomercial sin precedentes.

En este sentido, el psicoanálisis ve una homologación a la búsqueda de la pulsión en ese afán sin límite de satisfacción sin postergación, precisamente desde este nuevo punto de vista será revisado la relación sujeto-cultura a partir del discurso capitalista y tecnocientífico.

5.1. De la ciencia a la técnica: el discurso capitalista.

Como veíamos anteriormente, el psicoanálisis es heredero del surgimiento de la ciencia moderna, pero a su vez los efectos de esta ciencia desprende sobre los individuos un malestar que Freud localiza, siendo sobre este malestar el cual el psicoanálisis ofrecerá algún tipo de respuesta. Pero pese a lo anterior, algunos psicoanalistas reconocen una torsión en este fenómeno que genera una nueva tensión, podríamos decir que el malestar posmoderno y el sujeto que se desprende de este momento, es solidario con una transformación de la ciencia en un cruce con el modelo de producción capitalista.

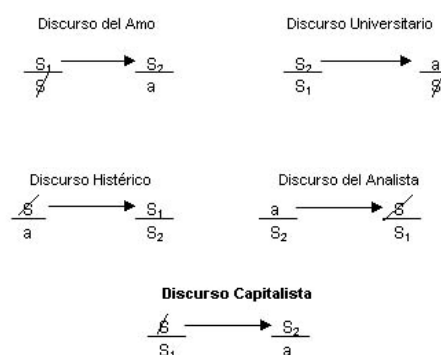
Los psicoanalistas Jorge Alemán y Sergio Larriera en numerosos trabajos conjuntos, proponen que los efectos conflictivos en la subjetividad actual no están tanto del lado de La ciencia, sino más bien en la transformación de la ciencia en tecnociencia a la luz del discurso capitalista. Metamorfosis de la cual la ciencia se desentiende y se presta para un juego de tintes *perversos* en el sentido de suspender el vínculo social. Es decir, La ciencia moderna (que se desprende del *cogito* cartesiano) realiza un pliegue sobre sí esta vez anudada con la técnica y el discurso capitalista. Así, la ciencia ya no

podrá desprenderse de la técnica en el marco del discurso capitalista, provocando ciertos efectos en lo social. La conjunción descrita por Alemán y Larriera la llaman “tecnociencia”.

Entendiendo que el psicoanálisis comienza a partir de una cierta concepción de la ciencia, esta concepción muta o se transforma a propósito de la impronta del discurso capitalista. Este cambio trastoca a su vez el propio vínculo, ya que como veremos la tecnociencia se ofrece como paradigma de producción, pero también promueve un tipo de sujeto desde el discurso que sustenta.

En este sentido Silvia Amigo³¹⁴ describe el mismo fenómeno al mostrar la diferencia entre la ciencia y el discurso científico, la ciencia entendida como la ciencia moderna y por otra parte el discurso científico, el cual en una combinatoria con el discurso capitalista forcluye el sujeto a partir de su ilusión totalizante, forcluye diríamos, el sujeto dividido por su palabra y su deseo. De otro modo Jean-Pierre Lebrun llama a este fenómeno el cientificismo, que no porta límites y pretende conocer la totalidad de lo real.

Cuando Lacan propone sus *cuatro discursos* (Discurso del Amo, Discurso Universitario, Discurso del Analista y Discurso Histérico) en su *Seminario 17*³¹⁵ propone cuatro modalidades de estar en el lenguaje, pero con la cualidad de hacer vínculo social. “El discurso, en tanto lazo social, se soporta en el lenguaje”³¹⁶, son cuatro



formas de hacer lazo social y en las cuales estaría en juego el inconsciente, de otro modo no hay forma de vincularse. Cada discurso connota el encuentro de un sujeto con el par

³¹⁴ Amigo, S. (2007). *Clínica del cuerpo*. Rosario – Argentina: Homo Sapiens Ediciones.

³¹⁵ Lacan, J. (2008). *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis, (1969-1970)*. Buenos Aires: Paidós

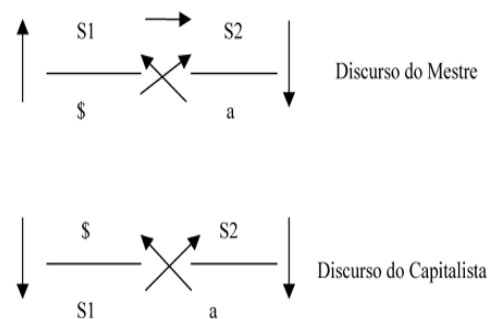
³¹⁶ Alemán, J. & Larriera, S. (2009). *Desde Lacan: Heidegger*. España: Miguel Gómez Ediciones, p.158.

significante y con el plus de goce ($\$ - a - S1 - S2$), pero los cuatro lugares suponen una imposibilidad en su circulación, es decir, en el propio discurso está inscrita la imposibilidad de determinar la verdad de la operación discursiva, en tanto está presente la castración.

Desde esta lógica, no hay posibilidad de estar fuera del discurso, el sujeto se posiciona de distintas maneras en cada discurso y establece un tipo de lazo peculiar. Es decir, los discursos, como modo de estar para el ser hablante, enlazan al sujeto con lo social.

Jaques Lacan el 12 de mayo de 1972 en una conferencia pronunciada en la ciudad de Milán bajo el título “*Del discurso psicoanalítico*”³¹⁷ da a conocer lo que él llamara una

perversión del discurso del amo, *el Discurso Capitalista*, discurso que imposibilita el lazo social mismo. Cierta modificación de los lugares de los elementos y cambio de los vectores que conllevan un modo discursivo que anula la imposibilidad y pone en



duda la posibilidad enlazar a lo social. Lo plantea como una torsión del Discurso del Amo, siendo este Discurso Capitalista “locamente astuto” y señala como “una pequeña inversión simplemente entre $S1$ y $\$$ ” implica consecuencias importantes, esta torsión “es suficiente para que esto marche sobre ruedas, no puede marchar mejor, pero justamente marcha demasiado rápido, se consume y se consume tan bien que se consume”³¹⁸.

El Discurso Capitalista representa esta época de producción desmedida de objetos, en una disponibilidad absoluta de ellos, con un “transito acelerado y en todas las

³¹⁷ Lacan, J. (1972). *Del Discurso Psicoanalítico*, 12 de mayo 1972, presentación Universidad de Milán.

Versión Ecole Lacanienne de Psychanalyse. Inédito.

³¹⁸ Ibid.

direcciones de infinidad de objetos de la técnica”³¹⁹. Si el sujeto del inconsciente a renunciado al goce absoluto procurándose un modo parcial de goce (*plus de goce, objeto a*), cómo entender los efectos de un discurso que le ofrece otra salida. En este sentido se plantea un nuevo problema, ya que si la renuncia de goce conlleva una recuperación de goce parcial en el fantasma, es decir se hace necesario una cierta renuncia para realcanzar en la escala del deseo (fantasma por excelencia); cómo comprender los efectos de esta variedad del Discurso del Amo.

Podríamos cuestionar la categoría de discurso, en tanto, al no establecer límite interno, imposibilita la función de lazo social. Esta circularidad no fomenta la búsqueda en el campo del Otro, ya que este *discurso* se muestra como cerrado internamente bastándose con sus propios objetos. Al no establecer en su lógica interna la imposibilidad que lleva a todo sujeto hacia la búsqueda en el campo del Otro; la circularidad que promueve implica que no es necesario ir hacia el otro para la satisfacción, ofrece una satisfacción total diríamos.

Necesariamente de este discurso se desprende un nuevo sujeto, diferente al sujeto barrado por la castración; Amigo lo describe como “sujeto de la apetencia y no del deseo, sujeto no dividido por el *a*, sino consumidor de objetos que no lo castran”³²⁰, es el sujeto de la hipermodernidad que describe Lipovetsky.

En este punto surge la pregunta que se plantea al comienzo respecto al estatuto de este objeto que no castra al sujeto. Quizás lo podamos entender en el sentido de un discurso que promueve un objeto siempre suficiente y accesible. Por ejemplo el tóxico se

³¹⁹ Alemán, J. & Larriera, S. (2009). *Desde Lacan: Heidegger*. España: Miguel Gómez Ediciones, p.174.

³²⁰ Amigo, S. (2007). *Clínica del cuerpo*. Rosario – Argentina: Homo Sapiens Ediciones, p.295.

plantea como una sustancia que satisface completamente -por un instante por lo menos- y sostiene una posición de búsqueda incesante en la persona adicta. La droga en ese sentido no se plantea en la línea del deseo, de identificaciones e idealizaciones, no se escucha en el adicto algo así como *que bien me veo consumiendo*; sino que se busca una satisfacción directa que no incluye un discurso del Otro, es el sujeto y su objeto total.

Como señala José Miguel Marinas³²¹ el objeto se dota de la (supuesta) cualidad de colmar, pero no solamente en la ilusión imaginaria que en el neurótico se ve desbancada por la imposibilidad de cierre en lo simbólico, sino en la línea del consumidor que la cultura de consumo cierra en personas “uniforme-individualizadas”, eliminando la peculiaridad de cada sujeto.

El Discurso Capitalista se concibe de esta manera en un rechazo de la verdad de la castración, estableciendo un circuito circular sin interrupción, situación que llevada al extremo en unión con la técnica y supone una distorsión de la relación del sujeto con el inconsciente y el deseo:

“El hecho de que la civilización está supeditada a la ciencia y la técnica implica una distorsión radical: la ignorancia del inconsciente y de sus consecuencias, el deseo y el sujeto. El rechazo del sujeto, parcialmente realizado por los discursos científico y técnico, alcanza su consumación en el discurso capitalista”³²².

En el discurso capitalista, Lacan cuestiona ese sujeto que no depende de nada al conectar lugares y no operar la imposibilidad que hemos llamado castración. En ese sentido se debate su cualidad de experiencia humana, al buscar una “nueva subjetividad” que sería un *sujeto capitalista* que no tiene en cuenta las consecuencias, los efectos de

³²¹ Marinas, J. A. (2004). *La ciudad y la esfinge*. Madrid: Editorial Síntesis.

³²² Alemán, J. & Larriera, S. (2009). *Desde Lacan: Heidegger*. España: Miguel Gómez Ediciones, p.180.

existir en el discurso y la palabra. No contempla la postergación y la prohibición que supone el deseo, o como lo señalaba Freud a partir del principio de realidad que busca relanzar el deseo de un modo postergado, manteniendo el suspenso.

La satisfacción inmediata ha sido entendida por el psicoanálisis como la pulsión de muerte, aquella vertiente de la pulsión que insiste sin freno no contemplando el camino del deseo. Esta expresión la reconoce Freud en los sueños traumáticos que insisten de cómo realización de deseo, pero también la podemos observar en toda una gama de manifestaciones sintomáticas que se ha descrito en los estados límites, tales como cortes en el cuerpo, acting suicida reiterado, descontrol de impulsos, abuso de sustancias, etc.

Lo que llama la atención sobre todo, es la unión entre discurso capitalista y técnica, en el sentido de que hay una transformación desde aquella ciencia moderna que ocultaba la verdad del sujeto, como sujeto dividido por la palabra, pasando hacia una tecnociencia que se ofrece al servicio de la pulsión de muerte. Esto lo plantea Alemán siguiendo a Heidegger, al proponer que en la base de la ciencia moderna está una técnica que se aleja del campo epistemológico de la ciencia, es decir, en el interior de sus fundamentos se encontraba esta posible torsión.

La ciencia como dominio humano contempla construcciones de saber que conciben un límite, en tanto cada ciencia es un saber compartimentado de *esto o aquello* con cierta especificidad de campos, en otras palabras, “la ciencia moderna existe, mientras el sujeto del *lapsus*, del sueño o fantasma, se mantenga en *exclusión interna al discurso*

*científico*³²³, en la línea del olvido del ser que plantea Lacan en *La ciencia y la verdad*³²⁴, el olvido del sujeto cartesiano, olvido que supone su presencia pero negada.

Así se pasa de la primacía de la ciencia a una amalgama tecno-científica, comandado por la técnica, “mientras la ciencia padece el retorno de lo reprimido en sus momentos de dislocación, rupturas epistemológicas, emergencias de nuevas invenciones, nuevos paradigmas incomprensidos, etc., la técnica solo promueve el retorno de lo forcluido en lo real”³²⁵, no concibe un sujeto barrado.

Se puede decir que la ciencia moderna promovía un discurso semejante al discurso histórico en el cual se producía un saber con la verdad oculta para el sujeto, la verdad de su división. Es en este sentido que existe el lapsus u otras manifestaciones de lo reprimido, aunque sea excluido internamente en el discurso, pues las propias fracturas de la ciencia, con cambios de paradigma, cuestionamientos de modelos, etc., muestran ese retorno de lo reprimido como un saber no completo ni clausurado internamente.

Pero la tecnociencia, como modo imperante de la ciencia a partir de la segunda mitad del siglo XX se muestra como una torsión donde el saber se anuda a la pulsión de muerte, en tanto, la técnica no tiene sujeto, es una “voluntad acéfala sin límite”³²⁶. Introduce lo ilimitado, al modo de un olvido consumado del ser, es el olvido del olvido ya como forclusión retornando en lo real lo forcluido, siguiendo la máxima lacaniana. En este sentido no sustenta la castración, ya que se ofrece como discurso que no tiene límite.

³²³ Ibid, p.50.

³²⁴ Lacan, J. (2002). *La ciencia y la verdad (1966)*, Escritos 2. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores

³²⁵ Alemán, J. (2009). *Para una izquierda lacaniana...* Buenos Aires: Grama ediciones, p.52.

³²⁶ Ibid, p.51.

Si la ciencia moderna asumía de algún modo su límite, la tecnociencia a la luz del discurso capitalista lo anula; desde este nuevo orden lo importante es la producción, producir bienes en una lógica de todo es posible, lo que no está inventado ahora podrá ser creado. Todas estas son máximas de este orden y que se puede ilustrar con el paradigma científico-biológico imperante actualmente que busca dar cuenta completamente de la subjetividad y entregar todas las respuestas de lo humano a partir de la genética por ejemplo.

Para Alemán la técnica no es la mera continuación de la ciencia, si bien en la base de la ciencia moderna existía la innovación técnica, es el empuje sobre la ciencia hacia el discurso capitalista lo que conforma esta primacía tecnocientífica. Se alían de este modo técnica, política y mercado, en donde lo no descubierto está por llegar y puede llegar para todos, en una exclusión de la subjetividad, en tanto se ofrece un saber absoluto naturalizando esta posición. Se ha convertido de algún modo en una ideología totalitaria que se presenta como **EL** modo de dar cuenta de la verdad y no como **UN** modo de hacerlo.

Lo que se está planteando en síntesis, es que existe a mediados del siglo XX una transformación profunda en lo social, afectando severa y profundamente cuestionando el modo de ser sujeto (en falta) y la manera de enlazar lo social. Por un lado estos cambios tienden a promover o fomentar un sujeto que no contempla la imposibilidad y a su vez se establece un tipo de vínculo social que debate internamente la concepción de vínculo, al no concebir el límite y cuestionar la castración. Se cuestiona la singularidad del sujeto, la posibilidad de concebir el no-todo de la estructura y la vía de recuperación de goce como

plus que se obtiene una vez establecida la imposibilidad interna de la estructura, es decir, la castración.

Al posicionarse como discurso imperante afecta lo social en todos sus niveles, organizando mayoritariamente a los sujetos. De esta manera se promueve un tipo de vínculo que dista mucho del vínculo promovido desde la imposibilidad, desde aquella imposibilidad de cerrar al sujeto sobre sí, de agotar la subjetividad en un objeto o reducirla a un significante que comande la operación.

Esta lógica se reconoce en un estado de la civilización donde la ciencia devenida tecnociencia ya no contempla el límite como decíamos, se ofrece capaz de todo, solo faltaría tiempo o algún conocimiento que está por venir, para dar con la respuesta completa. En este sentido, ofrece un real accesible completamente -a diferencia del real lacaniano- donde todo puede encontrar su respuesta y su solución, solo falta el avance de esta ciencia. El real lacaniano se constituye desde lo imposible, lo es un real reducible completamente por el significante, se escapa a ello, por eso se opone a la lógica totalitaria de la ciencia que pretende decir todo de lo real, explicarlo todo, encontrar todas las respuestas.

Podemos agregar que se ofrece este paradigma contingente, como si fuera algo naturalizado, casi un modelo perfeccionado de los anteriores que vendría a cerrar el círculo del progreso; y a su vez se plantea como el garante último de la verdad. Basta con observar la tendencia actual a validar todo tipo de saberes con estudios empíricos y a momentos validar lo que el propio “sentido común” señala, pero en tanto no este “respaldado” por un estudio “científico”, no cuenta para validarse en lo social.

A lo anterior se conjuga un engranaje con el modelo productivo, modelo que ya deviene discurso en tanto ordena el ser del sujeto en el mundo actual. Como señalábamos, la globalización y la primacía de un modelo capitalista neoliberal, promueve un modo de estar en el mundo ligado a los bienes, bienes que definen identidades pero a su vez que se construyen desde la lógica de la producción indiscriminada y desmedida. Esta lógica es en la línea de la pulsión de muerte que no tiene descanso, ni fin, ni meta mayor que la propia satisfacción.

Este entramado tecnociencia y discurso capitalista confluyen para determinar o intentar definir el devenir de individuos en el mundo contemporáneo. En este sentido no es un modo de producción más, sino un discurso que promueve una subjetividad y un modo de estar en sociedad, de vincularse y de ser sujeto.

Un buen ejemplo de lo planteando, lo podemos encontrar en la propuesta del premio Nobel en Economía Paul Krugman, a propósito de la discusión sobre el calentamiento global como efecto de las emisiones de CO2 y producción desreglada del último siglo. Propone que la solución ya no pasaría por una decisión global mancomunada, que vendría siendo representante de un período donde el amo político si gobernaba, si no más bien de una decisión individualista, más representativo de la sociedad posmoderna expresada por Lipovetsky, señala:

“El altruismo no puede resolver de forma efectiva el problema del cambio climático. Cualquier solución seria debe depender principalmente de la creación de un sistema que de a todo el mundo motivos egoístas para generar menos emisiones”³²⁷.

³²⁷ Krugman, P. (2010). *Cómo construir una economía “verde”*. En El País, domingo 25 de abril de 2010. Numero 1.277.

Apela de algún modo a una resolución egocéntrica más allá del bien común social, acorde a una política económica capitalista, que no implica una renuncia sino seguir consumiendo de otra manera. Como bien señala Alemán, el discurso capitalista pone en tela de juicio al sujeto que se desprende del S1 y S2, “el sujeto consumidor neoliberal tiene todo el tiempo un acceso al goce fuera de la castración”³²⁸.

Este sujeto no está articulado a un significante amo ni a una identificación simbólica. No está en juego el intercambio simbólico que incluye la renuncia al goce absoluto con la posibilidad de recapturar un plus de gozar vía objeto *a*, vía deseo, vía búsqueda en el campo del Otro; sino, su identidad se convierte en ser de goce dándole una consistencia al ser y no una falta al ser.

Entender al sujeto como efecto del significante admite contemplar la falta, aceptar la pérdida de gozo que supone el hecho de hablar, pero a su vez comprender realcanzar con el deseo, con la fantasía, con la palabra, con el síntoma y en definitiva las relaciones que cada cual establece, un gozo diferente con el cuerpo y la palabra en sociedad. Esa búsqueda nos lleva el deseo y en el campo del Otro ubica la satisfacción, implica un movimiento de apertura desde la carencia del ser, tendencia obstaculizada por este discurso imperante llamado tecnocientífico.

Quizás la diferencia del objeto que se ofrece desde el discurso capitalista con el objeto metonímico del deseo, está en el carácter imposible sobre el cual se funda el deseo. Mientras que el discurso capitalista en su unión con la tecnociencia ofrece un carácter posible, necesario y existente en la promesa del objeto por encontrar en el futuro

³²⁸ Ibid, p.34.

próximo.; el objeto de deseo se construye como perdido e inalcanzable, el cual es capaz de movilizar al sujeto en una búsqueda hacia un encuentro con el Otro.

El objeto ofrecido por el discurso capitalista no castra al sujeto, como señalaba Amigo, es un objeto de la satisfacción completa, como sería la droga, objeto que si no existe todavía, la tecnociencia podrá crear luego. Se constituye además no como imposible, sino como posible, creable y manipulable por la técnica, en un discurso que sostiene esta posibilidad en definitiva.

El objeto puede ser el mismo, pero se funda por un lado en el deseo, desde la imposibilidad del encuentro con el objeto perdido, con el objeto **a** que causa el deseo. Mientras la fusión discurso capitalista / tecnociencia se funda sobre la anulación de la imposibilidad, sobre la inexistencia de lo que hemos llamado castración, el objeto no está perdido, sino más bien aun no está creado.

Esta es una hipótesis que se desprendería implícitamente de la propuesta de Amigo y Alemán, en tanto, el estado actual de la civilización en los términos que establece la amalgama tecnociencia/discurso capitalista que hemos descrito, no fomenta la castración, ni la constitución de objeto **a**, objeto en donde confluye para Lacan la causa del deseo y el modo de captura del goce en un plus.

El objeto **a** se funda como objeto perdido, imposible y vacío, pero vemos que el objeto que se ofrece actualmente se presenta como posible, consistente y recuperable en la producción de la técnica; promueve una relación distinta del sujeto con sus objetos y necesariamente se desprende un vínculo social diferente.

5.2. El otro malestar.

En el contexto que hemos descrito, podemos volver a pensar el malestar actual. Como señalábamos a propósito de la propuesta freudiana, existiría un malestar distinto a lo planteado por Freud, o mejor dicho, el malestar de la civilización que propone Freud, se ve trastocado a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Comienza a configurarse un modo de estar en la cultura que difiere de las máximas freudianas de una cultura que restringe la satisfacción pulsional al sujeto. La amalgama tecnociencia y discurso capitalista –como se ha descrito- ofrece una respuesta distinta al problema y por ende podríamos pensar que también se desprende de ella un malestar diferente. Se encuentra más allá del malestar inherente a la pérdida para el sujeto del objeto natural por efecto del lenguaje, aquel objeto del instinto que en el ser hablante se encuentra irremediablemente perdido.

José Miguel Marinas³²⁹ plantea que el malestar actual es el de la cultura de consumo en un capitalismo de consumo que decanta post segunda guerra mundial. Si bien Freud percibiría los inicios de este cambio social y subjetivo, es a partir de los efectos de este cambio que se implanta un nuevo modo de ser sujeto. Este sujeto social estará marcado por el ideal de abundancia y continua innovación, es también el ideal de lo nuevo (Lipovetsky, Miller) que fomenta un carácter dinámico y continuo, acelerando los ritmos y fomentando rupturas pero sin consistencia del ideal común.

Las formas actuales del malestar en la cultura, se fundamentan en este contexto de falta de límites (Marinas, Alemán, Amigo, Lebrun), el conocimiento sin límites, la

³²⁹ Marinas, J. A. (2004). *La ciudad y la esfinge*. Madrid: Editorial Síntesis.

producción ilimitada, una ciencia devenida técnica que reniega sus límites; precisamente un contexto opuesto al de restricción que proclamaba Freud en su análisis de la cultura.

Podemos hipotetizar que los estados límites de la personalidad evidencian este nuevo malestar, lo hacen propio y lo encarnan en su cuerpo. Toda una gama de síntomas de la pulsión lo expresan, nos lo enseñan. No es el retorno de lo reprimido por la insatisfacción que planteaba Freud, sino un nuevo fenómeno, una manifestación diferente aun pendiente de aclarar, pero que nos muestra trazos y enuncia un estado de la clínica posmoderna.

Cuando observamos el sujeto que promueve el discurso capitalista, reconocemos la antítesis del sujeto psicoanalítico, aquel sujeto vacío y sin sustancia que proponía Lacan. Se contrasta con aquel sujeto presentado como individuo de mercado, donde precisamente el mercado tiende a darle una identidad, esta identidad promueve un cierre al sujeto, no su indefinición. El consumidor no es ni hombre ni mujer, no requiere una posición sexuada inconsciente, basta con entrar en el “target” deseado y someterse al perfil requerido. ¿No es precisamente esta suspensión de la posición sexual lo que se refiere Amigo y Rassial?. En el sentido de ofrecer en los estados límites una postergación de la posición sexual que debe ser reafirmada para la adultez, posición que la adolescencia debe ser confirmada -dice Rassial- y en los estados límites queda detenida.

De esta manera, la falta de límite y esa falta de contención para lo nuevo (Marinas), va minando al sujeto y provocando su malestar. Se produce una cierta paradoja en este nuevo escenario, ya que el progreso moderno amparado en las nuevas tecnologías de producción, ofrecía una cierta felicidad en esta abundancia, se podrían satisfacer las

necesidades materiales (aclaramos que solo para algunos en definitiva). Pero como señala Marinas “tal vez no haya mayor violencia que la que ejerce la inagotable disponibilidad de cosas”³³⁰; es decir, la abundancia no trajo la tranquilidad esperado, sino que saturo al sujeto, lo presiona hasta homologarlo con el consumidor, otorgándole una identidad y su “satisfacción” permanente. Esta subjetividad es la expresión de la posmodernidad como lo describíamos en la introducción.

Como señala Alemán, “la miseria moderna no es la no satisfacción de las necesidades materiales... sino estar a solas con la pulsión de muerte en el declive de toda la estructura simbólica”³³¹. Esa es la voluntad de satisfacción del sujeto promovido por el discurso capitalista, que se ve realizado con mayor claridad en el toxicómano, el cual se convierte en un ser adicto volcado a su pulsión, despojado de su palabra y consumido en la droga.

Este malestar se liga para muchos autores (Miller, Lebrun, Amigo, Rassial, Alemán) precisamente con la caída de lo simbólico que supone el declive del Nombre-del-Padre que declara el desalojo de lo simbólico en pro de lo real e imaginario. Este declive tendrá que ser matizado (Michel Tort) para no caer en apologías alarmistas. Pero sin lugar a dudas pone en juego la problemática del Nombre-del-Padre en el estado de la civilización actual. La interrogante sigue abierta cuando pensamos en los cambios sociales de la figura paterna en el último siglo, en contraste con la función simbólica de la ley que encarna la ley paterna de prohibición. Son elementos diferentes por cierto, pero tienen incidencias a revisar.

³³⁰ Ibid, p.174.

³³¹ Alemán, J. (2009). *Para una izquierda lacaniana...* Buenos Aires: Grama ediciones, p. 39.

Se puede reconocer en este estado de la civilización un empuje hacia lo pulsional, que hemos descrito como empuje avalado por el discurso capitalista en la unión con una tecnociencia imperante; ahora bien, en este contexto cuesta pensar un cambio o salto hacia el sujeto vacío o aquel sujeto de lo inconsciente que plantea el psicoanálisis. En este sentido, Lacan en su presentación en la Universidad de Milán, plantea que el discurso capitalista es un discurso “locamente astuto, pero destinado a estallar”³³², y entiende que en definitiva es insostenible. Pese a esto, no es tan fácil vislumbrar un quiebre interno al discurso que se ofrece como cerrado, sin fractura y que a su vez reabsorbe todo tipo de crisis de un modo tal que no ofrece grietas.

Como señala Alemán, “la salida histórica es irrepresentable, porque talvez convenga dejar por ahora vacío el lugar que surja más allá o después del capitalismo... [en donde] no hay una semántica anticapitalista siempre hay una tensión hacia un significante nuevo y aun por descifrar”³³³. Es decir, pensar en un vuelco que no signifique una reabsorción por el propio discurso capitalista, no se presta por el momento claro, pero la realidad del discurso capitalista no es definitiva como ninguna realidad histórica, es un hecho contingente que se ha naturalizado, se ha convertido en un modo habitual de estar en lo social.

Hay que aclarar que esta tendencia tampoco anula toda la esfera de lo simbólico, es decir, no es que estemos en un mundo que solo promueve la psicosis o los estados límites; sino que coexisten en el estado de la civilización distintos modos, pero desde el discurso capitalista, se presiona a los sujeto hacia nuevas esferas que debemos estar atentos para poder interrogar sus efectos.

³³² Lacan, J. (1972). *Del Discurso Psicoanalítico, 12 de mayo 1972, presentación Universidad de Milán*. Versión Ecole Lacanienne de Psychanalyse. Inédito.

³³³ Alemán, J. (2009). *Para una izquierda lacaniana...* Buenos Aires: Grama ediciones, p. 17.

En este sentido, aunque Lacan contemple lo insostenible del discurso capitalista, se puede pensar el salto hacia otro discurso, en tanto se requiere un nuevo significante amo que reordene el discurso. Pero este significante nuevo tendría que venir a operar como efecto de interpretación, es decir, que no debe ser una mera repetición del pasado (tensión socialismo / capitalismo), en el sentido de intentar sustentar un estado anterior, por lo que queda en suspenso esa operación.

Si restituimos en un esfuerzo nostálgico el discurso del padre o de la tradición, no estaremos aportando un significante nuevo que desbanque al discurso capitalista, sino que ofreceremos una salida ya obsoleta. En este sentido un S1 nuevo solo podremos conocerlo por sus efectos, a posterior, como una interpretación, en tanto operó y puso límite al discurso capitalista. En el momento en que se intenta premeditadamente suponer un cambio, constatamos que esta novedad es una “pseudonovedad”, por ejemplo una reintroducción de soluciones antiguas, que en definitiva son reabsorbidas por el propio discurso capitalista.

Como bien señala Amigo, hay un tiempo de atención y de lectura para esclarecer si hay una novedad creativa o secuelas de este discurso, “aún no estamos en el tiempo de comprender, lejos del momento de concluir”³³⁴.

³³⁴ Amigo, S. (2007). *Clínica del cuerpo*. Rosario – Argentina: Homo Sapiens Ediciones, p.299.

6. El mito de la declinación del Padre.

En contrapunto con Lebrun, la propuesta de Michel Tort, lee la problemática en torno al rol del padre en la teoría psicoanalítica a la luz de la supuesta declinación. cuestionando sus consecuencias vaticinadas como catastróficas desde distintos discursos y en especial desde una parte importante del psicoanálisis.

De algún modo podemos entender el esfuerzo de Tort como un trabajo deconstructivo –en términos derridianos- de la figura del padre y su consecuencia en la teoría psicoanalítica, en especial en Freud y Lacan, y sus seguidores. En este contexto, revisará lo que históricamente ha estado ligado a la figura del padre, principalmente en representaciones de poder, junto con el discurso imperante sobre su supuesta declinación, señala:

“Al comienzo, estaría el Padre, que sería la piedra angular de las sociedades. Pero Su Majestad estaría vacilando bajo los ataques brutales conjugados de la Ciencia, de la Democracia y del Liberalismo. Así pues, es este universo de mayúsculas, es toda la Modernidad la que parece aliada desde hace mucho contra el Padre, en un combate desigual”³³⁵.

El esfuerzo riguroso al que se lanza Tort, es en descomponer las construcciones asociadas a la figura del padre y desde ese lugar entender la supuesta declinación y sus efectos catastróficos. Más bien entendido esto como una modificación de los vínculos y atribuciones de poder asociados históricamente al padre en las sociedades patriarcales, que han sido puestas en tela de juicio fuertemente a partir de la segunda mitad del siglo XX y específicamente en la década de 1980, con el discurso feminista y gay

³³⁵ Tort, M. (2008). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós, p.11.

especialmente. Nos plantea que gran parte de los desarrollos psicoanalíticos han enaltecido la figura del padre, partiendo por Freud, pero de algún modo Lacan es quien asocia al padre con su función de ley, algo más ligado a lo jurídico y religioso, que al avatar psíquico del sujeto.

Lo que estaría en crisis (de estarlo) es la figura del padre como autoridad patriarcal, pero de ahí a un efecto catastrófico sobre el registro simbólico, existe un salto cualitativo y cuantitativo que habrá que estudiar, sin dar por supuesto su debacle o cataclismo psíquico. La declinación del poder social del padre tiene que ver con arreglos de la sociedad en su distribución de tareas, funciones y roles, de las cuales no se debería desprender un apocalipsis, sino más bien, entender los esfuerzos por dotar de igualdad a hombres y mujeres.

Las posibles transformaciones de lo simbólico asociadas, deben ser entendido no como un orden preestablecido -en ese registro- al cual hay que adscribirse y como psicoanalistas debemos sostener; sino como el receptáculo social que varia y se transforma a lo largo de la historia. Así, habría que preguntarse cuál es ese orden y por qué habría que sostenerlo, de algún modo es diferente llamar *orden simbólico* que *registro simbólico*.

Respecto al padre, la cuestión es saber cómo se construyó históricamente esta leyenda, más que sostener un discurso sobre la función simbólica del padre y sus efectos ruinosos de su declinación:

“Desde este punto de vista, es muy importante llegar a esclarecer el alcance exacto del discurso sobre la declinación del padre, para juzgar si nuestras sociedades están destruyendo desconsiderada y perversamente las condiciones de subjetivación, como

sostienen algunos, o si estas declaraciones son a la vez una reacción angustiada frente al cambio de relaciones entre los sexos y un medio retórico de intervenir para conservar las antiguas relaciones, blandiéndose (como suelen hacerlo los profetas) la amenaza de catástrofes subjetivas³³⁶.

Michel Tort reconoce en la función paterna de Jacques Lacan una construcción propia y en últimos términos, reciente en la teoría psicoanalítica, que no estaría presente en Freud y que sostiene de igual manera el discurso religioso con su exaltación de Dios Padre. En este sentido, registra un arreglo teórico que sostendría este lugar de la religión (judeo-cristiana) en occidente, más que una función psíquica atribuible a los efectos del inconsciente. De esta manera, a su entender la función separadora y liberadora de la metáfora paterna hacia la figura de la madre gozosa-omnipotente, es un arreglo con anclaje más bien histórico-cultural de la repartición histórica de los roles de género, que una necesidad psíquica.

Para Tort, tanto en Freud como en los post freudianos (D. Winnicott, J. Benjamin) la madre se asocia a la figura que también posibilita la subjetivización del niño sin la necesidad de la entrada paterna separadora. Ahora bien, habría que distinguir el padre de la función paterna, la cual también portaría la madre, en el sentido de ofrecer un espacio al tercero en la subjetivización del niño, una alteridad simbólica más allá del niño y la madre.

Por su parte, reconoce en Freud un esfuerzo abierto por enaltecer la figura del padre, de tintes idealizado, a la luz de la identificación primaria al padre y más poderosa que la de la madre, entendido como un arranque freudiano por sostener la figura paterna

³³⁶ Ibid, p.16.

a la luz de la lógica religiosa, pero donde no cumple una función como lo plantearía Lacan:

“El padre freudiano no es un padre separador. La lógica freudiana de la salida del Edipo (disolución, caída, represión) no resulta de modo alguno de algo semejante a una intervención del padre. Cabe representársela más bien como la resolución de un sistema cuya economía de investidura se vuelve explosiva, si las investiduras no se transforman en identificaciones”³³⁷.

Así, su idea es discriminar el abordaje verdaderamente psicoanalítico, más allá de las construcciones sociales de roles atribuida a funciones psíquicas, ya que “se puede considerar que el psicoanálisis no es ese trabajo de conservación museológica de las relaciones familiares arcaicas al que desde hace ya demasiado tiempo se dedica una minoría de analistas pusilánimes, sino la interpretación ingeniosa, a veces genial –dado que no acepta concesiones, impávida, fiel a la famosa *neutralidad* del proceso analítico-, de las estrategias inconscientes puestas en marcha en todo lo que concierne a las relaciones de sexo, de parentesco, de filiación”³³⁸. El padre, los padres o la figura paterna, es más bien un punto de encuentro donde históricamente se ha conjugado el poder y dominio masculino en la tradición cultural de occidente bajo el amparo de la religión, junto con el control sobre la mujer y los hijos.

En este sentido se hace necesario pensar la declinación como una transformación de la figura histórica patriarcal y no con una mirada nostálgica al cambio, a modo de lamentos reivindicativos al tiempo pasado, que por defecto fue mejor. Así se trataría de comprender dispositivos antiguos y nuevos de los modos de ser padre y de ser hijo, más

³³⁷ Ibid, p.112.

³³⁸ Ibid, p.30.

que argumentar los efectos de las transformaciones sociales, para dar cuenta de la problemática actual:

“El Padre es una solución histórica, que actualmente está cediendo el lugar a otras combinaciones de las relaciones entre los sexos y de las formas de poder. El Padre nombra, ni más ni menos, el nudo que, en Occidente, aúnan religión y política. La cuestión del padre une indisolublemente la cuestión del poder y la del sujeto: representa una manera de definir una relación con el poder, calcada de los lazos que se establecen con la figura paterna, e incluso según la modalidad de algunas sociedades”³³⁹.

La posición de Tort se constituye como un contrapunto a la problemática de la declinación de la función paterna. Si bien se constatan transformaciones sociales importantes en el siglo XX que afectan la figura del padre, no debemos asociarlos directamente a la función de la metáfora paterna. En este sentido Tort se aboca a distinguir las incidencias sociales de estas transformaciones con las incidencias psíquicas y poder hacer lecturas diferentes.

Si el padre freudiano –hasta cierto punto para Tort- tiene un componente implícito religioso no analizado, la solución paterna lacaniana es una teoría fálica de salvación por el padre del fantasma edípico idealizado, siendo entonces que “el tema de la declinación de la imago paterna y de su restablecimiento a través de una apelación al orden es, pues, una representación cristiana católica, ...en base a la cual se desarrolla la etiología psiquiátrico-psicológica de los desordenes contemporáneos”³⁴⁰.

Asocia Tort así, toda una vertiente religiosa en el desarrollo lacaniano que enaltece la figura paterna del mismo modo que la religión católica, lo cual podría ser un obstáculo

³³⁹ Ibid, p.76.

³⁴⁰ Ibid, p.155

para la teoría psicoanalítica. Esta concepción de Lacan, intentaría ser “reparada” en su última comprensión del padre en donde se han pluralizado los nombres-del-padre, pero no queda claro para él los alcances de esa propuesta que intenta minimizar la figura del padre, más ligado a algo desfalleciente que ideal.

En este juego de Lacan, el padre nombra y continua con la larga tradición que ubica al padre en la cultura, dándole acceso al hijo, y a la madre del lado de la naturaleza. Así el padre queda del lado de la ley, dándole la ley al niño y a la madre –entiéndase por ello también a la mujer- inscribiendo al sujeto en el orden simbólico. Pero este lugar sigue dejando al padre en un ideal que puede hacer y encarnar la ley, de regular el Edipo del niño, pero también el de la madre. Ahora bien, como señalamos anteriormente, esta posición idealizada del padre es característica de la neurosis, en donde se le atribuye al padre la causa de su sufrimiento.

En este punto, podemos ver algunas confusiones -que remarca Tort- en la teoría de Lacan que se prestan para discursos totalitarios y catastróficos. En primer lugar los estatutos del padre Real, Simbólico e Imaginario varían a lo largo de su obra, principalmente el Real, partiendo desde un padre idealizado en el *Seminario 5*³⁴¹, hasta un padre desfalleciente en el *Seminario 17*³⁴². Pero a su vez si el significante amo operara para todos como eje regulador a partir del lenguaje, no se entiende los efectos que podría tener los cambios históricos en la figura del padre asociados siempre a la catástrofe, lo cual esta más asociado al padre Imaginario, como así también el padre Simbólico.

³⁴¹ Lacan, J. (1999). *El seminario 5: Las formaciones del inconsciente, (1957-1958)*. Buenos Aires: Paidós.

³⁴² Lacan, J. (2008). *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis, (1969-1970)*. Buenos Aires: Paidós.

Quizás un modo de aclarar este punto controversial, es pensando a partir del complejo de Edipo precisamente. Cuando planteamos que existe una castración primaria producto del significante, esta castración debe ser encarnada en alguien, el Otro debe consistir. Precisamente el psicótico es quien no logra hacer consistir la castración del lenguaje en su subjetividad, no le otorga una figura discursiva como en la neurosis, quien le entrega al padre la causa de esa prohibición. El Otro como alteridad deberá ser encarnados en otros, siendo la figura del padre la alteridad por esencia en la neurosis, la cual toma el lugar de causa de su falta. Esta es la estructura discursiva del Edipo que da cuenta de la metáfora paterna.

En este punto quizás es importante recalcar lo que propone tanto S. Amigo y J-J. Rassial en tanto el S1 es un registro de la castración, pero se hace necesario la incidencia de otras reescrituras para la constitución del sujeto y el objeto *a*, es lo que llama Lacan en el *Seminario 17*³⁴³ la entrada real del padre como vehiculizador del deseo de una mujer.

En otras palabras, para el sujeto el padre debe en algún momento consistir, asistir en una consistencia para la operación, no basta con los efectos del lenguaje en la vertiente del lenguaje, este S1 sería un primer corte que se acomodara más tarde. Aquí ubicamos el paso de una amenaza de castración, siempre latente, con la operación de la castración, momentos diferentes, pero decisivos en la subjetividad. De este modo al parecer el padre de la amenaza (simbólico) es el cuestionado, pero no necesariamente el padre de la operación (real).

³⁴³ Lacan, J. (2008). *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis, (1969-1970)*. Buenos Aires: Paidós.

Por otro lado, para Tort “extrañamente, cuando el padre llamado *real* –es decir, los padres sociales- pierde sus poderes de dominio, lo Simbólico mismo tiembla en sus bases”³⁴⁴. En este lugar se debería poder distinguir el padre real con el de la realidad, realidad como construcción social, situación no menor ya que esto no se presenta nunca de manera aislada y además el padre real no necesariamente equivale a los *padres sociales*.

El problema se agudiza al pensar una normativización edípica (que Tort no reconoce en la obra de Freud) y a su vez en un orden Simbólico preestablecido al cual hay que adscribirse por medio de la función paterna, y que estaría en estos momentos siendo soterrado en el sentido de la declinación de la función paterna. La teoría del padre separador se sostiene sobre la teoría fálica y “esta separación por el padre, fantasmaticada, no puede confundirse con la separación efectiva de la resolución edípica, uno de cuyos aspectos notables consiste, por el contrario, en el abandono de ese poder asignado al padre en su momento”³⁴⁵ nos dice Tort.

En este punto es verdad que al aludir a un orden simbólico dejamos de lado la connotación de registro simbólico que no alude a un orden anterior. El sujeto sin lugar a dudas se orienta en la estructura por el Nombre-del-Padre y la significación fálica, y a su vez existen en cada momento histórico ciertos significantes amos (S1) que comandan estos tiempos. Pero como señala Tort, no implica que debamos adscribirnos a esos significantes amos que en definitiva son variables en el tiempo y a su vez en el análisis se constatan como contingentes y caprichosos.

³⁴⁴ Tort, M. (2008). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós, p.328.

³⁴⁵ *Ibid*, p.225.

El cuestionamiento de Tort apunta a desligar los efectos del Edipo con la figura del padre, entendiendo que las transformaciones históricas de esta figura no guardan necesariamente relación con los efectos de la función paterna.

El padre que aparece para el niño como el que escapa al control materno omnipotente, dista mucho del padre separador de la solución paterna y está asociado al padre de la identificación primaria en Freud. En este sentido, el padre de la escena primaria se distingue del fantasma del padre separador:

“Ahora se comprende mejor por qué es impertinente ver en la reducción del poder paterno – poder que se ejerce movilizandolos fantasmas edípicos más transparentes- una amenaza para la subjetivación. En realidad, se trata de una caída de las formas sociales basada, de un modo amplio, en las manifestaciones edípicas, no de una desaparición del Edipo mismo”³⁴⁶.

En este contexto, se deberá distinguir los efectos de las transformaciones sociales sobre la figura del padre, con los efectos psíquicos edípicos de esa figura. En especial a partir de la amplia gama de posibilidades que se abre a fines de siglo pasado con la constitución familiar, familias monoparentales, gay, fertilización invitro, etc., que llevan cambios en la distribución de la parentalidad misma.

Siguiendo lo señalado anteriormente, en esta problemática existen distintos niveles a revisar, en tanto, lo social está estrechamente relacionado con lo *edípico* y a su vez lo que estamos englobando en la figura paterna debe ser desglosado en sus distintas articulaciones. Se busca no caer en asociar directamente cambios en las acomodaciones sociales con efectos catastróficos en la subjetividad :

³⁴⁶ Ibid, p.237.

“Suele pensarse que existe una función universal, socializante, de autoridad, que se llama paterna; en consecuencia, se sigue toda la deducción de los desfallecimientos pues el Padre siempre se supone que es aquel a quien le debe corresponder el rol que siempre había tenido; por ende, si no lo tiene, no va más. Pero sólo se puede decir que tales o cuales funciones de los padres les son atribuidas, según el momento de la historia y las sociedades, sin que le correspondan de derecho”³⁴⁷.

Se debe tener cuidado en los saltos que establece una psicopatología social psicoanalítica –saltos que se proponen desde la propuesta de Lebrun-, en tanto, no revisen los puntos intermedios del sujeto y las construcciones culturales. En este espacio caen las culturas “psi” (psiquiatría, psicología, etc) que vienen a decir cómo deben ser ordenadas las relaciones familiares, junto con evaluar los arreglos posibles ante una familia (como ya hemos señalado tradicional-religiosa) que se desmorona, y a la cual se le atribuyen todos los males sociales.

Es este campo también han caído posturas psicoanalíticas que atribuyen todos los problemas sociales a la pérdida de autoridad patriarcal, que es más bien, pérdida de control masculino sobre la procreación, la filiación y el matrimonio. A lo anterior se le llama la “desimbolización” (entendido a la luz de un orden simbólico de antemano preestablecido) que estaría amparado por La Ciencia y el mercado; en este lugar se cuestionan abiertamente posturas como la de Jean-Piere Lebrun o –podemos agregar- Jorge Alemán a propósito de las derivas del discurso capitalista. Para Tort:

“El orden simbólico no existe. Sólo hay simbolizaciones que se ejercen en espacios sociales, apilamientos, conexiones entre redes de simbolización, ... no hay ninguna necesidad de fabricar, a partir de esta pluralidad histórica, un orden, un lugar, un Dios, cuando se está

³⁴⁷ Ibid, p.253.

allí... dicha ficción tiene la ventaja de presentar lo simbólico como natural, haciendo arreglos más bien inestables de los humanos la naturaleza misma de lo simbólico”³⁴⁸.

Ahora bien, no se debe tampoco obviar la estrecha relación sujeto – cultura, realizando los esfuerzos pertinentes de leer el modo de encuentro, relación e influencia de uno sobre el otro, en tanto, no existe uno sin el otro. Dicho de otro modo, no podemos pensar la subjetividad sin cultura, ni cultura sin sujeto, por lo que la incidencia de uno alude al otro en este cruce de características *moebianas*. Podemos sintetizar la reflexión de Tort con sus propias palabras:

“Las figuras históricas del padre ponen en juego la manera como la materia de la sexualidad está ordenada por las formas de la parentalidad. Estas últimas, están sometidas a las transformaciones que padecen las relaciones de género y sexo en función de las otras relaciones sociales. Lo giros históricos de la paternidad, cuya historia convendría emprender sobre nuevos fundamentos, corresponden a las modificaciones de estas relaciones, caracterizadas desde hace mucho tiempo por la dominación masculina: separación del poder político y del poder paterno en su principio, en la edad clásica; deconstrucción de los poderes paternos familiares por la gran empresa, en el siglo XIX; liquidación programada del poder doméstico por el control femenino de la procreación desde la década de 1960 y por la rebeldía de la juventud; por último, la subversión, en curso, del dominio del orden heterosexual”³⁴⁹.

En este campo especulativo, se cae para Tort, en asociar la declinación de la figura del padre con la anulación de la diferencia sexual y una feminización de la cultura. Estos cambios tienen que ver más con arreglos culturales de la entrada de la mujer en el discurso y ejercicio social, más que efectos psíquicos devastadores.

³⁴⁸ Ibid, pp.330-331.

³⁴⁹ Ibid, p.431.

Sobre este supuesto se entenderán los *estados límites*, a la luz de un borramiento de la diferencia con el telón de fondo de un patriarcado que sí produciría verdaderos hombres y mujeres:

“En vez de intentar describir formas clínicas que no habían sido abordadas inicialmente por los psicoanalistas, se produce un deslizamiento hacia una etiología exterior a la dinámica psíquica; la nueva economía psíquica se encuentra deducida de la nueva economía a secas- la ubicación no se hace a partir de los movimientos psíquicos (transferencias), sino de los elementos de la realidad histórica que han cambiado en las historias de los sujetos”³⁵⁰.

Ahora bien, tampoco tenemos que caer en negar las modificaciones que puede ofrecernos la clínica actual. Además de poder leer desde el psicoanálisis estos cambios históricos y llevarlos a la esfera del sujeto. Se entiende que la entrada de la mujer no necesariamente conlleva una feminización de la cultura, pero recordemos que desde Freud la posición masculina y femenina son posiciones que tanto hombres y mujeres pueden estar desde el momento en que somos seres sexuados. Así cuando se reflexiona con la feminización de la cultura, se está aludiendo también a posiciones en el hombre y la mujer, y no necesariamente un cuestionamiento del rol de la mujer en la cultura.

Estar ubicado en posición masculina o femenina desde el psicoanálisis no guarda relación directa con el tener órganos sexuales masculinos o femeninos, la anatomía no es el destino según Freud. En este sentido el rol de la mujer en la cultura no tiene correspondencia con las consecuencias de estar ubicado en una u otra posición. Por lo tanto cuando se alude a una feminización de la cultura se está extrayendo los efectos de estar en posición femenina –específicamente en relación con el goce y la ley- y llevarlos hacia una lectura de lo social.

³⁵⁰ Ibid, p.507.

Por último, para terminar la reflexión de Michel Tort, se debe interrogar “al padre”, en sus distintos niveles, en su vertiente de construcción histórica-cultura y su real lugar psíquico en el interior del psicoanálisis, para luego desprender conclusiones sobre los cambios existentes en las distintas posiciones sociales y subjetivas:

“¿El padre como instancia de la prohibición?. Seguramente es lo que ocurre en las sociedades dominadas por los hombres, pero, de cualquier modo, es necesario que la cuestión se vuelva a jugar de otra manera en las sociedades donde las mujeres, en lo sucesivo, ocupan otro lugar. La idea de que la prohibición incumbiría al padre como tal no tiene nada de evidente. Definir la función del padre como la de obligar a la madre y al hijo a entrar en la temporalidad es, en todo caso, reproducir la representación de las relaciones entre los sexos que infantilizan a las madres bajo la batuta *paterna*”³⁵¹.

A la reflexión anterior propuesta por Tort, quizás debemos agregar un suplemento que oriente la discusión, en el sentido que también debemos pensar los efectos a nivel de la pulsión y el deseo, a partir de una nueva *oferta* identificatoria dado el momento actual de la cultura. En otras palabras, si es que no aceptamos el discurso apocalíptico de la declinación de la función paterna a la luz de los cambios culturales del padre, debemos preguntarnos eso si por los efectos psíquicos de los nuevos arreglos sociales y su real injerencia en la subjetividad.

Como a su vez, pese a los acomodos familiares (monoparentales, homosexuales, divorcios) la subjetividad seguirá constituyéndose a partir de la diferencia sexual, diferencia que hemos llamado padre y madre. Pero a su vez se refiere a un punto de distinción, punto sintetizado en el falo como único elemento diferenciador entre hombres y mujeres, diferencia que en última instancia es irreparable aunque nos esforcemos por darle cabida en nuestro inconsciente.

³⁵¹ Ibid, pp.522-523.

Michel Tort nos ofrece una reflexión en torno a la figura del padre y su función. Pero esta reflexión deja abierta la incógnita respecto a las secuelas de ciertas transformaciones. Si pensamos que no basta con el efecto del significante para ejercer la castración, si ha eso le agregamos otras vueltas como propone Amigo y Rassial, y por último comprendemos que la prohibición se encarna en unos sujetos; podemos contemplar una serie de consecuencias al momento de cambiar la organización social.

El paso de una transformación de la figura del padre a una transformación en la subjetividad por cierto no es directo ni secuencial. Ahora bien, existen incidencias en la subjetividad dadas las consistencias o inconsistencias del Otro. La encarnación en cierto tipo de figuras conlleva efectos psíquicos, el neurótico atribuye idealizadamente al padre la causa de su padecer, pero en la psicosis no se logra articular discursivamente esa prohibición.

¿Puede ser los estados límites una suspensión de la atribución?. Si seguimos a Rassial y Amigo los estados límites captarían la prohibición primera, tendría efecto el significante fálico dado por la metáfora paterna; pero no logran salir de esa idealización dejando su imagen también en proceso de constitución. Aquel imaginario especular que no constata la falta simbólica.

Desde esta lógica la declinación de la función paterna si guarda relación con la subjetividad, más allá de una mirada histórica del lugar del padre. En este sentido otorgaría una respuesta a la interrogante de Tort que cuestiona el arraigo histórico de la figura paterna y la ausencia de revisión del estatuto inconsciente.

7. Consideraciones finales.

A partir de lo presentado por los distintos autores, se desprenden algunos ejes problemáticos de la relación del sujeto y las transformaciones sociales, las posibles injerencias del estado de la civilización en la constitución psíquica y el sujeto posmoderno. En definitiva las consecuencias en el modo de comprender, establecer y definir el vínculo social posible, en la cultura del sujeto actual.

Un primer gran problema que se desglosa, es cómo pensar la relación entre el sujeto y la civilización; si bien esta idea ya se observaba como una necesidad de entrada en la reflexión del fenómeno, a la luz de lo expuesto se hace más evidente. Se observa la tensión entre los **cambios sociales y las posibles consecuencias (o no) en la subjetividad**, esta tensión se articula sobre la comprensión de fenómenos sociales que para algunos inciden de manera directa en el sujeto, de un modo un tanto unidireccional, sin establecer los puntos intermedios posibles.

Junto con lo anterior, existen puntos necesarios por aclarar. Cuando se presenta la **caída del Ideal, se piensa este Ideal como masculino (fálico)**, ¿Existe Ideal posible no masculino?, ¿Se puede desprender de esto una caída a secas, es decir de todo Ideal, o solo nos estamos refiriendo al Ideal masculino?, ¿Qué deja este escenario para el Ideal femenino?, la entrada de lo femenino, en su vertiente social, ¿necesariamente implica una feminización de la cultura?, ¿Esto genera una debacle de goce masivo? ¿Sólo la posición masculina nos “defiende” ante esto?.

Pensemos que Lacan en sus formulas de la sexuación ubica a la posición femenina como no toda bajo el significante fálico, es decir en un plus de goce a lo fálico, o mejor dicho bajo lo fálico y algo más. De aquí no necesariamente se desprende un goce alocado, desconectado, devastador. En lo femenino algo no queda bajo la castración, en ese sentido es no-toda fálica, pero queda un resto más allá de la castración.

No es un eludir la castración al modo perverso ni un encuentro directo con el goce al modo psicótico, es un goce en castración y un poco más. Por lo cual, se debe distinguir la nueva asignación de roles sociales, con una feminización de la cultura, con un goce desmedido, con una debacle. Ni es un proceso deductivo por etapas, ni siquiera esta claro la direccionalidad de estos pasos.

Otro punto es la **caída del Ideal, los significantes amo y función paterna**. Existe una relación de estos tres elementos que se debe aclarar, en tanto cuál es la función paterna que declina, distinguiéndola del rol de genero paterno cambió, y separado del padre de la "realidad" desfalleciente en comparación con un padre idealizado.

En este punto creo que Tort acierta a propósito del discurso nostálgico sobre un padre que en algún momento de la historia, que no se sabe cuándo ni dónde ni quién, ejerció una función de poder absoluto. Pero contrastando con el padre de la función paterna, que a su vez se distingue del rol histórico del padre y que se presenta de un modo diferente en la atribución edípica.

Es evidente la declinación del patriarcado (en parte), pero basta con pensar la historia de América Latina³⁵² para darse cuenta de que el padre más allá de un discurso, ha tenido un rol secundario. La concepción religiosa que se instala desde el catolicismo ha sido mariana, como un culto a la virgen Maria, quizás anclado en el culto anterior de las culturas originarias quienes de manera invariante (Incas, mayas, mapuches, etc) rendían un culto a la “pacha-mama”, la tierra en su posición femenina.

Junto con esto, la familia cristiana nuclear ha distado mucho de la realidad social de la gran mayoría de la población, siendo más bien un Ideal que un real. A propósito de toda la gran gama de estructuras familiares compuestas, extendidas, de padre ausente característica de la gran población desfavorecida; siendo la familia nuclear un ideal de las clases altas.

No obstante, sabemos que este ideal también opera como un ideal social que tiene sus efectos identificatorios de modo transversal, pero en este lugar habrá que pensar entonces el rol de esa escena familiar idealizada, sus transformaciones actuales (tipos de familia en la posmodernidad) y sus efectos en la subjetividad, a propósito del cambio en la familia, específicamente del lugar del padre, con sus consecuencias subjetivas.

En este punto quizás habrá que tomar una postura, a favor o en contra del padre separador de Lacan, ya que el lugar de esta concepción se desprende efectos muy trascendentales en la teoría y el modo como leamos el cambio en la función paterna. En este lugar Miller y Tort le asignan consecuencias distintas al padre de la última enseñanza de Lacan, el padre desfalleciente que se empieza a construir en el *Reverso del*

³⁵² Montesinos, S. (1996). *Madres y Huachos. Alegorías del Mestizaje Chileno*. Chile: Editorial Sudamericana.

psicoanálisis. Esta concepción de algún modo constituirá el padre sobre el cual se comprenderán los estados límites, ya que los distintos autores que trabajan los estados límites lo hacen a partir de la última enseñanza donde se pluralizan los nombres del padre.

Por otra parte, el Padre como poder masculino, es solo una vertiente del padre, en este sentido el cambio social de esta vertiente no tendría por qué reducir a nada al padre ni su función, este es un estatuto del padre, pero tiene otros y a su vez no es el único estatuto necesario para incidir sobre el sujeto.

El cambio de este estatuto es una catástrofe si antepone un orden anterior, y allí volvemos al problema de la idealización del “pasado pretérito perfecto”. Así habrá que revisar la relación entre el padre de la función paterna y el padre presente en el significante amo, y cómo cada uno afecta al sujeto de modo distinto, a la luz de la pluralización de los nombres-del-padre en la última enseñanza de Lacan. De esta posición se desprenden consecuencias distintas en la clínica y en el modo como leeremos la civilización, especialmente el modo que entenderemos la castración desde esta lógica.

Siguiendo esta línea, se hace imprescindible distinguir los niveles y estatutos del padre que se verían afectados en su supuesta declinación y aclarar de qué modo esto conlleva un efecto en el sujeto.

Si la lengua opera para todos (no psicóticos) como efecto significante de S1, ¿Cómo se entiende una transformación en la función simbólica a partir del cambio en el estatuto del padre?. Ahora bien, precisamente la psicosis nos muestra que no basta con

la imposibilidad inscrita en el lenguaje, la castración requiere para operar más de una inscripción como señalan Amigo y Rassial. Requiere a su vez la encarnación en el campo del Otro de esa prohibición, en este sentido se unen lo social y la subjetividad en un punto de dos caras.

Siguiendo esta vertiente, la caída de los ideales y en definitiva del peso del S1 lleva según Miller, al goce, como plus de gozar, pero a su vez nos señala que el goce autista es un fantasma, ya que no se puede evadir el rodeo de la pulsión en el campo del Otro, en la búsqueda de los objetos perdidos.

Entendido de este modo, la cosa no ha cambiado, tiene un punto repetitivo e insistente inmodificable, por lo que se debe dilucidar el rol de las transformaciones sociales, en el estado actual de la cultura en ese intercambio pulsional. En otras palabras, cómo la civilización actual puede modificar, interceder o afectar ese recorrido pulsional, o de que modo se favorece u obstaculiza el encuentro del objeto *a* en el Otro, Otro barrado dice Miller.

Se abre la pregunta por ese Otro barrado que es el Otro del fin de análisis, ese Otro que ya existe como inexistente, entonces urge ver qué lugar tiene esta articulación en el sujeto límite por ejemplo. Ahora bien, el Otro contempla su estatuto barrado y no barrado, pero la neurosis -y de algún modo la comprensión que ha tenido el psicoanálisis de la clínica-, requiere esa consistencia del Otro para establecer la transferencia y orientar el trabajo hacia la instalación de la castración del Otro. Queda aun por dilucidar las consecuencias de ese estado de la civilización marcado por S(A *barrada*), más aun cuando es solidario con los estados límites de la personalidad.

¿Se puede pensar los estados límites como el resultado de $S(A_{\text{barrada}})$?, al parecer la condición posmoderna ofrece esa proposición y promueve un nuevo modo de ser sujeto apoyado en los efectos de una inconsistencia del Otro.

Como contrapartida, habría que tener cuidado en caer en vertientes *intrapsíquicas* donde lo social no incide en la constitución del sujeto. Freud no concibe una realidad interior sin la realidad exterior, en un juego dual, doble, de introyecciones y proyecciones, pero desde Lacan se radicaliza, en tanto no existe exterior ni interior, sino un pliegue sobre sí mismo. Lo *extimo*, la banda de moebius, etc., son expresiones que aluden a ese imposible de la experiencia humana que intenta desligar interior – exterior, propio – ajeno, en algún punto esas posiciones se superponen y coexisten, ¿lo inconsciente es externo o interno?.

Por otra parte, el énfasis en la unión entre ciencia y técnica en la torsión que ofrece el discurso capitalista, plantea problemas y nuevos modos de pensar el sujeto dentro de un discurso que no enlaza, discurso no amparado sobre la imposibilidad estructural y que comanda el intercambio en la civilización actual.

Los cuatro discursos que propone Lacan siguen operando, pero al parecer se insertan dentro de un quinto discurso que de alguna manera elimina las características que constituyen el lazo social, características del inconsciente y del sujeto de lo inconsciente, constituyéndose como una oferta novedosa para el sujeto posmoderno.

Esta mixtura ofrece facilidades para la relación pulsional no en la línea de obtener un plus de goce que se puede recapturar una vez operada la castración, sino en el

sentido de la pulsión de muerte que no pone en juego la castración. Pulsión de muerte que en términos de Freud se plantea como energía desligada, energía que no hace lazo.

En otras palabras, proponer una transformación social a partir de un nuevo discurso que fomenta la vertiente de goce, supone plantear una salida distinta y nueva respecto a la posición de la neurosis. No es solo una vuelta más de aquella necesidad de no querer saber nada de la castración apoyado en los objetos. El objeto metonímico del deseo es otra cosa, en su búsqueda de realización es esa quimera evanescente inalcanzable por estructura para todo sujeto.

Pensar un estado de la civilización que promueve la satisfacción pulsional -un gozo autístico en cierto sentido- elimina el carácter imposible que funda la subjetividad. Esta posición se diferencia de la negación de la castración a partir de los objetos, es otra vertiente que requiere una lectura diferente.

Freud en su texto de 1930 “El malestar en la cultura”, establece un lazo claro, directo e irreductible entre el padecer del sujeto y su inserción en la cultura. Esta última, quita algo al sujeto, lo restringe, lo limita en pro del lazo social, lo liga en definitiva en sociedad. Para Lacan, el lenguaje soporta el lazo social a través del discurso, pero a su vez el precio de estar en la cultura –como ser hablante- es un límite en nuestro goce.

Lo social y la subjetividad están íntimamente ligadas, lo uno depende de lo otro para su constitución, el sujeto debe perder algo para entrar en lo social, pero a su vez esa pérdida sostiene el lazo social. Por su parte, la cultura se sostiene de ese lazo que establece el discurso sustentado en el ser hablante. Para Freud la limitación de cada

sujeto, es lo que precisamente soporta el lazo social, es lo que constituye civilización, uniendo indisolublemente deseo y ley.

Es en este contexto como deberíamos pensar los efectos de las transformaciones sociales en la subjetividad. Los estados límites como concepto, pero más importante aún como los sujetos de una clínica y cómo los pacientes actuales reclaman un lugar particular de escucha, nos confrontan con las intrincadas relaciones que se establecen entre sujeto y los estados de la sociedad actual.

Es importante concebir cómo cada época histórica marca sus efectos en la subjetividad, sabemos por Freud lo que ocurrió a comienzos del siglo XX con la moral victoriana, quizás debemos preguntarnos lo ocurrido con el sujeto a finales del siglo XX comienzos del XXI, considerando sus consecuencias en la clínica y la subjetividad.

La discusión en la clínica psicoanalítica debe tomar en cuenta los efectos, relación e interrelación de lo social con la subjetividad. Las mutaciones y transformaciones tanto de uno pueden leerse a partir del otro, el uno no es sin el otro. Tampoco debiéramos caer en la ingenuidad de pensarlo de manera unidireccional o a partir de pasos causales, pero podemos prestar atención al intrincado entramado del sujeto con la cultura. La constatación de los estados límites revela un movimiento (aun por determinar) de lo social, la emergencia de este fenómeno nuevo en la clínica, fenómeno que afecta directamente el quehacer del psicoanálisis, nos lleva a cuestionar nuestro saber.

La clínica ha sido desde sus comienzos, un lugar privilegiado para constatar y percibir el malestar del sujeto, cómo la cultura incide en él restringiendo su goce para

acceder a lo social. En este dispositivo se escuchan los modos de sufrimiento, pero a su vez, los intentos (siempre desfallecientes) del sujeto por zafarse de esa restricción, de no querer saber nada de la castración.

Habrá que leer este encuentro del sujeto con el estado actual de la sociedad, para entender el sufrimiento en los estados límites, sufrimiento que confronta el lazo social potencial y al sujeto mismo en sus posibilidades de constitución. En este contexto el psicoanálisis es llevado a los límites de su propia clínica, para dar cuenta de lo real de esta experiencia analítica, la cual en tanto imposible, no deja de existir e insistir.

Podemos reconocer que desde el inicio el psicoanálisis -a partir de Freud y luego desarrollado por Lacan-, se establece una relación directa entre sujeto y cultura, en tanto manifestaciones entrelazadas e indisolubles siendo una determinada por la otra. En este sentido, para algunos autores el surgimiento de los estados límites estaría dando cuenta de un nuevo modo de subjetividad, siendo efecto de las transformaciones sociales que decantan en la segunda mitad del siglo XX.

De esta manera, los estados límites pueden ser entendidos como operadores del punto de encuentro entre sujeto y cultura, pudiendo leer este (des)encuentro a partir de lo acontecido en la subjetividad presente en estos estados.

CONCLUSIONES.

1. Puntos clave.

1. Como primer aspecto a destacar, es el surgimiento y constatación de un fenómeno nuevo en la clínica de la segunda mitad del siglo XX, que rompe o cuestiona las categorías clínicas imperantes que dividían el funcionamiento psíquico en dos grandes estructuras, Neurosis y Psicosis. La literatura psicoanalítica y psiquiátrica reconoce numerosas denominaciones para funcionamientos que no serían del orden propiamente neurótico o psicótico, planteándose como algo distinto, novedoso y diferente a las grandes estructuras de base. Su concepción oscilará entre pacientes que no cuadran con los diagnósticos y nomenclaturas del momento, sujetos de difícil manejo terapéutico y curas que no responden a las curas tipo para la neurosis y tratamientos para la psicosis. Todo lo anterior se enmarca bajo el concepto de *borderline*, el cual es propio de la tradición anglosajona de orientación psiquiátrica y psicología del yo, que enmarca un cuadro mixto con elementos psicóticos y neuróticos. Por su parte la concepción de *estados límite* refleja una tradición francesa de orientación lacaniana, intentando atribuir un estatuto interno al cuadro que no responda a una mixtura entre otras estructuras clínicas. La psiquiatría a su vez desarrolla el concepto como categoría clínica dentro del cuadro nosológico de *Trastorno de la Personalidad*, siendo el más representativo de los *estados límite* el *Trastorno Límite de la Personalidad*. Existiría una relación entre el surgimiento de la categoría clínica y la irrupción de la farmacoterapia moderna, ante la imposibilidad de ofrecer una respuesta o solución al diagnóstico.
2. Podemos constatar la existencia del fenómeno, pero pese a las convergencias en reconocer un funcionamiento peculiar con ciertas características descriptivas, surgen divergencias importantes y significativas entre las escuelas y orientaciones en el

interior del psicoanálisis. Principalmente en el momento de atribuir un estatuto al fenómeno, comprendiéndole como: estructura de personalidad, estado de una estructura, funcionamiento, trastorno, cuadro clínico. En este contexto, se registra un espectro que va desde no reconocer la existencia del cuadro y considerarlo neurosis graves o psicosis no desencadenadas, hasta concebirle como una estructura de personalidad independiente a la neurosis y la psicosis, pasando por concepciones que las postulan como estados o funcionamientos subjetivos que no serían una estructura propiamente tal, pero con características intrínsecas distintas a la neurosis y la psicosis. Coinciden en reconocer puntos problemáticos previos al complejo de Edipo, en la constitución narcisista y la castración, que incidirían directamente en la formación del cuadro. Esto tendría efectos directos en la capacidad de simbolización, representación y en la relación al Otro posible.

3. Para la mayoría de los analistas, los estados límite se encuentran en el lazo social, es decir, por tanto que no son psicóticos, pero su relación con el discurso parece no tener las características neuróticas, con dificultades en la representación y la simbolización; estas características representan el funcionamiento, más allá de la polisintomatología variada y difusa que presentan de modo manifiesto. En este sentido, los autores ligados principalmente a la corriente francesa del psicoanálisis piensan los estados límite en simultaneidad con las características de lo social y estiman imprescindible para su comprensión, articular esa relación. Rastier, Lebrun, Kristeva entre otros, proponen una relación posible entre los momentos de la cultura y estados de la sociedad, con este nuevo modo de subjetivar la experiencia.
4. Al revisar las propuestas de orientación lacaniana surgen algunas inquietudes. Lo primero es si estamos hablando de los mismos sujetos, en tanto que el campo que abarca lo borderline, permite desde una lectura lacaniana comprender espacios

diferentes y sub campos clínicos que por momentos dan la sensación de separar fenómenos. Pero a su vez se corre el peligro de superponer categorías y concepciones, en tanto se manejan conceptos teóricos diferentes a lo largo de la obra de Lacan. No solo conceptos teóricos diferentes, sino también momentos teóricos y aplicaciones de esos momentos a veces con consecuencias distintas. Pareciera que cada autor intenta captar un espacio de lo borderline, aunque dando la sensación que no puede ser completamente subdividido. Quizás precisamente por que se está intentando capturar fenómenos de lo real en la clínica límite, que se resisten a ser articulados completamente. Así, este desmembramiento del fenómeno no logra el efecto “puzle”, donde todas las piezas calzan, pues se resiste a ello. A partir de allí, quizá no sea posible una integración de las distintas posturas lacanianas, existiendo contradicciones y usos teóricos en momentos diferentes, pero sí tal vez se pueda establecer el marco sobre el cual trabaja cada postura para encontrar puntos de unión y desencuentro.

5. En estos términos, para acercarse al fenómeno límite se debe pasar de una concepción discreta de la estructura, en términos de todo o nada del significante, a una concepción compleja, en el sentido de una serie de pasos no necesariamente causales ni cronológicos que se superponen en la constitución del sujeto. Se desprende una segunda necesidad, y es acceder a la última enseñanza de Lacan, orientada por el nudo de borromeo, como condición necesaria para ampliar la noción de estructura y llevarla a un campo que permita una flexibilidad conceptual. Pasar a la última concepción teórica de Lacan no supone superar las anteriores, pero como señalábamos anteriormente, no necesariamente lograremos integrar las propuestas de orientación lacaniana. En ciertos puntos convergen, pero en otros son divergentes, por ejemplo la psicosis ordinaria se ubica del lado de la psicosis, los sujetos borde del lado

de la neurosis y el estado límite más allá de esta división, como un momento anterior a la confirmación de la estructura clínica.

6. Lo que podemos reconocer en todos los autores es el punto de dificultad de los estados límite con la problemática del goce y el deseo. Cada orientación busca dar con una respuesta, desde el desenganche al Otro (psicosis ordinaria), fracaso en la construcción del fantasma (sujeto borde) o el sinthome límite (estado límite). Los distintos autores evidencian esta dificultad de lo límite en recapturar el goce vía deseo reglado, ese plus de gozar ya normado que ofrece el fantasma. En definitiva nos intentan explicar aquel fenómeno que constatamos en la clínica de esos casos, marcada por manifestaciones de la pulsión, acting, adicciones, intentos de suicidio, etc. Junto con una evidente deficiencia en manifestaciones del deseo, desde las formaciones del inconsciente (sueños, lapsus, síntomas metafóricos), como así también expresiones del amor (encontramos relaciones de pareja tortuosas, expresiones perversas, etc), todo anclado en una dificultad de instalar una transferencia al modo “tradicional” propio a la neurosis.
7. Cuando nos adentramos en la problemática de lo límite topamos con el punto equívoco del narcisismo, equívoco en el sentido que se presta para muchas puntualizaciones. Si bien ese punto es coincidente en todas las orientaciones dentro del psicoanálisis, las propuestas lacanianas ofrecen una vuelta más. Amigo y Rassial hacen hincapié en la constitución del narcisismo pero más allá de la imagen especular del estadio del espejo, en la constitución simbólica del narcisismo. En este punto se abre todo un recorrido de trabajo en torno a la concepción de la adolescencia y las exigencias psíquicas que supone ese tránsito, lo cual no implica homologar adolescencia con estado límite, sino la puesta en evidencia de elementos de trabajo para pensar lo límite a la luz del paso adolescente. Estaría en juego cierta

imposibilidad de confirmar la estructura clínica, dificultad que se concentra en lo imaginario no especular. La segunda vuelta edípica que proponen Amigo y Rassial, supone un encuentro con el Otro pero ya en un estatuto más social, no tanto familiar: encuentro con el otro sexo en esencia, confrontación con los nombres del padre instalados en la infancia y confrontación con lo que ofrece la cultura respecto a estos puntos.

8. En este contexto se hace imprescindible interrogar los estatutos del campo del Otro, campo que se encuentra fuertemente cuestionado en el último tiempo. Surgen interrogantes que orientan la discusión. Cuando se presenta la caída del Ideal, se piensa este Ideal como masculino (fálico), ¿Existe Ideal posible no masculino?, ¿Se puede desprender de esto una caída a secas, es decir de todo Ideal, o solo nos estamos refiriendo al Ideal masculino?, ¿Este escenario qué deja para el Ideal femenino?, la entrada de lo femenino, en su vertiente social, ¿necesariamente implica una feminización de la cultura?, ¿Esto genera una debacle de goce masivo? ¿Sólo la posición masculina nos “defiende” ante esto?. Lacan en sus formulas de la sexuación ubica a la posición femenina como “no toda” bajo el significante fálico, es decir en un plus de goce a lo fálico, o mejor dicho bajo lo fálico y algo más. De aquí no necesariamente se desprende un goce alocado, desconectado, devastador (como lo proponen Lebrun, Miller en cierto sentido entre otros), algo no queda bajo la castración, o quizás queda más allá de la castración. En este contexto se interroga el lugar del padre en lo social desde el psicoanálisis. El Padre como poder masculino, es solo una vertiente del padre, en este sentido el cambio social de esta vertiente no tendría porqué reducir a la nada al padre ni su función, éste es un estatuto del padre, pero tiene otros y a su vez no es el único estatuto necesario para incidir sobre el sujeto. El cambio de este estatuto es una catástrofe si antepone un orden anterior, y

allí volvemos al problema de la idealización del “pasado pretérito perfecto”. Así habrá que revisar la relación entre el padre de la función paterna y el padre presente en el significativo amo, y cómo cada uno afecta al sujeto de modo distinto, a la luz de la pluralización de los nombres-del-padre en la última enseñanza de Lacan. De esta posición se desprenden consecuencias distintas en la clínica y en el modo como leeremos la civilización, especialmente el modo como entenderemos la castración desde esta lógica.

9. En este sentido, si la lengua opera para todos como efecto significativo de S1, ¿cómo se entiende una transformación en la función simbólica a partir del cambio en el estatuto del padre?. Precisamente la psicosis nos muestra que no basta con la imposibilidad inscrita en el lenguaje, la castración requiere para operar más de una inscripción, como señalan Amigo y Rassial. Se requiere a su vez la encarnación en el campo del Otro de esa prohibición, en este sentido se unen lo social y la subjetividad en un punto de dos caras.
10. ¿Se puede pensar los estados límite como el resultado de $S(A_{\text{barrada}})$?, al parecer la condición posmoderna ofrece esa proposición y promueve un nuevo modo de ser sujeto apoyado en los efectos de una inconsistencia del Otro. Se abre la pregunta por ese Otro barrado que es el Otro de fin de análisis, ese Otro que ya existe como inexistente. Interesa entonces ver qué lugar tiene esta articulación en el sujeto límite. El Otro contempla su estatuto barrado y no barrado, pero la neurosis y de algún modo la comprensión que ha tenido el psicoanálisis de la clínica, requiere esa consistencia del Otro para establecer la transferencia y orientar el trabajo hacia la instalación de la castración del Otro. Queda aun por dilucidar las consecuencias de ese estado de la civilización marcado por $S(A_{\text{barrada}})$, más aun cuando es solidario con los estados límite de la personalidad.

11. Como contrapartida, habría que tener cuidado en caer en vertientes *intrapsíquicas* donde lo social no incide en la constitución del sujeto. Freud no concibe una realidad interior sin la realidad exterior, en un juego dual, doble, de introyecciones y proyecciones. Pero desde Lacan se radicaliza, en tanto no existe exterior ni interior, sino un pliegue sobre sí mismo. Lo *extimo*, como lo más íntimo desde una exterioridad, la banda de Moebius, etc.; son expresiones que aluden a ese imposible de la experiencia humana que intenta desligar interior / exterior, propio / ajeno, en algún punto esas posiciones se superponen y coexisten, ¿lo inconsciente es externo o interno?. El lapsus que intentamos desconocer, que nos parece ajeno, revela precisamente una verdad inconsciente.
12. Freud en su texto de 1930 “El malestar en la cultura”, establece un lazo claro, directo e irreductible entre el padecer del sujeto y su inserción en la cultura. Esta última, quita algo al sujeto, lo restringe, lo limita en pro del lazo social, lo liga en definitiva a la sociedad. Para Lacan, el lenguaje soporta el lazo social a través del discurso, pero a su vez el precio de estar en la cultura –como ser hablante- es un límite en nuestro goce. Pero al parecer esta lógica no alcanza para explicar los fenómenos de borde y la clínica de fin de siglo XX. Así, cuando analizamos el estado de la civilización actual, nos encontramos con problemáticas como el énfasis en la unión entre ciencia y técnica en la torsión que ofrece el discurso capitalista, que plantea problemas y nuevos modos de pensar el sujeto dentro de un discurso que no enlaza, discurso no amparado sobre la imposibilidad estructural y que comanda el intercambio en la civilización actual. Esta mixtura ofrece facilidades para la relación pulsional no en la línea de la obtención de un plus de gozar que se puede recapturar una vez operada la castración, sino en el sentido de la pulsión de muerte en que no está en juego la castración. Pulsión de muerte que Freud plantea como energía desligada, energía que no hace lazo. De este

modo, proponer una transformación social a partir de un nuevo discurso que fomenta la vertiente de goce, supone plantear una salida distinta y nueva a la posición de la neurosis. No es solo una vuelta más de aquella necesidad de no querer saber nada de la castración apoyado en los objetos. El objeto metonímico del deseo es una búsqueda de realización en una quimera evanescente e inalcanzable por estructura para todo sujeto. Pensar un estado de la civilización que promueve la satisfacción pulsional -un gozo autístico en cierto sentido- elimina el carácter imposible que funda la subjetividad. Esta posición se diferencia de la negación de la castración a partir de los objetos, es otra vertiente que requiere una lectura diferente.

13. Ahora bien, no debemos caer en pensar que sólo hay pulsión y no existe ya el deseo, ni tampoco sacar conclusiones desmesuradas que no incluyan esta conexión pulsión/deseo. Pero asumiendo este punto, pensar al sujeto pulsional es pensar la posición del sujeto antes de la entrada de la ley, o en otro sentido, el punto de satisfacción del sujeto que escapa a la ley y la prohibición, al dominio del significante. La posmodernidad nos ofrece un devenir orientado por máximas al parecer de la pulsión, transformaciones en el vínculo social profundas que marcan un momento histórico con improntas en los sujetos. Ahora bien estas transformaciones no pueden ser entendidas de una manera directa sin abordar el proceso subjetivo de aprehensión de estas transformaciones. Existen dinámicas inconscientes en cada sujeto que establecen el modo por el cual se encarna en cada uno la alteridad y en este contexto lo social ofrece un marco referencial. En este sentido, si bien existen semejanzas entre los estados límite y la propuesta de sujeto posmoderno, no podemos homologar el uno al otro. Más bien debiéramos hacer uso de lo que nos muestra la clínica de lo límite para comprender la posmodernidad y a su vez leer los cambios sociales en lo

posmoderno para enriquecer el trabajo clínico. Así logramos observar y delimitar puntos de unión entre el entramado psíquico y social.

14. Un último punto del análisis que se desprende es la problemática de lo femenino a la luz de las transformaciones sociales. En una lectura de lo social por el psicoanálisis, a lo largo de la historia se intentó a momentos homologar mujer con madre –Freud mismo cae de algún modo en este error en parte-, Lacan intenta apuntar hacia lo femenino que es no-todo fálico, y el hijo seguiría esa equivalencia simbólica pene=hijo, por lo que la salida freudiana al Edipo en la mujer no es una salida en tanto tal. Así Lacan, apunta con la función paterna a mover a la madre de ese goce fálico con el hijo, esto no habla de un “machismo” ni una idealización de lo paterno, sino más bien abre el debate por lo femenino más allá de la maternidad. La mujer contempla la opción de concebir, esto sabemos que implica consecuencias psíquicas, pero la mujer, por lo mismo, no se agota en lo materno. Cuando separamos estas dos posiciones, como bien muestra Lacan, nos embarcamos en una discusión que supone dar cuenta del goce femenino sin reducirlo al goce materno, pero tampoco a los roles sociales. Este cruce cobra importancia en el estado de la civilización actual a la luz de los cambios sociales de roles, habla necesariamente del lugar psíquico-simbólico que se le atribuye a la posición femenina, respuesta que esta aun por constituirse. En este sentido cuando se propone una feminización de la cultura y se establecen propuestas confusas en torno a esto, quizás se deba a una confusión entre madre/mujer/goce femenino, posiciones que deben ser aclaradas. La posición femenina alude a un lugar independiente de los órganos sexuales, en este sentido abre un análisis respecto a los modos de gozar y estar en lo social más allá de lo fálico. El gozo femenino se ofrece en la mujer en tanto se constituye desde una falta en el Edipo -por eso sabe más-, pero no implica que quede inaccesible para el hombre. Contempla una posición más

allá –diríamos- de la lucha fálica, propia del narcisismo subjetivo, es más bien un goce en el agujero, en la carencia en el ser. Esta posición no supone una debacle como algunos autores proponen, sino más bien trastoca o remueve dogmas de lo masculino. Este movimiento es concordante con una reflexión en los límites de la cultura, que se puede ver ejemplificado con la interrogante que abren los estados límites de la personalidad en la clínica psicoanalítica.

15. En este contexto, es importante concebir cómo cada época histórica marca sus efectos en la subjetividad, sabemos por Freud lo que ocurrió a comienzos del siglo XX con la moral victoriana, quizás debamos preguntarnos lo ocurrido con el sujeto a finales del siglo XX comienzos del XXI, considerando sus consecuencias en la clínica y la subjetividad. La discusión en la clínica psicoanalítica debe tomar en cuenta los efectos, relación e interrelación de lo social con la subjetividad; las mutaciones y transformaciones tanto de uno pueden leerse a partir del otro, el uno no es sin el otro. Pero tampoco debiéramos caer en la ingenuidad de pensarlo de manera unidireccional o a partir de pasos causales, se hace necesario prestar atención al intrincado entramado del sujeto con la cultura. La constatación de los estados límite revelan un movimiento (aun por determinar) de lo social, la emergencia de este fenómeno nuevo en la clínica, fenómeno que afecta directamente el quehacer del psicoanálisis, nos lleva a cuestionar nuestro saber siempre incompleto en una interrogante que aun esta abierta.

2. Reflexión final.

El trabajo de tesis presentado no ha tenido por objeto establecer el lugar lógico que le corresponde a los *estados límite de la personalidad* en la orientación lacaniana, sino más bien aclarar algunas bases que orienten e ilustren un trabajo de este tipo en un futuro. Queda aun pendiente un desarrollo sobre lo borderline de manera más rigurosa y sistemática, que logre despejar desde “dentro” el fenómeno, concibiendo su particularidad. Será, necesario, eso sí, aplicar los conceptos de un modo amplio y novedoso, ya que sabemos que al utilizar concepciones tradicionales no se da cuenta del cuadro, sino solamente se limita a agruparlos desde un modo clásico sin tocar su peculiaridad.

En estos términos uno, como psicoanalista, podría preguntarse ¿por qué esta necesidad de desarrollar los *estados límite*?

El primer empuje hacia este recorrido surge de la propia experiencia clínica, con pacientes que nos ponen en apuros. El psicoanálisis a lo largo de la historia ha encontrado modos y soluciones para una clínica que supone el uno por uno, el caso a caso y que se resiste a generalizaciones. Pero pese a este desarrollo de conceptos y posturas, el campo de lo límite se resiste en su aprehensión. La respuesta de las orientaciones lacanianas busca romper con la mixtura ofrecida por lo borderline más propio de las corrientes post freudianas, psiquiátricas y psicología del yo; e intentan dar un lugar propio a estas manifestaciones.

Ahora bien, constatamos cómo ese esfuerzo no está ausente de obstáculos. Por una parte supone ampliar nuestras fronteras teóricas y movernos hacia el límite. Precisamente en este lugar las divisiones clásicas entre neurosis y psicosis no operan de igual modo, lo que implica tener que aplicar momentos y desarrollos teóricos diferentes con el fin de acceder a ese espacio “pantanosos”.

Por ejemplo acercarnos a la última enseñanza de Lacan cobra relevancia, pero con la rigurosidad que supone mantener un entramado conceptual que ha logrado dar cuenta del sufrimiento del ser hablante. Es decir, ir quizá hasta las últimas consecuencias de ciertos enunciados, flexibilizando en parte nuestras posturas y necesariamente tener que movernos en terrenos nuevos y diferentes al que tradicionalmente se ha desenvuelto la práctica clínica.

Pero esto no debiera ser una dificultad mayor para el psicoanálisis, precisamente esa es una de las enseñanzas dejadas por Freud, quien comienza su labor en esferas difíciles, campos rechazados por otras ciencias, pacientes que no tienen un espacio de escucha en el saber de su época. ¿No es precisamente lo que encontramos hoy en día representado en los estados límite?.

La concepción de estado límite de la personalidad exige un trabajo en muchos niveles, principalmente debido a que tensiona conceptos para lograr dar una respuesta novedosa. Esta respuesta supone poder tocar ese real de la clínica y nombrar un fenómeno, pero de un modo que no implique repetir algo dicho pero olvidado, o esforzándose en hacer encajar esta expresión de la subjetividad en desarrollos ya

establecidos. En ese caso sería nuevamente ofrecer una respuesta ya dada por la mixtura borderline.

Es cierto que las estructuras clínicas ofrecen una respuesta al modo como los sujetos afrontan su entrada al lenguaje y se posicionan en referencia al deseo y la ley, dando cabida a sus pulsiones. Pero no es menos cierto que las estructuras clínicas no contemplan todo el abanico posible de las personas, cuando nos desplazamos en los bordes aparece un sujeto que no logra ser aclarado por las estructuras clínicas. Pese a lo anterior sigue padeciendo su ser.

Cuando revisamos las posibles respuestas desde la orientación lacaniana, nos encontramos con postulados muy diversos. Quizás precisamente ese “mal” del psicoanálisis de abrir campo propio y ofrecerse como una herramienta riquísima para la reflexión de la subjetividad, provoca tanta diversidad de modos de comprensión. Ahora bien, de ninguna manera cada modo ni la suma de todas las posturas agotan la discusión ni cierran el campo de posibilidades. Pero ofrecen e ilustran alternativas de comprensión y por sobre todo, orientaciones en la cura necesarias, pero no suficientes por el momento.

En este contexto, ¿los estados límite son la respuesta al estado actual de la civilización?. Puede ser una hipótesis de trabajo, hipótesis válida y que ofrece una actualización a los postulados de Freud de 1930.

Ahora bien, esta hipótesis de trabajo conlleva ciertos riesgos y dificultades. El más evidente es caer en una psicopatología de lo social que convierte de un modo causal el devenir cultural en psicopatologías específicas. No existe una relación unidireccional, ni

definitiva de estos fenómenos, el psicoanálisis nos muestra –en especial a partir de Lacan- el cruce complejo entre sujeto y cultura que invita a un análisis profundo, pero que no se ofrece con claridad.

En este sentido, es fácil perderse en extraer consecuencias desmedidas de fenómenos sociales, pero tampoco debemos pensar en un sujeto abstraído del devenir cultural. Los fenómenos de lo social sin lugar a duda condicionan la clínica, cualquier clínico experimentado constata la evolución de sus pacientes a lo largo de su ejercicio profesional. Estas variaciones de manifestaciones pueden ser nuevas expresiones de las propias estructuras clínicas acorde con su época -la histeria es un ejemplo del modo de tomar al Otro contingente y hacerlo propio en su síntoma-; pero también puede suponer cambios en otros niveles que no hemos prestado atención.

Quizás la dificultad fundamental en la comprensión y el abordaje de los estados límites es su expresión sintomática tan diversa, pero de una fuerte presencia pulsional. Irrupciones de un real que no se presta fácilmente a la palabra. Cómo tocar y nombrar esa experiencia, Freud precisamente dedica sus últimos años a dar cuenta de la pulsión de muerte y Lacan a su modo, se esfuerza en decir algo del goce innombrable. De este modo, tenemos una dificultad añadida, ya que en la clínica nos encontramos de manera más abrupta que en la neurosis, con expresiones de la pulsión que descolocan y entorpecen la escucha.

Pero, ¿qué pasa con las expresiones del inconsciente?, ¿dónde están esas manifestaciones?. Un riesgo de pensar la cara pulsional, es dejar de lado el inconsciente en su expresión significativa y de deseo. Todo fin de análisis nos muestra que no existe un

cese posible del inconsciente, este nunca se calla, no se detiene; aunque tengamos que abrirnos a una escucha diferente. El inconsciente trabaja y lo seguirá haciendo mientras estemos dispuestos a darle un lugar en nuestra escucha, a sus expresiones; ya que el instinto esta perdido en el ser hablante, toda expresión de la pulsión contempla esa mixtura y despliegue que ofrece el significante que determina al sujeto.

En este sentido, los estados límite sirven como operador de lectura de estas evoluciones de la expresión del inconsciente tanto del deseo como la pulsión, como así también sirve de lectura de las transformaciones sociales del último siglo. Evidencian de algún modo, un malestar diferente, constatamos que no es el malestar neurótico ni el rechazo psicótico, ni la adaptación perversa; evidenciando otro malestar. Estar en la lengua y entrar en la cultura supone un malestar, pero acorde necesariamente a cierto entramado cultural.

De esta manera, debemos hacer el esfuerzo de leer este entramado y ubicar al sujeto contemporáneo, sin desmerecer lo que encontramos, aunque esto signifique interrogar nuestro presente conceptual. Esta lectura supone ir hacia aquellos puntos de encuentro, bisagras sujeto-cultura, estos vértices por momentos opacos, pues se presta este cruce para hacer deducciones de un lado sobre el otro. Esta posición no representa necesariamente aquel punto de encuentro codeterminado que tanto hemos insistido.

Este trabajo ha intentado poner en evidencia una serie de dificultades, obstáculos y resistencias en el abordaje de los pacientes llamados “difíciles”, aquél paciente relegado a un lugar secundario en la clínica psicoanalítica, pero que busca todavía una posición de escucha no menos fácil, pero necesaria. Estas resistencias son de todo orden, tanto de la

posición del analista, de la técnica y teoría, de los desarrollos conceptuales, etc., lo que debiera ser aún más llamativo para el psicoanálisis.

Decía Sandor Frenzi que cuando en sesión había un momento confuso, algo que no entendía de lo que estaba pasando o lo que decía el paciente, precisamente allí debía apuntar el analista su escucha, pues evidenciaba un núcleo importante de tropiezo del inconsciente. En este contexto los Estados Límites de la Personalidad reflejan ese núcleo complejo y confuso que aún está abierto a ser dilucidado.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICAS.

- Alemán, J. (2009). *Para una izquierda lacaniana...* Buenos Aires: Grama ediciones.
- Alemán, J. & Larriera, S. (2009). *Desde Lacan: Heidegger*. España: Miguel Gómez Ediciones.
- Alemán, J., Larriera, S., Trias, E. (2004). *Filosofía del límite e inconsciente. Conversación con Eugenio Trias*. España: Editorial Síntesis.
- Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. Rosario – Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Amigo, S. (2007). *Clínica del cuerpo*. Rosario – Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Amigo, S., Cancina, P., Cluglak, C., Díaz, G., Heinrich, H., (1999). *Bordes... un límite en la formalización*. Rosario - Argentina: Homo Sapiens Ediciones.
- Balint, M. (1980). *La falta básica*. Buenos Aires: Paidós.
- Bergeret, J. (1996). *La personalidad normal y patológica*. Barcelona: Gedisa.
- Chemama, R. (2002). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- First, M., et al. (2004). *Trastornos de personalidad y trastornos de relación*, capítulo 4 en: Kupfer, D., First, M., Regier, D. (2004). *Agenda de investigación para el DSM V*. Barcelona: Masson.
- Dor, J. (1991). *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
- Dor, J. (1994). *Clínica psicoanalítica*. Barcelona: Gedisa.
- Dor, J. (1997). *Introducción a la Lectura de Lacan*. Barcelona: Gedisa.
- Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Eidelsztein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Vol.I.* Buenos Aires: Letra Viva.
- Eidelsztein, A. (2008). *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Vol.II.* Buenos Aires: Letra Viva.
- Evans, D. (2008). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano.* Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (2006). *Enfermedad mental y personalidad.* Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (2008). *El poder psiquiátrico.* Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Fonagy, P. & Target, M. (2002). *Jugando con la realidad – III. La persistencia de la realidad psíquica dual en pacientes fronterizos.* Libro anual de psicoanálisis, XVI. Pp 91-111.
- Freud, S. (1950 [1892-99]). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Vol. I.* Buenos Aires: Amorrortu³⁵³.
- Freud, S. (1894). *La neuropsicosis de defensa, Vol. III.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1896). *Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa, Vol. III.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños, Vol. IV.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual, Vol. VII.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1908). *Sobre las teorías sexuales infantiles, Vol. IX.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). *Introducción al narcisismo. XIV.* Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917). *Sobre la transposición de la pulsión, en particular del erotismo anal, Vol. XVII.* Buenos Aires: Amorrortu.

³⁵³ Todas las referencias citadas de Sigmund Freud, remiten a la edición de 1999 de la Obras Completas de Sigmund Freud, en Amorrortu editores.

- Freud, S. (1919). *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*, Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923). *La organización genital infantil*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923). *El Yo y el Ello*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924 [1923]). *Neurosis y psicosis*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). *Perdida de realidad en la neurosis y psicosis*, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. XIX. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1927). *Fetichismo*, Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930 [1929]). *El malestar en la cultura*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1938). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gárate I. & Marinas J.M. (2003). *Lacan en español*. España: Biblioteca Nueva.
- Gergen, K. (2006). *El yo saturado*. Barcelona: Paidós.
- Gunderson, J. (2002). *Trastorno límite de la personalidad, guía clínica*. Barcelona: Psiquiatría Editores.
- Green, A. (1990). *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu [1972].
- Kernberg, O. (1997). *Desordenes fronterizos y narcisismo patológico*. Buenos Aires: Paidós.
- Kohut, H. (1980). *La restauración del si-mismo*. Buenos Aires: Paidós.

- Kristeva, J. (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra.
- Krugman, P. (2010). *Cómo construir una economía “verde”*. En El País, domingo 25 de abril de 2010. Numero 1.277.
- Lacan*, J. (1997). *La Familia (1938)*. Buenos Aires: Editorial Argonauta.
- Lacan, J. (2008). *El Seminario 3: Las Psicosis, (1955-1956)*. Buenos Aires: Paidos.
- Lacan, J. (1999). *El seminario 4: La relación de objeto, (1956-1957)*. Buenos Aires: Paidos.
- Lacan, J. (1999). *El seminario 5: Las formaciones del inconsciente, (1957-1958)*. Buenos Aires: Paidos.
- Lacan, J. (2002). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis (1957-1958), Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2002). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano (1960), Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2007). *El seminario 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis, (1964)*. Buenos Aires: Paidos.
- Lacan, J. (2002). *La ciencia y la verdad (1966), Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2008). *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis, (1969-1970)*. Buenos Aires: Paidos.
- Lacan, J. (2009). *El seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante, (1971)*. Buenos Aires: Paidos.
- Lacan, J. (1972). *Del Discurso Psicoanalítico, 12 de mayo 1972, presentación Universidad de Milán*. Versión Ecole Lacanienne de Psychanalyse. Inédito.
- Lacan, J. (2008). *El seminario 20: Aun, (1972-1973)*. Buenos Aires: Paidos.

* Todos los textos de Lacan serán presentados en orden cronológico de escritura o presentación y no de publicación, debido a la falta de establecimiento de algunos y la edición desfasada de otros en términos de su creación.

- Lacan, J. *El seminario 22: RSI (1974-1975)*. Inédito.
- Lacan, J. (2006). *El seminario 23: El Sinthome (1975-1976)*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. & Pontalis, J-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplantine, F. (1999). *Antropología de la enfermedad*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Lebrun, J-P. (2003). *Un mundo sin límite: Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social*. Barcelona: ediciones del Serval.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2008). *La era del vacío*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2008). *El crepúsculo del deber*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Livesley, J. (2005). *Dilemas diagnósticos en la clasificación de los trastornos de la personalidad*, Capítulo 8 en: Phillips, K., First, M., Pincus, H. (2005). *Avances en el DSM dilemas en el diagnóstico psiquiátrico*. Barcelona: Masson.
- Lyotard, J-F. (2008). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Mannoni, O. (1997). *La otra escena: claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Marinas, J. A. (2004). *La ciudad y la esfinge*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Marinas, J. A. (Coord..) (2008). *Lo político y el psicoanálisis. El reverso del vínculo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Mijolla, A., et al.(2007). *Diccionario internacional de Psicoanálisis*. Madrid: Akal.
- Miller, J-A. (2004). *Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma*. Buenos Aires: Manantial.
- Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós.

- Miller, J-A., et al.(2006). *La psicosis ordinaria*. Buenos Aires: ICBA-Paidos.
- Miller, J-A. (2008). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidos.
- Miller, J-A. (2009). *Cosas de finura en Psicoanálisis, seminario 2008-2009. inedito*.
- Montecino, S. (1991). *Madres y Guachos: Alegorías del Mestizaje Chileno*. Santiago de Chile: Sudamericana.
- Rabinovich, D. (1992). *Una clínica de la pulsión: las impulsiones*. Buenos Aires: Manantial.
- Rassial, J.J. (2001). *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Riquelme, R. & Oksenberg, A. (2003). *Trastornos de personalidad: hacia una mirada integral*. Chile: Sociedad Chilena de Salud Mental.
- Roudinesco, E. (1993). *La batalla de cien años: Historia del psicoanálisis en Francia. Volumen 2 (1940-1985)*. España: Editorial Fundamentos.
- Winnicott, D. (1960). *Distorsión del yo en términos de self verdadero y falso*. Barcelona: RBA [2006].
- Winnicott, D. (1962). *La integración del yo en el desarrollo del niño*. Barcelona: RBA [2006].